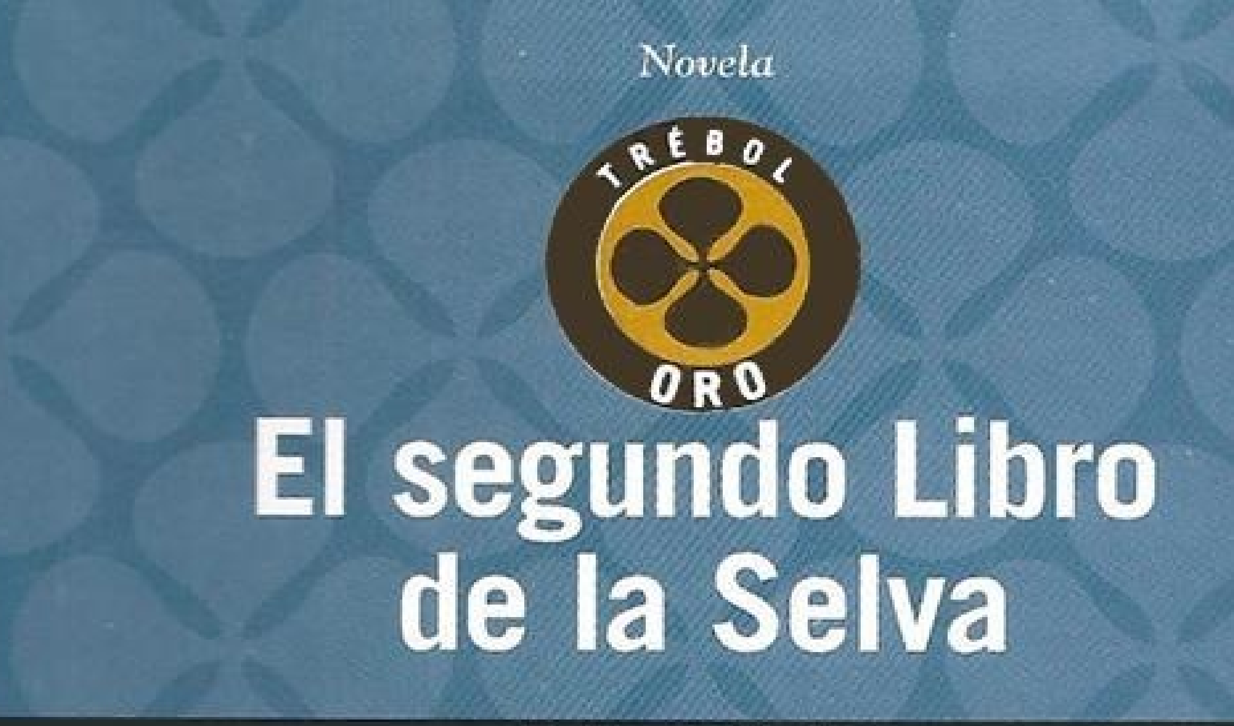


El segundo Libro de la Selva

Rudyard Kipling

El éxito de «El Libro de la Selva», movió a Rudyard Kipling a escribir un año después «El segundo Libro de la Selva», afortunada continuación, más que una segunda parte, del primer libro.

A una sociedad natural que ha conseguido la armonía y, con ella, la verdadera libertad gracias al sometimiento a un estricto código moral de conducta, la ley de la selva, vuelve Mowgli, el cachorro humano adoptado y educado por lobos.

Mowgli no es una criatura salvaje, y menos aún un joven convencional. El héroe de estos relatos simboliza el difícil pero necesario equilibrio entre los hombres y el medio en que éstos, aunque lo olviden, hunden las raíces que hacen posible su existencia.

Rudyard Kipling

El segundo Libro de la Selva

Novela - 09

ePub r1.0

Titivillus 10.08.2022

Título original: *The Second Jungle Book*
Rudyard Kipling, 1895
Traducción: Javier Franco
Ilustraciones: John Lockwood Kipling

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

EL SEGUNDO LIBRO DE LA SELVA

Rudyard Kipling

ilustraciones de

John Lockwood Kipling

Índice

INTRODUCCIÓN

I

Hombres y animales en un mundo legendario

La Selva, la aldea, no son visiones en el espejo, sino atisbos de una realidad con derecho a existencia independiente; aunque, eso sí, cargados de valores morales y heroicos de gran profundidad. Kipling, con su escritura casi automática, trata aquí relaciones, sentimientos apenas conscientes; no arquetipos humanos disfrazados de animales parlantes; esto es, probablemente, lo que dota a El libro de la Selva *de su carácter intemporal, lo que le permite vivir por sí mismo.*

En los diversos encuentros entre el mundo de la Selva y el de los hombres somos testigos de un choque no ya entre la Naturaleza (con sus comportamientos automáticos y primarios) y la sociedad humana (definida por su inteligencia reflexiva y práctica que la convierte en dueña del mundo), sino que asistimos a un enfrentamiento entre dos culturas, dos visiones del mundo distintas, en las que ambas comparten elementos del mundo real, el nuestro.

Así, las criaturas de la Selva —al menos las que no proceden de las especies inferiores que no respetan la Ley— viven en armonía con su hábitat de forma consciente y reglamentada. En la Selva de Kipling hay unas virtudes explícitas que indican el camino correcto y que evitan la deshonra, un concepto nada instintivo y muchas veces citado en el libro: respetar la Ley, luchar con valentía, ser fíeles a la palabra dada, leales con los amigos e inflexibles con los enemigos. Son mandatos poco sofisticados, mínimos, pero

en ningún modo de cumplimiento automático, pues exigen un esfuerzo y un control conscientes por parte de quienes los cumplen (por ejemplo, la prohibición de cazar junto al río, de la que se queja amargamente la pantera durante la Tregua del Agua).

El mundo de los nativos, por el contrario, representa una realidad distinta, marcada por la avaricia y la cobardía. Son «comedores de tierra», campesinos que viven de un trabajo exento de aventura y heroísmo. Los aldeanos viven encerrados en sí mismos, de espaldas al mundo de la Selva, al que temen y al que tratan de explicarse por medio de ridículas historias de espíritus y fantasmas reencarnados. Entre ellos reina la hipocresía y la falsedad: la envidia es su impulso vital más fuerte; desean las propiedades del vecino sin importarles el medio necesario para hacerse con ellas; matan por ociosidad y no para alimentarse (son incluso más sanguinarios cuando han acabado de comer, lo que los hace doblemente repugnantes para Mowgli, que no puede entender cómo no son capaces de disfrutar de los placeres sencillos y necesitan, por el contrario, estar tramando siempre alguna nueva maldad).

En este mundo, netamente despreciable, sólo hay una excepción: Messua, la madre humana de Mowgli, salvada de la quema por Kipling en coherencia con su propia valoración del papel de una madre. En ella, el amor maternal supera a cualquier otro impulso, lo que no deja de introducir con bastante claridad lo instintivo en la sociedad humana, y, además, como único elemento portador del bien entre una comunidad en la que nada se salva.

Hay otros dos grupos humanos diferenciados en el universo de Mowgli —al que me estoy ciñendo en este prólogo, por el momento—. Por un lado, están los gonds, los aborígenes de la Selva, que tienen una presencia mínima y siempre descrita desde el distanciamiento, como posible nexo entre la aldea y la Selva (a ellos se les consulta cuando Mowgli lanza a sus huestes a la destrucción del pueblo) y que parecen compartir las características de unos y otros, buenas y malas, por tanto. Por otro lado, hay varias referencias a los ingleses, que nunca aparecen físicamente, a los que se presenta como garantes de una justicia y un humanitarismo que están a años luz de las concepciones de los nativos, los cuales no les comprenden, pero acuden a ellos en busca de misericordia cuando se quedan sin hogar o cuando están a punto de ser tratados injustamente por los suyos. Los ingleses juegan, pues, el papel de una especie de tutor lejano, vigilante y severo, poderoso pero justo. Sin embargo, hay también referencias irónicas a este pueblo que vive

fuera del ámbito de la Selva; así, la justicia de los ingleses, que están locos según los nativos, «no permite que nadie sea quemado sin testigos».

El lenguaje de los animales y de los aldeanos es idéntico en cuanto a estructuras, complejidad y expresividad (por ello, Mowgli no tiene mayor problema para hablar el de los hombres, pues no tiene más que aprender los equivalentes, palabra por palabra, del suyo propio). Se trata de un registro ligeramente arcaico que encaja a la perfección en el universo mítico de la Selva. En este sentido de identidad, el lenguaje actúa como vínculo entre ambas comunidades y nos confirma que no se trata de un enfrentamiento Naturaleza-Sociedad, sino de un choque entre dos culturas distintas. Por otra parte, son también idiomas distintos que no permiten comunicación entre ambos grupos, con la excepción de Mowgli, que, dada su doble naturaleza, pronto aprenderá ambos. En esto, junto a la existencia de unas pocas expresiones diferenciadas y de las Palabras clave, que son las que abren las puertas de la Selva, la diferencia de idiomas actúa como barrera insalvable entre ambos mundos.

II

La doble naturaleza de Mowgli

Mowgli, la «ranita», el «hermanito», el «cachorro de hombre», el «lobo», el «muchacho», el que habla todos los idiomas, el que es acogido y rechazado alternativamente… Mowgli: la confusión, la búsqueda de identidad.

El libro de la Selva*, como tantas otras obras con protagonistas a los que vemos ir creciendo ante nuestros ojos, es también un viaje iniciático: la descripción del proceso de aprendizaje e integración de una persona, de su búsqueda de valores y de sí mismo, de su dolorosa entrada en una nueva realidad personal, la madurez.*

Al principio, Mowgli es un cachorro de hombre indefenso que sobrevive gracias a la protección que le brindan sus amigos animales. Tiene aún pendiente su educación, tanto teórica (la Ley, el lenguaje), como práctica (el entrenamiento físico que le permitirá cazar y no ser cazado).

Cuando es expulsado del seno de la Manada de lobos y acude a la de los hombres, inicia su segunda etapa educativa. Ahora sí conocerá los dos

mundos, excluyentes, a los que él, sin embargo, pertenece a un tiempo y que lo desgarran por dentro. Desde el primer momento sabe que no tiene más remedio que elegir uno u otro. Pero Mowgli no puede negarse a sí mismo por mucho que lo intente (como le dice uno de los lobos: «Mowgli obligará a Mowgli» a reintegrarse con los suyos). Resulta, paradójicamente, que el hecho de participar de características de ambos mundos es a la vez la fuente de su infelicidad al no poder integrarse en ninguno de los dos y lo que le otorga su superioridad: la capacidad de usar las armas de uno en el otro y viceversa.

Mowgli tiene razones perfectamente válidas (desde el punto de vista de la Ley de la Selva, que él acepta) para matar a los aldeanos, pero no es capaz de decidirse a hacerlo, e incluso les impide la justa venganza a sus amigos. Se limita a arrojarlos de sus hogares, pero sin tocarles un pelo. Para explicarse aducirá que «no puede soportar el olor de la sangre humana» y que «el hombre no mata al hombre», expresándolo al modo de los artículos de la Ley de la Selva y, con ello, reconociéndose de la misma sangre que los aldeanos, precisamente cuando más motivos tiene para odiarlos, al tiempo que —siempre la ambivalencia— establece, en la forma de expresarse, la superioridad moral del código de los animales.

Intentará entonces olvidar su origen humano. En un segundo momento, en que es fuerte y cuenta con toda la astucia de un hombre, se nos presenta como el Amo de la Selva. Todos le respetan y le temen. Lo que es tanto como decir que sigue absolutamente solo. Con la primavera, los animales lo abandonan en su época de celo: buscan pareja, se integran en grupos de iguales… y Mowgli no pertenece a ningún grupo. Así las cosas, la tristeza se apodera de su corazón y se plantea, al principio negándoselo conscientemente, «volver» con los hombres, pues ahora, en el umbral de la madurez, cada vez sabe con mayor certeza interior que es uno de ellos. Por esta razón, contra sus deseos, tendrá que abandonar su paraíso de libertad casi edénica —el tipo de paraíso soñado en la infancia— y aceptará al hombre en el que se ha convertido. A partir de ahora su vida dejará de ser un juego en libertad, de «lecciones aprendidas sin darse cuenta». Ha llegado el momento de asumir sus responsabilidades de hombre, de formar una familia —como insinúa Kipling en la escena en que Mowgli entrevé a una muchacha — y de luchar por los suyos.

Existe un cuento, «En el Rukh», que Kipling escribió antes que El libro de la Selva, en el que aparece Mowgli ya adulto y casado. Se trata de un Mowgli casi irreconocible: trabaja como guarda forestal, utiliza a sus amigos lobos

para fanfarronear delante de sus jefes, actúa servilmente y le preocupa su pensión… Todos parecen coincidir en que Kipling jamás lo hubiera escrito después de El libro de la Selva. En cualquier caso, sí que es un contrapunto útil que plasma cómo asocia Kipling la magia y la aventura fantástica con la infancia, frente al realismo sórdido que conllevaría la madurez.

III

La Ley de la Selva

La Ley de la Selva es «la más antigua del mundo». Su presencia es constante y todopoderosa en el presente libro y merece que le prestemos un poco de atención pormenorizada, pues es ella la que marca con sorprendente concreción lo correcto o incorrecto de casi todos los actos de los animales (desde la frecuencia con la que tienen que lavarse hasta los derechos sobre la vida y la muerte). ¿De dónde proviene esta Ley que, «como la enredadera gigante, cae sobre la espalda de todos y nadie puede evitarla»?

Frente a la justicia de los ingleses, la otra Ley que merece la mayúscula en el mundo de Mowgli, la Ley de la Selva no se elabora arbitrariamente, por acuerdo de los que a ella se someten. La Ley de la Selva tiene una existencia independiente, a modo de Ley natural, más allá de los deseos u opiniones de sus súbditos. La Ley ha sido, eso sí, perfeccionada de modo en cierto sentido automático por el tiempo y la costumbre, que han ido haciéndola más exhaustiva, hasta prever «casi todos los problemas que puedan presentarse entre sus habitantes (los de la Selva)». Se trata, pues, de una Ley que se justifica a sí misma y que es absolutamente necesaria para preservar la armonía entre las distintas especies, así como dentro de cada tribu o manada.

Esta Ley va mucho más allá de una mera aceptación y ordenamiento de los instintos naturales de cada animal, ya que su objetivo primordial es la subsistencia de la vida en la Selva. Así, durante la sequía, se establece la Tregua del Agua, por la cual los depredadores deberán abstenerse de cazar junto a los bebederos, donde todas las especies coexisten sin miedo, controlando sus instintos naturales, de lo que, expresivamente, se quejará la pantera ante la vista de tanta carne apetecible.

Por otra parte, se trata de un código tremendamente duro en sus castigos, el más frecuente de los cuales parece ser la muerte para el infractor. El criterio sancionador básico es el de la Ley del Talión, ojo por ojo y diente por diente, y las deudas de sangre y los tabúes (como el de Mowgli, que no puede cazar ganado por haber sido comprada su vida al precio de un toro) son frecuentes.

En este sentido, Kipling se concede a sí mismo el margen necesario para llevar a la realidad de forma justificada las fantasías de venganza tan habituales en los sueños infantiles y tan características de su obra, tal como sucede en la liquidación de la deuda entre Mowgli y el tigre o en la condena que el mismo muchacho dicta contra la aldea transgresora de la Ley al haber intentado asesinar a Messua, su madre humana; actos de castigo estos que, sorprendentemente, no resultan rechazables en su lectura, ya que las dimensiones de la infracción cometida se nos presentan en ambos casos como enormes y creíbles.

Otro rasgo de la Ley, característico de Kipling, es la paradoja aparente según la cual sólo su cumplimiento permite gozar de una verdadera libertad. Los monos, a los que compara explícitamente con los hombres, viven sin Ley, sin jefes, sujetos a sus instintos más bajos y en permanente contradicción. Son esclavos de su caos y de la angustia que les produce el rechazo unánime por parte de los demás habitantes de la Selva. Son extraños, «ciudadanos de segunda» en una sociedad evolucionada que ha conseguido la armonía y con ella la verdadera libertad gracias al sometimiento a un estricto código moral y de conducta: la Ley de la Selva. Los lobos, tras la desbandada con que Mowgli castiga su incumplimiento de la palabra dada, comienzan a sufrir por las trampas y los ataques de los hombres. La falta de un jefe y de una organización les ha rebajado, les ha sustraído parte de su poder y dignidad. Ellos mismos, hartos de su degradación y anarquía, expresarán su deseo de volver a vivir según la Ley.

Mowgli, sin embargo, constituye la única excepción a la Ley al constituirse a sí mismo como intérprete veraz de ella a su vuelta de la aldea. En ningún momento la transgrede, pero queda claro que se reserva el derecho a interpretarla y aplicarla a su modo en cada momento («Ahora hay algo más que la Ley en la Selva», comentará la pantera sobre esta cuestión). Su condición de hombre va unida para Kipling a su derecho a legislar, al tiempo que —¡una vez más la ambivalencia tan querida por el autor!— ese mismo ponerse por encima de la Ley y de los demás animales marca el inicio

de su desarraigo definitivo del mundo de la Selva, con el que en ese preciso instante acaba de perder uno de los nexos de unión esenciales.

IV

Las fuentes

Kipling comenzó a escribir El libro de la Selva *cinco años después de haber abandonado definitivamente la India. Además, se sabe que nunca estuvo personalmente en la zona de las colinas de Seeonee, donde se desarrollan las aventuras de Mowgli —ni en el Ártico, donde tienen lugar otros dos cuentos del libro—. Todo ello realza en extremo la imaginación de que hizo gala en la precisión, aunque no exactitud, con la que fue capaz de imaginarse unos paisajes que describe con detallismo y que sólo conoció por fotos, libros y comentarios de conocidos, al tiempo que viene a confirmar la interpretación del mundo de la Selva como universo mítico frente al descrito con una técnica realista, tal como podría aparecer en una primera impresión.*

Otro elemento en el que la voluntad artística de Kipling actúa a sus anchas es el del niño lobo. Se trata de una figura con múltiples precedentes literarios y que en época de Kipling había sido ya objeto de serios estudios. La figura de niño lobo que le presentan los científicos a Kipling es la de una criatura salvaje, tremendamente sucia en sus hábitos y con la inteligencia humana atrofiada —absolutamente incapaz de aprender a hablar, por ejemplo—. Mowgli es exactamente lo opuesto. Sin embargo, Kipling sí se basa en estos estudios para establecer los rasgos de su joven héroe, ya sea por oposición —como ya hemos visto— o por identificación —así, las marcas de mordiscos en el cuerpo (que para Mowgli no pasan de arañazos cariñosos), la preferencia por la carne cruda (que por supuesto no resulta nada desagradable en la descripción de Kipling) o el endurecimiento de las rodillas y los codos por andar a cuatro patas habitualmente (que en este caso, a diferencia de los estudios sobre niños lobos reales, no le suponen ninguna deformación a Mowgli)—. De este modo, los datos que le suministran los científicos y comentaristas le sirven a Kipling como una suerte de guión o esquema que desarrollará a su conveniencia, en función de sus objetivos literarios.

Exactamente lo mismo sucede con las características morales y hábitos que el autor atribuye a los distintos animales, no son absolutamente imaginarios en tanto que aprovecha los que cuadran con su obra, pero sí altera o niega sin empacho los que le resultan incómodos. Así, la comparación de los perros rojos con los lobos establece que los primeros son unos miserables porque tienen pelo entre las pezuñas (cierto, aunque no es fácil ver qué implicaciones morales pueda tener este hecho) o porque son tan cobardes que sus manadas nunca tienen menos de cien miembros, frente a los cuarenta que tiene la de los lobos (y esto es falso, pues según Sterndale, un naturalista de la época que sirvió de base científica a Kipling, los perros salvajes cazan en manadas de seis u ocho individuos).

El libro de la Selva *no es, por tanto, una obra que desarrolle los comportamientos reales de los animales. Se trata, por el contrario, de una suerte de fabulación en la que el autor aprovecha el mundo real en lo que pueda dotar de credibilidad y proximidad a sus personajes (al fin y al cabo ha elegido animales más o menos conocidos y no selenitas), pero en la que el criterio fundamental es la coherencia interna del mundo imaginado por Kipling, cuya fuerza narrativa suple con ventaja cualquier comparación con los hechos objetivos.*

V

Sobre la edición

La versión que aquí ofrecemos es la que apareció por primera vez en 1894 y 1895. En la edición de 1897 se redistribuyeron los cuentos, de forma que en el primer volumen aparecieron los referentes a Mowgli por orden cronológico, con el añadido del ya citado «En el Rukh», mientras que en el segundo quedaban plasmados los demás. Las ediciones en castellano han seguido normalmente esta última versión debido al, en general, mayor impacto que suelen causar las historias de Mowgli, llegándose hasta el punto de editar únicamente el volumen que las contiene sin mayores explicaciones sobre el resto de los cuentos.

Aparte de la evidente calidad de las historias no centradas en la figura de Mowgli, sería interesante comentar cómo, sobre todo en El segundo libro de

la Selva, existe un meditado juego de contrapunto entre unas historias y otras. Así, tras una descripción de la bajeza de los hombres en «Que entre la Selva», presenciaremos un duro ataque a los comportamientos de un trío de animales en «Los enterradores», o tras el más descalificador episodio sobre la avaricia humana, Kipling nos presenta a un grupo de esquimales que en «Quiquern» son un modelo de sencillez y a los que, prácticamente, basta con sonreír para ser felices. Por no mencionar «El milagro de Purun Bhagat», con su personaje central, absolutamente delicioso e integralmente bueno —además de ser un nativo con una visión equilibrada del progreso para el autor—, y, sobre todo, orgulloso de sus tradiciones y la religión de sus padres.

JAVIER FRANCO

De cómo llegó el miedo

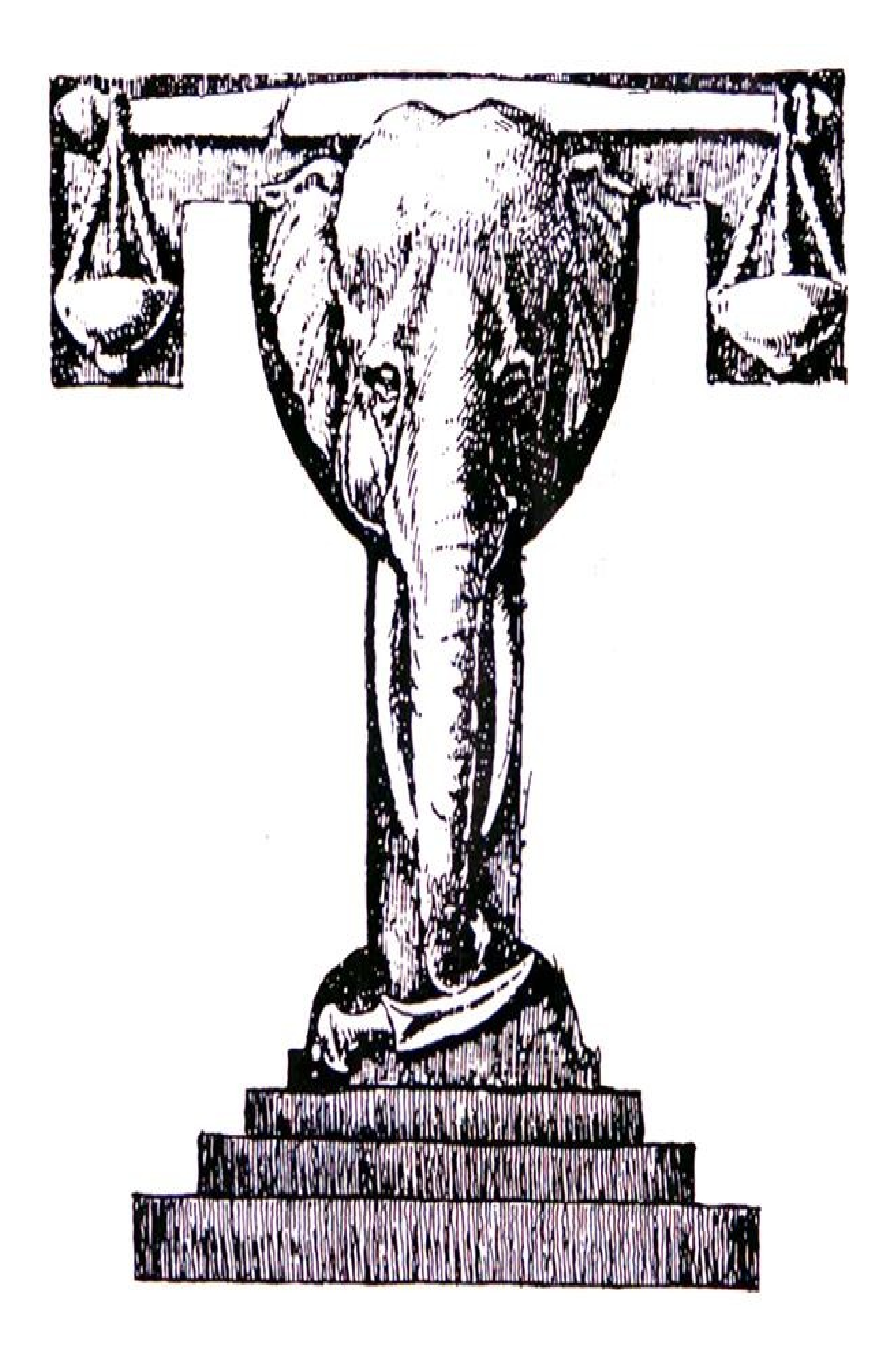
Bajó el arroyo, la laguna se secó, pero nosotros somos camaradas, tú y yo.

Polvorientos los flancos, las fauces enfebrecidas, el uno al otro nos vamos empujando por las orillas. Paralizados por el temor común a la sequía, olvidamos toda idea de caza o de porfía.

Oculto bajo su madre, el cervatillo asustado ve al lobo gregario, tan asustado como él; mientras el alto gamo contempla sin parpadeo los colmillos que a su padre desgarraron el cuello.

Bajó la laguna, el arroyo se secó, pero aún somos compañeros de juego, tú y yo, hasta que aquella nube. —¡Buena caza!— venga a liberar la lluvia que nuestra Tregua del Agua ha de quebrar.







IENE previstos la Ley de la Selva, que es con mucho la ley más antigua del mundo, casi todos los problemas que pueden presentarse entre sus habitantes, y el tiempo y la costumbre han perfeccionado su código tanto como les ha sido posible hacerlo hasta el presente. Recordaréis que Mowgli pasó una gran parte de su vida entre la Manada de Lobos de Seeonee mientras aprendía la Ley de la Selva con Baloo el oso pardo; y fue el propio Baloo el que le dijo, cuando el muchacho se impacientó ante tanta norma, que la Ley era como la enredadera gigante, porque caía sobre la espalda de todos y nadie podía evitarla.

—Cuando hayas vivido tanto tiempo como yo, Hermanito, verás cómo toda la Selva obedece a una ley al menos. Y ése no ha de ser un espectáculo agradable —dijo Baloo.

Aquello le entró por un oído y le salió por el otro, pues a un niño al que se le pasa la vida entre dormir y comer no le preocupa nada hasta que lo tiene realmente delante. Pero llegó el año en que se cumplieron las palabras de Baloo y Mowgli pudo contemplar a la Selva entera bajo el poder de la Ley.

Todo comenzó cuando las lluvias del invierno dejaron prácticamente de acudir a su cita anual e Ikki, el puerco espín, tras encontrarse con Mowgli en un bosquecillo de bambúes, le dijo que los ñames silvestres se estaban secando. En fin, todo el mundo sabe que Ikki es melindroso hasta el ridículo en lo que a elegir sus alimentos se refiere, de tal modo que sólo come lo mejor y lo más maduro. Así que Mowgli se rió y dijo:

—¿Y a mí eso qué más me da?

—No demasiado, de *momento* —dijo Ikki, mientras agitaba las púas, mostrándose superior y desagradable—, pero ya veremos más adelante.

¿Sigues aún dándote chapuzones en la Laguna de las Rocas, esa que hay tan profunda bajo la Peña de las Abejas, Hermanito?

—No, la muy tonta del agua se está yendo y no tengo ningún deseo de romperme la cabeza —dijo Mowgli, que en aquellos tiempos estaba convencido de saber tanto como cinco habitantes de la Selva puestos juntos.

—Pues eso que te pierdes. Una rajita en la cabeza podría abrir paso a un poco de sabiduría.

Ikki se agachó rápidamente para evitar que Mowgli le tirase de las cerdas del hocico, y el muchacho le contó a Baloo lo que había dicho Ikki. Baloo se puso muy serio y dijo entre dientes, casi para sí:

—Si estuviera solo cambiaría de territorio de caza ahora, antes de que los demás comenzaran a pensar en ello. Pero… la caza entre extraños acaba siempre en reyertas, y alguien puede herir al cachorro de hombre. Debemos aguardar hasta ver cómo florece el *mohwa*.

Aquella primavera, el árbol del *mohwa*, que tanto le gustaba a Baloo, no llegó a florecer. Los capullos verdes, cremosos, con apariencia de cera, murieron a causa del calor antes de nacer, y cuando se irguió sobre las patas traseras para sacudir el árbol sólo cayeron unos pocos pétalos malolientes. Luego, palmo a palmo, el calor desmedido fue penetrando a hurtadillas hasta alcanzar el corazón de la Selva, tornándola primero amarilla, después parda y, finalmente, negra. Los brotes verdes que había en los costados de los barrancos se abrasaron hasta convertirse en una masa quebrada y retorcida de ramitas como alambres y materia muerta; las charcas escondidas se secaron y recubrieron de barro, mientras que en sus bordes quedaban marcadas las huellas más pequeñas, igual que si hubieran sido forjadas en hierro; las enredaderas de jugoso tallo se cayeron de los árboles, a los que estaban adheridas, para morir a sus pies; los bambúes se marchitaron, chocando entre sí con ruidos metálicos cuando soplaban los vientos cálidos, y el musgo se desprendió de las rocas que había en lo más profundo de la Selva, hasta que éstas acabaron tan desnudas y calientes como las peñas azuladas y temblorosas que yacían en el fondo del arroyo.

Los pájaros y el pueblo de los monos emigraron hacia el norte a principios de aquel año, pues sabían lo que iba a suceder; los ciervos y los jabalíes se dispersaron hacia los campos yermos que rodeaban a las aldeas para morir, en ocasiones, ante los ojos mismos de unos hombres demasiado débiles para matarlos. Chil, el milano, se quedó y engordó, pues había grandes cantidades de carroña y, anochecer tras anochecer, les llevaba a los animales, demasiado débiles para abrirse paso hacia nuevos territorios de caza, las nuevas según las

cuales el sol estaba aniquilando a la Selva entera en un radio de tres días de vuelo.

Mowgli, que nunca había sabido lo que era el hambre de verdad, tuvo que echar mano de la miel rancia de hacía tres años, que extraía raspando las rocas en las que había colmenas abandonadas… Era una miel negra como una endrina y toda polvorienta a causa del azúcar seco. También cazaba, en busca de gusanos de los que anidan profundamente, más allá de la corteza de los árboles, y les robaba las crías a las abejas. Toda la caza que había en la Selva no era más que piel y huesos, de tal modo que Bagheera podía matar tres veces en una sola noche sin poder disfrutar de una comida completa. Pero la peor de las penalidades era la falta de agua, pues aunque los habitantes de la Selva beben raras veces, cuando lo hacen tiene que ser con abundancia.

Y el calor siguió absorbiendo la humedad cada vez más y más hasta que, finalmente, el canal principal del Waingunga fue el único arroyo que aún llevaba un reguerillo de agua entre sus orillas muertas; y cuando Hathi, el elefante salvaje, que vive cien años o más, vio asomar en el mismo centro del arroyo la seca cresta de un roca alargada, estrecha y azul, supo que lo que contemplaban sus ojos era la Roca de la Paz, e inmediatamente, sin moverse del sitio, levantó la trompa y proclamó la Tregua del Agua, tal como su padre la había proclamado cincuenta años antes que él. El ciervo, el jabalí y el búfalo se hicieron eco del grito con voz ronca, mientras que Chil, el milano, voló describiendo enormes círculos a lo largo y a lo ancho para silbar y chillar la advertencia.

Según la Ley de la Selva, se castiga con la muerte a quien mate en los bebederos una vez que se ha declarado la Tregua del Agua. La causa de esto es que la necesidad de beber se considera muy superior a la de comer. Todos los habitantes de la Selva se las pueden arreglar de un modo u otro para salir adelante cuando la caza anda escasa; pero el agua es el agua y cuando no hay más que una sola fuente de suministro se interrumpe toda la caza mientras los habitantes de la Selva acuden a ella para saciar sus necesidades. En las estaciones buenas, cuando el agua es abundante, los que bajan a beber al Waingunga —o a cualquier otro lugar, que para el caso es lo mismo— se juegan la vida, y este riesgo contribuye en no poca medida a la fascinación propia de las actividades nocturnas. Acercarse de una forma tan hábil que no se mueva ni una hoja; meterse hasta la rodilla en medio de los rugientes rápidos que ahogan cualquier ruido que pueda producirse a la espalda de uno; beber, sin dejar de mirar hacia atrás, por encima del hombro, con todos y cada uno de los músculos dispuestos para dar el primer salto desesperado, hijo del

más absoluto terror; revolcarse en la orilla arenosa y regresar, con el hocico mojado y el vientre bien repleto, hasta reunirse con una manada que es toda admiración, es algo de lo que disfruta enormemente el gamo joven y dotado de unas buenas astas, precisamente porque sabe que en cualquier momento Bagheera o Shere Khan pueden saltar sobre él para derribarlo. Pero ahora toda esa diversión al filo de la vida y la muerte había tocado a su fin y el pueblo de la Selva se acercaba, famélico y agotado, a un río casi exhausto. El tigre, el oso, el ciervo, el búfalo y el jabalí, todos juntos, bebían del agua estancada y permanecían a su alrededor, demasiado fatigados para alejarse.

Los ciervos y los jabalíes llevaban todo el día dando vueltas en busca de algo mejor que corteza de árbol seca y hojas marchitas. Los búfalos no habían encontrado ningún barrizal en el que revolcarse para estar frescos, ni ninguna cosecha aún verde que robar. Las serpientes habían abandonado la Selva y habían bajado al río con la esperanza de encontrar alguna rana despistada. Se enroscaban alrededor de las peñas húmedas y ni siquiera amagaban un picotazo cuando algún jabalí, hurgando con el hocico para obtener alimento, las desplazaba. A las tortugas de río las había matado ya hacía mucho tiempo Bagheera, la más astuta de las cazadoras, mientras que los peces se habían enterrado profundamente ellos mismos en el barro seco. Lo único que permanecía extendido a través de los rápidos era la Roca de la Paz, igual que una serpiente alargada, y los cansados reguerillos de agua silbaban al tiempo que se evaporaban al rozar su caliente costado.

Hasta aquí venía Mowgli todas las noches en busca de frescor y compañía. Ni el más hambriento de sus enemigos le hubiera dirigido apenas una mirada al muchacho en aquel tiempo. La piel desnuda le hacía parecer más delgado y miserable que cualquiera de sus iguales. El sol le había decolorado el pelo hasta darle la apariencia de estopa; las costillas le sobresalían como los trenzados de una cesta de mimbre, y los bultos que tenía en codos y rodillas de tanto andar a cuatro patas le daban a sus miembros enjutos el aspecto de manojos de hierba anudados. Pero bajo la melena enmarañada había una mirada fría y tranquila, pues Bagheera era su consejera en aquellos tiempos de tribulación y le había dicho que anduviera sin ruido, que cazase despacio y que nunca, bajo ningún concepto, perdiera la calma.

—Son malos tiempos —dijo la pantera negra una noche de calor asfixiante—, pero pasarán si somos capaces de sobrevivir hasta el final. ¿Tienes el estómago lleno, Cachorro de Hombre?

—Tengo cosas en el estómago, pero no les saco ningún partido. ¿Acaso piensas, Bagheera, que las lluvias nos han olvidado y que no regresarán nunca

más?

—¡Ni hablar! Todavía hemos de ver cómo florece el *mohwa* y a los cervatillos bien gordos gracias a la hierba joven. Ven a la Roca de la Paz para oír las nuevas. Súbete a mi lomo, Hermanito.

—Estos no son tiempos para llevar pesos. Aún puedo mantenerme en pie yo solo, aunque… ciertamente no somos como bueyes bien cebados, ninguno de los dos.

Bagheera se miró el estropeado y polvoriento costado y susurró:

—Anoche maté a un buey que estaba bajo el yugo. He caído tan bajo que creo que no hubiera osado abalanzarme sobre él de haber estado suelto. *¡How!*

Mowgli soltó una carcajada.

—Sí, estamos hechos un buen par de cazadores ahora —dijo—. Yo soy muy audaz… tanto que como gusanillos.

Y los dos bajaron juntos a través de la seca y crujiente maleza hasta llegar a la orilla del río, junto a la labor de encaje formada por los bancos de arena que se extendían en todas las direcciones.

—El agua no va a poder vivir mucho tiempo —dijo Baloo, que se les unió —. Mirad al otro lado. Ya hay huellas como los caminos que traza el hombre.

En la llanura que nacía en la otra orilla, la rígida hierba de la Selva había muerto aun en pie y había quedado momificada. Los senderos trillados por los ciervos y los jabalíes, todos ellos dirigidos hacia el río, habían cubierto la descolorida llanura de franjas que eran como barrancos polvorientos tallados a través de una hierba de tres metros de altura, y, a pesar de lo temprano de la hora, todas estas largas avenidas estaban llenas de animales que se apresuraban por ser los primeros en llegar hasta el agua. Se podía oír a las hembras de los gamos y a los cervatillos tosiendo por el polvo, como si éste fuera rapé.

Río arriba, en la curva que formaba la laguna estancada que había alrededor de la Roca de la Paz, estaba, en calidad de Guardián de la Tregua del Agua, Hathi, el elefante salvaje, junto a sus hijos, con un aspecto lúgubre y gris a la luz de la luna, balanceándose de un lado a otro… balanceándose sin cesar. Un poco más abajo estaba la vanguardia de los ciervos; un poco más abajo aún, los jabalíes y los búfalos salvajes; y en la otra orilla, donde los altos árboles llegaban hasta el borde del agua, estaba el lugar dispuesto aparte para los Devoradores de Carne: el tigre, los lobos, la pantera, el oso y los demás.

—No hay duda de que estamos todos bajo la misma Ley —dijo Bagheera.

Y penetró vadeando en el agua mientras dirigía la mirada al otro lado, hacia las hileras de cuernos que se entrechocaban y los ojos llenos de sobresalto, el lugar en el que los ciervos y los jabalíes se empujaban entre sí de un lado a otro.

—Buena caza para todos los de mi sangre —añadió, mientras se tumbaba cuan larga era, con un costado sobresaliendo por encima del banco de arena; para decir luego, entre dientes—: De no ser por lo que ordena la Ley sería *muy* buena caza.

Los agudos oídos de los ciervos captaron la última frase y un susurro asustado recorrió sus filas. «¡La Tregua! ¡Recuerda la Tregua!».

—¡Orden ahí, orden! —dijo Hathi, el elefante salvaje, con voz gutural—. Se ha establecido la Tregua, Bagheera. Esta no es hora de hablar de caza.

—Eso nadie lo sabe mejor que yo —contestó Bagheera, paseando sus ojos amarillos río arriba—. Soy una devoradora de tortugas… una pescadora de ranas. *¡Ngaayah!* ¡Ojalá pudiera bastarme con masticar ramas para estar satisfecha!

—A *nosotros*, eso nos encantaría —dijo con voz quejumbrosa un cervatillo que había nacido aquella misma primavera y no lo había pasado nada bien.

A pesar de lo desgraciados que se sentían los habitantes de la Selva, ni siquiera Hathi pudo reprimir una risita ahogada; mientras Mowgli, que estaba apoyado sobre los codos y metido en aquellas aguas calientes, lanzó una sonora carcajada al tiempo que pataleaba removiendo la espuma.

—Bien dicho, Cuernitos —ronroneó Bagheera—. Cuando concluya la Tregua será algo que recordar en tu favor.

Y aguzó la vista en medio de la oscuridad para asegurarse de reconocer al cervatillo más adelante.

Las conversaciones fueron surgiendo paulatinamente a lo largo de los distintos bebederos. Se podía oír a los pendencieros jabalíes que, entre bufidos, pedían más sitio; o a los búfalos que gruñían entre sí mientras iban tambaleándose por los bancos de arena; y también a los ciervos que contaban las tristes historias de sus largos vagabundeos y sus pies doloridos en la búsqueda de comida. De vez en cuando les preguntaban algo a los Devoradores de Carne, que estaban al otro lado del río, pero todas las nuevas eran malas, y el viento cálido y rugiente de la Selva iba y venía entre las rocas agitando los árboles y esparciendo ramitas y polvo sobre el agua.

—Los seres humanos están muriéndose también; caen junto a sus arados —dijo un sambhur[1] joven—. He pasado junto a tres de ellos entre este

amanecer y la noche. Yacen inmóviles junto a sus bueyes. También nosotros hemos de yacer inmóviles dentro de poco.

—El río ha bajado más desde anoche —dijo Baloo—. Hathi, ¿has conocido alguna vez una sequía que se asemeje a ésta?

—Pasará. Ya verás como pasará —dijo Hathi, mientras se echaba agua a chorros sobre el lomo y los costados.

—Aquí tenemos a uno que no podrá resistir mucho tiempo —dijo Baloo, y dirigió la mirada hacia el muchacho al que amaba.

—¿Yo? —dijo Mowgli indignado, mientras se sentaba muy erguido en el agua—. Yo no tengo una piel de largo pelo que me cubra los huesos, pero… pero si te quitarán la piel a ti, Baloo…

Hathi se estremeció de pies a cabeza sólo de imaginárselo, y Baloo dijo con voz severa:

—Cachorro de Hombre, no está bien que le digas eso a un Maestro de la ley. Nadie me ha visto nunca sin piel.

—Vaya, no pretendía ofenderte, Baloo; lo que ocurre es que tú eres, por así decirlo, como un coco con cáscara, mientras que yo soy ese mismo coco, pero desnudo. Bien, pues esa cáscara marrón que tienes…

Mowgli estaba sentado con las piernas cruzadas mientras lo explicaba todo ayudándose de su dedo índice, tal como solía hacerlo, y en ese momento Bagheera alargó una de las patas con las garras escondidas y lo tiró al agua de espaldas.

—Vamos de mal en peor —dijo la pantera negra, al tiempo que el muchacho se incorporó farfullando y escupiendo agua—. Primero hay que desollar a Baloo, y ahora resulta que es como un coco. Ten cuidado entonces de que no haga lo que hacen los cocos maduros.

—¿Y qué hacen? —dijo Mowgli, al que Bagheera pilló desprevenido en aquel momento, pues se trataba de una de las adivinanzas más antiguas de la selva.

—Romperte la cabeza —dijo Bagheera suavemente, mientras le daba otro chapuzón.

—No está bien que te burles de tu maestro —dijo el oso después de que Mowgli hubiera sufrido un tercer chapuzón.

—¡Que no está bien! ¿Y qué esperabais? Esa cosa desnuda que va correteando de un lado a otro se burla igual que un mono de los que fueron buenos cazadores en otro tiempo, y es capaz de tirarle de los bigotes al mejor de nosotros sólo por divertirse.

El que así hablaba era Shere Khan, el tigre cojo, que se acercaba al agua dando pequeños traspiés. Aguardó un instante para disfrutar de la sensación que causaba entre los ciervos, que estaban en la orilla opuesta; luego dejó caer la cabeza cuadrada y desgreñada, y comenzó a beber a lengüetazos mientras gruñía.

—La Selva se ha convertido en un criadero de cachorros desnudos. ¡Mírame, Cachorro de Hombre!

Mowgli le miró —mejor dicho, le desafió con la mirada— con toda la insolencia de la que sólo él era capaz, y en menos de un minuto Shere Khan tuvo que apartar la vista, dominado por la inquietud.

—Que si el cachorro de hombre esto, que si el cachorro de hombre lo otro —murmuró entre dientes mientras seguía bebiendo—, ese cachorro no es ni hombre ni cachorro, porque si no, hubiera sentido miedo. Ya me veo pidiéndole permiso para beber la estación que viene. *¡Augrh!*

—Todo se andará —dijo Bagheera, mientras le mirada fijamente a los ojos—. Todo se andará. ¡*Faugh*, Shere Khan! ¿Qué nueva deshonra nos has traído?

El tigre cojo había introducido la barbilla y las fauces en el agua, y de ellas salían ahora manchas oscuras y aceitosas que flotaban río abajo.

—¡Un hombre! —dijo Shere Khan con frialdad—. Lo maté hace una hora.

Y continuó ronroneando y gruñendo para sí.

La hilera de animales se agitó y estremeció de una punta a otra, mientras se elevaba un susurro que acabó por convertirse en un grito:

«¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Ha matado a un hombre!». Entonces, todos dirigieron sus miradas hacia Hathi, el elefante salvaje, pero éste pareció no haber oído nada. Hathi actúa sólo cuando llega el momento adecuado, y ésa es una de las razones por la que vive tanto tiempo.

—¡Matar a un hombre en una temporada como ésta! ¿Acaso no había otra caza a mano? —dijo Bagheera burlona, al tiempo que se apartaba de las aguas manchadas y se sacudía cada una de las garras al estilo de los gatos.

—Maté por gusto… no para comer.

El susurro horrorizado comenzó de nuevo, y los ojillos atentos de Hathi se enfocaron en dirección al tigre.

—Por gusto —dijo Shere Khan arrastrando las palabras—. Ahora he venido a beber y limpiarme. ¿Hay alguien que me lo quiera impedir?

El lomo de Bagheera comenzó a curvarse como lo hace un bambú bajo los efectos de un fuerte viento, pero Hathi levantó la trompa y habló con suavidad:

—¿Has matado por gusto? —preguntó.

Y cuando Hathi hace una pregunta, lo mejor es contestar.

—Así es. Pero estaba en mi derecho porque era mi Noche. Tú bien lo sabes, Hathi —Shere Khan habló de un modo casi cortés.

—Sí, lo sé —respondió Hathi; y, tras un breve silencio, dijo—: ¿Has bebido hasta saciarte?

—Por esta noche, sí.

—Vete, pues. El río es para beber y no para desfilar. Ningún otro que no fuera el tigre cojo hubiera alardeado así de su derecho en una estación como ésta, en la que… en la que sufrimos juntos… el hombre y los habitantes de la Selva por igual. ¡Limpio o sucio, regresa a tu guarida, Shere Khan!

Las últimas palabras resonaron como trompetas de plata y los tres hijos de Hathi se balancearon medio paso hacia delante, aunque no había necesidad alguna de hacerlo.

Shere Khan se escabulló sin osar gruñir siquiera, pues sabía —como lo sabe todo el mundo— que cuando llega la hora de la verdad, el Amo de la Selva es Hathi.

—¿Qué derecho es ése del que habla Shere Khan? —le susurró Mowgli a Bagheera en el oído—. Matar a un hombre es siempre deshonroso. La Ley lo dice así. Y, sin embargo, Hathi dice…

—Pregúntale a él. Yo no lo sé, Hermanito. Con derecho o sin él, si Hathi no hubiera hablado le habría enseñado una buena lección a ese carnicero cojo. Venir a la Roca de la Paz recién salido de la matanza de un hombre (y alardeando de ello además) no es sino una jugarreta propia de un chacal. Y encima ha manchado unas aguas que eran buenas.

Mowgli aguardó unos instantes antes de acumular el valor necesario, porque nadie se atrevía a dirigirse directamente a Hathi, y luego exclamó:

—¿Cuál es ese derecho que tiene Shere Khan, eh, Hathi?

Sus palabras tuvieron eco en ambas orillas, pues todos los habitantes de la Selva son enormemente curiosos y acababan de ver algo que nadie —excepto Baloo, al que se le veía muy pensativo— parecía comprender.

—Se trata de una historia muy antigua —dijo Hathi—; una historia más antigua que la propia Selva. Guardad silencio vosotros, los de las orillas, y os la contaré.

Transcurrieron un par de minutos de empujones y empellones entre los jabalíes y los búfalos, hasta que los jefes de las manadas fueron gruñendo, uno detrás de otro: «aguardamos»; y entonces Hathi avanzó hasta encontrarse metido en la laguna de la Roca de la Paz casi hasta las rodillas. Pese a estar

demacrado, lleno de arrugas y tener los colmillos amarillentos, seguía pareciendo lo que toda la Selva sabía que era: su amo.

—Sabéis, hijos míos —comenzó diciendo—, que, de todas las cosas, a lo que más teméis es al hombre.

Y hubo un murmullo de aprobación ante aquellas palabras.

—Esta historia te concierne, Hermanito —le dijo Bagheera a Mowgli.

—¿A mi? Yo pertenezco a la Manada, soy un cazador del Pueblo Libre —contestó Mowgli—. ¿Qué tengo yo que ver con el hombre?

—¿Y sabéis por qué teméis al hombre? —continuó diciendo Hathi—. Pues ésta es la razón. En el principio de la Selva (y nadie sabe cuándo fue eso) nosotros, los de la Selva, caminábamos juntos, sin temor los unos de los otros. En aquellos tiempos no había sequías, y las hojas, las flores y las frutas crecían todas del mismo árbol, y no conocíamos más que hojas y flores, y yerba y fruta, y corteza de árbol.

—Me alegro de no haber nacido en ese tiempo —dijo Bagheera—. La corteza sirve sólo para afilar las garras.

—Y el Señor de la Selva era Tha, el Primero de los Elefantes. Fue él quien extrajo la Selva de las aguas profundas con su trompa; y donde trazó surcos en la tierra con los colmillos corrieron los ríos; y donde golpeó con la pata surgieron lagunas de agua pura; y cuando soplaba por la trompa (así), caían los árboles. De esta manera hizo Tha la Selva, y así fue como me contaron a mí la historia.

—Debe seguir igual de gorda que la primera vez —susurró Bagheera, y Mowgli se rió tapándose la boca con la mano.

—En aquellos tiempos no había maíz, ni melones, ni pimienta, ni caña de azúcar; ni había tampoco ninguna de esas pequeñas chozas que todos habéis visto; y los habitantes de la Selva no sabían nada del hombre, sino que vivían juntos en la Selva formando un solo pueblo. Pero al poco tiempo comenzaron a pelearse por la comida, aunque había pastos de sobra para todos. Eran perezosos. Todos querían comer sin moverse del sitio, tal como podemos hacer nosotros a veces cuando las lluvias son abundantes en primavera.

»Tha, el Primero de los Elefantes, estaba ocupado haciendo nuevas selvas y canalizando los ríos por sus cauces. No podía estar en todos los sitios a la vez; por consiguiente, nombró juez y señor de la Selva al Primero de los Tigres, de tal forma que los habitantes de la Selva habrían de presentarle a él sus cuitas. En aquellos tiempos el Primero de los Tigres comía fruta y yerba, igual que los demás. Era tan grande como yo y muy hermoso, todo él de un color como el de las flores de la enredadera amarilla. Su piel no tenía ni

franjas ni estrías en aquellos días felices en los que ésta, nuestra Selva, era nueva. Todos los habitantes de la Selva se presentaban ante él sin sentir ningún temor, y su palabra era la Ley de la Selva. Entonces éramos, recordadlo, un solo pueblo.

»Pero una noche se produjo una disputa entre dos gamos (una rencilla sobre pastos, como las que ahora resolvéis con los cuernos y las patas delanteras) y se dice que mientras ambos hablaban a un tiempo ante el Primero de los Tigres, que estaba tumbado entre las flores, uno de los gamos que allí había le dio un empujón con los cuernos, y el Primero de los Tigres se olvidó de que era juez y señor de la Selva y saltó sobre el gamo y le partió el cuello.

»Ninguno de nosotros había muerto hasta aquella noche, y el Primero de los Tigres, al ver lo que había hecho, y atontado y confundido por el olor de la sangre, huyó corriendo hacia los pantanos del norte, con lo que nosotros, los de la Selva, al quedarnos sin un juez comenzamos a pelearnos entre nosotros; y Tha oyó el ruido y regresó. Entonces algunos dijimos que si esto y otros que si lo de más allá, pero él vio al gamo muerto entre las flores y preguntó quién lo había matado, pero nosotros, los de la Selva, no quisimos decirlo porque el olor de la sangre nos confundía y atontaba.

»Corríamos de un lado a otro, describiendo círculos, haciendo cabriolas, lanzando gritos y agitando la cabeza.

»Entonces Tha ordenó a los árboles de ramas bajas y a las enredaderas trepadoras de la Selva que marcaran al que mató al gamo de modo que él lo pudiera conocer, y luego dijo:

»—¿Quién será ahora el Señor de los habitantes de la Selva?

»Entonces el mono gris, que vive en las ramas, dio un salto y dijo:

»—Yo seré ahora el señor de la Selva.

»Tha se rió ante aquello y dijo:

»—Así sea.

»Y se marchó muy enfadado.

»Hijos míos, ya conocéis al mono gris. Entonces era ya igual que ahora. Al principio se cubrió con una máscara de sabiduría, pero al poco tiempo comenzó a rascarse y a saltar de un lado a otro, y cuando Tha regresó se encontró al mono gris colgado cabeza abajo de una rama; y estaba burlándose de los que había abajo, que, a su vez, se burlaban de él.

»De tal manera que la Selva estaba sin Ley… Lo único que quedaba eran cháchara de necios y palabras sin sentido.

»Entonces Tha nos convocó a todos y dijo:

»—El primero de vuestros señores ha traído la Muerte a la Selva y el segundo la Deshonra. Ya es tiempo de que haya una Ley, y una Ley que no debéis desobedecer. Ahora conoceréis al Miedo, y cuando lo hayáis encontrado sabréis que es vuestro señor, y el resto vendrá por añadidura.

»Entonces, nosotros, los de la Selva, dijimos:

»—¿Qué es el Miedo?

»Y Tha dijo:

»—Buscadlo y lo encontraréis.

»Así que recorrimos la Selva de arriba abajo buscando al Miedo, hasta que finalmente los búfalos…

—¡Ah! —exclamó Mysa, el jefe de los búfalos, desde su banco de arena.

—Sí, Mysa, fueron los búfalos. Regresaron con la noticia de que en una cueva de la Selva estaba sentado el Miedo, y que carecía de pelo y caminaba sobre las patas traseras. Entonces nosotros, los de la Selva, seguimos al rebaño hasta llegar a esa cueva, y el Miedo estaba junto a su entrada, y era, tal como habían dicho los búfalos, un ser sin pelo que caminaba sobre las patas traseras. Cuando nos vio lanzó un grito y su voz nos llenó del mismo temor que sentimos ahora cuando oímos esa voz, así que huimos corriendo, pisoteándonos y empujándonos entre nosotros porque teníamos miedo. Aquella misma noche, según me han contado, nosotros, los de la Selva, dejamos de dormir juntos tal como solía ser nuestra costumbre; por el contrario, cada tribu se alejó por su cuenta (los jabalíes con los jabalíes, los ciervos con los ciervos; los cuernos con los cuernos y las pezuñas con las pezuñas; cada oveja con su pareja), y así, estremeciéndose, se quedó la Selva.

»El único que no estaba con nosotros era el Primero de los Tigres, pues seguía aún escondido en los pantanos del norte, y cuando le llegaron nuevas sobre la Cosa que habíamos visto en la cueva dijo:

»—Iré hasta donde se encuentra esa Criatura y le partiré el cuello.

»De modo que estuvo toda la noche corriendo hasta que llegó ante la cueva; pero los árboles y las enredaderas que hallaba a su paso, recordando la orden que les había dado Tha, bajaron sus ramas y lo marcaron según iba corriendo, trazándole las huellas de sus dedos en el lomo, en el costado, la frente y la quijada. Dondequiera que lo tocaban surgía una marca y una franja sobre su piel amarilla. ¡Y son ésas las franjas que sus hijos siguen llevando hoy en día! Cuando llegó ante la cueva, el Miedo (el Ser que no tiene pelo) extendió la mano y lo llamó «el Rayado que llega de noche», y el Primero de los Tigres sintió miedo del Ser que no tiene pelo y escapó aullando de vuelta a las ciénagas.

(En este punto de la historia, Mowgli, que tenía la barbilla en el agua, soltó una risita casi silenciosa).

»Y aulló tan fuerte que Tha le oyó y dijo:

»—¿De qué te lamentas?

»Y el Primero de los Tigres, tras levantar el hocico hacia el cielo recién hecho (el mismo que ahora es tan viejo) dijo:

»—Devuélveme mi poder, Tha. He sido deshonrado en presencia de toda la Selva y he huido corriendo de un Ser que no tiene pelo, que me ha llamado por un nombre deshonroso.

»—¿Y por qué? —preguntó Tha.

»—Porque estoy manchado con el barro de los pantanos —dijo el Primero de los Tigres.

»—Báñate entonces y revuélcate sobre la hierba húmeda; si es barro se te quitará.

»Y el Primero de los Tigres se bañó y se revolcó una y otra vez en la hierba, hasta que la Selva entera empezó a dar vueltas y más vueltas ante sus ojos, pero ni la más pequeña de las rayitas que llevaba sobre la piel desapareció, y Tha, que lo observaba, se rió.

»Entonces, el Primero de los Tigres dijo:

»—¿Qué he hecho yo para merecer esto?

»—Has matado al gamo, y has dejado la Muerte suelta por la Selva, y con la Muerte ha llegado el Miedo, de forma que los habitantes de la Selva tienen miedo los unos de los otros, del mismo modo que tú tienes miedo del Ser que no tiene pelo —contestó Tha.

»Y el Primero de los Tigres dijo:

»—De mí no tendrán miedo porque yo los conozco desde el principio.

»—Ve, pues, a comprobarlo —dijo Tha.

»Y el primero de los Tigres comenzó a corretear de un lado a otro llamando en voz alta al jabalí y al *sambhur* y al puerco espín y a todos los habitantes de la Selva, y todos huían de aquel que había sido su juez, porque tenían miedo.

»Entonces regresó el Primero de los Tigres, con el orgullo herido de muerte, y, al tiempo que se daba cabezazos contra el suelo, desgarró la tierra con todas sus patas diciendo:

»—Recuerda que en otro tiempo fui el Amo de la Selva. ¡No me olvides, Tha! ¡Permite a mis hijos recordar que en otro tiempo no me acompañaban ni la deshonra ni el miedo!

»Y Tha dijo:

»—He aquí lo que haré por ti, porque tú y yo contemplamos juntos cómo se hacía la Selva: durante una noche de cada año todo será tal como fue antes de que mataras al gamo… sólo para ti y tus hijos. En esa única noche, si os encontráis con el Ser que no tiene pelo (que se llama Hombre) no le tendréis miedo, sino que él os lo tendrá a vosotros, como si continuarais siendo jueces de la Selva y amos de todas las cosas. Muéstrate misericordioso con él en la noche en que sienta temor, pues tú ya has conocido al Miedo.

»Y entonces el Primero de los tigres respondió:

»—Me doy por satisfecho.

»Pero cuando volvió a beber vio las rayas negras que le cubrían los costados y el rostro, y entonces recordó el nombre que le había dado el Ser que no tiene pelo y se puso furioso. Vivió durante un año en los pantanos esperando a que Tha cumpliera su promesa. Y en una noche en que el Chacal de la Luna (la estrella Vespertina) brillaba con intensidad por encima de la Selva sintió que su Noche le había llegado, y fue hasta la cueva para encontrarse con el Ser que no tiene pelo. Todo sucedió tal como le había prometido Tha, pues el Ser que no tiene pelo cayó ante él y se quedó tendido de bruces, y el Primero de los Tigres le golpeó y le quebró la espalda porque pensaba que no había más que uno de esos seres en la Selva y que, por lo tanto, había matado al Miedo. Luego, mientras curioseaba sobre la naturaleza de su matanza, oyó a Tha que se acercaba procedente de los bosques del norte, y al poco resonó la voz del Primero de los Elefantes, que es la misma voz que escuchamos en este momento…

El trueno estaba retumbando en aquel instante de una a otra punta de las secas y abrasadas colinas, pero no traía lluvia consigo —sólo un relámpago caliente que parpadeaba a lo largo de los riscos— y Hathi continuó hablando:

—Ésa era la voz que oyó y que le dijo:

»—¿Es ésta tu misericordia?

»El Primero de los tigres se lamió los labios y dijo:

»—¿Qué importa? He matado al Miedo.

»Y Tha le contestó:

»—¡Ah, qué ciego y necio que eres! Le has liberado los pies a la Muerte, que te seguirá los pasos hasta que tú mismo mueras. ¡Le has enseñado al hombre a matar!

»El Primero de los Tigres, que se mantenía rígido y en pie junto al cadáver, dijo:

»—Es igual que el gamo. Ya no existe el Miedo. Ahora volveré a ser el juez de los habitantes de la Selva.

»Y Tha le dijo:

»—Los habitantes de la Selva ya no se volverán a presentar nunca más ante ti. Nunca volverán a cruzarse en tu camino, ni dormirán cerca de ti, ni te seguirán, ni pacerán junto a tu guarida. El único que te seguirá será el Miedo, y te tendrá a su merced con un golpe que no serás capaz de ver. Hará que la tierra se abra bajo tus pies, y que la enredadera se enrolle alrededor de tu cuello, y que los árboles crezcan juntos rodeándote a mayor altura de la que eres capaz de saltar y, para acabar, te quitará la piel para envolver a sus cachorros cuando tengan frío. Tú no le has mostrado ninguna misericordia y ninguna te tendrá él a ti tampoco.

»El primero de los Tigres se sentía muy audaz porque aún estaba bajo el manto de su Noche, así que dijo:

»—La Promesa de Tha sigue siendo la Promesa de Tha. ¿No me quitará pues mi Noche?

»Y Tha dijo:

»—Esta Noche única es tuya, tal como he dicho, pero tiene un precio. Le has enseñado al hombre a matar, y es un ser que aprende rápido.

»El Primero de los Tigres dijo:

»—Está aquí, bajo mi pata, y tiene la espalda rota. Que toda la Selva sepa que he matado al Miedo.

»Entonces Tha se rió y dijo:

»—Has matado a uno de entre muchos, pero tú mismo se lo dirás a la Selva… porque tu Noche ha llegado a su fin.

»Y así llegó el día; y de la entrada de la cueva salió otro Ser de los que no tienen pelo, y vio el cadáver tendido en el sendero, así como al Primero de los Tigres junto a él, y cogió un palo afilado…

—Ahora tiran una cosa que corta —dijo Ikki, bajando ruidosamente hacia la orilla.

Sucedía que los Gonds[2] consideraban a Ikki un manjar exquisito —lo llamaban Hoigoo— y tenía por ello una buena idea de cómo era esa malvada y pequeña hacha gond que vuela a través de las llanuras dando vueltas como si fuera una libélula.

—Era un palo afilado, como los que ponen en el fondo de las trampas —dijo Hathi—, y lo arrojó haciéndolo penetrar en lo más profundo del costado del Primero de los Tigres. De este modo, todo sucedió tal como había dicho Tha, ya que el Primero de los Tigres escapó corriendo entre aullidos de una a otra punta de la Selva hasta que se pudo arrancar el palo, por lo que toda la Selva supo entonces que el Ser que no tiene pelo podía herir desde lejos, y el

Miedo fue aún mayor que antes. Así sucedió que el Primero de los Tigres le enseñó a matar al Ser que no tiene pelo (y ya sabéis el daño que eso nos ha causado desde entonces a todos los pueblos de la Selva), y lo hace mediante el lazo, y el hoyo, y el cepo oculto, y el palo volador, y la mosca punzante que sale de un humo blanco —Hathi se refería al rifle—, y la Flor Roja que nos obliga a salir a los claros. Sin embargo, durante una noche de cada año, el Ser que no tiene pelo teme al tigre, tal como prometió Tha, y el tigre siempre ha procurado no darle motivos para que pierda ese temor. Por eso lo mata allí donde lo encuentra, pues recuerda cómo cayó en la deshonra el Primero de los Tigres. Durante el resto del tiempo, el Miedo recorre la Selva de un lado a otro de día o de noche.

—*¡Ahí! ¡Aoo!* —dijo el ciervo, pensando en lo que eso significaba para ellos.

—Sólo cuando hay un único gran Miedo por encima de todos los demás, como este de ahora, podemos los de la Selva dejar a un lado nuestros pequeños miedos y reunirnos todos en un solo lugar, tal como hacemos ahora.

—¿Y el hombre teme al tigre durante una sola noche? —dijo Mowgli.

—Durante una sola noche —dijo Hathi.

—Pero yo… pero nosotros… todos los de la Selva saben que Shere Khan mata al hombre dos o tres veces en una sola luna.

—Precisamente. En esas ocasiones salta sobre él desde detrás y aparta la cabeza al mismo tiempo que le hiere, porque está lleno de temor. Si el hombre le mirara saldría corriendo. Pero durante su única noche acude abiertamente a la aldea. Camina entre las casas e introduce la cabeza por la puerta, y los hombres caen todos de bruces, y allí mismo hace su matanza. Una sola muerte en esa noche.

—¡Ah! —dijo Mowgli para sí, mientras se daba la vuelta en el agua—. ¡*Ahora* entiendo por qué me pidió Shere Khan que le mirase! Aunque no sacó nada en limpio porque no pudo sostenerme la mirada, y… y yo ciertamente no caí ante él. Pero eso es porque no soy un hombre, sino un miembro del Pueblo Libre.

—*¡Mmm!* —dijo Bagheera desde lo más profundo de su garganta recubierta de pelo—. ¿Sabe el tigre cuándo le ha de llegar su Noche?

—Nunca antes que el Chacal de la Luna se vea claramente por encima de la niebla vespertina. A veces, esta Noche del Tigre tiene lugar en la sequedad del verano; y otras, en medio de la humedad de las Lluvias. De no ser por el Primero de los Tigres no habría existido nunca, ni tampoco hubiéramos conocido el temor ninguno de nosotros.

El ciervo se lamentó con un gruñido y los labios de Bagheera se curvaron formando la mueca de una sonrisa maligna.

—¿Y los hombres conocen esta… historia? —preguntó.

—Nadie la conoce salvo los tigres y nosotros, los elefantes, los hijos de Tha. Ahora vosotros, los que estáis junto a las charcas, la habéis oído. He dicho.

Hathi introdujo la trompa en el agua como señal de que ya no deseaba hablar.

—Pero… pero… pero… —dijo Mowgli, volviéndose hacia Baloo— ¿por qué no continuó el Primero de los Tigres comiendo hierba, y hojas, y árboles? Lo único que hizo fue partirle el cuello al gamo. No *comió*. ¿Qué le impulsó a probar la carne caliente?

—Los árboles y las enredaderas lo marcaron, Hermanito, y lo convirtieron en la criatura rayada que nosotros conocemos. Nunca más comió de sus frutos, pero a partir de ese día se vengó en los ciervos y los demás, los Comedores de Hierba —dijo Baloo.

—Entonces *tú* conoces la historia, ¿eh? ¿Por qué no la había oído yo antes?

—Porque la Selva está llena de historias como ésa. Si empezara a contarlas; no acabaría nunca. Y suéltame la oreja, Hermanito.

La Ley de la Selva



USTAMENTE para que tengáis una idea de la inmensa variedad de la Ley de la Selva, he traducido en verso rimado (Baloo siempre la recitaba en una especie de cantinela) unas pocas leyes de las que se refieren a los lobos. Existen, por supuesto, cientos y cientos de leyes más, pero éstas bastarán como muestra de los preceptos más sencillos:

He aquí la Ley de la Selva,
tan antigua y verdadera como el cielo;
podrá prosperar el lobo que la cumpla,
mas el que la infrinja rodará por el suelo.

Igual que la enredadera ciñe a un tronco,
la Ley nos cubre el pecho y la espalda;
pues la fuerza de la manada recae en el lobo,
y la del lobo en la manada.

Bebe siempre sin exceso y lávate cada día
desde la punta de la cola a la de la nariz;
y recuerda que la noche es para cazar
y no olvides que el día es para dormir.

Puede el chacal al tigre seguir,
mas el lobo es cazador de por vida.
Lobezno, cuando te crezcan los bigotes,
sal y consigue tu propia comida.

Vive en paz con los Señores de la Selva:
el tigre, el oso, la pantera;
no molestes a Hathi, el Silencioso,
y no te burles del jabalí en su madriguera.

Cuando dos manadas en la Selva se topen
y ambas el mismo rastro seguir parezcan,
échate hasta que los jefes hayan hablado,
pues tal vez las palabras prevalezcan.

Cuando luchéis con un lobo de la manada
debéis combatir solos y apartados,
no sea que otros tomen parte en la reyerta
y los lobos por la guerra se vean diezmados.

El cubil del lobo es su refugio,
el lugar en que se ha construido su hogar;
ni siquiera el jefe de los lobos puede acudir,
ni siquiera el Consejo podrá entrar.

El cubil del lobo es su refugio,
pero si lo ha cavado sin verdadero denuedo,

el Consejo le ha de enviar recado
para que lo construya de nuevo.

Si cazas antes de la medianoche
no despiertes a los bosques con tu aullido,
no sea que alejes a los ciervos de sus pastos
y tus hermanos tengan que irse de vacío.

Podéis cazar para vosotros, vuestras parejas y cachorros,
según sus necesidades y vuestra capacidad;
pero no caces por placer,
y, siete veces siete, al hombre nunca has de matar.

Si le robas la caza a otro más débil,
en tu orgullo no devores toda la pieza;
la Manada protege al más humilde,
déjale pues la piel y la cabeza.

La caza de la Manada sólo a ella pertenece.
Cómela en el lugar donde se encuentre;
nadie puede a su cubil llevar una parte,
de lo contrario merecerá la muerte.

La caza del lobo sólo al lobo pertenece.
Con ella puede hacer su voluntad,
y hasta que no haya dado su permiso,
nadie de la Manada la podrá probar.

El cachorro de un año tiene también su derecho:
de toda su Manada puede exigir
que le alimenten una vez haya comido el cazador,
y nadie puede este derecho infringir.

El derecho de cubil pertenece a la madre:
de todos los de su año puede exigir
una pata de cada presa para su camada,
y nadie puede este derecho infringir.

El derecho de la cueva pertenece al padre:
cazar para los suyos a solas.
Es libre de acudir o no a la Manada
y sólo el Consejo podrá juzgar su obras.

Por su edad y su astucia,
por su garra y su ser,
la palabra del jefe de los lobos,
es ley en lo que no ataña a la Ley.

He aquí las Leyes de la Selva,
que son muchas y de gran poder;
pero su cabeza y su garra,
su pata y su joroba es una: ¡obedecer!

El milagro de Purun Bhagat

La noche en que sentimos que se abriría la tierra
nos lo llevamos de la mano de repente,
porque lo amábamos con un amor de fiera,
que sabe pero no comprende.

Y cuando la colina se quebró rugiente,
nuestro mundo se derrumbó en el continuo llover,
y lo salvamos, nosotras, las criaturas dolientes,
pero ¡oh, dolor! ¡Ya no ha de volver!

Llorad, pues, lo salvamos por el pobre amar
del que las criaturas salvajes son capaces.
¡Llorad! Nuestro hermano ya no ha de despertar,
¡y nos persiguen los de su propia clase!

Canto elegíaco de los langures.





IEMPO ha vivió en la India un hombre que fue primer ministro de uno de los estados nativos semiindependientes que había en el noroeste del país. Era un brahmán, que es una casta tan elevada que la cuestión de las castas dejaba de tener sentido para él. Su padre había sido un importante funcionario entre la chusma vestida de colorines que constituye una corte hindú anticuada. Pero al ir creciendo, Purun Dass se dio cuenta de que el viejo orden estaba cambiando y que si alguien deseaba prosperar en este mundo tendría que llevarse bien con los ingleses e imitar todo aquello que los ingleses creyesen bueno. Al mismo tiempo, un funcionario indígena debe conservar el beneplácito de su señor. Se trataba de un juego difícil, pero el tranquilo, callado y joven brahmán, ayudado por una buena educación inglesa en la Universidad de Bombay, lo jugó con sangre fría y fue ascendiendo, escalón tras escalón, hasta llegar a ser primer ministro del reino. Esto significa que poseía un poder real mayor que el de su señor, el Maharajá[3].

Cuando murió el anciano rey —que albergaba todo tipo de sospechas con respecto a los ingleses, sus ferrocarriles y sus telégrafos—, Purun Dass contaba con la más elevada estima por parte de su joven sucesor, que había sido educado bajo la autoridad de un tutor inglés, y entre los dos, aunque siempre tuvo buen cuidado de que su señor recibiera todas las alabanzas, fundaron escuelas para niñas, construyeron carreteras, pusieron en marcha hospitales públicos y exposiciones de aperos para la labranza, e igualmente publicaban anualmente un libro blanco sobre el «Progreso moral y material del Estado», con todo lo cual el Ministerio de Exteriores Británico y el Gobierno de la India estaban encantados.

Son muy pocos los estados indígenas que adoptan en lo más mínimo la idea del progreso propia de los británicos, pues no están dispuestos a creer, al contrario que Purun Dass —que demostraba hacerlo—, que lo que era bueno para un inglés debía ser el doble de bueno para un asiático.

El primer ministro se convirtió en un amigo agasajado por virreyes, gobernadores y subgobernadores, misioneros médicos, misioneros vulgares, avezados jinetes del ejército inglés que acudían a cazar a las reservas del Estado, así como por hordas enteras de turistas que viajaban de una punta a otra de la India durante la estación más fresca enseñándole a todo el mundo cómo había que llevar las cosas.

En su tiempo libre concedía becas para el estudio de la medicina y las técnicas empresariales según los patrones ingleses, y también escribía cartas al *Pioneer*[4], el diario indio más importante, en las que explicaba los objetivos y motivaciones de su señor.

Finalmente, fue de visita a Inglaterra, aunque tuvo que pagarles sumas enormes a los sacerdotes cuando regresó, porque incluso un brahmán de casta tan elevada como Purun Dass perdía su casta al cruzar el oscuro mar. En Londres tuvo encuentros y habló con todos a los que merecía la pena conocer —las personas cuyos nombres dan la vuelta al mundo—, y vio más de lo que dijo. Recibió títulos honoríficos de doctas universidades y pronunció discursos en los que hablaba de las reformas sociales hindúes a damas inglesas vestidas con trajes de noche; tanto hizo que todo Londres exclamó: «Éste es el hombre más fascinante con el que hemos cenado desde que existen los manteles».

Cuando regresó a la India se vio rodeado de una aureola de gloria, pues el virrey mismo efectuó una visita únicamente para otorgarle al Maharajá la Gran Cruz de la Estrella de la India —repleta toda ella de diamantes, lazos y esmaltes—, y, en la misma ceremonia, mientras retumbaban los cañones, nombró a Purun Dass caballero comandante de la Orden del Imperio Indio (*KCIE*), de modo que a partir de entonces se le llamó sir Purun Dass, *KCIE*.

Aquella noche, durante la cena que tuvo lugar en la gran tienda del virrey, se levantó con la condecoración y el collar de la Orden sobre el pecho, y en respuesta a un brindis a la salud de su señor, pronunció un discurso que pocos ingleses podrían haber superado.

Al mes siguiente, cuando la ciudad había recuperado su soleada quietud, hizo algo que a ningún inglés se le hubiera ocurrido ni en sueños, pues, en todo lo que atañe a los asuntos mundanos, se murió. La Orden enjoyada que lo convirtió en caballero fue devuelta al Gobierno indio, se eligió a un nuevo

primer ministro para que se hiciera cargo de todos los asuntos y hubo tal cantidad de comunicaciones e idas y venidas entre los funcionarios subordinados que parecía que estuviesen jugando a ser una oficina de correos. Los sacerdotes sabían lo que había sucedido y el pueblo se lo imaginaba; pero la India es el único lugar del mundo en el que un hombre puede hacer lo que le plazca sin que nadie pregunte la razón de sus actos, y el hecho de que el *Dewan*[5] sir Purun Dass, KCIE hubiera renunciado a su cargo, al palacio y al poder a cambio de un cuenco para pedir limosna, el traje de color tierra propio de un *Sunnyasi*, un hombre santo, no se consideraba que fuera nada extraordinario. Había sido, tal como recomienda la Ley Antigua, un joven durante veinte años, un luchador durante otros veinte —aunque nunca hubiese llevado encima un arma en toda su vida— y un cabeza de familia durante otros veinte años más. Había utilizado su riqueza y su poder para lo que sabía que servían; había aceptado los honores cuando éstos se cruzaron en su camino; había contemplado a hombres y ciudades próximos y lejanos, y los hombres y las ciudades se habían puesto en pie para aclamarle. Ahora iba a abandonar todo aquello, igual que un hombre abandona una capa que ya no necesita.

A su espalda, al tiempo que traspasaba las puertas de la ciudad con una piel de antílope, una muleta con mango de latón bajo el brazo y un cuenco para pedir limosna hecho con un coco de mar[6] marrón y pulimentado en la mano, descalzo, solo, con la mirada dirigida al suelo… a su espalda se oían las salvas que disparaban desde los baluartes en honor a su feliz sucesor. Purun Dass asintió con la cabeza. Aquella vida había tocado a su fin; y de ella no guardaba un recuerdo ni mejor ni peor que el que se tiene de uno de esos sueños incoloros propios de la noche. Era un *Sunnyasi* —un mendigo sin hogar, un vagabundo que depende de su prójimo a la hora de conseguir el pan de cada día—, pero mientras quede en la India un bocado que dividir no morirán de hambre ni los sacerdotes ni los pobres. No había probado la carne en toda su vida y eran muy raras las ocasiones en las que ni siquiera había comido pescado. Un billete de cinco libras hubiera bastado para cubrir sus gastos personales de alimento durante cualquiera de los muchos años en los que había sido dueño absoluto de un dinero que se contaba por millones. Incluso durante la época en que lo agasajaron en Londres mantuvo para sí su sueño de paz y tranquilidad: los largos, blanquecinos y polvorientos caminos de la India, marcados de una a otra punta por las huellas de pies descalzos, el tráfico incesante y lento y el olor acre de la leña quemada que asciende

caracoleando por la penumbra del ocaso, entre las higueras bajo las que se sientan los caminantes para cenar.

Cuando le llegó la hora de hacer realidad su sueño, el primer ministro dio los pasos adecuados, y a los tres días hubiera sido más fácil encontrar una burbuja en el seno del inmenso Atlántico que a Purun Dass entre los millones de personas que andan errantes, se separan o se juntan en la India.

Por la noche tendía la piel de antílope donde le alcanzaba la oscuridad, a veces en un monasterio *Sunnyasi*[a] de los que había junto al camino; otras junto a uno de los santuarios con columnas de barro consagrados a Kala Pir, unos lugares en los que los Yoguis, que son otra de las neblinosas subdivisiones en que están agrupados los hombres santos, le recibían como lo hacen aquellos que conocen el valor de castas y de más divisiones; otras veces, en fin, era en la afueras de una pequeña aldea india, en la que los niños se le acercaban a hurtadillas con la comida que habían preparado sus padres; y aun otras se encontraba en medio de la oscuridad absoluta de los pastizales, y entonces las llamas que surgían de su hoguera de leña menuda despertaban a los somnolientos camellos. A Purun Dass le daba exactamente igual —o a Purun Bhagat[b], que era el nombre que había adoptado ahora—. La tierra, las gentes y los alimentos eran todos iguales. Pero, inconscientemente, sus pasos le alejaban hacia el norte y el este; desde el sur a Rohtak; desde Rohtak a Kurnool; desde Kurnool a la población en ruinas de Samanah, y de ahí río arriba a lo largo del cauce seco del Gugger, el río que se llena sólo cuando caen las lluvias sobre las colinas; hasta que un día vio la línea que dibujaba en la lejanía el gran Himalaya.

Entonces Purun Baghat se sonrió al recordar que su madre era de los brahmanes de la raza de los rajhputras, que viven cerca de Kulu —o sea, una mujer de las montañas que vive añorando siempre las nieves— y recordó también que la más mínima traza de sangre montañesa acaba por tentar a cualquier hombre para que regrese al lugar al que pertenece.

—Allá —dijo Purun Baghat, mientras acometía las primeras laderas de los montes Sewalik, donde los cactus se yerguen como candelabros de siete brazos—, allá me sentaré para adquirir sabiduría.

El frío viento del Himalaya le silbaba en los oídos mientras hollaba el camino que conduce a Simia.

La última vez que había transitado por aquel camino había sido entre grandes pompas, con una ruidosa escolta de caballería, para visitar al más gentil y afable de los virreyes, y los dos habían estado hablando durante una hora sobre amigos mutuos que quedaban en Londres y sobre lo que los

habitantes de a pie de la India pensaban realmente. En esta ocasión, Purun Baghat no hizo visita alguna, sino que se apoyó sobre la verja del paseo para contemplar la fabulosa vista de las llanuras, que se extendían a lo largo de cuarenta millas[7] bajo su mirada, hasta que llegó un policía mahometano que le dijo que estaba interrumpiendo el tráfico; y Purun Baghat, reverencialmente, le hizo una zalema a la ley, pues conocía su valor y estaba buscando una ley propia. Luego, reanudó su camino y aquella noche durmió en una choza vacía de Chota Simia, un lugar que parece el mismísimo fin del mundo, pero que no era sino el principio de su viaje.

Siguió el camino del Himalaya al Tibet, un sendero de unos tres metros de anchura abierto a base de barrenos en la roca viva o apuntalado con maderos sobre abismos de varios cientos de metros de profundidad; una senda que se zambulle en cálidos y húmedos valles cerrados y que asciende para cruzar laderas desnudas, apenas cubiertas por una rala maleza, sobre las que el sol brilla ardiente como si atravesara una lupa; o que serpentea atravesando bosques oscuros en los que se oye el agua gotear, donde los helechos arborescentes cubren de arriba abajo a los troncos de los árboles y donde el faisán llama a su pareja. Se encontró con pastores tibetanos acompañados de sus perros y rebaños de ovejas, en los que cada oveja lleva una bolsita de bórax[8] sobre el lomo; con leñadores errantes o con lamas cubiertos de mantos y sayos que llegaban de peregrinaje a la India; con mensajeros de los diminutos y solitarios estados de las montañas que corrían la posta como desesperados sobre sus caballos con franjas o llenos de manchas; y también con la cabalgata de un rajá que iba de visita; o, si no, durante todo un claro y largo día no divisaba más que a un oso negro que gruñía y buscaba comida con el hocico allá abajo, en un valle. Al principio, cuando partió, el rugido del mundo que abandonaba aún le retumbaba en los oídos, igual que el rugido producido en un túnel sigue retumbando mucho después de que lo haya atravesado un tren; pero una vez que hubo dejado atrás el paso de Mutteeanee terminó todo aquello y Purun Baghat se quedó solo consigo mismo: caminando, haciéndose preguntas, pensando, con los ojos dirigidos al suelo y los pensamientos flotando entre las nubes.

Un anochecer cruzó el paso más elevado de los que había visto hasta entonces —le supuso dos días de ascensión— y se encontró ante una línea de picos nevados que ocupaba todo el círculo del horizonte; eran montañas de entre cinco y seis mil metros de altura y que parecían casi lo bastante cercanas como para poder alcanzarlas tirando una piedra, aunque estaban a cincuenta o sesenta millas de distancia. El paso estaba coronado por un bosque tupido y

oscuro: deodaras, nogales, cerezos silvestres, olivos y perales también silvestres, pero sobre todo *deodaras*, que son los cedros del Himalaya; y bajo la sombra de las deodaras se alzaba un santuario vacío consagrado a Kali[9], que es Durga, que es también Sitala, a la que a veces se adora para conjurar la viruela.

Purun Dass barrió el suelo, le sonrió a la estatua, que mostraba una alegre mueca, se preparó un pequeño hogar de barro en la parte trasera del santuario, extendió su piel de antílope sobre un lecho de frescas agujas de pino, se colocó su *bairagi* (la muleta con el mango de latón) bajo uno de los brazos y se sentó a descansar.

La ladera de la montaña caía justo a sus pies, limpia y sin obstáculos a lo largo de unos quinientos metros, al final de los cuales se aferraba a la escarpada cuesta una aldehuela de casas de piedra con los tejados de tierra aplastada. Estaba toda ella rodeada de pequeños terraplenes cultivados que parecían como retales de tejido sobre las rodillas de la montaña; se veían también vacas del tamaño de escarabajos, que pastaban entre los pulidos círculos de piedra que formaban las eras. Más allá del valle, la mirada se confundía ante el tamaño de las cosas y al principio no fue capaz de darse cuenta de que lo que parecía maleza baja sobre la ladera de la montaña de enfrente era en realidad un bosque de pinos de treinta metros de altura. Purun Bhagat vio a un águila que caía en picado hacia la gigantesca depresión, pero aquel enorme pájaro fue menguando hasta parecer un puntito antes de haber recorrido la mitad del camino. Había unos pocos grupos de nubes esparcidos sobre el valle que se adherían a las laderas y ascendían y se desvanecían cuando llegaban a la altura del paso.

—Aquí encontraré la paz —dijo Purun Bhagat.

Un hombre de las montañas no les da mayor importancia a unos pocos cientos de metros arriba o abajo, y tan pronto como los aldeanos vieron el humo que salía del santuario vacío, el sacerdote de la aldea subió por los terraplenes de la ladera para darle la bienvenida al extraño.

Cuando su mirada se cruzó con la de Purun Bhagat —la mirada de un hombre acostumbrado al dominio sobre miles de sus semejantes— se inclinó hasta casi tocar el suelo con la frente, cogió el cuenco de pedir limosna sin pronunciar una sola palabra y regresó a la aldea diciendo:

—Por fin tenemos a un hombre santo. Jamás había visto a un hombre así. Viene de las llanuras —pero es de tez pálida—, un brahmán entre brahmanes.

Entonces las amas de casa de la aldea dijeron:

—¿Piensa que se quedará con nosotros?

Y todas se esmeraron en cocinar las comidas más sabrosas para el Bhagat. La comida de las montañas es muy sencilla, pero con el trigo sarraceno, el maíz indio, el arroz, los pimientos rojos, un poco de pescado del arroyo que hay en el valle, miel de las colmenas en forma de chimeneas excavadas en las paredes de piedra, albaricoques secos, cúrcuma, jengibre silvestre y tortas de harina, una mujer piadosa puede hacer cosas buenas, y lo que el sacerdote le llevó al Bhagat fue un cuenco lleno hasta arriba. «¿Se iba a quedar con ellos?», le preguntó el sacerdote. «¿Necesitaría un chela —un discípulo— para que mendigara en su nombre? ¿Tenía alguna manta para cuando hiciese frío? ¿Le gustaba la comida?».

Purun Bhagat comió y le dio las gracias al donante. Tenía intenciones de quedarse. «Eso bastaba —dijo el sacerdote—. Sería suficiente con que dejase el cuenco de pedir limosnas fuera del santuario, en el hueco que formaban aquellas dos raíces retorcidas de allí, y le traerían alimentos al Bhagat todos los días, pues la aldea se sentía honrada de que un hombre así —y dirigió una tímida mirada al rostro del Bhagat— permaneciera entre ellos».

Aquel día supuso el final de los vagabundeos de Purun Bhagat.

Había llegado al lugar dispuesto para él: el silencio y el espacio. Una vez conseguido eso, el tiempo se detuvo, y él mismo, sentado a la entrada del santuario, no hubiera podido saber si estaba vivo o muerto; si era hombre con dominio sobre sus miembros o si formaba parte de las montañas, y de las nubes, y de la mutable lluvia, y de la luz del sol. Repetía para sí un nombre cientos y cientos de veces, hasta que, con cada repetición, parecía ir saliendo poco a poco de su propio cuerpo, alzándose hasta encontrarse en puertas de un enorme descubrimiento; pero, justo en el momento en que comenzaban a abrirse las puertas, su cuerpo lo arrastraba de vuelta y, con gran pesar, sentía que estaba de nuevo encerrado entre la carne y los huesos de Purun Bhagat.

El cuenco de pedir limosna quedaba todas las mañanas, colmado, en el cruce de las raíces, junto al santuario. A veces lo traía el sacerdote; otras, un mercader *ladakhi*[10] que se alojaba en la aldea y estaba ansioso por hacer méritos, subía dificultosamente por el sendero; pero habitualmente era la mujer que había cocinado la comida aquella noche, que murmuraba, apenas audible:

—Habla en mi favor ante los dioses, Bhagat. ¡Habla en favor de tal persona, la esposa de Menganito de Tal!

De vez en cuando el honor le era concedido a algún muchacho audaz, y Purun Bhagat le oía depositar el cuenco y salir corriendo tan rápido como se lo permitían las piernas, pero el Bhagat nunca bajó a la aldea. Ésta se extendía

como un mapa a sus pies. Podía ver las reuniones, que se celebraban al anochecer y que tenían lugar en el círculo formado por las eras, ya que aquél era el único trozo de terreno llano; podía ver el maravilloso e inefable verde del arroz joven, el azul añil del maíz indio, el trigo sarraceno en campos que parecían esclusas y, en su sazón, la roja flor del amaranto, cuyas minúsculas semillas, por no ser ni grano ni legumbre, constituyen un alimento que los hindúes pueden tomar legítimamente en época de ayuno.

Cuando el año llegaba a su fin, los tejados de las cabañas se convertían todos en cuadrados del más puro oro, pues era allí donde se ponían a secar las mazorcas de maíz. El cuidado de las abejas y la cosecha, la siembra del arroz y su descascarillado fueron pasando ante sus ojos, como en una labor de encaje allá abajo, sobre los pedacitos de tierra con tantos lados, y pensó en todas estas actividades, y se preguntó a dónde conducían todas ellas en último término.

Incluso en la India populosa un hombre no puede estar sentado quieto todo el día si no quiere que los animales no domésticos le correteen por encima como si fuera una roca; y en aquel territorio virgen pasó muy poco tiempo antes de que los animales, que conocían muy bien el santuario de Kali, regresaran para observar al intruso. Los *langures*, los grandes monos de bigotes grises que viven en el Himalaya, fueron, naturalmente, los primeros, pues son la curiosidad encarnada. Una vez que hubieron tirado el cuenco de pedir limosna haciéndolo rodar por el suelo, además de afilarse los dientes en la muleta con mango de latón y hacer muecas ante la piel de antílope, decidieron que aquel ser humano que estaba sentado tan quieto era inofensivo. Por las noches bajaban de un salto de los pinos, hacían ruegos con las manos para que les diera algo de comer y luego se alejaban balanceándose entre curvas llenas de gracia. También les gustaba el calor del fuego y se arremolinaban a su alrededor hasta que Purun Bhagat tenía que apartarlos para echar más leña, y por las mañanas, la mayoría de las veces, se encontraba a un mono peludo que había decidido compartir con él su manta. Durante todo el día, uno u otro de la tribu se sentaba junto a él mirando fijamente hacia la nieve, canturreando y adoptando una expresión indeciblemente triste y sabia.

Después de los monos llegó el *barasingh*, ese gran ciervo que es como los ciervos rojos ingleses, sólo que más grande. Quería quitarse el pelillo que le había salido entre los cuernos frotándose contra las frías piedras de la estatua de Kali, y cuando vio al hombre ante el santuario golpeó violentamente en el suelo con las patas. Pero Purun Bhagat no se movió lo más mínimo y, poco a

poco, el venado real se acercó hasta apoyar el hocico sobre su hombro. Purun Bhagat deslizó su fresca mano hasta acariciarle las astas, y el contacto tranquilizó al desasosegado animal, que inclinó la cabeza, y Purun Bhagat, con mucha suavidad, le frotó y le quitó el pelillo. Más tarde, el *barasingh* trajo a su pareja y al cervatillo de ambos, criaturas dóciles que se apoyaban murmurando contra la manta del hombre santo, o, si no, acudía él solo por la noche, con los ojos verdes entre el parpadeo de la hoguera, para obtener su ración de nueces frescas. Finalmente, el almizclero, el más tímido y casi el más pequeño de los ciervos, llegó igualmente, con sus grandes orejas de liebre bien erguidas; hasta el abigarrado y tímido *mushick-nabha* (el almizclero) debía necesariamente descubrir lo que significaba esa luz en el santuario, para descansar su hocico como de alce en el regazo de Purun Bhagat sin dejar de ir y venir entre las sombras que producía el fuego. Purun Bhagat los llamaba a todos «mis hermanos», y su exclamación contenida «*¡Bhai! ¡Bhai!*» les hacía salir del bosque a mediodía si estaban lo bastante cerca para oírle. El oso negro del Himalaya, voluble y lleno de recelo —Sona, el que tiene una marca blanca en forma de «V» bajo la mandíbula—, pasó junto al santuario en más de una ocasión, y puesto que el Bhagat no mostraba miedo, Sona tampoco mostraba enfado, sino que le observaba, y se fue aproximando cada vez más, hasta rogarle una caricia y una limosna de pan o de bayas. A menudo, en medio de la quietud del amanecer, cuando el Bhagat subía hasta la misma cumbre del paso para contemplar el rojo día caminando entre los picos nevados, se encontraba a Sona que arrastraba las patas y gruñía pegado a sus talones, introduciendo con curiosidad su pata delantera bajo los troncos caídos y retirándola con un «*uuf*» de impaciencia; en otras ocasiones, sus pasos a primera hora de la mañana despertaban a Sona, que yacía todo acurrucado; entonces, aquella enorme fiera se incorporaba muy erguido con ánimo de pelea, hasta que escuchaba la voz del Bhagat, por la que conocía a su mejor amigo.

Casi todos los ermitaños y hombres santos que viven apartados de las grandes ciudades tienen fama de ser capaces de obrar milagros con los animales, pero todo el milagro consiste en permanecer inmóvil, en no realizar jamás un movimiento brusco y, durante mucho tiempo al menos, en no mirar nunca directamente a los ojos del visitante. Los aldeanos veían el perfil del *barasingh* andando con paso majestuoso en los bosques que hay detrás del santuario; veían al *minaul*, el faisán del Himalaya, resplandeciendo con sus más hermosos colores ante la estatua de Kali; y veían a los *langures*, sentados dentro en cuclillas, jugando con las cáscaras de nuez. Parte de los niños,

además, habían oído a Sona canturreando para sí, a la manera de los osos, detrás de las rocas caídas, y con todo ello, la fama milagrosa del Bhagat se confirmó.

Sin embargo, nada estaba más lejos de sus pensamientos que los milagros. Creía que todas y cada una de las cosas eran un único gran milagro, y cuando alguien sabe tanto, es que tiene un buen punto de partida para vivir. Sabía con total seguridad que no hay nada ni grande ni pequeño en este mundo; por ello, día y noche, se esforzaba por encontrar a través del pensamiento un camino que le permitiera penetrar en el corazón de las cosas, un camino que le devolviera al lugar del que había venido su alma.

Sumido en estos pensamientos, su cabello enmarañado le caía sobre los hombros; la losa de piedra que estaba junto a la piel de antílope presentaba un agujerito donde apoyaba su muleta con mango de latón; el lugar entre los troncos donde, día tras día, descansaba el cuenco de pedir limosna se desgastó hasta convertirse en un hueco casi tan pulido como el propio coco marrón; y todos los animales sabían cuál era su sitio exacto junto al fuego. Los campos cambiaban de color con las estaciones; las eras se llenaban y vaciaban, y se llenaban de nuevo; una y otra vez, los *langures* retozaban junto a las ramas espolvoreadas de fina nieve hasta que, con la llegada de la primavera, las hembras traían a sus crías de ojos tristes de los valles más cálidos. En la aldea hubo pocos cambios. El sacerdote era más viejo, y muchos de los niños que solían llevarle el cuenco enviaban ahora a sus propios hijos; y si uno les preguntaba a los aldeanos cuánto tiempo llevaba su hombre santo viviendo en el santuario de Kali, en lo alto del desfiladero, contestaban: «siempre».

Entonces cayeron unas lluvias estivales como no se había visto en las montañas desde hacía muchas estaciones. Durante tres meses largos, el valle estuvo envuelto en una niebla formada por nubes que se descargaban con un firme e incesante llover, sucediéndose las tormentas una tras otra. El santuario de Kali se alzaba por encima de las nubes la mayor parte del tiempo, y hubo un mes entero durante el cual el Bhagat no tuvo ni el más mínimo atisbo de su aldea. Ésta se hallaba oculta bajo una blanca capa de nubes que se agitaba, transformaba y rodaba sobre sí misma y que se combaba hacia arriba pero sin soltarse en ningún momento de sus estribos: los chorreantes flancos del valle.

Durante todo ese tiempo no oyó más que el sonido de millones de reguerillos de agua que transcurrían encima de él, en los árboles, o debajo, por la tierra, empapando las agujas de pino, goteando desde las lenguas de los helechos manchados de barro y saliendo a chorros cuesta abajo a lo largo de cenagosos cauces recién excavados. Luego, salió el sol, trayendo el buen

incienso de las deodaras y de los rododendros y ese aroma distante y limpio al que las gentes de las montañas llaman «el aroma de las nieves». El cálido sol duró una semana y luego las lluvias se reunieron para desplomarse en una última tormenta, y el agua cayó formando cortinas que desgarraban la tierra y rebotaban en forma de barro. Purun Bhagat preparó una gran hoguera para aquella noche, pues estaba seguro de que sus hermanos iban a necesitar el calor, pero ni un solo animal apareció por el santuario, a pesar de que los llamó una y otra vez hasta que se durmió preguntándose qué podría haber sucedido en los bosques.

En lo más negro de la noche, con la lluvia redoblando sobre lo que parecían mil tambores, le despertó un pellizco en la manta, y al estirarse se topó con la manita de un *langur*.

—Se está mejor aquí que en los árboles —dijo medio dormido, mientras soltaba uno de los pliegues de la manta—. Toma y caliéntate.

El mono le cogió de la mano y dio un fuerte tirón.

—¿Es comida lo que quieres? —dijo Purun Bhagat—. Aguarda un momento y te prepararé una poca.

Al tiempo que se arrodillaba para echar leña al fuego, el *langur* corrió hasta la puerta del santuario, murmuró a media voz y regresó corriendo para pellizcarle la rodilla.

—¿Qué sucede? ¿Qué te preocupa, Hermano? —dijo Purun Bhagat, pues la mirada del *langur* estaba llena de cosas que no podía comprender.

—A menos que uno de los de tu raza esté en una trampa, y aquí nadie pone trampas, no pienso salir afuera con este tiempo. ¡Mira, Hermano, hasta el *barasingh* viene a buscar cobijo!

El ciervo entró a grandes pasos en el santuario y sus astas chocaron contra la estatua de Kali de alegre mueca. Luego las bajó en dirección a Purun Bhagat y pateó el suelo mostrando su inquietud bufando al mismo tiempo a través de un hocico medio contraído.

—¡Ay, ay! —dijo el Bhagat, chasqueando los dedos—, ¿es éste el pago que recibo por el alojamiento de una noche?

Pero el ciervo lo empujó hacia la puerta, y cuando lo estaba haciendo, Purun Bhagat oyó el ruido de algo que se abría con un suspiro y vio cómo dos de las losas del suelo se separaban, mientras la pegajosa tierra de debajo hacía un ruido como de succión.

—Ya lo entiendo —dijo Purun Bhagat—. No culpo a mis hermanos por no sentarse junto al fuego esta noche. La montaña se está derrumbando. Y sin embargo…, ¿por qué iba yo a marcharme? —sus ojos fueron a parar al

cuenco de las limosnas y le cambió la expresión del rostro—. Me han dado comida todos los días desde… desde que llegué y, si no me doy prisa, mañana no habrá ni una sola boca en todo el valle. Realmente debo ir a avisar a los de abajo. ¡Apártate, Hermano! Déjame llegar hasta la hoguera.

El *barasingh* se apartó a regañadientes cuando Purun Bhagat introdujo una antorcha de pino en el centro de las llamas haciéndola girar hasta que ardió bien.

—¡Ah! Vinisteis a advertirme —dijo, incorporándose—. Haremos algo mejor aún, mucho mejor. Vamos fuera, venga, y préstame tu cuello, Hermano, pues yo no tengo más que dos pies.

Se agarró a la cruz temblorosa del *barasingh* con la mano derecha, mantuvo la antorcha alejada con la mano izquierda, y salió del santuario internándose en la desesperación de la noche. No había ni un soplo de viento, pero la lluvia casi ahogó la llama mientras el enorme ciervo iba cuesta abajo a toda velocidad, deslizándose sobre las ancas. Tan pronto como hubieron dejado el bosque atrás, se les unieron más hermanos del Bhagat. Oía, aunque no los podía ver, a los *langures* que se apelotonaban a su alrededor, y, detrás, el «*¡uj!, ¡uj!*» de Sona. La lluvia le enredó los largos cabellos blancos hasta darles aspecto de cuerdas, todo eran chapoteos de agua bajo sus pies desnudos y su túnica amarilla se adhería a aquel viejo y frágil cuerpo, pero mantuvo el paso con firmeza, apoyándose contra el *barasingh*. Ya no era un hombre santo, sino sir Purun Dass, *KCIE*, primer ministro de un estado nada pequeño, un hombre acostumbrado al mando que había salido a salvar vidas. Y abajo, por el sendero cenagoso, se fueron todos juntos en tropel, el Bhagat y sus hermanos, cada vez más abajo hasta que las patas del ciervo resonaron y tropezaron contra la pared de una era, el cual bufó entonces porque acababa de olfatear a los hombres. Ahora estaban a la entrada de la única y serpenteante calle de la aldea, y el Bhagat golpeó los barrotes de las ventanas de la casa del herrero con su muleta, al tiempo que su antorcha ardía con fuerza renovada al cobijo del alero del tejado.

—¡Levantaos y salid! —gritó Purun Bhagat, que ya no reconocía su propia voz, pues hacía años que no le hablaba en voz alta a otro hombre—. ¡La montaña se derrumba! ¡La montaña se está derrumbando! ¡Levantaos y salid, los de dentro!

—Es nuestro Bhagat —dijo la esposa del herrero—. Está rodeado de sus animales. Coge a los pequeños y da la alarma.

Ésta corrió de casa en casa, mientras los animales, apiñados en la estrechez de la calle, se agitaban y acurrucaban alrededor del Bhagat y Sona

resoplaba con impaciencia.

La gente se apresuró a salir a la calle —todos juntos no pasaban de los setenta— y a la luz de las antorchas vieron a su Bhagat que retenía al aterrado *barasingh*, mientras los monos le tiraban de la túnica en un espectáculo entristecedor y Sona estaba sentado sobre sus ancas y rugía.

—¡Cruzad el valle y ascended por la montaña! —gritó Purun Bhagat—. ¡Que nadie se quede regazado! ¡Nosotros os seguiremos!

Entonces las gentes echaron a correr como sólo los montañeses pueden hacerlo, pues sabían que en un corrimiento de tierras hay que subir hacia el punto más alto que haya en el lado opuesto del valle. Huyeron, vadeando entre chapoteos el riachuelo del fondo del valle, y siguieron corriendo con la respiración entrecortada mientras escalaban los terraplenes que había al fondo de la llanura, y el Bhagat y sus hermanos les seguían. Subieron cada vez más arriba por la montaña del otro lado, llamándose continuamente por los nombres —la forma de pasar lista en la aldea—, y, pegado a sus talones, se esforzaba por seguir avanzando el gran *barasingh*, que soportaba el peso del Purun Bhagat, al que le estaban fallando las fuerzas. Finalmente, el ciervo se detuvo a la sombra de un denso pinar, a unos ciento cincuenta metros montaña arriba. Su instinto, que le había advertido del corrimiento de tierras que iba a tener lugar, le dijo que allí estaría seguro.

Purun Bhagat se dejó caer a su lado sintiendo que se desmayaba, pues la lluvia helada y el terrible esfuerzo de la escalada lo estaban matando; pero antes gritó en la dirección de las antorchas diseminadas que veía ante él;

—Permaneced donde estáis y comprobad si falta alguno.

Luego, al ver que todas las antorchas se juntaban en un solo grupo, le susurró al ciervo:

—Quédate conmigo, Hermano. ¡Quédate… hasta que… me… vaya!

En el aire se oyó un suspiro que creció hasta ser un murmullo, y el murmullo creció hasta convertirse en un rugido, y el rugido sobrepasó los límites de lo audible, y la ladera en la que estaban los aldeanos acusó un golpe en la oscuridad y se estremeció. Luego una nota, tan firme, profunda y real como el do grave de un órgano, lo absorbió todo durante lo que quizá fueran cinco minutos, mientras las mismísimas raíces de los pinos temblaban a su son. Acabó apagándose, y el sonido de la lluvia cayendo sobre millas y más millas de duro suelo y pastos se transformó en el ahogado tamborilear del agua al caer sobre tierra blanda. Eso sólo ya hablaba por sí mismo.

En ningún momento ni uno de los aldeanos —ni siquiera el sacerdote— tuvo la osadía necesaria para hablarle al Bhagat que les había salvado la vida.

Se acurrucaron bajo los pinos y aguardaron la llegada del nuevo día. Cuando éste llegó dirigieron la mirada hacia el valle y vieron que lo que fueran bosques, y terraplenes, y pastos surcados de senderos, era ahora una sola mancha borrosa y rojiza en forma de abanico, con unos pocos árboles que habían sido arrojados cabeza abajo sobre la pendiente. Aquella tierra rojiza llegaba hasta bastante arriba de la montaña en la que se habían refugiado y hacía de presa del riachuelo, que había comenzado a extenderse formando un lago de aguas de color ladrillo. De la aldea, del camino hasta el santuario, del santuario mismo y del bosque que había detrás, no quedaba ni huella.

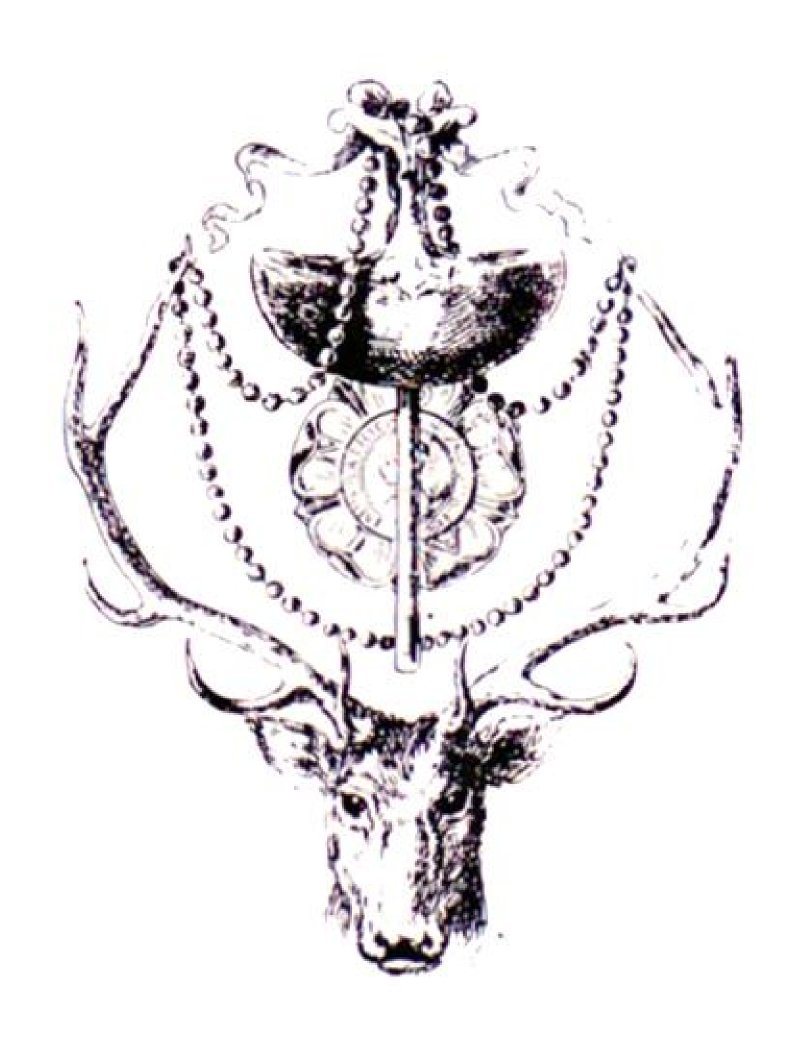
En un radio de una milla de ancho y unos seiscientos metros de profundidad, la ladera de la montaña se había derrumbado en masa, cortada en pico, de arriba abajo.

Y los aldeanos, uno a uno, avanzaron de puntillas por el bosque para orar ante su Bhagat. Vieron al barasingh de pie junto a él, el cual huyó cuando ellos se acercaron, y oyeron a los langures lamentándose desde las ramas, y a Sona gimiendo montaña arriba; pero su Bhagat estaba muerto, sentado, con las piernas cruzadas, la espalda contra un árbol, la muleta bajo el brazo y el rostro dirigido hacia el noroeste.

El sacerdote dijo:

—¡Contemplad un milagro tras otro, pues es en esta actitud como se debe enterrar a todos los *Sunnyasis*! Por lo tanto, donde está ahora le construiremos un templo a nuestro hombre santo.

Construyeron el templo antes de que pasara un año —un pequeño santuario de piedra y tierra— y a la montaña la llamaron la montaña del Bhagat, y hoy en día continúan realizando sus cultos allí, con luces, flores y ofrendas. Pero no saben que el santo de su adoración es el difunto sir Purun Dass, *KCIE, DCL, Ph D*[11], etcétera, en otro tiempo primer ministro del docto y avanzado estado de Mohiniwala, además de miembro honorario o correspondiente de más sociedades eruditas y científicas de las que pueden servir de algún provecho en este mundo o en el otro.



La canción de Kabir[12]



H, ligero era el mundo que en sus manos se ha llevado!
¡Pesada la leyenda de las tierras del que tuvo tanto!
Ha abandonado el guddee[13], se ha puesto el manto,
¡Y se ha ido como bairagi declarado!

Ahora el blanco camino de Delhi es su sendero alfombrado
El sal[14] y el Kikar[15] del calor deberán protegerlo;
su hogar es el campamento, la multitud y el desierto…
¡Busca el Camino como bairagi declarado!

Ha mirado al Hombre y su mirar continúa inmaculado.
(Hubo *Uno*; hay *Uno* y siempre será *Uno*, dijo Kabir).
Lo Roja Neblina del Hacer en nubecilla se ha de convertir,
¡pues él ha elegido la senda del bairagi declarado!

Para aprender a conocer a su hermano el prado, a su hermana la fiera y aun a Dios, su hermano, se ha ido del Consejo y se ha puesto el manto.

«¿Me oís?» —dijo Kabir—, ¡es un bairagi declarado!



Que entre la Selva

¡Cubridlos con un velo, rodeadlos con una pared,
flor, enredadera y yerba mala!
¡Olvidemos el ruido y el ser,
el olor y el contacto de esa raza!

Enormes cenizas negras junto al altar.
He aquí la lluvia de los pies blancos
que trae consigo los campos sin cultivar
porque nadie podrá ya espantarlos.
Los muros, ciegos, ignorados, ruinosos, se han de agrietar,
¡y que nadie vuelva a habitarlos!





YA sabéis que después de que Mowgli clavara la piel de Shere Khan en la Roca del Consejo les dijo a todos los que quedaban en la Manada de Seeonee que de allí en adelante cazaría por la Selva en solitario; ante lo que los cuatro hijos de Madre y Padre Lobo afirmaron que cazarían con él. Pero no es fácil cambiar de vida en un minuto —especialmente en la Selva—. Lo primero que hizo Mowgli tras dispersarse casi a hurtadillas la desorganizada manada fue marcharse a la cueva que había sido su hogar y dormir durante un día y una noche enteros. Luego les contó a Madre y Padre Lobo todo lo que ellos eran capaces de comprender de sus aventuras entre los hombres; y cuando hizo que el sol de la mañana se reflejara de una punta a otra de la hoja de su cuchillo de desollar —el mismo con el que le había quitado la piel a Shere Khan—, le dijeron que sí había aprendido algo. Después, Akela y el Hermano Gris tuvieron que explicar su participación en la gran estampida de los búfalos por el desfiladero, Baloo subió la colina para poder oírlo todo y Bagheera se rascó de punta a rabo de puro goce que sentía ante el modo en que Mowgli había dirigido su guerra.

Hacía un buen rato que había amanecido, pero a nadie se le ocurría siquiera la idea de irse a dormir, y, de vez en cuando, durante la conversación, Madre Loba levantaba la cabeza y olfateaba profundamente y con satisfacción el olor de la piel de tigre que le traía el viento desde la Roca del Consejo.

—De no haber sido por Akela y Hermano Gris —dijo Mowgli a modo de conclusión— no podría haber hecho nada. ¡Ah, madre, madre! ¡Si hubieras visto al rebaño de toros negros lanzándose en tropel por el desfiladero o traspasar corriendo el portón cuando la Manada de los Hombres me arrojaba piedras!

—Me alegro de no haber visto eso último —dijo Madre Loba con severidad—. No tengo por costumbre permitir que apedreen a mis cachorros haciéndoles correr de un lado a otro como si fueran chacales. Yo le habría cobrado un tributo por eso a la Manada de Hombres, pero hubiese perdonado la vida a la mujer que te dio la leche. Sí, la habría perdonado a ella.

—¡Calma, calma, Raksha! —dijo Padre Lobo perezosamente—. Muestra ranita ha vuelto… y tan sabio que hasta su propio padre tiene que lamerle los pies. ¿Y qué importancia tiene un corte más o menos en la cabeza? Deja a los hombres en paz.

—Deja a los hombres en paz —se hicieron eco Baloo y Bagheera al unísono.

Mowgli, con la cabeza apoyada sobre el costado de Madre Loba, sonrió satisfecho y dijo que él, por su parte, no tenía ni el más mínimo deseo de ver, oler u oír al hombre nunca más.

—¿Pero y si… —dijo Akela, mientras aguzaba un oído—, pero y si los hombres no te dejan en paz a ti, Hermanito?

—Somos cinco —dijo Hermano Gris, mirando al grupo y rechinando los dientes al pronunciar la última palabra.

—Tal vez nosotros nos uniéramos a esa cacería —dijo Bagheera, meneando la cola y mirando a Baloo—. Pero ¿por qué pensar ahora en los hombres, Akela?

—Ésta es la razón —contestó el Lobo Solitario—: después de ver cómo se colgaba la piel del rufián amarillo en la roca desanduve nuestro camino hasta la aldea pisando mis propias huellas, tomando desviaciones y tumbándome sobre ellas para confundir el rastro en caso de que alguien nos siguiera. Pero cuando ya había enmarañado de tal manera el rastro que casi ni yo mismo lo podía seguir, Mang, el murciélago, apareció cazando entre los árboles, se quedó suspendido sobre mí y dijo: «La aldea de la Manada de los Hombres, esa de la que arrojaron al cachorro de hombre, está zumbando como si fuera un avispero».

—Les tiré una piedra bien gorda —dijo entre risas Mowgli, que a menudo se había divertido arrojando papayas maduras en los avisperos para después echar a correr hacia la laguna más cercana, antes de que le cogieran la avispas.

—Le pregunté a Mang qué había visto. Dijo que la Flor Roja había brotado a la puerta de la aldea, y que los hombres se sentaban a su alrededor con escopetas en las manos. Y bien; yo sé, porque tengo buenas razones para saberlo —y Akela dirigió la mirada hacia las viejas cicatrices que tenía en los

costados e ijadas—, que los hombres no llevan escopetas para divertirse. Dentro de poco, Hermanito, habrá un hombre con una escopeta que nos seguirá el rastro… si es que, de hecho, no lo está haciendo ya en este instante.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo? Los hombres me han arrojado de su seno. ¿Qué más quieren? —dijo Mowgli con enfado.

—Tú eres el hombre, Hermanito —le respondió Akela—. No es cosa *nuestra*, de los Cazadores Libres, decirte lo que hacen los de tu raza, ni sus motivos.

Tuvo el tiempo justo para apartar bruscamente la pata al tiempo que el cuchillo de desollar penetraba profundamente en la tierra sobre la que la había tenido apoyada. Mowgli lanzó su golpe más rápidamente de lo que un ojo humano normal es capaz de seguir, pero Akela era un lobo; y hasta incluso un perro, que está ya muy lejos de su ancestro, el lobo, puede despertarse al sentir el contacto de una rueda de carro en el costado y saltar a tiempo y sin sufrir daño antes de que la rueda avance.

—Otra vez será —dijo Mowgli suavemente, mientras envainaba su cuchillo—; más te vale que cuando hables de la Manada de los Hombres y de Mowgli respires profundamente entre medias.

—*¡Pff!* Ése sí que es un colmillo afilado —dijo Akela, olfateando el corte que había hecho el cuchillo en la tierra—, pero el tiempo que has pasado con la Manada de los Hombres te ha hecho muy lento, Hermanito. Yo podría haber matado a un gamo durante todo el tiempo que has necesitado para asestar el golpe.

Bagheera se levantó de un salto, extendió el cuello todo lo que podía, olfateó y todas y cada una de las curvas de su cuerpo se pusieron rígidas. Hermano Gris siguió rápidamente su ejemplo, colocándose un poco a su izquierda para que le llegase el viento que soplaba desde la derecha, mientras que Akela corrió unos cincuenta metros en la dirección de la que venía el viento y se quedaba medio agachado e igualmente rígido. Mowgli les observó con envidia. Él podía oler más cosas que casi ningún otro ser humano, pero nunca había alcanzado la sensibilidad exquisita propia de los olfatos de la Selva; y los tres meses que había pasado en la humeante aldea le habían hecho perder mucho, para su desgracia.

A pesar de todo, se humedeció el dedo, lo frotó contra la nariz y se puso de puntillas para captar el olor que circula más arriba, el cual, aunque es el más débil, también es el más revelador.

—¡Un hombre! —gruñó Akela, dejándose caer sobre las ancas.

—¡Buldeo! —dijo Mowgli, sentándose—. Sigue nuestro rastro, y allí está el reflejo del sol sobre su escopeta. ¡Mirad!

No fue más que un centelleo de sol, que duró una fracción de segundo, y que se reflejaba en las abrazaderas de cobre del viejo mosquete Tower, pero no hay nada en la Selva que parpadee exactamente con ese brillo, salvo cuando las nubes echan carreras en el cielo; en este caso, un trozo de mica, o una charca, o incluso una hoja muy pulida brillan como heliógrafos. Pero el día era tranquilo y sin nubes.

—Sabía que nos seguirían los hombres —dijo Akela con tono de triunfo —. No he sido jefe de la Manada por casualidad.

Los cuatro cachorros no dijeron nada, sino que corrieron cuesta abajo arrastrando el vientre y fundiéndose entre las zarzas y el monte bajo, igual que un topo se funde en un prado.

—¿A dónde vais sin mi autorización? —les dijo Mowgli.

—*¡Chist!* ¡Vamos a traer rodando su calavera hasta aquí antes del mediodía! —contestó Hermano Gris.

—¡Volved! ¡Volved aquí y aguardad! ¡El hombre no devora al hombre! —chilló Mowgli.

—¿Quién era un lobo no hace ni un momento? ¿Quién me atacó con el cuchillo por pensar que podría ser un hombre? —dijo Akela, mientras los cuatro lobos regresaban a regañadientes y se dejaban caer sobre las patas traseras.

—¿Acaso tengo que explicar las razones de todo lo que decida hacer? —dijo Mowgli con furia.

—¡He ahí al hombre! ¡He ahí a un hombre hablando! —murmuró Bagheera entre sus bigotes—. Así era como hablaban los hombres alrededor de las jaulas del rey en Oodeypore. Nosotros, los de la Selva, sabemos que el hombre es el ser más sabio. Pero si diésemos crédito a nuestros oídos deberíamos saber que de entre todas las criaturas es la más necia —y alzando la voz, añadió—: El cachorro de hombre tiene razón en este caso. Los hombres cazan en manada. Matar a uno sin saber lo que van a hacer los otros es mala caza. Venga, veamos cuáles son las intenciones de ese hombre hacia nosotros.

—Nosotros no iremos —gruñó Hermano Gris—. Caza tú solo, Hermanito. Nosotros sí sabemos lo que queremos. La calavera hubiese estado ya lista para traer.

Mowgli había estado mirando alternativamente a cada uno de sus amigos, con el pecho a punto de reventar y los ojos llenos de lágrimas. Dio un paso

hacia los lobos y, dejándose caer sobre una de las rodillas, dijo:

—¿Acaso yo no sé lo que quiero? ¡Miradme!

Le miraron con inquietud, y cuando desviaban la mirada él los volvía a llamar una y otra vez, hasta que se les pusieron los pelos de punta y se estremecieron de punta a rabo, mientras Mowgli seguía mirándoles fijamente, sin descanso.

—Y bien —dijo—, ¿de nosotros cinco, cuál es el jefe?

—Tú eres el jefe, Hermanito —dijo Hermano Gris, y le lamió el pie a Mowgli.

—Seguidme, entonces —dijo Mowgli, y los cuatro se le pegaron a los talones con la cola entre las piernas.

—Esto es lo que pasa por vivir con la Manada de los Hombres —dijo Bagheera, deslizándose detrás de ellos—. En la Selva hay ahora algo más que la Ley de la Selva, Baloo.

El viejo oso no dijo nada, pero pensaba muchas cosas.

Mowgli se movió sin ruido a través de la Selva trazando un ángulo recto con el camino seguido por Buldeo, hasta que, apartando un poco el monte bajo, vio al viejo, con el mosquete al hombro, siguiendo con trote cansino el rastro de la noche anterior.

Recordaréis que Mowgli había abandonado la aldea con el gran peso de la piel sin curtir de Shere Khan sobre los hombros, mientras Akela y Hermano Gris trotaban detrás de él, de modo que el rastro triple estaba marcado con toda claridad. Al poco Buldeo llegó hasta donde Akela, que, como sabéis, había vuelto para enmarañarlo todo. Entonces se sentó, tosió y gruñó, y luego hizo pequeñas búsquedas en la Selva por los alrededores para coger la pista de nuevo, y durante todo ese tiempo los que estaban observando se hallaban a menos de un tiro de piedra de distancia. Nadie sabe ser tan silencioso como un lobo cuando no quiere que le oigan, y Mowgli, aunque los lobos pensaban que se movía con mucha torpeza, sabía ir y venir como una sombra. Rodearon al viejo igual que un banco de marsopas rodea a un vapor que va a toda máquina, y al tiempo que lo rodeaban seguían hablando despreocupadamente, pues su hablar comienza por debajo de la escala inferior que es capaz de oír un oído humano sin entrenamiento. (El otro extremo tiene su inicio en el agudo chillido de Mang, el murciélago, que muchas personas son incapaces de percibir en absoluto. Y es a partir de esa nota como se desarrolla todo el habla de los pájaros, los murciélagos y los insectos).

—Esto es mejor que cualquier caza —dijo Hermano Gris, mientras Buldeo se agachaba, entrecerraba los ojillos y resoplaba—. Parece un cerdo

perdido en la Selva que hay junto al río. ¿Qué dices? —preguntó, pues Buldeo murmuraba furiosamente.

—Dice que alrededor mío debieron bailar manadas enteras de lobos. Dice que jamás había visto un rastro como ése en toda su vida. Dice que está cansado —tradujo Mowgli.

—Habrá descansado antes de dar con él de nuevo —dijo Bagheera tranquilamente, mientras se deslizaba alrededor de un tronco, siguiendo con el juego de la gallinita ciega.

—¿Y *ahora*, qué está haciendo esa criatura escuchimizada?

—Comer o soplar humo por la boca. Los hombres no paran nunca de juguetear con la boca —dijo Mowgli.

Y los silenciosos rastreadores vieron cómo el viejo llenaba, encendía y chupaba de una pipa de agua, y tomaron buena nota del olor del tabaco para así estar seguros de identificar a Buldeo en la más negra de las noches si fuera necesario.

Entonces apareció por el sendero un grupito de carboneros, que, naturalmente, se detuvieron a charlar con Buldeo, cuya fama de cazador se extendía por un radio de al menos veinte millas a la redonda. Se sentaron todos y se pusieron a fumar, y Bagheera y los demás se acercaron a observar, mientras Buldeo comenzó a contar la historia de Mowgli, el niño diablo, de principio a fin, con añadiduras e invenciones. De cómo él había matado realmente a Shere Khan, y de cómo Mowgli se había convertido en lobo y había luchado con él durante toda la tarde, para luego volver a transformarse en un niño y hechizar el rifle de Buldeo, de forma que la bala dobló una esquina cuando él había apuntado a Mowgli, matando por el contrario a uno de los búfalos del propio Buldeo; y de cómo la aldea, sabiendo que él era el cazador más valiente de Seeonee, le había enviado con la misión de matar a este niño diablo. Pero, entretanto, los de la aldea habían hecho prisioneros a Messua y a su marido, que eran indudablemente los padres de aquel niño diablo, y los habían encerrado en su propia cabaña, y dentro de poco los torturarían para hacerles confesar que eran una bruja y un mago, y entonces los quemarían.

—¿Cuándo? —dijeron los carboneros, porque les gustaría mucho estar presentes en la ceremonia.

Buldeo dijo que no harían nada hasta que él regresara, porque los de la aldea querían que matase al niño de la Selva primero. Una vez hecho eso, se desharían de Messua y de su marido y repartirían sus tierras y búfalos entre los de la aldea. El marido de Messua tenía unos búfalos extraordinariamente

hermosos, por otra parte. Buldeo pensaba que acabar con los brujos era una gran cosa; y las personas que daban cobijo a niños lobo salidos de la Selva eran, sin duda ninguna, brujos de la peor especie.

—Pero —le preguntaron los carboneros— ¿qué pasaría si los ingleses se enteraban? Los ingleses, según les habían dicho, eran un pueblo absolutamente loco que no les permitían a los campesinos honrados quemar en paz a las brujas.

—¿Y qué? —les dijo Buldeo—. El jefe de la aldea informaría de que Messua y su marido habían muerto de picaduras de serpiente. Todo estaba ya arreglado, y lo único que faltaba por hacer ahora era matar al niño lobo. ¿No habrían visto por casualidad a esa criatura?

Los carboneros miraron a su alrededor con recelo, y dieron gracias a su estrella por no haberlo visto; pero no les cabía duda de que alguien tan valeroso como Buldeo le encontraría si era posible hacerlo. El sol estaba ya bastante bajo y ellos tenían la intención de acercarse a la aldea de Buldeo para ver a aquella bruja malvada. Buldeo dijo que, aunque su deber era matar al niño diablo, no podía pensar en la posibilidad de permitir que un grupo de hombres desarmados atravesara la Selva, de la que podría surgir el lobo endiablado en cualquier momento, sin una escolta. Él, por consiguiente, les acompañaría, y si aparecía el hijo de la hechicera…, bueno, ya les demostraría cómo trataba a esas criaturas el mejor cazador de Seeonee. El Brahmán, dijo, le había entregado un encantamiento contra aquella criatura que le permitiría estar absolutamente a salvo.

—¿Qué dice?, ¿qué dice?, ¿qué dice? —repetían los lobos cada pocos minutos.

Y Mowgli se lo tradujo hasta llegar a la parte de la historia en la que se hablaba de la bruja, que era algo que desbordaba su comprensión, y entonces les dijo que el hombre y la mujer que habían sido tan buenos con él estaban en una trampa.

—¿Acaso el hombre prepara trampas para el hombre? —dijo Bagheera.

—Eso dice él. No puedo entender lo que dicen. Están todos locos. ¿Qué tienen Messua y su pareja que ver conmigo para que los metan en una trampa, y qué significa todo eso de la Flor Roja? Tengo que investigar. Lo que quiera que deseen hacerles a Messua, no se lo harán hasta que Buldeo regrese. Así que…

Mowgli se puso a pensar con todas sus fuerzas, mientras jugueteaba con los dedos a lo largo del mango del cuchillo de desollar, y entonces Buldeo y los carboneros se alejaron llenos de valentía en fila india.

—Volveré a todo correr a donde está la Manada de los Hombres —dijo Mowgli por fin.

—¿Y ésos? —dijo Hermano Gris, mirando con hambre hacia las espaldas oscuras de los carboneros.

—Acompañadles con vuestros cantos —dijo Mowgli, sonriendo—; no quiero que lleguen ante las puertas de la aldea antes de que se haga de noche. ¿Podréis retenerlos?

Hermano Gris enseñó los dientes para demostrar su desprecio:

—O mucho me equivoco en lo que sé del hombre, o les haremos dar vueltas y más vueltas, como si fueran cabras atadas a un palo.

—No necesito tanto. Cantadles un rato, para que no se sientan solos por el camino; y Hermano Gris, la canción no tiene por qué ser de las más dulces. Ve con ellos, Bagheera, y ayúdales a entonarla. Cuando caiga la noche nos veremos junto a la aldea… Hermano Gris sabe dónde.

—No es pequeño el esfuerzo de trabajar para un cachorro de hombre. ¿Cuándo voy a poder dormir? —dijo Bagheera, bostezando, pero en el brillo de los ojos se le notaba que estaba encantada con aquel juego—. ¡Yo, cantarles a hombres desnudos! Pero vamos a probar.

Bajó la cabeza para que el sonido llegara lejos y dio un larguísimo aullido de «buena caza»…, un grito propio de la medianoche en plena tarde, lo que no dejaba de ser lo suficientemente espantoso para empezar. Mowgli lo oyó a su espalda: retumbó, subió, bajó y se apagó con una especie de gemido que ponía los pelos de punta, y comenzó a reírse para sí mientras atravesaba la Selva corriendo. Pudo ver a los carboneros acurrucados y formando una piña, así como el cañón del viejo Buldeo, que se agitaba, igual que la hoja de un platanero, dirigiéndose casi en todas las direcciones a un tiempo. Luego, Hermano Gris lanzó el *¡Ya-la-hi! ¡Yalaha!*, la llamada con la que se provoca la estampida de la *nilghai*, la gran vaca azul, un grito que pareció brotar de los mismísimos confines de la Tierra y acercarse, cada vez más y más, hasta que acabó en un chillido tremendo cortado en seco. Los otros tres lanzaron la respuesta, hasta que incluso Mowgli hubiera jurado que la Manada entera estaba aullando al unísono, y después todos juntos prorrumpieron en la espléndida «Canción de la Mañana en la Selva», con todos los quiebros, florituras y notas elegantes que un lobo de la Manada domina con su voz grave. Lo que viene a continuación es una tosca transcripción del canto, pero tenéis que imaginar cómo suena cuando rompe el silencio vespertino de la Selva:

Nuestros cuerpos hace tan sólo un momento
no arrojaban sombras a la llanura;
ahora, claras y negras, siguen nuestro movimiento.
Regresemos, pues, a casa con presura.
En el silencio de la mañana, cada roca y planta fiel
se sostiene rígida, alta y reseca.
Entonces lanzamos la llamada: «¡Buen descanso a aquel
que la Ley de la Selva obedezca!».

Nuestros pueblos, cuerno y piel, en la mañana
a cubierto se quieren ocultar;
agachados, cautelosos, hacia la cueva y la montaña
los Barones de la Selva se han de deslizar.
Fuertes, los bueyes del hombre ya se pueden ver,
se esfuerzan por tirar del recién uncido arado;
y desnudo y terrible se ve el rojo amanecer
por encima del talao[16] *iluminado.*

¡Corred! ¡Al cubil! El sol es una llama
que surge detrás del prado sumiso,
y de entre el joven bambú mana
el susurro de aviso.
A la luz del día recorremos nuevos parajes;
y entre guiños y parpadeos cada uno se esconde
mientras por el cielo gritan los patos salvajes:
¡El día… el día es del Hombre!

Se secó el rocío que calaba nuestros costados,
o se cayó mientras íbamos andando;
y donde bebimos, en los ríos encharcados,
el barro se está resquebrajando.
La oscuridad renuncia a ocultar, ya no fiel
la garra extendida u oculta del que permanezca.
Escuchad, pues, la llamada: «¡Buen descanso a aquel
que la Ley de la Selva obedezca!».

Pero ninguna traducción podría transmitir la sensación que producía, ni los quejidos desdeñosos con que los Cuatro cargaron cada palabra al oír el crujido de los árboles cuando los hombres se subieron apresuradamente a las ramas y Buldeo comenzó a repetir exorcismos y encantamientos. Luego, se tumbaron a dormir, pues, al igual que les sucede a todos los que viven de su propio esfuerzo, eran muy metódicos, y nadie puede trabajar bien sin haber dormido.

Mientras tanto, Mowgli iba devorando las millas, unas nueve por hora, balanceándose, encantado de encontrarse tan en forma después de los meses que había pasado inactivo entre los hombres. La idea que dominaba su mente era sacar a Messua y a su marido de la trampa, como quiera que ésta fuese, porque sentía recelos instintivos hacia las trampas. Más adelante, se prometió a sí mismo, ya le cobraría todas sus deudas a la aldea entera.

Estaba anocheciendo cuando vio los pastizales conocidos y el árbol de *dâhk*[17], junto al que le había esperado Hermano Gris la mañana en que mataron a Shere Khan. A pesar de la furia que sentía hacia toda la raza y la comunidad humana, hubo algo que le produjo un nudo en la garganta y que le hizo contener la respiración cuando miró hacia los tejados de la aldea. Observó que todos habían regresado de los campos extraordinariamente temprano y que, en lugar de ocuparse de la preparación de la cena, se reunieron formando una sola masa bajo el árbol de la aldea y no paraban de charlar y gritar.

—Está visto que los hombres no pueden estar contentos si no es preparando continuamente trampas para otros hombres —dijo Mowgli—. Anoche fue Mowgli —aunque esa noche parezca haber pasado hace muchas lluvias—. Esta noche son Messua y su pareja. Mañana, y durante muchas más noches, volverá a tocarle el turno a Mowgli.

Se arrastró junto a la parte exterior del muro hasta llegar frente a la choza de Messua y entonces miró por la ventana. Messua yacía allí, amordazada y atada de pies y manos, respirando con dificultad y gimiendo; su marido estaba atado al armazón coloreado de la cama. La puerta de la choza que daba a la calle estaba cerrada a cal y canto, y había tres o cuatro personas sentadas con la espalda apoyada en ella.

Mowgli conocía muy bien los modos y costumbres de los aldeanos. Se dijo que mientras pudieran comer, hablar y fumar, no harían ninguna otra cosa, pero tan pronto como se hubieran saciado de comida comenzarían a ser peligrosos. Buldeo llegaría al poco rato y, si su escolta había cumplido con su

deber, vendría con una historia de lo más interesante que contar. Así que entró por la ventana y, agachándose junto al hombre y la mujer, les cortó las ligaduras, les arrancó las mordazas y echó un vistazo a la choza en busca de un poco de leche.

Messua casi había enloquecido de dolor y miedo (habían estado golpeándola y apedreándola toda la mañana) y Mowgli le tapó la boca con la mano justo a tiempo para cortar un chillido. Su marido estaba tan sólo desorientado y furioso, y lo que hizo fue sentarse para quitarse el polvo y las cosas que tenía en la barba medio arrancada.

—Sabía… sabía que iba a venir —Messua dijo finalmente entre sollozos —. ¡Ahora sí sé que es mi hijo!

Y abrazó fuertemente al muchacho. Hasta entonces Mowgli había estado absolutamente tranquilo, pero en ese instante comenzó a estremecerse de pies a cabeza, lo que le sorprendió enormemente.

—¿Para qué son esas ligaduras? ¿Por qué te han atado? —preguntó al poco rato.

—Para matarnos por haberte recibido como hijo nuestro… ¿Para qué iban a ser si no? —dijo el hombre con aspereza—. ¡Mira! Estoy sangrando.

Messua no dijo nada, pero eran las heridas de *ella* de las que Mowgli no apartaba la vista, y le oyeron rechinar los dientes cuando vio la sangre.

—¿Quién es el autor de esto? —dijo—. Tendrá que pagar por lo que ha hecho.

—Fue la aldea entera. Yo era demasiado rico. Tenía demasiado ganado. Por *consiguiente*, ella y yo somos brujos, porque te dimos cobijo.

—No te comprendo. Deja que lo cuente Messua.

—Te di leche, Nathoo; ¿te acuerdas? —dijo Messua con timidez—. Porque tú eras mi hijo, el que se llevó el tigre, y porque te amaba mucho. Ellos dijeron que yo era tu madre, la madre de un demonio, y que, por tanto, merecía la muerte.

—¿Y qué es un demonio? —dijo Mowgli—. A la muerte ya la he visto.

El hombre levantó la vista con el ceño fruncido, pero Messua soltó una carcajada.

—¡Ves! —le dijo a su marido—. Sabía… sabía que no era un hechicero. Es mi hijo…, ¡mi hijo!

—Hijo o hechicero, ¿a nosotros de qué nos va a servir? —respondió el hombre—. Nos podemos dar por muertos.

—Allí está el camino de la Selva —y Mowgli señaló con el dedo por la ventana—. Tenéis las manos y los pies libres. Marchaos ya.

—Nosotros no conocemos la Selva, hijo mío, como… como la conoces tú —comenzó a decir Messua—. No creo que pueda llegar lejos caminando.

—Y los hombres y las mujeres se nos echarían encima y nos traerían aquí a rastras —añadió rápidamente su marido.

—*¡Mmm!* —murmuró Mowgli, mientras se acariciaba la palma de la mano con la punta del cuchillo de desollar—; no tengo intención de hacerle daño a nadie de la aldea… *aún*. Pero no creo que os detengan. Dentro de poco tendrán muchas otras cosas en las que pensar. ¡Ah! —levantó la cabeza y prestó atención al griterío y los pasos que se oían fuera—. ¿Así que por fin le han dejado volver a casa a Buldeo?

—Lo enviaron esta mañana a matarte —exclamó Messua—. ¿Te encontraste con él?

—Sí, nosotros… yo me lo encontré. Tendrá una historia que contar, y mientras la cuenta habrá tiempo para hacer muchas cosas. Pero antes me enteraré de cuáles son sus intenciones. Pensad en dónde querríais ir y decídmelo cuando regrese.

Saltó por la ventana y desanduvo su camino a lo largo del muro exterior de la aldea hasta hallarse en un lugar desde el que podía oír a la muchedumbre que había alrededor del árbol pipal[18]. Buldeo estaba tendido en el suelo, tosiendo y gimiendo, y todos le hacían preguntas. Tenía el pelo caído sobre los hombros, las manos y las piernas desolladas de escalar árboles y casi no podía ni hablar, pero era absolutamente consciente de la importancia de su situación actual. De vez en cuando decía algo sobre demonios, cantos diabólicos y encantamientos mágicos, simplemente para darle a la muchedumbre una idea de lo que vendría después. Luego, pidió agua.

—¡Bah! —dijo Mowgli—. ¡Cháchara y más cháchara! ¡Hablar sin parar! Los hombres son hermanos de sangre de los *Bandar-log*. Ahora se tiene que lavar la boca con agua, luego tiene que soplar humo, y cuando ya lo haya hecho todo, la historia seguirá aún sin contar. ¡Pues sí que son sabios los hombres! No pondrán a nadie a vigilar a Messua hasta tener los oídos llenos a rebosar con los cuentos de Buldeo. Y… ¡y yo me estoy volviendo tan holgazán como ellos!

Se desperezó y regresó deslizándose hasta la choza. Al llegar ante la ventana sintió algo en el pie.

—Madre —dijo, pues conocía bien aquella lengua—, ¿qué haces aquí?

—Oí a mis hijos cantar por los bosques, y he seguido al que más quiero. Ranita, deseo ver a la mujer que te dio leche —dijo Madre Loba, que estaba calada hasta los huesos a causa del rocío.

—La han atado y quieren matarla. He cortado las ligaduras y se irá con su pareja por la Selva.

—Yo les seguiré. Soy vieja, pero no una desdentada todavía.

Madre Loba se irguió sobre las patas traseras y miró por la ventana hacia el oscuro interior de la choza.

Al cabo de un minuto se dejó caer de nuevo sin hacer ruido y lo único que dijo fue:

—Yo te di la primera leche, pero Bagheera dice la verdad: el Hombre regresa con el Hombre al final.

—Tal vez —dijo Mowgli, adoptando una expresión muy desagradable—; pero esta noche estoy muy lejos de ese rastro. Aguarda aquí, pero no dejes que te vea.

—*Tú* nunca tuviste miedo de *mí*, Ranita —dijo Madre Loba, echándose hacia atrás y fundiéndose hasta desaparecer entre la hierba alta, del modo que ella lo sabía hacer tan bien.

—Bien —dijo Mowgli alegremente, al tiempo que se introducía en la choza de nuevo—, están todos sentados alrededor de Buldeo, que está contando lo que no sucedió. Cuando acabe su cháchara, dicen que sin duda volverán aquí con la Flor… con el fuego para quemaros a ambos. ¿Qué decís?

—He hablado con mi marido —dijo Messua—. Khanhiwara está a unas treinta millas de aquí, pero en Khanhiwara podemos dar con los ingleses…

—¿Y de qué manada son? —dijo Mowgli.

—No lo sé. Son de color blanco, y se comenta que gobiernan en todo el país y que no toleran que las personas se quemen o se golpeen las unas a las otras sin que haya testigos. Si podemos llegar hasta allí esta noche, viviremos. De lo contrario, hemos de morir.

—Vivid, entonces. Ningún hombre traspasará las puertas esta noche. Pero ¿qué está haciendo él?

El marido de Messua a cuatro patas excavaba en uno de los rincones de la choza.

—Es el poco dinero que tiene ahorrado —dijo Messua—. No nos podemos llevar nada más.

—Ah, sí. Esa cosa que pasa de mano en mano y siempre sigue igual de fría. ¿Se necesita fuera de aquí también? —preguntó Mowgli.

El hombre le dirigió una mirada furiosa:

—Lo que es, es un necio, y no un demonio —murmuró—. Con el dinero puedo comprar un caballo. Estamos demasiado magullados para poder llegar lejos caminando, y los de la aldea nos seguirán de aquí a una hora.

—Te digo que *no* os seguirán hasta que yo quiera; pero lo del caballo está bien pensado, porque Messua está cansada.

Su marido se levantó y anudó las últimas rupias en su faja. Mowgli ayudó a Messua a saltar por la ventana, y el aire fresco de la noche la despejó, pero la Selva, a la luz de las estrellas, tenía un aspecto muy oscuro y terrible.

—¿Conocéis el camino de Khanhiwara? —les susurró Mowgli.

Ellos asintieron con la cabeza.

—Bien, ahora recordad que no debéis tener miedo. Y no hay ninguna necesidad de que os apresuréis. Pero… pero puede que suenen algunos cantos en la Selva delante y detrás vuestro.

—¿Acaso crees que nos habríamos arriesgado a pasar una noche en la Selva por cualquier razón que no fuera el miedo a ser quemados? Es mejor morir entre las fauces de las bestias que a manos de los hombres —dijo el marido de Messua.

Pero ella miró a Mowgli y sonrió.

—Yo os digo —continuó Mowgli, exactamente igual que si fuera Baloo repitiendo una de las antiguas leyes de la Selva por centésima vez en honor de un cachorro atontado—, yo os digo que no hay un solo colmillo en toda la Selva dispuesto contra vosotros, que no hay una sola garra en la Selva levantada contra vosotros. No habrá ni hombre ni animal que os detenga hasta que estéis a la vista de Khanhiwara. Tendréis una guardia alrededor vuestro. —Se giró rápidamente encarando a Messua para decir—: *Él* no lo cree, pero ¿lo crees tú?

—Sí, sin duda, hijo mío. Seas hombre, fantasma o lobo de la Selva, yo te creo.

—*Él* tendrá miedo cuando oiga cantar a mi pueblo. Tú sabrás lo que es y comprenderás. Marchaos ahora, y tranquilamente, pues no hay necesidad de prisa alguna. Las puertas están cerradas.

Messua se arrojó sollozante a los pies de Mowgli, pero él la hizo levantarse muy rápidamente sin poder reprimir un estremecimiento. Entonces, ella le echó los brazos al cuello y le dijo todas las bendiciones que se le ocurrieron, pero su marido dirigió una mirada llena de envidia hacia sus campos y dijo:

—*Si* llegamos hasta Khanhiwara y consigo que los ingleses me escuchen, les pondré tal pleito al brahmán, al viejo Buldeo y a todos los demás que la aldea se quedará en la miseria. Me tendrán que pagar doblados mis cosechas sin sembrar y mis búfalos sin alimentar. Obtendré una gran justicia.

Mowgli lanzó una carcajada.

—No sé lo que es la justicia, pero… venid las próximas lluvias y ya veréis lo que queda.

Se alejaron en dirección a la Selva y Madre Loba salió de su escondite de un salto.

—¡Sígueles! —dijo Mowgli—; y ten buen cuidado de que toda la Selva sepa que éstos dos deben estar a salvo. Haz que corra la voz. Yo llamaré a Bagheera.

El largo y grave aullido creció y se apagó en el aire, y Mowgli vio cómo el marido de Messua se estremecía y se daba la vuelta, casi decidido a regresar corriendo a la choza.

—Seguid —exclamó Mowgli alegremente—. Ya os dije que podríais oír algunos cantos. Esa llamada os seguirá hasta Khanhiwara. Se trata del Favor de la Selva, que os acompaña.

Messua incitó a su marido a seguir caminando, y la oscuridad los envolvió a ellos y a Madre Loba, al tiempo que Bagheera casi brotó a los pies de Mowgli estremeciéndose del gusto por la noche, que casi enloquece a los habitantes de la Selva.

—Estoy avergonzada de tus hermanos —dijo ronroneante.

—¿Por qué? ¿Acaso no le cantaron dulcemente a Buldeo? —dijo Mowgli.

—¡Lo hicieron demasiado bien! ¡Demasiado bien! Hicieron que hasta yo olvidara mi orgullo y, ¡por el Candado Roto que me liberó, me puse a cantar por toda la Selva como si estuviera haciendo el cortejo de primavera! ¿No nos oíste?

—Tenía otra caza entre manos. Pregúntale a Buldeo si le gustó la canción. Pero ¿dónde están los Cuatro? No quiero que ni uno sólo de los de la Manada de los Hombres traspase las puertas esta noche.

—¿Y para qué hacen falta los Cuatro entonces? —dijo Bagheera, danzando, con los ojos llameantes y ronroneando más fuerte que nunca—. Yo los puedo retener, Hermanito. ¿Se trata por fin de matar? Las canciones y la contemplación de los hombres me han dado la mejor de las disposiciones. ¿Qué es el hombre para que nos preocupemos por él, ese cavador pardo y desnudo, ese comedor de tierra sin pelo ni colmillos? Lo llevo siguiendo todo el día, incluido el mediodía, bajo la blanca luz del sol. Lo he acechado y conducido a mi gusto, como hacen los lobos con el gamo. ¡Soy Bagheera! ¡Bagheera! ¡Bagheera! Hice bailar a aquellos hombres igual que bailo con mi sombra. ¡Mira!

La enorme pantera saltó como saltaría un gatito hacia una hoja seca que revolotease por encima de su cabeza, lanzó sus garras a derecha e izquierda

en pleno aire —que zumbaba con los zarpazos—, aterrizó de nuevo y volvió a saltar, una y otra vez, mientras su voz, mitad ronroneo, mitad gruñido, fue ganando fuerza igual que el vapor cuando retumba en una caldera.

—Soy Bagheera, en plena Selva, en plena noche, y tengo todas mis fuerzas conmigo. ¿Quién podrá detener mi golpe? Cachorro de hombre, ¡te podía golpear la cabeza de un solo zarpazo y dejártela tan aplastada como la de una rana muerta en verano!

—¡Hazlo pues! —dijo Mowgli en el dialecto de la aldea, no en la lengua de la Selva.

Y las palabras humanas cortaron en seco a Bagheera, que se arrojó hacia atrás cayendo sobre sus temblorosas ancas, con la cabeza exactamente al nivel de la de Mowgli. Éste, una vez más, se puso a mirar fijamente, igual que había mirado fijamente a los cachorros rebeldes, clavando la mirada en aquellos ojos verde berilo hasta que el resplandor rojo que había detrás del verdor se apagó igual que la luz de un faro se apaga a más de veinte millas mar adentro, hasta que aquellos ojos comenzaron a bajar, acompañados de la gran cabeza —cada vez más y más abajo—, hasta que una lengua roja y áspera raspó el empeine de Mowgli.

—¡Hermana… hermana! —susurró el muchacho, acariciándole suave y firmemente la nuca y el lomo palpitante—: ¡Cálmate, cálmate! Es culpa de la noche, no tuya.

—Han sido los olores de la noche —dijo Bagheera, apesadumbrada—. Esta atmósfera me habla a gritos. Pero ¿cómo sabes eso *tú*?

Por supuesto, la atmósfera que rodea a una aldea hindú está llena de toda clase de olores, y para una criatura que lo piensa casi todo a partir del olfato, el olor es tan enloquecedor como la música y las drogas para los seres humanos. Mowgli estuvo tranquilizando a la pantera unos cuantos minutos más, y ella se tumbó igual que un gato junto al fuego, con las zarpas escondidas bajo el pecho y los ojos medio cerrados.

—Eres y *no* eres parte de la Selva —dijo ella finalmente—. Y yo no soy más que una pantera negra. Pero te quiero, Hermanito.

—Están tardando mucho en acabar sus cháchara bajo el árbol —dijo Mowgli, que no oyó la última frase—. Buldeo debe haber contado una buena cantidad de historias. Ya debe faltar poco para que vayan a sacar de la trampa a la mujer y al hombre para meterlos en la Flor Roja. Van a darse cuenta de que ha saltado la liebre. ¡Ja, ja, ja!

—No, escucha —dijo Bagheera—. Ya se me ha pasado la fiebre que tenía en la sangre. ¡Deja que me encuentren a *mí* allí! Habría pocos que

abandonasen sus casas después de haberse encontrado conmigo. No es la primera vez que he estado en una jaula; y no creo que me aten a *mí* con cuerdas.

—Pero sé prudente —dijo Mowgli, riéndose, pues comenzaba a sentirse tan temerario como la pantera, que ya se había introducido en la choza.

—*¡Aj!* —gruñó Bagheera—. Este sitio apesta a Hombre, pero hay una cama exactamente igual que la que me dieron para tumbarme en las jaulas que tenía el rey en Oodeypore. Me voy a tumbar ahora.

Mowgli oyó crujir los muelles del camastro bajo el peso de la enorme fiera.

—¡Por el Candado Roto que me liberó, que creerán que han atrapado caza mayor! ¡Ven a sentarte conmigo, Hermanito; les desearemos «buena caza» los dos juntos!

—No; tengo una idea mejor en el estómago. La Manada de Hombres no ha de saber qué papel he tenido en este juego. Que la cacería sea sólo tuya. No deseo verlos.

—Así sea —dijo Bagheera—. ¡Ah!, ¡aquí vienen!

La conferencia que transcurría bajo el árbol pipal, al otro extremo de la aldea, se había ido haciendo cada vez más y más ruidosa. En ese momento llegó a su fin entre salvajes alaridos y una estampida de hombres y mujeres que blandían estacas, varas de bambú, hoces y cuchillos. Buldeo y el brahmán marchaban en cabeza, pero la muchedumbre iba pegada a sus talones, y todos gritaban:

—¡A por los brujos! ¡A ver si les hacemos confesar con monedas candentes! ¡Quememos la choza con ellos dentro! ¡Ya les enseñaremos a dar cobijo a lobos endemoniados! ¡No; vamos a apalearlos primero! ¡Antorchas! ¡Más antorchas! ¡Buldeo, calienta los cañones de la escopeta!

En ese momento tuvieron ciertas dificultades con el pestillo de la puerta. Estaba firmemente apretado, pero la muchedumbre lo arrancó de cuajo y la luz de las antorchas inundó la habitación, en la que, tumbada en la cama cuan larga era, con las zarpas entrecruzadas y colgando ligeramente de uno de los extremos del lecho, negra como el carbón y terrorífica como un demonio, estaba Bagheera. Siguió medio minuto de un silencio lleno de desesperación, mientras los que iban en las primeras filas se abrían paso hacia el umbral con uñas y dientes, y en ese momento Bagheera levantó la cabeza y bostezó —lenta y cuidadosamente, con ostentación— tal como bostezaba cuando quería insultar a un igual. Los bordes de los labios se encogieron y alzaron, la roja lengua se dobló hacia atrás, la mandíbula inferior fue bajando, más y más,

hasta que estuvo a la vista la mitad de su tórrido gaznate, y los gigantescos dientes caninos se mostraron enteros al borde del abismo marcado por las encías, hasta que comenzaron a rechinar, los de arriba con los de abajo, con el sonido metálico de guardas de acero cuando se introducen violentamente alrededor de los bordes de una caja fuerte. Pasado un instante, la calle estaba vacía, Bagheera había vuelto a saltar por la ventana y se hallaba junto a Mowgli, y un torrente humano de gritos y chillidos se empujaba y tropezaba entre sí, aterrados en su afán por llegar a sus propias chozas.

—No se moverán hasta que llegue el día —dijo Bagheera tranquilamente —. ¿Y ahora qué?

La aldea parecía dominada por el silencio de la siesta, pero si aguzaban los oídos podían oír el ruido que producían pesadas cajas de cereal al ser arrastradas por suelos de tierra y apoyadas contra las puertas. Bagheera decía bien; nadie de la aldea se movería hasta que volviera la luz del día. Mowgli estaba sentado, inmóvil, pensando, con el rostro cada vez más sombrío.

—¿Qué he hecho? —dijo Bagheera por fin, con tono servil, mientras se levantaba.

—Nada que no estuviera bien hecho. Ahora, vigílalos hasta que llegue el día. Me voy a dormir.

Mowgli penetró corriendo en la Selva y se dejó caer, inerte, sobre una roca, y durmió sin parar durante todo el día y la noche siguientes.

Cuando se despertó, Bagheera estaba a su lado con un gamo recién cazado a sus pies. Bagheera le observó con curiosidad mientras Mowgli ponía manos a la obra con su cuchillo de desollar, comía y bebía, para luego ponerse boca abajo, apoyando la barbilla entre las manos.

—El hombre y la mujer han llegado sanos y salvos a la vista de Khanhiwara —dijo Bagheera—. Tu madre loba mandó el aviso por medio de Chil, el milano. Consiguieron un caballo antes de la medianoche de la noche en que fueron liberados, y viajaron muy rápido. Es una buena noticia, ¿no?

—Bien está —dijo Mowgli.

—Y tu Manada de Hombres, la de la aldea, no se movió hasta que el sol estaba muy alto, esta mañana. Comieron y regresaron corriendo a sus casas.

—¿No te verían, por casualidad?

—Tal vez sí. Al amanecer estaba revolcándome en el polvo frente al portón, y quizá entonase además una cancioncita por gusto. Ahora, Hermanito, ya no queda nada por hacer. Ven a cazar conmigo y con Baloo. Él tiene nuevas colmenas que te quiere mostrar y todos deseamos que vuelvas con nosotros, como en los viejos tiempos. ¡Abandona esa expresión, que me

asusta incluso a mí! No van a poner ni al hombre ni a la mujer en la Flor Roja, y todo va bien en la Selva. ¿No es así? Olvidémosnos de la Manada de los Hombres.

—Caerán en el olvido dentro de poco. ¿Dónde pasta Hathi esta noche?

—Donde le plazca. ¿Quién podría hablar en nombre del Silencioso? ¿Pero por qué lo preguntas? ¿Qué es lo que puede hacer Hathi que no podamos hacer nosotros?

—Pídele a él y a sus tres hijos que vengan aquí a verme.

—Pero por lo que más quieras, Hermanito, no… no está bien decirle «Ven» o «Vete» a Hathi. Recuerda que es el Amo de la Selva, y, antes de que la Manada de los Hombres te cambiara la expresión, fue él quien te enseñó las Palabras Clave de la Selva.

—Eso no importa. Ahora tengo una palabra clave también para él. Pídele que venga a ver a Mowgli, la rana; y si al principio no te escucha, pídele que venga por el Saqueo de los campos de Bhurtpore.

—El Saqueo de los campos de Bhurtpore —repitió dos o tres veces Bagheera para asegurarse—. Voy, pues. Lo peor que puede suceder es que Hathi se enfade, y daría una caza entera a la luz de la luna por escuchar una palabra clave que tenga poder sobre el Silencioso.

Se marchó, dejando a Mowgli ocupado en clavar furiosamente su cuchillo en la tierra. Mowgli no había visto jamás sangre humana hasta que vio y —lo que para él significaba mucho más— olió la sangre de Messua en las ligaduras con las que la ataron. Messua había sido amable con él y, por lo que él sabía del amor, amaba a Messua de un modo tan absoluto como odiaba al resto de la humanidad. Pero por muy intensamente que los detestara —a ellos, sus palabras, su crueldad y su cobardía—, no era capaz, por nada de lo que la Selva le pudiera ofrecer, de tomar una vida humana y tener el horrible olor de esa sangre en la nariz de nuevo. Su plan era más sencillo, pero mucho más devastador; y se rió para sí cuando pensó que lo que le había dado la idea fue uno de los cuentos que el viejo Buldeo contaba por las noches bajo el árbol pipal.

—*Sí* era una palabra clave —le susurró al oído Bagheera—. Estaban pastando junto al río y obedecieron como si fuesen bueyes. ¡Mira, por ahí vienen!

Y llegaron Hathi y sus tres hijos, del modo habitual en ellos: sin ruido. El barro del río se veía aún, húmedo sobre sus costados, y Hathi estaba masticando a conciencia el tallo verde de un platanero joven que acababa de arrancar con los colmillos. Pero todas y cada una de las arrugas de su enorme

cuerpo le revelaban a Bagheera, que era capaz de ver las cosas cuando las tenía delante, que quien hablaba con el cachorro de hombre no era el Amo de la Selva, sino alguien asustado ante otro que no lo estaba. Sus tres hijos se balanceaban muy pegados entre sí y detrás del padre.

Mowgli casi ni levantó la cabeza cuando Hathi lo saludó con un «Buena caza». Lo dejó allí, agitándose y balanceándose, cambiando el peso de una pata a otra, hasta que empezó a hablar al cabo de mucho rato, y cuando abrió la boca se dirigió a Bagheera y no a los elefantes.

—Voy a contar una historia que a mí me contó el cazador que tú has cazado hoy —dijo Mowgli—. Habla de un elefante, viejo y sabio, que cayó en una trampa, y al que la estaca afilada que había en el hoyo le hizo una herida que iba desde un poco por encima del talón hasta la paletilla, dejándole una marca de color blanco.

Mowgli alargó la mano, y al darse la vuelta Hathi a la luz de la luna mostró sobre uno de sus costados de color pizarra una larga cicatriz blanca que parecía hecha con un látigo al rojo vivo.

—Llegaron los hombres a sacarlo de la trampa —continuó diciendo Mowgli—, pero él rompió sus ligaduras, pues era muy fuerte, y se alejó de allí hasta tener curada la herida. Entonces regresó, furioso, una noche a los campos cultivados de aquellos cazadores. Y ahora recuerdo que tenía tres hijos. Todo esto sucedió hace muchas muchas lluvias, y fue muy lejos de aquí… en los campos de Bhurtpore. ¿Qué fue de esos campos en la época de la siega, Hathi?

—Los segamos entre yo mismo y mis tres hijos —dijo Hathi.

—¿Y qué fue de la labranza que va después de la siega? —dijo Mowgli.

—No hubo labranza —dijo Hathi.

—¿Y los hombres que vivían junto a las tierras donde estaban las verdes cosechas? —dijo Mowgli.

—Se marcharon.

—¿Y las chozas en las que dormían esos hombres? —dijo Mowgli.

—Arrancamos y despedazamos los tejados, y la Selva se tragó las paredes —dijo Hathi.

—¿Y qué más? —dijo Mowgli.

—La Selva devoró tanta tierra buena como yo soy capaz de recorrer durante dos noches caminando del este hacia el oeste, y tanta como puedo recorrer en tres noches caminando de norte a sur. Dejamos que la Selva penetrara en cinco aldeas; y ni en esas aldeas ni en sus tierras (ni en los pastos, ni en los blandos campos de labranza) queda hoy un solo hombre que

recoja su comida de la tierra. Ese fue el Saqueo de los campos de Bhurtpore, que llevamos a cabo yo mismo y mis tres hijos; y ahora te pregunto, Cachorro de Hombre, cómo te llegaron las noticias de ese suceso —dijo Hathi.

—Me lo comunicó un hombre, y ahora compruebo que incluso Buldeo es capaz de decir la verdad. Estuvo bien hecho, Hathi, el de la marca blanca; pero la segunda vez estará mejor, porque hay un hombre que lo dirigirá. ¿Conoces la aldea de la Manada de Hombres que me arrojó de su seno? Son perezosos, insensatos y crueles; juegan con las bocas y no matan al débil para comer, sino para divertirse. Cuando están saciados son capaces de arrojar a la Flor Roja a los de su propia raza. Todo eso lo he visto yo. No estaría bien que siguiesen viviendo más tiempo aquí. ¡Los odio!

—Mátalos, entonces —dijo el más joven de los tres hijos de Hathi, mientras recogía un puñado de hierba, le quitaba el polvo restregándolo contra las patas delanteras y lo volvía a tirar, al tiempo que sus ojillos rojos lanzaban miradas furtivas a un lado y a otro.

—¿De qué me sirven los huesos blanqueados? —le contestó Mowgli con enfado—. ¿Acaso soy un lobezno para disfrutar jugando al sol con una cabeza pelada? He matado a Shere Khan, y su piel se pudre ahora sobre la Roca del Consejo; pero… pero no sé a dónde se ha ido y todavía tengo el estómago vacío. Tomaré aquello que pueda ver y tocar. ¡Que entre la Selva en la aldea, Hathi!

Bagheera se estremeció y se agachó acobardado. Era capaz de comprender, en el peor de los casos posibles, un ataque a la carrera por la calle de la aldea acompañado de un par de zarpazos a derecha e izquierda hacia la multitud, o una matanza astuta de los hombres mientras araban al anochecer; pero aquel plan para borrar deliberadamente a una aldea entera a los ojos de hombres y fieras le asustaba. Ahora comprendía por qué Mowgli le había pedido a Hathi que viniera. Nadie que no fuera el longevo elefante podría planear y llevar a cabo una guerra así.

—Que huyan corriendo, como huyeron los hombres de los campos de Bhurtpore, hasta que el agua de la lluvia sea el único arado, y el ruido de la lluvia sobre las hojas gruesas sustituya el golpeteo de sus huesos… ¡Hasta que Bagheera y yo hagamos nuestro cubil en la casa del brahmán y los gamos beban del depósito que hay detrás del templo! ¡Que entre la Selva, Hathi!

—Pero yo… pero nosotros no tenemos ninguna disputa pendiente con ellos y es necesaria la roja ira causada por un gran dolor para poder hacer pedazos los lugares donde duermen los hombres —dijo Hathi, con aire dubitativo.

—¿Acaso sois los únicos comedores de hierba de toda la Selva? Conducid hacia allí a los de vuestra clase. Que los ciervos, y los jabalíes, y los *nilghai* se encarguen de hacerlo. No hace falta que se os vea ni un palmo de piel antes de que los campos estén yermos. ¡Que entre la Selva, Hathi!

—¿Y no habrá muertes? Mis colmillos enrojecieron durante el Saqueo de los campos de Bhurtpore, y no desearía resucitar ese olor de nuevo.

—Ni yo tampoco. No deseo siquiera que sus huesos yazcan sobre la tierra limpia. Déjales que se marchen y encuentren una nueva madriguera. Aquí no se pueden quedar. He visto y olido la sangre de la mujer que me dio comida (la mujer a la que hubieran matado de no ser por mí). Sólo el olor de la hierba joven sobre sus umbrales podrá hacer desaparecer este otro olor. Me quema la boca. ¡Que entre la Selva, Hathi!

—¡Ah! —dijo Hathi—. Así me quemaba en la piel la cicatriz de la estaca mientras contemplábamos cómo las aldeas morían bajo la nueva vegetación de la primavera. Ahora lo entiendo. Tu guerra será la nuestra. ¡Haremos que entre la Selva!

Mowgli casi no tuvo tiempo de contener la respiración —estaba temblando de arriba abajo a causa de la ira y el odio— antes de que el lugar donde antes estaban los elefantes se quedara vacío, mientras Bagheera le miraba con horror.

—¡Por el Candado Roto que me liberó! —dijo finalmente la pantera negra —. ¿Eres tú la criatura desnuda en favor de la que hablé ante la Manada cuando todo era joven? Señor de la Selva, cuando me fallen las fuerzas, habla en mi favor…, habla en favor de Baloo… ¡Habla en favor de todos nosotros! ¡Somos como cachorros ante ti! ¡Como ramitas partidas bajo tu pie! ¡Cervatillos que han perdido a su madre!

La idea de que Bagheera fuese un cervatillo descarriado trastornó completamente a Mowgli, que se rió a carcajadas y contuvo la respiración, y sollozó y se volvió a reír, hasta que tuvo que saltar a una charca para poder parar.

Entonces comenzó a nadar dando vueltas y más vueltas, zambulléndose por entre las franjas del reflejo de la luna, igual que una rana, su apodo.

A esas alturas, Hathi y sus tres hijos se habían dispersado, cada cual hacia uno de los puntos cardinales, y los cuatro marchaban silenciosamente por las llanuras que comenzaban una milla más allá. Anduvieron sin parar en una marcha de dos días —o, lo que es lo mismo, sesenta millas largas— a través de la Selva; y cada paso que daban, y cada movimiento de sus trompas, era conocido, y recordado, y comentado, por Mang, y por Chil, y por el Pueblo de

los Monos, y por todos los pájaros. Luego, comenzaron a comer, y lo estuvieron haciendo silenciosamente durante una semana más o menos. Hathi y sus hijos son como Kaa, la serpiente pitón de la roca: nunca se apresuran hasta que tienen que hacerlo.

Al final de ese período —y nadie sabía quién lo había puesto en circulación— comenzó a recorrer la Selva un rumor, según el cual se podía encontrar mejor comida y bebida en tal y tal valle. Los jabalíes —que, por supuesto, son capaces de ir hasta los confines de la Tierra con tal de conseguir una comida como Dios manda— fueron los primeros en avanzar por grupos, hurgando en busca de alimento entre las piedras; les siguieron los ciervos, acompañados de los pequeños zorros que se alimentan de los muertos y los agonizantes del rebaño; las *nilghai* de anchas espaldas se movieron paralelas a los ciervos, y los búfalos salvajes de los pantanos marcharon detrás de las *nilghai*. El más mínimo incidente les hubiera hecho darse la vuelta a aquellos grupos dispersos y embarullados que pacían y vagaban, y bebían y pacían de nuevo; pero tan pronto como había cualquier peligro, siempre surgía alguien que los tranquilizaba. En una ocasión fue Ikki, el puerco espín, rebosante de noticias sobre los buenos pastos que había sólo un poco más adelante; en otra fue Mang, que chillaba alegremente y revoloteaba sobre un claro para demostrar que estaba completamente vacío; o si no, con la boca llena de raíces, aparecía Baloo arrastrando las patas junto a un grupo dubitativo y, medio asustándolos, medio jugando con ellos, los devolvía al buen camino. Hubo muchas criaturas que regresaron, o que huyeron, o que perdieron todo interés, pero quedaron muchísimas que siguieron adelante. Después de otros diez días más o menos, la situación estaba como sigue: los ciervos, los jabalíes y los *nilghai* daban vueltas y más vueltas triturando un círculo con un radio de entre ocho y diez millas, mientras los Devoradores de Carne libraban escaramuzas al borde del círculo. Y en el centro estaba la aldea, y alrededor de la aldea, las cosechas que estaban madurando, y entre las cosechas se sentaban los hombres en lo que llaman *machans* —plataformas parecidas a palomares, hechas de palos y sostenidas por cuatro postes— para espantar a los pájaros y a otros ladrones. En ese momento se acabaron las contemplaciones con los ciervos. Los Devoradores de Carne se les pegaron, obligándoles a marchar adelante, hacia el centro del círculo.

Fue en una noche oscura cuando Hathi y sus tres hijos surgieron furtivamente de la Selva para romper con sus colmillos los postes que sostenían los *machans*; éstos cayeron igual que lo hace un tallo partido de cicuta en flor, y los hombres que se desplomaron de ellos oyeron muy cerca el

grave gorgoteo de los elefantes. Luego, la vanguardia de los enloquecidos ejércitos de ciervos se dispersaron e inundaron los pastizales y los campos cultivados de la aldea; y tras los ciervos llegaron los jabalíes hambrientos con sus afiladas pezuñas, y lo que dejaron los ciervos, los jabalíes acabaron por destrozarlo; además, de vez en cuando, los lobos amagaban un ataque que dispersaba de nuevo a los rebaños, haciéndoles correr de un lado a otro sumidos en la desesperación, pisoteando, la cebada tierna y aplastando los lados de los canales de riego. Antes del amanecer cedió en un punto la presión del exterior del círculo. Los Devoradores de Carne se habían retirado dejando abierto un sendero hacia el sur, y por allí huyeron rebaño tras rebaño de gamos. Otros, más audaces, se ocultaron entre la maleza para acabar su comida a la noche siguiente.

Pero el trabajo ya estaba prácticamente hecho. Cuando los aldeanos echaron un vistazo por la mañana, comprendieron que habían perdido la cosecha. Y eso significaba la muerte si no se marchaban, pues, año tras año, vivían tan cerca de morir de hambre como de la Selva. Cuando dejaron libres a los búfalos para que pastasen, los hambrientos animales descubrieron que los ciervos habían agotado los pastos, así que penetraron vagando en la Selva y, en su deriva, acabaron por reunirse con sus camaradas salvajes; cuando llegó el anochecer, los tres o cuatro caballitos que pertenecían a la aldea yacían en sus establos con la cabeza aplastada. Sólo Bagheera podría haberles propinado esos golpes, y sólo a Bagheera se le podría haber ocurrido la insolencia de arrastrar el último de los cadáveres para dejarlo tirado en medio de la calle.

Los aldeanos no tuvieron ánimo para encender fuegos en los campos esa noche, así que Hathi y sus tres hijos se dedicaron a espigar entre lo que quedaba; y por donde pasa Hathi espigando ya no hay necesidad de nadie que le siga. Los hombres decidieron vivir del grano que tenían almacenado hasta la llegada de las Lluvias, para luego emplearse como sirvientes hasta que pudieran recuperar el año perdido; pero justo en el momento en que el tratante de granos estaba pensando en sus cajas repletas de maíz y en los precios que exigiría cuando lo vendiese, los agudos colmillos de Hathi estaban abriendo un agujero en una de las esquinas de su casa de adobe y, tras reventar el gran cajón de mimbre, cubrió de estiércol de vaca la preciosa sustancia.

Cuando descubrieron esta última pérdida, le tocó hablar al brahmán. Había orado a sus propios dioses sin recibir respuesta. Podría ser, dijo, que, inconscientemente, la aldea hubiese ofendido a alguno de los dioses de la Selva, pues, sin duda alguna, la Selva se había puesto en contra de ellos. De

modo que mandaron llamar al jefe de la tribu más cercana de Gonds nómadas —que son pequeños cazadores muy sabios y negrísimos, que viven en lo más profundo de la Selva y cuyos padres procedían de la más antigua raza de la India—, los propietarios aborígenes del país. Le dieron la bienvenida al Gond con lo que tenían, y él se quedó en pie, sobre una sola pierna, con su arco en una mano y dos o tres flechas envenenadas enganchadas en el moño que llevaba, mientras miraba, medio asustado, medio desdeñoso, a los ansiosos aldeanos y a sus campos destrozados. Deseaban saber si sus dioses —los antiguos dioses— estaban furiosos con ellos, y qué sacrificios les podrían ofrecer. El Gond no dijo nada, sino que cogió un trozo de karela, la enredadera que da una calabaza silvestre y amarga, y la ató a todo lo largo de la puerta del templo, frente a frente con la roja imagen hindú, que no cesaba nunca de mirar fijamente. Luego, hizo ademanes en el aire indicando el camino de Khanhiwara; y después regresó a su Selva y siguió observando cómo vagaban por ella los Pueblos de la Selva.

Sabía que cuando la Selva avanza, sólo los hombres blancos pueden albergar esperanzas de hacerla desviarse de su propósito.

No había necesidad de preguntarle qué había querido decir.

La calabaza silvestre crecería en el lugar en el que habían adorado a su Dios, y cuanto antes se pusieran a salvo, tanto mejor.

Pero es difícil arrancar a toda una aldea de sus raíces. Permanecieron allí mientras les quedó algo de la comida del verano, e intentaron recoger nueces en la Selva, pero se encontraban con sombras de ojos llameantes que les vigilaban y se deslizaban ante ellos incluso en pleno día, y cuando regresaban corriendo a refugiarse tras sus muros, veían que los árboles junto a los que habían pasado hacía menos de cinco minutos tenían la corteza arrancada y tallada por los golpes de una zarpa enorme. Cuanto más se atrincheraban en la aldea, más audaces se volvían las criaturas salvajes que brincaban y bramaban en los pastizales que hay junto al Waingunga. No tenían tiempo para reparar ni enyesar los muros de detrás de los establos vacíos que daban a la Selva: los jabalíes los tiraban abajo y las enredaderas de raíces nudosas les seguían rápidamente, extendiendo sus brazos por las tierras recién conquistadas, y la áspera hierba se erizaba inmediatamente detrás de las enredaderas, igual que si fueran lanceros de un ejército de duendes intentando cortarles la retirada. Los hombres solteros fueron los primeros en huir, y consigo se llevaron a todas partes las nuevas de que la aldea estaba condenada a morir. ¿Quién podía luchar, decían, contra la Selva, o contra los dioses de la Selva, si la mismísima cobra de la aldea había abandonado el agujero que tenía en la

plataforma de debajo del árbol pipal? De este modo, su ya escaso comercio con el mundo exterior se redujo al mismo tiempo que el sendero de pisadas que cubría el claro se iba desvaneciendo poco a poco. Llegó por fin el momento en que los trompeteos nocturnos de Hathi y sus tres hijos dejaron de molestarles, pues ya no tenían nada más que les pudieran robar. La cosecha y la semilla sembrada había desaparecido. Los campos más alejados estaban ya perdiendo su forma de tales.

Era hora de arrojarse a los pies de los ingleses de Khanhiwara para pedir su caridad.

Siguiendo la costumbre nativa, iban retrasando la partida siempre para el día siguiente, hasta que se vieron sorprendidos por las primeras Lluvias y los tejados sin reparar dejaron entrar la inundación y los pastizales se cubrieron de un palmo de agua; era el momento en que toda la vida se aceleraba y brotaba en un estallido tras los calores del verano. Entonces se marcharon —hombres, mujeres y niños— vadeando entre la lluvia cálida y cegadora de la mañana, y se giraron siguiendo el impulso natural de dirigirle una mirada de despedida a sus hogares.

En el instante en que la última familia llena de bultos desfilaba por el portón, oyeron un estrépito de vigas y pajas que se derrumbaban tras los muros. Vieron una sinuosa trompa negra y brillante que se elevó un instante y que hacía añicos un techo de paja empapada. Luego desapareció y se oyó un nuevo estruendo al que siguió un bramido. Hathi estaba arrancando los tejados de las chozas como quien arranca nenúfares, y una viga le había pinchado al rebotar. Era lo único que le faltaba para desatar todas sus fuerzas, pues de todas las criaturas de la Selva, un elefante enfurecido es la más arbitraria y destructiva. Le pegó una patada hacia atrás a un muro de adobe, que se derrumbó hecho pedazos, que, a su vez, se fundió en cieno amarillento bajo la lluvia torrencial. Luego se giró, bramó y comenzó a arrasar las estrechas callejuelas, apoyándose a derecha e izquierda contra las chozas, haciendo añicos las desvencijadas puertas y despedazando los aleros; mientras tanto, sus tres hijos lo asolaban todo detrás de él, tal como lo habían asolado durante el Saqueo de los campos de Bhurtpore.

—La Selva se tragará esos cascarones —dijo una voz tranquila desde detrás de las ruinas—. Lo que tiene que caer es el muro exterior.

Y Mowgli, con la lluvia deslizándose por sus hombros y brazos desnudos, se apartó de un salto de una pared que se estaba venciendo hacia el suelo igual que un búfalo cansado.

—Cada cosa a su tiempo —jadeó Hathi—. ¡Ah, qué rojos tenía yo los colmillos en Bhurtpore! ¡Al muro exterior, hijos! ¡Con la cabeza! ¡Todos a la vez! ¡Ahora!

Los cuatro empujaron hombro con hombro; el muro exterior se combó, se agrietó y cayó, y los aldeanos, enmudecidos por el terror, vieron aparecer por el boquete las cabezas furiosas y llenas de arcilla de los demoledores de su hogar. Luego, huyeron, sin hogar ni comida, atravesando el valle, mientras su aldea, desgarrada, esparcida y pisoteada, se derretía detrás de ellos.

Un mes más tarde todo el lugar se había convertido en un montículo lleno de hoyuelos y cubierto de una película de materia verde y blanda; y para finales de la temporada de Lluvias la Selva rugía a pleno pulmón en el punto que había sido un terreno cultivado menos de seis meses atrás.



La canción de Mowgli contra los hombres

NCITARÉ, en contra vuestra a la enredadera de alados pies;
convocaré a la Selva para que pisotee vuestra mies.
Los techados se desvanecerán ante ella,
las vigas de las casas caerán.
Y la Karela, la amarga Karela,
¡todo lo cubrirá!

A las puertas de este vuestro Consejo cantara mi pueblo;
los murciélagos se colgarán en el umbral de este vuestro granero.
Y la serpiente será vuestro guardián,
junto al hogar apagado.
Pues la Karela, la amarga Karela,
¡dará sus frutos donde habéis descansado!

No veréis a mis asaltantes; tendréis que adivinar su ser,
y de noche, antes de que salga la luna, mi tributo enviaré a recoger.
El lobo será vuestro pastor
en campos sin cercas ni alambres.

Pues la Karela, la amarga Karela,
¡germinará donde os amabais antes!

Segare vuestros campos antes que vosotros enviando a mi horda fiel,
y vosotros espigaréis tras mis segadores en busca de la perdida mies.
Los ciervos serán vuestros bueyes
junto a una tierra sin labrar.
Pues la Karela, la amarga Karela,
¡florecerá donde quisisteis habitar!

¡He desatado en contra vuestra a la enredadera de pies de maza,
os he enviado la Selva para que vuestras filas esparza!
¡Los árboles… los árboles se os echan encima!
Las vigas de las casas caerán.
Y la Karela, la amarga Karela,
¡a todos os cubrirá!



Los enterradores

El que llame a Tabaqui: «¡Hermano!»,
el que la hiena a compartir convoque,
podrá hacer una tregua total con Jacala:
el vientre que a cuatro patas corre.

La Ley de la Selva





ESPETAD a los ancianos!

La voz era espesa, una voz gangosa que te hubiera puesto la carne de gallina, una voz que producía la impresión de algo blando que se partía por la mitad. Era una voz que temblaba, gemía y graznaba a la vez.

—¡Respetad a los ancianos! ¡Vosotros, camaradas del río…, respetad a los ancianos!

En aquel ancho tramo del río no se veía nada, salvo una flotilla de barcazas de velas cuadradas y clavijas de madera, cargadas de piedras para la construcción, que acababan de pasar bajo el puente del ferrocarril y navegaban río abajo. Levantaron sus toscos timones para salvar un banco de arena que había formado el agua al chocar contra los estribos del puente, y justo cuando acababan de pasar por debajo, en fila de a tres, aquella voz horrible se dejó oír de nuevo:

—¡Brahamanes del río…, respetad a los ancianos y a sus achaques!

Uno de los barqueros se giró sin moverse de la regala en la que estaba sentado, levantó la mano y dijo algo que no era precisamente una bendición; luego, los botes continuaron su marcha quejumbrosa bajo la luz del crepúsculo. Aquel amplio río hindú —que parecía más una cadena de lagos pequeños que un cauce—, estaba liso como un espejo y en el centro de sus aguas se reflejaba el color de arcilla que tenía el cielo, mientras cerca y debajo de las orillas se veían manchas dispersas de tonos amarillentos y oscuros púrpuras. En la estación de las Lluvias se formaban pequeños arroyos que confluían en el río, pero ahora sus secas desembocaduras se divisaban bien por encima del nivel que alcanzaba el agua. Sobre la orilla izquierda, y casi debajo del puente del ferrocarril, se alzaba una aldea en la que alternaban los

adobes con los ladrillos y los techados de paja con los de madera, y cuya calle principal, llena de ganado de regreso a sus establos, discurría perpendicular al río y acababa en una especie de tosco malecón de ladrillo, donde la gente que quisiera lavarse podía ir para introducirse paso a paso en el río. Era el *ghaut* de la aldea de Magar-Ghaut[19].

La noche caía rápidamente sobre los campos de lentejas, arroz y algodón que había en las tierras bajas que el río inundaba cada año, así como sobre los cañaverales que bordeaban el ángulo de la curva del río, y sobre la abigarrada selva que constituían los pastizales de detrás de los cañaverales inmóviles. Los loros y los cuervos, que habían estado charloteando y gritando mientras tomaban su bebida vespertina, se habían marchado volando tierra adentro para dormir, cruzándose por el camino con los recién salidos batallones de murciélagos; también aparecieron bandadas y más bandadas de aves acuáticas que llegaron silbando y graznando para ponerse a cubierto bajo los juncos. Había gansos —de los de cabeza en forma de barril y de los de lomo negro—, trullos, cercetas, lavancos, tadornas, chorlitos y algún que otro flamenco.

Cerraba pesadamente la marcha una grulla de las llamadas ayudantes, que daba cada aletazo como si no pudiera con su alma.

—¡Respetad a los ancianos! ¡Brahamanes del río…, respetad a los ancianos!

La ayudante volvió la cabeza a medias, se desvió ligeramente hacia el lugar de donde provenía la voz y aterrizó rígidamente sobre el banco de arena que había debajo del puente. Fue entonces cuando se pudo ver el aspecto de absoluto rufián que tenía aquel animal. Por detrás aparecía enormemente respetable, ya que medía un metro ochenta y se asemejaba a un decentísimo y calvo párroco. Por delante era distinto, pues no tenía una sola pluma ni en la cabeza, tipo Ally Sloper[20], ni en el cuello, y se le podía ver, además, una horrible papada de carne viva bajo la barbilla, un recipiente para todo lo que pudiera robar con su pico de estilete. Tenía las patas largas y delgadas —apenas piel y huesos—, pero las movía con delicadeza y ahora se las contemplaba con orgullo mientras se arreglaba las cenicientas plumas de la cola, para luego mirar por encima del hombro y cuadrarse a la manera de «¡Atención…, firmes!».

Después, un pequeño chacal asqueroso, que había estado proclamando su hambre sobre un montículo, levantó las orejas y la cola, y echó a correr por los bajos para reunirse con la ayudante.

Era el más pequeño de los de su casta —no es que el mejor de los chacales valga gran cosa, pero éste era de una bajeza especial al ser medio

mendigo, medio ladrón—: un animal dedicado a limpiar los montones de basura de la aldea, tímido hasta la desesperación o audaz hasta la locura, eternamente hambriento y repleto de una astucia que nunca le servía de nada.

—*¡Aj!* —exclamó, sacudiéndose quejumbroso al detenerse—. ¡Ojalá la sarna roja acabe con los perros de esta aldea! Tengo tres mordiscos por cada pulga, y todo porque miré (no hice más que mirar, se lo aseguro) hacia un zapato viejo que había en un establo de vacas. ¿Acaso puedo comer barro? —y en eso se rascó debajo de la oreja izquierda.

—He oído decir —comentó la ayudante, con una voz parecida al ruido que hace una sierra desdentada cortando una gruesa tabla—… He oído decir que había un perrito recién nacido en ese mismo zapato.

—Oír es una cosa, y saber otra bien distinta —dijo el chacal, que tenía amplios conocimientos del refranero, que había ido recogiendo de labios de los hombres que se reunían al anochecer alrededor de las fogatas de las aldeas.

—Muy cierto. Así que, para estar segura, me cuidé de ese cachorro mientras los perros andaban ocupados en alguna otra parte.

—Estuvieron *muy* ocupados —dijo el chacal—. En fin, tendré que dejar de ir por un tiempo a la aldea en busca de restos de comida. ¿De modo que era verdad que había un perrito ciego dentro de ese zapato?

—Aquí está —dijo la ayudante, forzando la vista por encima del pico para poder mirar hacia su papada—. Bien poca cosa, pero aceptable en los tiempos que corren, en los que la caridad ha dejado de existir en el mundo.

—¡Ay! El mundo es de piedra en estos tiempos —lloriqueó el chacal.

En ese momento, su mirada incansable atisbo una ínfima agitación en el agua, y siguió hablando rápidamente:

—La vida es dura para todos nosotros, y no dudo de que incluso nuestro excelentísimo amo, el Orgullo del *Ghaut* y la Envidia del Río…

—Los mentirosos, los aduladores y los chacales se incubaron todos en el mismo huevo —dijo la grulla ayudante, sin dirigirse a nadie en particular, pues ella a su vez no era poco mentirosa si creía que valía la pena hacer el esfuerzo.

—Sí, la Envidia del Río —repitió el chacal, elevando la voz—. Incluso él, sin duda alguna, se habrá dado cuenta de que desde que construyeron el puente escasea la comida. Pero, por otra parte, aunque bajo ningún concepto le diría esto a su noble cara, es tan sabio y virtuoso como… ¡ay!, como yo no lo soy…

—Cuando el chacal reconoce que es gris, ¡qué negro que debe ser! —murmuró la ayudante, que no podía ver al que se acercaba.

—Que nunca le falte a *él* la comida y, en consecuencia…

Entonces se oyó un suave chirrido, como si un bote acabara de rozar el fondo en aguas poco profundas. El chacal se dio rápidamente la vuelta y encaró (siempre es mejor verlas venir) a la criatura de la que había estado hablando. Se trataba de un cocodrilo de seis metros de largo, enfundado en lo que parecía una plancha de las de hacer calderas, con un remache triple, tachonada y con su propia quilla y cresta, mientras que las puntas amarillentas de sus colmillos superiores le sobresalían por encima de la mandíbula inferior, maravillosamente aflautada. Era el *magar* de Magar-Ghaut, con su morro achatado y más viejo que cualquier hombre de la aldea, el mismo que le había dado nombre a ésta y el azote del vado antes de que llegase el ferrocarril: un asesino, devorador de hombres y fetiche local, todos a un tiempo. Tenía la barbilla metida en las aguas poco profundas de la orilla y se mantenía allí con unas sacudidas casi imperceptibles de la cola.

El chacal sabía bien que un solo golpe de esa misma cola llevaría al *magar* hasta la orilla con la velocidad de una locomotora de vapor.

—¡Feliz augurio el encontrarle, Protector de los Pobres! —le aduló, dando un paso hacia atrás con cada palabra que pronunciaba—. Oímos una voz deliciosa y hemos venido con la esperanza de mantener una agradable conversación. Esa suposición sin cola ni cabeza me llevó, mientras esperábamos aquí, a hablar de usted. Verdaderamente, confío en que no se oyera nada.

En fin, lo cierto es que el chacal había hablado precisamente para que se le oyera, pues sabía que la adulación era la mejor manera de conseguir algo de comer, mientras que el *magar* sabía que el chacal había hablado con ese propósito, y el chacal sabía que el *magar* lo sabía, y el *magar* sabía que el chacal sabía que el *magar* lo sabía, y por eso estaban los dos muy satisfechos.

Aquella vieja bestia se arrastró empujando y jadeando por la orilla, mientras mascullaba:

—Respetad a los ancianos y a sus achaques.

Los ojillos del *magar* brillaban en todo momento como brasas bajo los pesados y callosos párpados que coronaban aquella cabeza con forma de triángulo, mientras impulsaba torpemente su deforme cuerpo de barril con aquellas patas curvadas que tenía. Luego, se dejó caer y, a pesar de lo acostumbrado que estaba el chacal a sus triquiñuelas, no pudo evitar un estremecimiento, por enésima vez, cuando vio la exactitud con la que el

magar imitaba a un tronco que hubiese derivado hasta la orilla. Incluso se había tomado la molestia de tumbarse en el ángulo preciso que adoptaría con respecto al agua un tronco embarrancado de forma natural, teniendo en cuenta las corrientes propias de esa temporada y lugar. Todo aquello no era más que cuestión de hábito, por supuesto, ya que el *magar* había ido a la orilla por capricho; pero un cocodrilo no está nunca lleno del todo, y si al chacal le hubiera engañado la semejanza, no habría vivido para filosofar sobre ella.

—Hijo mío, no escuché nada —dijo el *magar*, cerrando un ojo—. Tenía agua en los oídos y estaba además medio desmayado de hambre. Desde que se construyó el puente del ferrocarril, mi gente, la de mi aldea, ha dejado de amarme; y es algo que me está partiendo el corazón.

—¡Qué vergüenza! —dijo el chacal—. ¡Y un corazón tan noble, además! Pero los hombres son todos muy parecidos, creo yo.

—¡Quiá!, existen, sin duda, enormes diferencias —contestó suavemente el *magar*—. Los hay delgados como las pértigas de los botes, mientras otros son tan gordos como chaca…, como perros jóvenes. Yo nunca injuriaría a los hombres sin causa justificada. Los hay de todos los tipos, pero mis muchos años me han enseñado que, los unos por los otros, son todos muy buenos. Hombres, mujeres o niños, yo no les encuentro falta. Y recuerda, hijo, que aquel que desprecia al mundo, por el mundo se verá despreciado.

—La adulación es peor que una lata vacía en el estómago. Pero lo que acabamos de escuchar es sabiduría pura —dijo la grulla ayudante, dejando caer una pata.

—Pero tenga en cuenta, sin embargo, la ingratitud que le demuestran a esta excelentísima criatura —comenzó a decir el chacal con ternura.

—¡Quiá, no es ingratitud! —dijo el *magar*—. Lo que ocurre es que no piensan en los demás, es así de sencillo. Pero he descubierto, agazapado en mi puesto de observación bajo el vado, que las escaleras del nuevo puente son duras y crueles de subir tanto para los ancianos como para los niños pequeños. Los ancianos, ciertamente, no merecen demasiada consideración, pero me siento indignado, verdaderamente indignado, en lo que respecta a los niños gordos. A pesar de todo, según creo yo, dentro de poco, cuando se pase la novedad del puente, volveremos a ver las piernas desnudas y pardas de mi gente chapoteando valientemente por el vado, igual que antes. Y entonces volverán a honrar al anciano *magar*.

—Pero estoy segura de haber visto guirnaldas de caléndulas que se alejaban flotando del borde del *ghaut* este mediodía —dijo la ayudante.

(Las guirnaldas de caléndulas son una señal de reverencia en toda la India).

—Fue un error… fue un error. Era la mujer del vendedor de dulces. Está perdiendo la vista de año en año y es incapaz de distinguirme de un tronco, a mí, el *magar* del *ghaut* Comprendí el error cuando ella tiró la guirnalda, pues yo estaba al pie mismo del *ghaut*; y si llega a dar otro paso, tal vez le hubiese mostrado que sí hay algunas pequeñas diferencias. Con todo, su intención era buena, y debemos tener en cuenta el espíritu con que se hizo la ofrenda.

—¿De qué sirven las guirnaldas de caléndulas cuando uno ha de vivir de un montón de basura? —dijo el chacal, buscándose las pulgas, pero con un ojo siempre atento dirigido hacia su Protector de los Pobres.

—Cierto; pero aún no han empezado a hacer el montón de basura que me contenga a *mí*. Cinco veces he visto cómo el río se retiraba de la aldea para dejar nuevas tierras al extremo de la calle. Cinco veces he visto cómo reconstruían la aldea sobre la orilla. Y aún la he de ver construir otras cinco veces más. No soy un gavial incrédulo, un cazador de peces; yo, hoy en Kasi y mañana en Prayang, tal como reza el dicho, no soy sino el auténtico y constante guardián del vado. No en vano, hijo mío, la aldea lleva mi nombre, y «aquel que vigila mucho tiempo», tal como reza el dicho, «recogerá ciento».

—Yo llevo mucho, muchísimo tiempo vigilando… casi toda la vida, y lo único que he recogido son mordiscos y golpes —dijo el chacal.

—¡Ja, ja, ja! —rugió la grulla ayudante.

En agosto nació el chacal;
las lluvias cayeron en septiembre,
y él dijo al sentir el torrente:
«¡Nunca he visto nada igual!».

La ayudante tiene una peculiaridad muy desagradable. En ocasiones siempre indeterminadas sufre ataques de nervios o calambres en las patas, y aunque, a simple vista, es más virtuosa que las demás grullas ayudantes (siendo, como son todas ellas, enormemente respetables), echa a volar describiendo salvajes danzas de guerra sobre sus patas descoyuntadas,

abriendo las alas a medias y agitando la calva de arriba abajo; mientras que, por otra parte y por razones que sólo ella misma conoce, tiene buen cuidado de hacer coincidir sus peores ataques con los comentarios más desagradables. Tras pronunciar la última palabra de su canción retomó la posición de firmes, diez veces más marcial que antes,

El chacal hizo una mueca de dolor, aunque ya tenía tres temporadas sobre la espalda, pero uno no puede acusar un insulto si éste procede de una persona con un pico de casi un metro de largo, eso sin contar con la capacidad de usarlo como si de una jabalina se tratara. La ayudante era de una cobardía notoria, pero el chacal era aún peor.

—Uno tiene que haber vivido algo antes de poder aprenderlo —dijo el *magar*—, y te puedo decir una cosa: chacales pequeños los hay a montones, pero no *magares* como yo. Y a pesar de eso no soy orgulloso, porque el orgullo trae consigo la destrucción; pero ten esto en cuenta: el Destino es el que todo lo rige, y contra el Destino nadie debería hablar, ya nadie, camine o corra. Yo estoy satisfecho con el Destino. Con un poco de suerte, un ojo avezado y la costumbre de tomar en consideración si el arroyo o el canal por el que vas tiene o no una salida, se puede ganar mucho.

—En una ocasión me dijeron que incluso el Protector de los Pobres había cometido un error —dijo el chacal con toda la mala intención del mundo.

—Es cierto; pero en esa ocasión me ayudó mi Destino. Fue antes de alcanzar todo mi tamaño actual, en la anterior a las tres últimas hambrunas. (¡Por la orilla izquierda y la derecha del Gunga[21], [c], qué llenos que estaban los cauces en aquellos tiempos!). Sí, yo era joven e inexperto y cuando llegó la inundación, ¿cómo no sentirse enormemente complacido? En aquella época me contentaba con muy poquita cosa. La aldea estaba profundamente cubierta por las aguas y yo pasé nadando por encima del *ghaut* y me alejé tierra adentro, hasta llegar a los campos de arroz, que estaban inmersos en una buena capa de barro. Recuerdo también un par de brazaletes (eran de cristal y me dieron no pocos problemas) que encontré aquella noche. Sí, brazaletes de cristal, y si la memoria no me engaña, un zapato también. Debería haberme deshecho de los dos zapatos, pero… ¡tenía tanta hambre! Aprendí la lección para siempre. Sí. De modo que comí y luego descansé; pero cuando estuve preparado para volver al río, la inundación había bajado, y me vi caminando por el barro de la calle principal. ¡Nada menos que yo mismo! Y allí estaba toda mi gente: sacerdotes, mujeres y niños, y les dirigí una mirada de benevolencia. El barro no es buen sitio para luchar. Un barquero dijo:

»—Sacad las hachas y matémosle, porque es el *magar* del vado.

»—No debemos hacer eso —dijo el brahmán—. ¡Mirad, se está llevando la inundación consigo! Es el protector divino de la aldea.

»—Entonces me arrojaron muchas flores, y uno tuvo la feliz idea de cruzar la calle con una cabra.

—¡Qué ricas… qué riquísimas están las cabras! —dijo el chacal.

—Son peludas… demasiado peludas, y si te las encuentras en el agua, es más que probable que escondan un anzuelo en forma de cruz. Pero acepté esa cabra y bajé al *ghaut* entre grandes honores. Más tarde, mi Destino me envió al barquero que había deseado cortarme la cola con un hacha. Su bote embarrancó en un antiguo bajo que no recordaréis.

—No todas somos chacales aquí —dijo la ayudante—. ¿Era acaso el bajo que se formó cuando las barcazas de la piedra se hundieron en el año de la gran sequía… un bajo muy largo que duró tres inundaciones?

—Había dos —dijo el *magar*—; un bajo superior y otro inferior.

—Cierto, se me olvidaba. Había un canal que los dividía y que luego se volvió a secar —dijo la ayudante, que se enorgullecía de su memoria.

—La embarcación del que me deseó tanto bien embarrancó en el bajo inferior. Había ido durmiendo en la proa y, aun medio dormido, dio un salto y se metió en el agua hasta la cintura; no, sólo hasta las rodillas, para empujar y liberar su bote. La embarcación vacía siguió su camino y volvió a encallar debajo del siguiente tramo, tal como era el río en aquel tiempo. Yo me fui detrás, pues sabía que vendrían hombres para llevársela a la orilla.

—¿Y lo hicieron? —preguntó el chacal, un poco espantado, pues aquello era cazar en una escala que lo impresionaba.

—Fueron hasta allí, y un poco más abajo también. Yo ya no seguí más, pero el episodio me entregó tres en un solo día… todos ellos *manjis* (barqueros) bien cebados y, salvo en el último caso (en el que me descuidé), no se oyó ni un solo grito para advertir a los de la orilla.

—¡Ah, ése sí que es un deporte noble! ¡Pero cuánta inteligencia y capacidad de juicio requiere!

—No es cuestión de inteligencia, hijo mío, sino de pensar las cosas. Pensar un poco en esta vida es tan necesario como la sal al arroz, tal como dicen los barqueros, y yo siempre he pensado intensamente. El gavial, mi primo, el comedor de peces, me ha explicado lo duro que le resulta seguir a los peces y cómo todos ellos difieren entre sí, y por qué es necesario conocerlos a todos, tanto individualmente como en conjunto. Y yo digo que eso es sabiduría; pero, por otra parte, mi primo, el gavial, vive entre los suyos. Los míos no nadan en grupo, con la boca fuera del agua, tal como lo hace

Rewa, ni suben constantemente a la superficie para girar sobre sí mismos, como lo hacen *Mohoo* y el pequeño *Chapta*; ni siquiera se reúnen en los bancos de arena después de cada inundación, como *Batchua* o *Chilwa*.

—Todos ellos son manjares exquisitos —dijo la ayudante, entrechocando el pico.

—Eso dice mi primo, y arma un gran revuelo cuando habla sobre su captura, pero ellos no suben a la orilla para huir de su afilado morro. Los *míos* son distintos. Su vida transcurre en tierra, dentro de las casas y entre el ganado. Tengo que saber lo que hacen y lo que están a punto de hacer; y añadiendo la cola a la trompa con esmero, como reza el dicho, tengo el elefante entero. ¿Que hay una rama verde y un anillo de hierro colgando de un portal? Entonces el viejo *magar* sabe que acaba de nacer un niño en esa casa, el cual habrá de bajar un día a jugar al *ghaut*. ¿Que se va a casar una doncella? El viejo *magar* lo sabe porque ve cómo los hombres llevan regalos de un lado a otro; y ella, además, baja al *ghaut* a bañarse antes de la boda, y… él estará allí. ¿Que el río ha cambiado su cauce y ha permitido que haya nuevas tierras donde antes sólo había arena? El *magar* lo sabrá.

—Pero ¿de qué sirve saber todo eso? —dijo el chacal—. El río se ha transformado incluso durante mi corta vida. Los ríos de la India están cambiando de cauce casi constantemente, y se desvían, a veces, hasta dos o tres millas en una sola estación, anegando los campos de una orilla y dejando tierras fértiles en la otra.

—No hay ninguna otra cosa que valga tanto la pena conocer —dijo el *magar*—, porque a nuevas tierras nuevas querellas. El *magar* lo sabe. ¡Ja, vaya si lo sabe el *magar*! En cuanto se han retirado las aguas, se arrastra por arroyuelos que los hombres creen que no podrían ocultar ni a un perro y allí se aposta. Finalmente, aparecerá un campesino diciendo que va a plantar pepinos aquí y melones allá, en las nuevas tierras que le ha dado el río. Tienta la bondad del légamo con los dedos de sus pies descalzos. Al poco, aparecerá otro diciendo que va a plantar cebollas, zanahorias y caña de azúcar en tal y tal sitio. Se encuentran como lo harían dos embarcaciones a la deriva y ambos se cruzan miradas terribles bajo sus grandes turbantes azules. El viejo *magar* ve y oye. Se llaman «Hermano» el uno al otro y comienzan a acotar las nuevas tierras. El *magar* corre tras ellos de un lugar a otro, siempre muy agazapado en el barro. ¡Y de pronto comienzan su disputa! ¡Ya se oyen palabras acaloradas! ¡Ya comienzan a arrancarse los turbantes! Ya levantan sus *lathis* (garrotes) y, por fin, uno de ellos cae al barro de espaldas, mientras el otro huye a la carrera. Cuando regrese, la disputa estará zanjada, tal como

demostrará el bambú herrado del vencido. Y, sin embargo, no sienten gratitud alguna hacia el *magar*. No; se ponen a gritar: «¡asesinato!», y las familias de ambos comienzan a luchar con palos, veinte de cada lado. Los míos son buena gente: jats de las montañas, *malwais*[22] del Bêt. No se pelean por gusto y, cuando la lucha haya terminado, el viejo *magar* estará esperando lejos, río abajo, donde no le puedan ver los de la aldea, detrás de los rastrojos de Kikar que hay allá. Más tarde, bajarán al río mis jats de anchas espaldas, ocho o nueve, todos juntos bajo las estrellas, llevando al hombre muerto sobre una camilla. Son ancianos de barba gris y con voces tan graves como la mía. A la sazón, encenderán una pequeña hoguera (¡ah, qué bien conozco esa hoguera!), beberán tabaco y moverán la cabeza todos a un tiempo hacia el centro del anillo que forman, o hacia un lado, en dirección al hombre muerto que reposa sobre la orilla. Dirán que la ley inglesa acudirá con una cuerda a causa de ese asunto, y que la familia de Fulano de Tal caerá en la deshonra, porque ese hombre será colgado en el gran patio de la cárcel. Entonces los amigos del muerto dirán: «¡que lo cuelguen!», y la conversación empezará desde el principio de nuevo… una vez, dos, veinte veces, durante la larga noche. Más tarde, uno de ellos dirá por fin: —La pelea fue justa. Aceptemos el dinero de reparación del crimen, un poco más de lo que ofrece el que lo mató y no se hable más”. En ese momento comenzarán a regatear acaloradamente por el precio de la reparación, porque el muerto sería un hombre fuerte que dejaba muchos hijos detrás. Con todo, antes del *amratvela* (amanecer) lo quemarán un poco, siguiendo la costumbre, y el muerto vendrá hacia mí, con lo que él sí que ya no hablará más. ¡Ajá!, hijos míos, el *magar* sí que sabe cosas, sabe mucho, ¡y mis jats de Malwah son, sin duda, buena gente!

—Son demasiado tacaños, tienen el puño demasiado cerrado para satisfacer mi buche —croó la grulla ayudante—. No malgastan ni el barniz en los cuernos de la vaca, tal como reza el dicho; y yo me pregunto, ¿qué sobras quedan después de que haya pasado un malwai?

—¡Ah!, yo… recojo las sobras… de ellos —dijo el *magar*.

—En fin, en la Calcuta del Sur, en los viejos tiempos —continuó diciendo la ayudante—, lo tiraban todo a la calle y nosotras podíamos elegir y coger lo que quisiéramos. Eran unos tiempos exquisitos. Pero hoy en día mantienen las calles limpias como la cáscara de un huevo y mi pueblo ha tenido que alejarse volando. Ser limpio está bien, pero quitar el polvo, barrer y regar siete veces al día acaba por marear a los mismísimos dioses.

—A mí me dijo un chacal de las tierras bajas, que lo había oído a su vez de un hermano suyo, que en la Calcuta del Sur todos los chacales estaban

gordos como nutrias durante la estación de las Lluvias —dijo el chacal, al que la boca se le hacía agua sólo de pensarlo.

—¡Ah!, pero los rostros pálidos están allí (los ingleses) y traen perros en barco desde algún lugar río abajo, perros grandes y gordos, para conseguir que esos mismos chacales sigan siendo delgados —dijo la ayudante.

—¿Tienen, pues, el corazón tan duro como los de aquí? Debería habérmelo imaginado. Ni la tierra, ni el agua, ni el cielo se muestran caritativos con los chacales. Vi la tienda de un rostro pálido la estación pasada, después de las Lluvias, y además me llevé una brida nueva de color amarillo para comérmela. Los rostros pálidos no protegen sus bridas como es debido. Me dio unas náuseas terribles.

—Pues te fue mejor que a mí —dijo la ayudante—. Cuando tenía tres estaciones y era un pájaro joven y audaz, me fui volando río abajo hasta dar con el lugar de donde vienen los barcos grandes. Los barcos de los ingleses son el triple de grandes que esta aldea.

—Ha estado hasta en Delhi y dice que allí la gente camina sobre la cabeza —murmuró el chacal.

El *magar* abrió el ojo izquierdo y miró fijamente a la ayudante.

—Es verdad —insistió aquel pájaro grande—. Un mentiroso miente sólo cuando espera que le crean. Nadie que no hubiese visto esos barcos podría creer esta verdad.

—Eso ya es más razonable —dijo el *magar*—. ¿Y qué te pasó, entonces?

—De las entrañas de ese barco estaban sacando grandes trozos de una cosa blanca que, al poco rato, se convertía en agua. Una buena parte se partió y quedó esparcida por la orilla y el resto lo metieron rápidamente en una casa de gruesas paredes. Pero un barquero, que se estaba riendo, cogió un trozo no más grande que un perrito y me lo tiró. Yo… todos los de mi pueblo… tragamos sin pensar, y eso es lo que hice con aquella cosa siguiendo nuestra costumbre. De inmediato sentí un frío intenso y doloroso desde el buche hasta la punta de los dedos de las patas, un frío que incluso me dejó sin habla, mientras los barqueros se reían de mí. Nunca he sentido un frío así. Me puse a dar saltos de dolor y de asombro hasta que pude recuperar el aliento, y entonces continué dando saltos y chillando para lamentar lo falso que es este mundo, mientras los barqueros se burlaban de mí hasta partirse de la risa. Lo más increíble de todo este asunto, aparte de esa maravillosa frialdad, fue que, cuando acabé de lamentarme, ¡no tenía nada en el buche!

La ayudante había hecho todo lo posible para describir sus sensaciones después de haber tragado un trozo de tres kilos de hielo del lago Wenham,

que transportaba un barco frigorífico americano en los tiempos en que Calcuta aún no tenía maquinaria propia para fabricar hielo, pero como no sabía qué era el hielo y como el *magar* y el chacal lo sabían todavía menos, la historia no les conmovió.

—Cualquier cosa —dijo el *magar*, cerrando el ojo izquierdo de nuevo—… cualquier cosa puede salir de un barco que sea tres veces mayor que Magar-Ghaut. Mi aldea no es nada pequeña.

Desde el puente les llegó un silbido, y el tren correo de Delhi lo atravesó rápidamente, con todos los vagones resplandeciendo de luz, mientras sus sombras los seguían fielmente por el río. Luego, se fundió de nuevo en la oscuridad con su ruido metálico; pero el *magar* y el chacal estaban tan acostumbrados al tren que no llegaron ni a volver la cabeza.

—¿Acaso eso no es tan maravilloso como un barco tres veces más grande que Magar-Ghaut? —dijo el pájaro, levantando la vista.

—Yo vi cómo construían ese puente, hijo mío. Vi cómo ascendían los pilares, piedra a piedra, y cuando se caía un hombre (en general, eran maravillosamente firmes de pies… pero cuando se caían) yo estaba preparado. Después de haber acabado de construir el primer pilar ya no se les volvió a ocurrir buscar el cuerpo río abajo para quemarlo. En ese caso, una vez más, les ahorré mucho trabajo. No hubo nada extraño en la construcción del puente —dijo el *magar*.

—¡Pero eso que lo atraviesa tirando de los carros con techo! Eso sí es extraño —repitió la ayudante.

—Se trata, sin lugar a dudas, de una nueva raza de bueyes. Un día no será capaz de mantener el equilibrio allá arriba y se caerá, igual que les pasó a los hombres. El viejo *magar* estará preparado cuando llegue ese momento.

El chacal miró a la ayudante y la ayudante miró al chacal. Si había algo de lo que estaban seguros era de que la locomotora podía ser cualquier cosa menos un buey. El chacal la había observado una y otra vez desde los setos de áloe que había junto a la vía, y la ayudante llevaba viendo locomotoras desde que la primera de ellas surcó la India. Pero el *magar* sólo la había podido ver desde abajo, desde donde su cúpula de cobre se parecía bastante a la joroba de un buey.

—*Mmmm*… sí, un nuevo tipo de buey —repitió pensativo el *magar*, para acabar de decidirse del todo.

—No hay duda de que es un buey —dijo el chacal.

—Y, sin embargo, tal vez podría ser… —comenzó a decir el *magar* de mal humor.

—No hay duda… ni la menor duda —dijo el chacal, sin esperar a que acabase de hablar el otro.

—¿De qué? —dijo el *magar* con enfado, pues podía darse cuenta de que los otros sabían más que él de aquel asunto—. ¿Qué podría ser? No había acabado de hablar. Has dicho que era un buey.

—Es lo que le plazca al Protector de los Pobres. Yo soy su servidor… y no el servidor de esa cosa que cruza el río.

—Sea lo que fuere, es obra de los rostros pálidos —dijo la ayudante—; y en lo que a mí respecta, no me quedaría en un sitio tan cerca de donde pasa como este banco de arena.

—Tú no conoces a los ingleses como yo —dijo el *magar*—. Hubo un rostro pálido aquí mientras construían el puente; solía coger un bote al anochecer y arrastraba los pies por las tablas del suelo susurrando: «¿Está aquí? ¿Está aquí? Dadme mi rifle». Le oía llegar antes de verlo, oía todos y cada uno de los ruidos que hacía: los crujidos, soplidos, golpes con su rifle, río arriba y abajo. Cada vez que yo recogía a uno de sus trabajadores, ahorrándole así cuantiosos gastos en leña para quemarlo, él bajaba el *ghaut* y gritaba a todo pulmón que me cazaría y libraría el río de mi presencia, de mí… ¡el *magar* de Magar-Ghaut! *¡De mí!* Hijos míos, he buceado bajo su bote, una hora detrás de otra, mientras le escuchaba disparar a los troncos con su rifle, y cuando estaba bien seguro de que estaba agotado, salía a su lado y rechinaba los dientes delante de sus propias narices. Cuando acabaron el puente, se marchó. Los ingleses cazan siempre así, salvo cuando son ellos los cazados.

—¿Quién caza a los rostros pálidos? —ladró el chacal, emocionado.

—Ahora nadie, pero yo lo hice en mis tiempos. Aún tengo algún que otro recuerdo de esa cacería. Yo era joven en aquella época —dijo la ayudante, haciendo entrechocar el pico de forma significativa—. Yo estaba sólidamente instalado aquí. Estaban construyendo mi aldea por tercera vez, según creo recordar, cuando mi primo, el gavial, me trajo nuevas de que las aguas eran provechosas más arriba de Benarés. Al principio no quise ir, porque mi primo, que es un comedor de peces, no siempre sabe distinguir lo bueno de lo malo, pero pude oír las conversaciones de mi gente al anochecer y lo que decían me convenció.

—¿Y qué decían? —preguntó el chacal.

—Dijeron lo suficiente como para que yo, el *magar* de Magar-Ghaut abandonara el agua y me pusiera en camino. Me moví por la noche, utilizando los arroyos más diminutos cuando me eran de utilidad; pero eran los

comienzos de la estación de los calores y todos los cauces estaban bajos. Tuve que atravesar caminos polvorientos y prados de alta hierba; tuve que escalar colinas a la luz de la luna, hasta por las rocas tuve que trepar, daos cuenta, hijos míos. Crucé la desembocadura del Sirhind, el que no lleva agua, antes de poder encontrar el grupo de pequeños ríos que fluyen hacía el Gunga. Llegué a estar a un mes de viaje de mi propia gente y del río que conocía. ¡Eso sí que era maravilloso!

—¿Qué comía usted por el camino? —dijo el chacal, que tenía la morada del alma en el estómago y al que no le impresionaban lo más mínimo los viajes por tierra del *magar*.

—Lo que pude encontrar…, *primo* —dijo lentamente el *magar*, arrastrando cada palabra.

Uno no llama primo a nadie en la India a menos que se pueda establecer algún tipo de lazo de sangre, y, dado que el *magar* se casa con el chacal sólo en los viejos cuentos de hadas, éste sabía la razón por la que de repente se había visto incluido en la elevada familia del *magar*. De haber estado solos, no le hubiese importado, pero los ojos de la ayudante brillaron divertidos ante aquella fea burla.

—La verdad, Padre, es que me lo debería haber imaginado —dijo el chacal.

Un *magar* no tolera que le llamen padre de chacales, y el *magar* de Magar-Ghaut lo dijo… junto a muchas otras cosas que no tendría sentido repetir aquí.

—El Protector de los Pobres ha establecido un parentesco. ¿Cómo iba yo a recordar cuál era el grado exacto? Además, comemos la misma comida. Fue él quien lo dijo —fue la respuesta del chacal.

Eso empeoró las cosas, pues lo que estaba sugiriendo el chacal era que el *magar*, durante su viaje por tierra, tuvo que comer carne fresca día tras día, en lugar de guardarla consigo hasta que estuviese en las condiciones justas y apropiadas, que es lo que hace cualquier *magar* que se respete, así como la mayoría de los animales salvajes cuando pueden. De hecho, uno de los peores insultos que pueden recorrer el cauce de un río es el de «devorador de carne fresca». Es casi tan malo como llamar caníbal a un hombre.

—Esas comidas tuvieron lugar hace treinta estaciones —dijo la grulla ayudante con suavidad—. Aunque habláramos otras treinta, seguiríamos sin poder disfrutarlas ahora. Díganos, pues, qué sucedió cuando alcanzó las aguas provechosas tras su tan maravilloso viaje por tierra. Si se prestaran oídos a

todos los aullidos del chacal, habría que parar en el pueblo toda la actividad, tal como reza el dicho.

El *magar* debió agradecer la interrupción, porque continuó hablando apresuradamente:

—¡Por la orilla izquierda y derecha del Gunga!, ¡cuando llegué allí contemplé unas aguas como nunca había visto!

—¿Eran mejores, entonces, que las de la gran inundación de la estación pasada? —preguntó el chacal.

—¡Mejores! Esa inundación no fue mejor que la que tiene lugar cada cinco años: un puñado de forasteros ahogados, unos cuantos pollos y un buey muerto entre aguas cenagosas y llenas de corrientes cruzadas. Pero durante la estación de la que hablo el cauce del río estaba bajo y circulaba con suavidad y, a pesar de eso, tal como me había dicho el gavial, los ingleses muertos bajaban en tales cantidades que iban pegados los unos a los otros. En esa estación alcancé toda mi anchura… mi anchura y mi longitud. Desde Agra, pasando por Etawah y en las anchas aguas que hay junto a Allahabad…

—¡Ah, el remolino que se formó bajo los muros del fuerte de Allahabad! —dijo la ayudante—. Llegaban hasta allí como las cercetas a los cañaverales y giraban dando vueltas y más vueltas… ¡Así!

Y se lanzó de nuevo a su horrorosa danza, mientras el chacal la observaba con envidia. Naturalmente, él no podía recordar el terrible año del Motín, que era de lo que estaban hablando. El *magar* continuó su relato:

—Sí, junto a Allahabad uno podía permanecer inmóvil en las aguas tranquilas y dejar pasar a veinte antes de escoger a uno y, sobre todo, los ingleses no iban cargados de todos esos estorbos de joyas, de aros en la nariz y en los tobillos, como van mis mujeres hoy en día. Quien en los adornos se gusta recrear, acabará con una cuerda por collar, tal como reza el dicho. Todos los *magares* de todos los ríos engordaron en aquella época, pero mi Destino era engordar más que cualquiera de ellos. Las nuevas que corrían eran que estaban arrojando a los ríos a los ingleses y, ¡por la orilla izquierda y derecha del Gunga!, nosotros las creíamos. Mientras me dirigí hacia el sur seguí creyéndolas; y yendo río abajo llegué más allá de Monghyr pasando por las tumbas que dan al río.

—Conozco el lugar —dijo la ayudante—. Desde entonces Monghyr es una ciudad echada a perder. Son muy pocos los que aún viven allí.

—Después, me dirigí río arriba lenta y perezosamente, y al poco de pasar Monghyr me encontré con un bote lleno de rostros pálidos… ¡vivos! Eran, según creo recordar, mujeres que estaban tumbadas debajo de una tela

apoyada en unos puntales y no paraban de llorar de forma bastante ruidosa. En aquellos tiempos no nos dispararon ni un solo tiro, a nosotros, los guardianes de los vados. Todas las armas estaban ocupadas en otros lugares. Podíamos oír sus estampidos día y noche, procedentes de tierra adentro, fuertes o débiles, según soplara el viento. Me erguí cuan grande era delante del bote, porque nunca había visto rostros pálidos vivos, aunque sí los conocía bien… en otras condiciones. Un niño blanco desnudo se arrodilló junto al costado del bote y, sacando el cuerpo por la borda, intentó introducir las manos en el agua para sentirla correr. Resulta bonito comprobar cuánto les gusta a los niños el agua que fluye. Ese día ya había comido, pero tenía aún un pequeño espacio por llenar. Con todo, cuando traté de alcanzar las manos del niño fue por capricho y no para comer. Eran un blanco tan fácil que ni siquiera miré cuando cerré la boca, pero eran tan pequeñas que, aunque estoy seguro de haber acertado con las fauces, estoy completamente seguro, el niño retiró rápidamente las manos, sin haber sufrido daño alguno. Debieron haber pasado entre los colmillos… esas manecitas blancas. Debí haberle cogido transversalmente, por los codos, pero como he dicho, si me lancé no fue más que por capricho y por el deseo de ver cosas nuevas. En el bote se oyó un grito detrás de otro y, al poco tiempo, subí a la superficie de nuevo para observarlos. La embarcación era demasiado pesada para poder volcarla. No eran más que mujeres, pero aquel que de una mujer se fía es como quien sobre el verdín de un estanque camina, tal como reza el dicho; y, ¡por la orilla izquierda y derecha del Gunga, que es verdad!

—Una vez, una mujer me dio la piel seca de un pescado —dijo el chacal—. Había albergado esperanzas de apoderarme de su bebé, pero a caballo regalado no le mires el diente, tal como reza el dicho. ¿Qué hizo tu mujer?

—Me disparó con un arma corta de una clase que no he visto nunca, ni antes, ni después de entonces; cinco veces, una detrás de otra (el *magar* debió de toparse con un revólver antiguo); y yo me quedé boquiabierto, asombrado, con la cabeza sumida en una nube de humo. Nunca había visto nada así. Cinco veces, con la misma rapidez con la que yo agito la cola… ¡así!

El chacal, que se había ido apasionando cada vez más con la historia, tuvo el tiempo justo para saltar hacia atrás cuando la enorme cola pasó, igual que una hoz, describiendo una curva junto a él.

—No me sumergí —dijo el *magar*, como si no se le hubiera ocurrido ni en sueños la posibilidad de haber dejado sin conocimiento a uno de sus oyentes—, no me sumergí hasta después del quinto disparo, y salí de nuevo a la superficie a tiempo de oír a un barquero decirles a todas esas mujeres blancas

que yo estaba sin duda muerto. Una de las balas se me incrustó bajo una de las escamas de la nuca. No sé si seguirá aún ahí porque no puedo girar la cabeza. Mira tú, hijo mío. Eso demostrará que la historia es cierta.

—¿Yo? —dijo el chacal—. ¿Es que un devorador de zapatos viejos, un cascahuesos, puede ni siquiera pensar en poner en duda la palabra de la Envidia del Río? ¡Que cachorros de perro ciegos me arranquen la cola a mordiscos si fuera cierto que la más mínima sombra de esa idea hubiese cruzado mi humilde cerebro! El Protector de los Pobres ha condescendido hasta el punto de informarme a mí, su esclavo, de que en un episodio de su vida lo hirió una mujer. Con eso es suficiente, y así se lo contaré a mis hijos sin necesidad de prueba alguna.

—El exceso de cortesía a veces no es mejor que el exceso de descortesía, pues, tal como reza el dicho, demasiados dulces le pueden amargar la estancia a tu huésped. No deseo que ninguno de tus hijos sepa que el *magar* de Magar-Ghaut recibió su única herida de manos de una mujer. Tendrán muchas otras cosas de las que preocuparse si han de buscar su carne de una forma tan miserable como su padre.

—¡Toda la historia pertenece ya al olvido! ¡No ha sido nunca contada! ¡No hubo nunca una mujer blanca! ¡No hubo ningún bote! Nunca pasó nada de nada.

El chacal movió la cola para demostrar cómo todo se le había ido completamente de la memoria y se sentó con aires de suficiencia.

—Por el contrario, sucedieron muchas cosas —dijo el *magar*, derrotado tras el segundo intento que hacía esa noche para ganarle la mano al chacal.

Ninguno de los dos se guardaba, sin embargo, ningún rencor.

Comer y ser comido era una ley que se consideraba justa en todo el río y el chacal siempre acudía a recibir su parte del botín cuando el *magar* había dado cuenta de una comida.

—Me alejé de aquel bote y seguí río arriba, y cuando llegué a Arrah y a los canales que circulan detrás, resultó que se habían acabado los ingleses muertos. El río estuvo vacío un tiempo. Luego aparecieron un par de muertos enfundados en chaquetas rojas, pero no eran ingleses, sino todos del mismo tipo (hindúes o *purbeeahs*), luego llegaron cinco o seis juntos, y, finalmente, desde Arrah hasta más al norte de Agra fue como si aldeas enteras se hubieran arrojado al agua. Salían de los arroyuelos, uno detrás de otro, del mismo modo que aparecen los troncos durante las Lluvias. Cuando subió el cauce del río ellos también subieron en grupos a la superficie procedentes de los bajíos sobre los que habían yacido; y la tromba que cayó los arrastró con ella campo

a través y por la Selva, como si los tuviera cogidos del pelo. Durante toda esa noche, además, mientras me dirigía hacia el norte, estuve oyendo los estampidos de las armas, y de día escuché los ruidos que hacen los zapatos de los hombres cruzando los vados y el que hace una carretilla pesada que rueda por la arena bajo el agua; cada ondulación del agua traía más muertos. Al final yo mismo me asusté, pues me dije: «si esto les sucede a los hombres, ¿cómo podrá escapar el *magar* de Magar-Ghaut?». Se podían ver también embarcaciones que me seguían sin las velas puestas, ardiendo por los cuatro costados, igual que arden a veces las barcazas que transportan el algodón, pero sin llegar a hundirse en ningún momento.

—¡Ah! —dijo la ayudante—. Por Calcuta del Sur pasan embarcaciones como ésas. Son altas y delgadas, baten el agua detrás de ellas con una cola y…

—Son tres veces mayores que mi aldea. *Mis* embarcaciones era bajas y anchas; golpeaban el agua con ambos costados y no eran mayores de lo que deberían serlo las de quien diga la verdad. Me dieron mucho miedo, así que dejé esas aguas y regresé a este río mío, ocultándome de día y caminando por la noche si no podía encontrar arroyuelos que me ayudasen. Llegué a mi aldea de nuevo, aunque no esperaba ya ver a ninguno de los míos aquí. Y, sin embargo, aquí estaban, arando, sembrando y cosechando: yendo de un lado a otro por sus campos, igual de tranquilos que el ganado.

—¿Y seguía habiendo buena comida en el río? —preguntó el chacal.

—Más de la que pudiera nunca desear. Incluso yo, y no como barro, incluso yo estaba cansado y, según creo recordar, un poco asustado de aquel continuo flotar de seres silenciosos. Oí decir a mi gente de la aldea que todos los ingleses estaban muertos, pero los que venían, boca abajo, con la corriente, no eran ingleses, como pudieron ver ellos mismos. Luego, los míos dijeron que lo mejor era no decir nada y seguir pagando los impuestos y labrando la tierra. Mucho tiempo después el río comenzó a fluir limpio y se podía ver claramente que los que bajaban por él habían muerto ahogados en las inundaciones, tal y como yo pude comprobar personalmente; y aunque conseguir comida dejó de ser tan fácil, me alegré de todo corazón. Una pequeña matanza de vez en cuando no está nada mal…, pero hasta el *magar* a veces se ha de saciar, tal como reza el dicho.

—¡Maravilloso!, ¡Verdaderamente maravilloso! —exclamó el chacal—. He engordado sólo de oír hablar de tanto manjar exquisito. Y después, sí se me permite preguntarlo, ¿qué hizo el Protector de los Pobres?

—Me dije a mí mismo (¡y por la orilla izquierda y derecha del Gunga, que cerré violentamente las fauces para hacer más solemne el juramento!), me dije que nunca más volvería a vagar por esos mundos de nuevo. Así que me quedé a vivir junto al *ghaut*, muy cerca de mi propia gente, y los he cuidado año tras año, y ellos me aman tanto que me arrojan guirnaldas de caléndulas a la cabeza cuando quiera que la ven emerger. Sí, y mi Destino ha sido muy amable conmigo, mientras que el río me muestra toda la amabilidad necesaria al tolerar mi pobre y achacosa presencia; lo único que…

—Nadie es nunca completamente feliz de la cola al pico —dijo la ayudante, mostrando toda su comprensión—. ¿Qué más puede desear el *magar* de Magar-Ghaut?

—Ese niñito blanco que se me escapó —dijo el *magar*, lanzando un profundo suspiro—. Era muy pequeño, pero no lo he olvidado. Ahora ya soy viejo, pero antes de morir desearía probar algo nuevo. Es cierto que son personas de pies torpes, ruidosas y necias, y que el placer sería escaso, pero recuerdo los viejos tiempos más arriba de Benarés y si ese niño está vivo, él también se acordará todavía. Podría ser que viaje por la orilla de un río contando cómo, en una ocasión, pasó las manos entre los colmillos del *magar* de Magar-Ghaut y aún está vivo para poder contarlo. Mi Destino ha sido muy amable conmigo, pero eso todavía me atormenta a veces en sueños… la idea de ese niñito blanco en la proa del bote —entonces bostezó y cerró las fauces —. Y ahora me voy a descansar y a meditar un rato. Guardad silencio, hijos míos, y respetad a los ancianos.

Se dio la vuelta con rigidez y se arrastró hasta lo alto del banco de arena, mientras el chacal, acompañado de la ayudante, se retiraba buscando el cobijo de un árbol embarrancado en la orilla más cercana al puente del ferrocarril.

—He ahí lo que se dice una vida provechosa y placentera —dijo con una sonrisa de oreja a oreja, mientras levantaba la vista buscando la aprobación del pájaro que se alzaba mucho más alto que él—. Y ni una sola vez, fíjese, se ha dignado a decirme dónde puede haber quedado un bocado en la orilla. Yo, sin embargo, le he avisado a él más de cien veces cuando he visto cosas buenas dando vueltas río abajo. ¡Qué cierto es el dicho que reza: «el mundo entero se acuerda del barbero y del chacal sólo cuando hay nuevas que contar»! ¡Y ahora se va a dormir! *¡Aj!*

—¿Cómo va a cazar un chacal con un *magar*? —dijo la grulla ayudante con frialdad—. Entre el ladrón pequeño y el grande es fácil de adivinar cuál se lleva la mejor parte.

El chacal se dio la vuelta, gimiendo de impaciencia, y se iba a acurrucar bajo el tronco del árbol cuando de repente se puso rígido y dirigió la mirada a través de las ramas manchadas de barro, hacia el puente, que estaba casi encima de él.

—¿Qué pasa ahora? —dijo la ayudante, al tiempo que desplegaba las alas mostrando su inquietud.

—Esperemos a ver. El viento sopla en su dirección, pero esos dos hombres no nos buscan a nosotros.

—Así que se trata de hombres, ¿eh? Mi profesión me protege. Toda la India sabe que soy sagrado.

(Al ser la grulla ayudante una basurera de primera categoría, se le permite ir a donde quiera; de modo que ésta ni se inmutó).

—Y a mí no vale la pena el esfuerzo necesario ni para lanzarme un zapato viejo —dijo el chacal, que volvió a aguzar el oído—. ¡Fíjese en el ruido de esa pisada! —continuó diciendo—. Eso no lo hace la piel de un campesino, sino el calzado de un rostro pálido. ¡Escuche ahora! ¡Un hierro choca con otro! ¡Es un rifle! Amigo mío, esos ingleses necios y torpes de pies han venido para tener una charla con el *magar*.

—Avísele, entonces. Si no me equivoco, hace poco una criatura muy parecida a un chacal muerto de hambre le estaba llamando Protector de los Pobres.

—Que mi primo cuide de su propia piel. Me ha dicho una y otra vez que no hay nada que temer de los rostros pálidos. Esos de ahí arriba tienen que serlo. Ningún aldeano de Magar-Ghaut se atrevería a ir por él. ¡Ve, ya le dije que tenía un rifle! Ahora, con un poco de suerte, podremos alimentarnos antes de que llegue el día. No oye bien fuera del agua y… ¡esta vez no es una mujer!

El cañón brillante de un arma apoyada sobre una de las vigas del puente parpadeó durante un minuto a la luz de la luna. El *magar* estaba tendido sobre el banco de arena, tan quieto como su propia sombra, las patas delanteras un poco separadas, la cabeza caída entre ellas y roncando como… una bestia.

Se oyó una voz que susurraba desde el puente:

—Es un tiro raro, casi vertical hacia abajo, pero imposible de fallar. El mejor blanco es detrás de la nuca. ¡Chico!, ¡qué animal! Pero los aldeanos se van a poner como fieras si lo matas. Es el *deota* (el protector sagrado) local.

—Me importa un bledo —le respondió otra voz—; se llevó unos quince de mis mejores culis[23] mientras estuvimos construyendo el puente, y ya va siendo hora de que alguien le pare los pies. Lo he buscado en bote durante

semanas enteras. Tenme preparado el Martini[24] para cuando le haya descargado encima los dos cañones de este rifle.

—Ten cuidado con el culatazo, entonces. Un disparo doble con un calibre del cuatro no es ninguna broma.

—Eso que lo decida él. ¡Allá va!

Se oyó un rugido parecido al ruido de un pequeño cañonazo (los rifles más grandes para cazar elefantes no son muy distintos de algunas piezas de artillería) y se pudo ver una doble llamarada, a lo que siguió el chasquido seco que produce el disparo de un Martini, cuyas largas balas no son nada para las escamas blindadas de un cocodrilo. Pero las balas explosivas sí cumplieron su labor. Una de ellas fue a dar justo detrás de la nuca del *magar*, un milímetro a la izquierda de la espina dorsal, mientras que la otra estalló un poco más abajo, donde empieza la cola. En noventa y nueve ocasiones de cada cien, un cocodrilo herido de muerte tiene aún fuerzas para arrastrarse hacia aguas profundas y escapar, pero el *magar* de Magar-Ghaut estaba literalmente partido en tres pedazos. Casi ni movió la cabeza antes de perder la vida y quedarse tan aplastado como el chacal.

—¡Rayos y truenos!, ¡truenos y rayos! —dijo ese pequeño y desgraciado animal—. ¿Se ha caído por fin la cosa que tira de los carros cubiertos a través del puente?

—No es más que un rifle —dijo la ayudante, aunque le temblaban hasta las plumas de la cola—. Nada más que un rifle. Seguro que está muerto. Por ahí vienen los rostros pálidos.

Los dos ingleses habían bajado rápidamente del puente para dirigirse al banco de arena, y allí estaban, contemplando con admiración las dimensiones del *magar*. Luego, un indígena que llevaba un hacha le cortó la gran cabeza y entre cuatro hombres la arrastraron a lo largo de la franja de arena.

—La última vez que tuve la mano dentro de la boca de un *magar* —dijo uno de los ingleses mientras se agachaba (era el hombre que había construido el puente)— fue teniendo unos cinco años… cuando bajábamos por el río camino de Monghyr. Yo fui uno de los «hijos del Motín», que es como nos llaman. Mi pobre madre estaba en ese mismo bote y me ha contado muchas veces cómo vació el cargador de la vieja pistola de mi padre apuntando a la cabeza del animal.

—Bueno, no hay duda de que te has vengado del jefe del clan…, aunque el culatazo te haya hecho sangrar por la nariz. ¡Eh, vosotros, barqueros! Cargad la cabeza hasta la orilla y la herviremos para sacarle el cráneo. La piel

está demasiado estropeada para guardarla. Vámonos ya a dormir. Ha valido la pena estar toda la noche despiertos esperando este momento, ¿verdad?

Curiosamente, el chacal y la grulla ayudante hicieron exactamente el mismo comentario menos de tres minutos después de que se hubieran marchado los hombres.



La canción de la ola

*LA, que llegas a la orilla*
reflejando la luz del sol dorado
y acaricias la mano de una chiquilla
que a casa regresa por el vado.

Pie delicado, pecho gentil…
reposa contenta al cruzar hasta aquí.
—Aguarda, doncella —dice la ola al verte.
—¡Aguarda un momento, que soy la muerte!

Donde me llame mi amor, acudo…
sería vergonzoso tratarle con dureza.
(Era un pez que nadaba alrededor suyo
dando la vuelta con destreza).

Pie delicado, corazón certero,
aguarda a que llegue el barquero.

—¡Aguarda, aguarda! —dice la ola al verte.
—¡Aguarda, doncella, que soy la muerte!

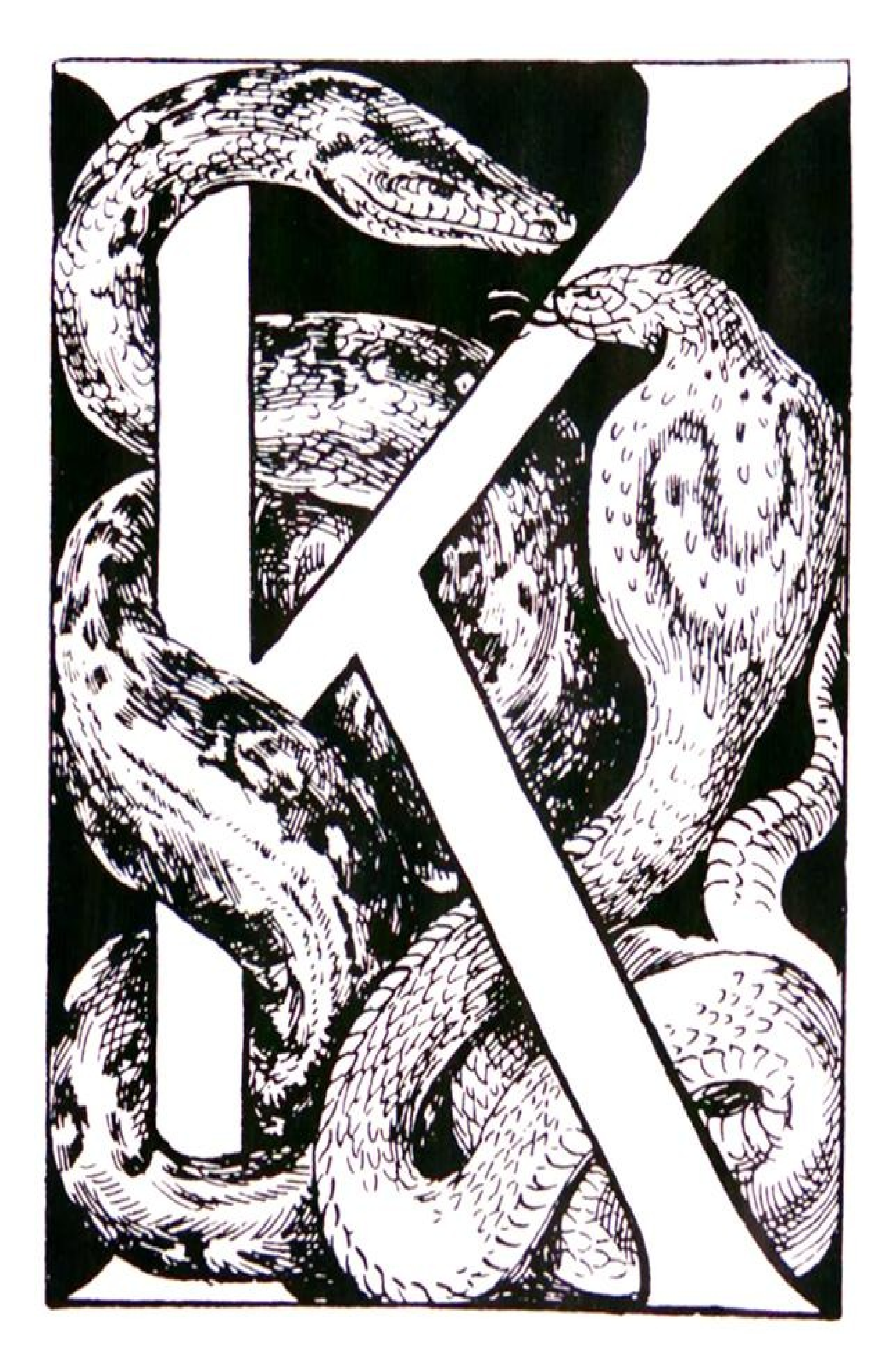
Si la llama su amor, ella se apresura.
¡La dama Desdén nunca se casó!
La ola ondeaba alrededor de su cintura
y la corriente remolinos formó.
Corazón temerario y mano fiel,
tierra que no tocaste con el pie.
Ola que te pierdes a lo lejos,
¡ola… qué rojos son tus reflejos!



El ankus[25] del Rey

Cuatro son los que nunca están contentos,
los que no se sacian desde que el mundo tiene nombre,
la boca de Jacala, el buche del milano,
las manos del mono y los ojos del hombre.

Proverbio de la Selva





AA, la gran serpiente pitón de la roca, acababa de cambiar de piel, lo que tal vez habría hecho ya unas doscientas veces desde que nació, y Mowgli, que nunca olvidó que le debía la vida a Kaa por la ayuda que le prestó una noche en las Moradas Frías, de lo que quizá os acordéis, fue a felicitarla. Los cambios de piel siempre deprimen y ponen de mal humor a una serpiente hasta que la nueva piel no empieza a brillar y adquiere toda su belleza. Kaa nunca volvió a burlarse de Mowgli, sino que lo aceptó, igual que el resto de los habitantes de la Selva, como Amo de la Selva, y le comunicaba todas las nuevas de las que una pitón de su tamaño se enteraba de forma natural. Lo que Kaa no supiera de la Selva Media —que es como llaman a la vida que discurre pegada a la tierra o debajo de ella: la vida en las peñas, en los túneles y en los troncos huecos— hubiera cabido escrito en la más pequeña de sus escamas.

Aquella tarde, Mowgli estaba sentado en el círculo que formaban los enormes anillos de Kaa mientras curioseaba con los dedos la vieja piel, que yacía entre las piedras, tan desmadejada y llena de nudos como la había dejado Kaa. Ésta, mostrando toda su cortesía, se había hecho un ovillo bajo las anchas y desnudas espaldas de Mowgli, de tal modo que en realidad era como si el muchacho estuviese descansando en un sillón vivo.

—Es perfecta hasta en las escamas de los ojos —dijo Mowgli para sí, mientras jugueteaba con la antigua piel—. ¡Qué extraño debe ser contemplar la cubierta de la cabeza de uno a los pies de uno!

—Sí, pero yo carezco de pies —dijo Kaa—; y, puesto que ésta es la costumbre de mi pueblo, no lo encuentro extraño. ¿Nunca sientes que tienes la piel dura y áspera?

—Cuando eso sucede, me voy a lavar, Cabeza Plana; pero lo que sí es verdad es que durante los grandes calores he deseado poder deshacerme de la piel sin dolor para poder corretear sin ella.

—Yo me lavo y, además, me quito la piel. ¿Qué aspecto tiene mi abrigo nuevo?

Mowgli recorrió con la mano los rombos de aquel inmenso lomo.

—La tortuga tiene la piel más dura, pero no tan alegre —dijo con tono ecuánime—. La rana, mi tocaya, la tiene más alegre, pero no tan dura. Es muy hermosa…, como el jaspeado de la boca de los lirios.

—Le hace falta agua. Una piel nueva no adquiere todo su colorido hasta después del primer baño. Vamos a nadar.

—Te llevo yo —dijo Mowgli.

Y se agachó, riéndose con la intención de coger el enorme cuerpo de Kaa por la mitad, justo por donde era más grueso. Era como si un hombre tratase de levantar una cañería de más de medio metro de ancho, y Kaa se quedó quieta, resoplando y riéndose para sus adentros. Entonces dio comienzo el juego de cada anochecer —el muchacho con el arrebato que le daban sus enormes fuerzas y la serpiente enfundada en su suntuosa piel nueva, alzándose el uno frente a la otra para entablar una lucha—: una prueba de vista y fuerza. Por supuesto, Kaa hubiese aplastado a una docena de Mowglis si no se controlara, pero jugaba con cuidado y jamás utilizaba más de una décima parte de su poder. Desde que Mowgli fue lo bastante fuerte como para soportar un trato un poco rudo, Kaa le había enseñado ese juego, que le daba una flexibilidad que ninguna otra actividad le aportaría. A veces Mowgli se encontraba enrollado casi hasta el cuello entre los siempre móviles anillos de Kaa, esforzándose por liberar un brazo para agarrarla por el cuello. Entonces Kaa cedía, aflojando los anillos, y Mowgli, utilizando la agilidad de sus pies, trataba de evitar que aquella enorme cola encontrara un asidero retrocediendo en busca de una roca o un tronco. Y así se balanceaban de un lado a otro, las cabezas pegadas, esperando ambos su oportunidad, hasta que aquella hermosa pareja, como de estatuas, se fundía en un remolino de anillos negros y amarillos y de piernas y brazos que luchaban por volver a levantarse una y otra vez.

—¡Mira, ahora, mira! —decía Kaa, haciendo unas fintas con la cabeza que ni la veloz mano de Mowgli era capaz de detener—. ¡Pero mira! ¡Te he

alcanzado ahí, Hermanito! ¡Y allá también! ¿Tienes las manos muertas? ¡Y otra más!

El juego tenía siempre el mismo final: un golpe directo y potente de la cabeza que lanzaba al muchacho a lo lejos dando vueltas sobre sí mismo. Mowgli era incapaz de descubrir una guardia que le librase de aquella embestida hecha con la velocidad de un rayo y, como decía Kaa, tampoco le iba a servir de lo más mínimo intentar descubrirla.

—¡Buena caza! —dijo finalmente Kaa.

Y Mowgli, como siempre, salió despedido a más de cinco metros con la respiración entrecortada y sin parar de reír. Se levantó con puñados de hierba entre los dedos y siguió a Kaa hasta el lugar de baño favorito de la sabia serpiente: una laguna profunda, de aguas oscurísimas y rodeada de rocas, a la que unos troncos sumergidos daban un interés especial. El muchacho se zambulló, a la manera de la Selva, sin hacer ningún ruido, y buceó hasta la orilla opuesta; luego volvió a la superficie, silenciosamente de nuevo, y se quedó flotando de espaldas, con los brazos detrás de la cabeza, observando la luna, que se elevaba por encima de las rocas y quebrando con los dedos de los pies su reflejo sobre el agua. La cabeza diamantina de Kaa cortó el agua como una cuchilla de afeitar y luego salió a descansar sobre el hombro de Mowgli. Ambos se quedaron inmóviles, disfrutando de la voluptuosa sensación que les transmitía el agua fresca.

—Se está *muy* bien aquí —dijo un Mowgli somnoliento finalmente—. A estas horas, en la Manada de Hombres, por lo que yo recuerdo, se tumbaban sobre trozos de madera dura dentro de una trampa de adobes y, tras haber cerrado todo cuidadosamente para que no entrasen los vientos limpios, se cubrían la cabezota con sucias telas y entonaban cantos malignos por la nariz. Se está mejor en la Selva.

Una cobra con prisas apareció deslizándose por una roca, bebió y les deseó: «¡Buena caza!», marchándose de inmediato.

—¡Ssssh! —exclamó Kaa, como si hubiera recordado algo de repente—. ¿Así que la Selva te da todo lo que puedas desear, Hermanito?

—Todo no —dijo Mowgli riéndose—; si así fuera, habría un nuevo y fuerte Shere Khan que matar con cada luna. Ahora podría hacerlo con mis propias manos, sin pedirles ayuda a los búfalos. Y también he deseado que el sol brillase en medio de las Lluvias, y que las Lluvias taparan al sol en pleno verano; y aunque no me fuese de vacío, siempre deseaba haber cazado una cabra; y si cazaba una cabra siempre acababa deseando que hubiera sido un

gamo; y si era un gamo entonces habría preferido una *nilghai*. Pero así es como sentimos todos nosotros.

—¿Y no tienes ningún otro deseo? —le preguntó la gran serpiente.

—¿Qué más podría desear? ¡Cuento con la Selva y con el favor de la Selva! ¿Acaso hay algo más que valga la pena entre la salida y la puesta de sol?

—Bueno, la cobra dijo… —comenzó a hablar Kaa.

—¿Qué cobra? La que se acaba de marchar ahora mismo no ha dicho nada. Estaba cazando.

—Era otra distinta.

—¿Es que tienes mucho trato con el Pueblo del Veneno? Yo no me cruzo en su camino. Llevan la muerte en los colmillos y eso no es bueno… pero ¿qué capucha es esa con la que has hablado?

Kaa se revolvió lentamente en el agua, como un barco de vapor en un mar iluminado.

—Hace tres o cuatro lunas —dijo— estuve cazando por las Moradas Frías, un lugar que tú no has olvidado. Y la criatura a la que perseguía huyó chillando más allá de los depósitos hasta alcanzar la casa cuya pared tiré abajo por ti en una ocasión, y luego se metió bajo tierra.

—Pero el pueblo de las Moradas Frías no vive en madrigueras bajo tierra.

(Mowgli sabía que Kaa estaba hablando del Pueblo de los Monos).

—La criatura que yo te digo no estaba viviendo, sino tratando de seguir viva —replicó Kaa, temblándole la lengua—. Penetró en una madriguera que tenía unos túneles muy largos. La seguí y, tras haberla cazado, me dormí. Cuando me desperté, seguí adelante.

—¿Bajo tierra?

—Así es. Finalmente me topé con una capucha blanca —una cobra blanca —, que me contó cosas que yo no puedo comprender y me enseñó muchas otras que yo no había visto jamás.

—¿Un juego nuevo? ¿Era buena caza? —Mowgli se giró rápidamente.

—No eran juegos y me hubiesen roto todos los dientes, pero la capucha blanca dijo que un hombre (hablaba como si conociera muy bien la especie), que un hombre daría la vida sólo por echarles un vistazo a aquellos objetos.

—Iremos a verlos —dijo Mowgli—. Ahora me acuerdo de que en otro tiempo fui un hombre.

—Calma… calma… las prisas fueron las que mataron a la serpiente amarilla que se comió el sol. Hablamos las dos juntas allí, bajo tierra, y yo le hablé de ti, diciendo que eras un hombre. Y la capucha blanca (que es sin

duda tan vieja como la Selva) dijo: «Hace tiempo que no veo un hombre. Que venga y vea todas estas cosas, por la más pequeña de las cuales darían muchísimos hombres la vida».

—*Tiene* que ser caza nueva, aunque el Pueblo del Veneno no nos avisa cuando hay caza cerca. No son un pueblo nada amistoso.

—No es caza. Es… es… no te sé decir lo que es.

—Iremos a verlo. No he visto nunca una capucha blanca, y deseo ver esas cosas nuevas. ¿Las mató ella?

—Son todos objetos muertos. Ella dice que es la guardiana de todos.

—¡Ah!, igual que un lobo guarda la carne que se ha llevado a su propio cubil. Vamos allá.

Mowgli nadó hasta la orilla, rodó por la hierba para secarse y, luego, los dos salieron hacia las Moradas Frías, la ciudad desierta de la que tal vez hayáis oído hablar. En esa época Mowgli ya no le tenía nada de miedo al Pueblo de los Monos, pero éstos sí sentían verdadero pánico de Mowgli. Sus tribus, sin embargo, estaban haciendo sus correrías por la Selva, de modo que las Moradas Frías se alzaban desiertas y silenciosas bajo la luz de la luna. Kaa condujo al muchacho hasta las ruinas del pabellón de las reinas, que se elevaba sobre la terraza, continuó deslizándose por encima de todos los desperdicios y se metió bajo tierra por la escalera medio bloqueada que nacía en el centro del pabellón. Mowgli lanzó la llamada de las serpientes: «Somos de la misma sangre, tú y yo», y siguió avanzando a gatas. Cubrieron una gran distancia a rastras por un túnel en pendiente que giraba y daba la vuelta varias veces y, finalmente, llegaron hasta donde la raíz de un árbol enorme que brotaba de la tierra a nueve metros por encima de ellos había arrancado una piedra de una pared. Atravesaron el boquete y se encontraron en un cripta inmensa, cuyo techo de bóveda había resultado también agrietado por la acción de las raíces de los árboles, de forma que unos pocos rayos de luz quebraban la oscuridad reinante.

—Una guarida segura —dijo Mowgli, irguiéndose sobre ambos pies—, pero demasiado apartada para visitarla a diario. ¿Dónde está lo que íbamos a ver?

—¿Es que yo no soy nada? —dijo una voz desde el centro de la cripta

Y Mowgli vio algo blanco que se movía hasta que, poco a poco, distinguió ante él a la cobra más grande que había visto jamás: una criatura de casi dos metros y medio de largo que había ido perdiendo el color a causa de su permanencia en la oscuridad hasta adquirir un blanco de marfil viejo. Incluso las señales como de lentes que tenía en su capucha desplegada se

habían ido desvaneciendo hasta adoptar un amarillo claro. Tenía los ojos rojos como rubíes y, en conjunto, era de lo más maravilloso.

—¡Buena caza! —dijo Mowgli, que llevaba los modales con el cuchillo (y este último nunca le abandonaba).

—¿Qué hay de la ciudad? —dijo la cobra blanca sin responder al saludo—. ¿Qué hay de la enorme ciudad amurallada, la ciudad de los cien elefantes y veinte mil caballos, y del ganado incontable…, la ciudad del rey de reyes? Me estoy volviendo sorda aquí y hace mucho tiempo que no oigo sus cánticos guerreros.

—Sobre nuestras cabezas sólo está la Selva —dijo Mowgli—. De los elefantes no conozco más que a Hathi y a sus hijos. Bagheera ha matado a todos los caballos de una aldea y… ¿qué es un rey?

—Ya te dije —le murmuró Kaa con suavidad a la cobra—, te dije, hace cuatro lunas, que tu ciudad ya no existía.

—La ciudad, la gran ciudad del bosque cuyas puertas están guardadas por los torreones del rey…, no puede desaparecer nunca. ¡La construyeron antes de que la madre de mi madre saliera del huevo y seguirá en pie cuando las hijas de mis hijas sean tan blancas como yo! Salomdhi, hijo de Chandrabija, hijo de Viyeja, hijo de Vegasuri, la fundó en los tiempos de Bappa Rawal. ¿Y quién es el dueño de vuestro rebaño?

—He perdido el rastro —dijo Mowgli, mirando a Kaa—. No entiendo lo que dice.

—Ni yo tampoco. Es muy vieja. Madre de las cobras, aquí no hay más que Selva, tal como la ha habido siempre, desde el principio de los tiempos.

—Entonces, ¿quién es él? —dijo la cobra blanca—, este que se sienta ante mí sin miedo, que desconoce el nombre del Rey y que habla nuestro idioma por boca de hombre. ¿Quién es este que tiene un cuchillo y una lengua de serpiente?

—Me llaman Mowgli —fue la respuesta—. Soy de la Selva. Los lobos son mi pueblo y Kaa, la que está aquí, es mi hermana. Madre de las cobras, ¿quién eres tú?

—Soy la Guardiana del Tesoro del Rey. El rajá Kurun construyó la piedra que tengo encima en los tiempos en que mi piel era oscura para que pudiese mostrarles la muerte a los que vinieran a robar. Luego, bajaron el tesoro por la piedra y escuché la canción de los brahmanes, mis amos.

—*¡Mmmm!* —murmuró Mowgli para sí—. Ya he tenido tratos con un brahmán, en la manada de los Hombres, y… sé lo que sé. Algo malo va a pasar aquí dentro de poco.

—Desde que vine aquí, han levantado la piedra cinco veces, pero siempre para bajar más cosas y nunca para llevarse nada. No existen otras riquezas parecidas a éstas…, los tesoros de cien reyes. Pero hace ya mucho, muchísimo tiempo que movieron la piedra por última vez y creo que mi ciudad la ha olvidado.

—No hay ninguna ciudad. Mira ahí arriba. Son raíces de árboles enormes que se abren camino entre las piedras. Los hombres y los árboles no crecen juntos —insistió Kaa.

—Los hombres han conseguido llegar hasta aquí dos y hasta tres veces —respondió la cobra con tono feroz—, pero me abalancé sobre ellos sin darles ocasión de hablar, mientras palpaban en la oscuridad, y aun entonces no lograron más que gemir un poco. Pero vosotros habéis venido con mentiras, hombre y serpiente, ambos, y me querríais hacer creer que la ciudad ya no existe y que mi nombramiento de guardiana ha tocado a su fin. Es poco lo que cambian los hombres con los años. ¡Pero yo no cambio nunca! Hasta que no levanten la piedra, y los brahmanes vengan cantando las canciones que yo sé, y me alimenten con leche caliente, y me lleven a ver la luz de nuevo, ¡yo… yo… yo, y nadie más, soy la Guardiana del Tesoro del Rey! ¿Me decís que la ciudad está muerta y que ahí están las raíces de los árboles? Agachaos y coged lo que queráis. En toda la Tierra no hay tesoros como éstos. ¡Hombre con lengua de serpiente, si eres capaz de salir vivo por el camino por el que has venido, los reyes menores serán tus servidores!

—He vuelto a perder el rastro —dijo Mowgli con frialdad—. ¿Es posible que un chacal haya podido penetrar hasta tan abajo y haya mordido a esta enorme capucha blanca? No hay duda de que está loca. Madre de las cobras, no veo aquí nada que llevarme.

—¡Por los dioses del sol y de la luna, que la locura de una muerte cierta se ha apoderado de este muchacho! —silbó la cobra—. Antes de que se te cierren los ojos te concederé un favor. ¡Mira, y contempla lo que ningún hombre ha visto antes!

—No es muy sabio el que en la Selva le hable de favores a Mowgli —dijo entre dientes el muchacho—; pero la oscuridad lo cambia todo, como yo sé bien. Miraré, si eso te complace.

Miró, guiñando los ojos, alrededor de la cripta, y luego recogió del suelo un puñado de algo que brillaba.

—¡Ajá! —dijo él—, es como esa cosa con la que juegan en la Manada de los Hombres; salvo que ésta es amarilla y la suya era marrón.

Dejó caer las monedas de oro y siguió caminando. El suelo de la cripta estaba cubierto de casi dos metros de monedas acuñadas de oro y plata que se habían salido de los sacos en los que habían estado guardadas en un principio y, con los años, el metal se había juntado y asentado igual que los montones de arena durante la marea baja. Sobre él, dentro de él y sobresaliendo por encima de él, como restos de naufragios medio enterrados en la arena, había asientos adoselados de plata, de los que se ponen encima de los elefantes, remachados con placas de oro batido y cubiertos de carbúnculos y turquesas. Había palanquines y literas destinados a llevar reinas, cuyos marcos y ribetes eran de plata y esmalte, con las varas enfundadas de jade y los anillos de las cortinas de ámbar; había candelabros de oro de cuyos brazos colgaban entre balanceos esmeraldas horadadas; había imágenes llenas de remaches, de metro y medio de altura, de dioses olvidados, hechos de plata y con los ojos enjoyados, había cotas de malla, con oro labrado sobre el acero y ribeteadas de aljófar negruzco y carcomido; había yelmos, coronados y ensartados de rubíes tan rojos como la sangre; había escudos lacados, de concha de tortuga o piel de rinoceronte, con roblones y repujados de oro rojo y esmeraldas en los bordes; había haces de espadas, dagas y cuchillos de caza con la empuñadura tachonada de diamantes; había cuencos destinados a los sacrificios, calderos y altares portátiles todos ellos de oro macizo y de unas formas que ningún ojo humano ha visto jamás; había copas y pulseras de jade; había pebeteros, cepillos y frascos de perfume, alheña y polvos de ojos, todos ellos de oro repujado; había aros para la nariz, brazaletes, diademas, anillos y fajas en número incontable; había cinturones de palmo y medio de anchura, repletos de diamantes cuadrados y rubíes, y cajas de madera, con una triple fila de claveteado de hierro, en las que la madera se había convertido ya en polvo, por lo que mostraban los montones de zafiros orientales, ópalos, ojos de gato, zafiros comunes, rubíes, diamantes, esmeraldas y granates sin tallar que había en su interior.

La cobra blanca tenía razón. No había dinero en el mundo para empezar siquiera a pagar el valor de aquel tesoro: los resultados cuidadosamente escogidos de siglos de guerras, saqueos, comercio y tributos. Sólo las monedas ya tenían un valor incalculable, eso sin contar todas las piedras preciosas; y el peso en bruto del oro y la plata por sí solos debía estar entre las doscientas y las trescientas toneladas. Todos los gobernantes nativos de la India actual, por muy pobres que sean, tienen un tesoro al que siempre están haciendo nuevas aportaciones, y aunque una vez cada mucho tiempo llega un príncipe ilustrado que intercambia treinta o cuarenta carros de bueyes llenos

de plata por Títulos de la Deuda, la gran mayoría guarda su tesoro y la idea de su existencia para sí.

Pero Mowgli, naturalmente, no entendía el significado de todo esto. Los cuchillos le interesaron ligeramente, pero no estaban tan bien equilibrados como el suyo, de modo que los volvió a dejar en el suelo. Por fin, encontró algo en verdad fascinante junto a la parte delantera de una silla de elefante medio enterrada entre monedas. Era un *ankus* de un metro de largo, también llamado aguijada o pincho para elefantes…, un objeto parecido a un pequeño bichero. Estaba coronado por un rubí redondo y brillante, y veinte centímetros más abajo, en la empuñadura, había un tachonado de turquesas muy pegadas entre sí que cubrían todo el círculo y formaban un asidero de lo más satisfactorio. Bajo éstas había un reborde de jade que mostraba un diseño floral a su alrededor… en el que las hojas eran esmeraldas y los pétalos rubíes incrustados en la fría y verde piedra. El resto de la empuñadura estaba formado por una barra de marfil puro, mientras que la punta —el garfio y el pincho— estaba hecha de acero labrado en oro con dibujos de cacerías de elefantes, y estas imágenes atrajeron a Mowgli, que se dio cuenta de que tenían algo que ver con su amigo, Hathi el Silencioso.

La cobra blanca lo había estado siguiendo muy de cerca:

—¿Acaso no vale la pena morir sólo por el placer de contemplarlo? —dijo —. ¿Verdad que te he hecho un gran favor?

—No te entiendo —dijo Mowgli—. Estos objetos son duros y fríos, y en absoluto comestibles. Pero éste —y levantó el *ankus*—… éste sí me gustaría llevármelo para poder verlo a la luz del sol. ¿Dices que son todos tuyos? ¿Me lo das si yo te traigo ranas para comer?

La cobra blanca se estremeció literalmente del malvado gozo que sentía:

—Por supuesto que te lo daré —dijo—. Todo lo que hay aquí te lo regalo… hasta que te vayas.

—Pero es que me voy a ir ya. Este lugar es frío y oscuro, y me gustaría llevarme esta cosa con punta de espino a la Selva.

—¡Mira junto a tu pie! ¿Qué es eso de ahí?

Mowgli recogió un objeto blanco y suave

—Es el hueso de la cabeza de un hombre —dijo con voz suave—, y aquí hay dos más.

—Vinieron a llevarse el tesoro hace muchos años. Les hablé en la oscuridad y se quedaron tendidos e inmóviles.

—¿Pero qué necesidad tengo yo de esto que se llama tesoro? Si quieres darme el *ankus*, será buena caza. Si no, no dejará por eso de ser buena caza de

todos modos. Yo no lucho con el Pueblo del Veneno y, además, conozco la Palabra Clave de tu tribu.

—Aquí no hay más que una Palabra Clave. ¡La mía!

Kaa se lanzó hacia adelante echando fuego por los ojos:

—¿Quién me pidió que trajera al hombre? —siseó.

—Yo, ciertamente —dijo la cobra balbuceando—. Hacía mucho que no veía a un hombre, y éste habla nuestro idioma.

—Pero nadie dijo nada de matar. ¿Cómo podría volver a la Selva y decir que lo he conducido a la muerte? —dijo Kaa.

—Yo nunca hablo de matar hasta que llega el momento. Y en cuanto a irte o no irte, ahí tienes el agujero de la pared. ¡Y ahora, silencio, gordinflona, cazadora de monos! Me bastaría con tocarte el cuello para que la Selva no volviese a saber de ti. Nunca vino aquí un hombre que luego se pudiera marchar por su propio pie. ¡Soy la Guardiana del Tesoro de la Ciudad del Rey!

—¡Gusano blanco de la oscuridad, te digo que no hay ni rey ni ciudad algunos! ¡La Selva es lo único que existe sobre nuestras cabezas! —gritó Kaa.

—Todavía existe el Tesoro. Pero podemos hacer una cosa: aguarda un momento, Kaa de las Rocas, y contempla cómo corre el muchacho. Aquí hay suficiente espacio para que la diversión sea grande. La vida es buena. ¡Corre de un lado a otro un rato y diviértenos, muchacho!

Mowgli puso tranquilamente la mano sobre la cabeza de Kaa:

—Esta criatura blanca sólo ha tratado con gentes de la Manada de los Hombres hasta ahora. A mí no me conoce —susurró—. Nos ha pedido que le ofrezcamos una cacería. Que la tenga, pues.

Mowgli llevaba un tiempo de pie, sosteniendo el *ankus* con la punta hacia abajo. Lo arrojó rápidamente y cayó de través, justo detrás de la capucha de la enorme serpiente, clavándola al suelo. Al instante, todo el peso de Kaa estaba sobre el cuerpo que se retorcía, paralizándolo de la capucha a la cola. Los ojos rojizos llameaban y los quince centímetros que tenía libres de cabeza se agitaban violentamente, intentando picar a derecha e izquierda.

—¡Mátala! —dijo Kaa, al tiempo que la mano de Mowgli se dirigía hacia su cuchillo.

—No —dijo él, volviendo a enfundar la hoja—; no mataré nunca más, si no es para comer. ¡Pero fíjate, Kaa!

Cogió a la serpiente por detrás de la capucha, le abrió la boca a la fuerza con la hoja del cuchillo y dejó a la vista los terribles colmillos venenosos de la mandíbula superior, que estaban metidos hacia dentro y presentaban un

aspecto marchito en la base. La cobra había vivido más tiempo que su veneno, lo que no es raro que les suceda a las serpientes.

—*Thuu*[26] (está seca) —dijo Mowgli. Y, tras indicarle a Kaa que se apartara, recogió el *ankus*, liberando así a la cobra blanca—. El tesoro del Rey necesita de un nuevo guardián —dijo con tono solemne—. *Thuu*, lo que has hecho no está bien. ¡Corre de un lado a otro y diviértenos, *Thuu*!

—Estoy deshonrada. ¡Mátame! —siseó la cobra blanca.

—Ya se ha hablado demasiado de muertes. Ahora nos iremos. Me llevo la cosa con punta de espino, *Thuu*, porque he luchado contigo y te he vencido.

—Ten buen cuidado, entonces, de que esa cosa no acabe contigo finalmente. ¡Es la Muerte! ¡Recuérdalo, es la Muerte! Esa cosa se basta para matar a los hombres de toda mi ciudad. No la retendrás mucho tiempo, Hombre de la Selva, ni el que te la quite a ti tampoco. ¡Matarán y matarán y volverán a matar por su causa! Mis fuerzas se han secado, pero el *ankus* hará el trabajo por mí. ¡Es la Muerte! ¡Es la Muerte!

Mowgli salió arrastrándose por el agujero para regresar al túnel, y lo último que vio fue a la cobra blanca arrojándose furiosamente con sus inofensivos colmillos contra los rostros impasibles y dorados de los dioses que yacían en el suelo, mientras siseaba: «¡Es la Muerte!».

Se alejaron cuando la luz del día volvió a brillar sobre sus cabezas; y cuando estuvieron de nuevo en su propia Selva y Mowgli hizo que el *ankus* reflejara la luz de la mañana, se sintió casi tan contento como si hubiese encontrado un ramo de flores nuevas que ponerse en el cabello.

—Es más brillante que los ojos de Bagheera —dijo encantado, mientras hacía girar el rubí—. Se lo enseñaré; pero ¿qué quería decir la *Thuu* cuando hablaba de la Muerte?

—No te lo sabría decir. Me arrepiento hasta la cola de mi cola de que no sintiera la caricia de tu cuchillo. En las Moradas Frías siempre reina el mal… tanto arriba como bajo tierra. Pero ahora tengo hambre. ¿Cazarás conmigo al amanecer? —dijo Kaa.

—No; Bagheera tiene que ver esto. ¡Buena caza!

Mowgli se alejó brincando, mientras blandía su enorme *ankus*, deteniéndose de tanto en tanto para admirarlo, hasta que llegó a la zona de la Selva que Bagheera solía utilizar, donde la encontró bebiendo tras haber cazado una gran pieza. Mowgli le contó todas sus aventuras, de principio a fin, mientras Bagheera olfateaba el *ankus* de vez en cuando. Cuando Mowgli le relató las últimas palabras de la cobra, la pantera ronroneó asintiendo.

—¿Entonces la capucha blanca habló la verdad? —le preguntó Mowgli rápidamente.

—Yo nací en la jaulas que tenía el Rey en Oodeypore y, si el estómago no me engaña, algo sé del hombre. Y son muchísimos los que matarían tres veces en la misma noche sólo por esa gran piedra roja.

—Pero la piedra le da un peso que lo hace difícil de manejar. Mi pequeño cuchillo reluciente es mucho mejor; y… ¡fíjate!, la piedra roja no se puede comer. Entonces, ¿por qué iban a matar a causa de ella?

—Anda, Mowgli, vete a dormir. Has vivido entre los hombres y…

—Aún me acuerdo. Los hombres matan porque no cazan…, por pereza y por capricho. Despierta, Bagheera. ¿Para qué hicieron esta cosa con punta de espino?

Bagheera entreabrió lo ojos —tenía mucho sueño— con un guiño lleno de malicia.

—Lo hicieron los hombres para clavarlo en la cabeza de los hijos de Hathi, con el fin de hacer brotar la sangre. He visto objetos parecidos en la calle, frente a nuestras jaulas. Ese objeto ha probado la sangre de muchos como Hathi.

—Pero ¿por qué lo clavan en la cabezas de los elefantes?

—Para enseñarles la ley del hombre. Al no tener ni garras ni fauces, los hombres fabrican estas cosas… y otras aún peores.

—Siempre aparece la sangre cuando me acerco siquiera a los objetos que fabrica la Manada de los Hombres —dijo Mowgli con desagrado, pues, además, ya se estaba cansando del peso del *ankus*—. De haberlo sabido, no lo habría cogido. Primero, la sangre de Messua en las ligaduras, y ahora la de Hathi. No lo volveré a utilizar. ¡Mira!

El *ankus* voló entre múltiples reflejos y se clavó de punta a unos nueve metros, entre los árboles.

—Ahora tengo las manos limpias de la Muerte —dijo Mowgli, mientras se las restregaba con tierra húmeda y fresca—. La *Thuu* dijo que la Muerte me seguiría. Es vieja y blanca, y está loca.

—Blanca o negra, vida o muerte, yo me voy a dormir, Hermanito. No puedo estar cazando toda la noche y aullando todo el día, como hacen otros.

Bagheera se alejó en dirección a una guarida de caza que conocía, a unas dos millas de distancia. Mowgli se subió con ligereza a un árbol cómodo, unió tres o cuatro enredaderas con nudos y, en menos tiempo de lo que se tarda en decirlo, estaba balanceándose en una hamaca a unos quince metros del suelo. Si bien él no tenía nada serio en contra de la fuerte luz del día, había adoptado

las costumbres de sus amigos y hacía el menor uso posible de ella. Cuando se despertó entre las grandes voces que daban los pueblos que viven en los árboles, era la hora del crepúsculo de nuevo y había soñado con las hermosas piedras que había tirado.

—Por lo menos voy a echarle otra ojeada a esa cosa —dijo, y bajó a tierra deslizándose por una enredadera.

Pero Bagheera estaba ya allí. Mowgli la podía oír olfateando ruidosamente en la penunbra.

—¿Dónde está la cosa con punta de espino? —exclamó Mowgli.

—Se la ha llevado un hombre. Aquí está el rastro.

—Ahora podremos comprobar si la Thuu hablaba la verdad. Si la cosa con punta de espino es la Muerte, ese hombre morirá. Sigámosle.

—Cacemos antes —dijo Bagheera—. Un estómago vacío enturbia la mirada. Los hombres van muy despacio y la Selva está lo bastante húmeda como para conservar la huella más ligera.

Mataron una pieza lo antes posible, pero pasaron casi tres horas antes de que hubieran acabado de comer y beber para ponerse a seguir el rastro. Los habitantes de la Selva saben que no hay nada que justifique las prisas cuando uno está comiendo.

—¿Tú crees que la cosa con punta de espino se revolverá contra el hombre para matarlo? —preguntó Mowgli—. La *Thuu* dijo que era la Muerte.

—Los sabremos cuando lo encontremos —dijo Bagheera, que corría al trote y con la cabeza baja—. Es un solo pie —quería decir que se trataba de un hombre solo— y el peso de este objeto lo está haciendo hundir mucho los talones en tierra.

—¡Ja! Es tan visible como los relámpagos en el verano —respondió Mowgli.

Ambos adoptaron el trote rápido y entrecortado que se utiliza para seguir rastros, atravesando los recuadros de claridad a los que llegaba la luz de la luna, siempre tras las huellas de aquellos pies desnudos.

—Aquí empezó a correr rápidamente —dijo Mowgli—. Los dedos de los pies están muy separados.

Siguieron caminando un rato con la vista fija en el terreno húmedo.

—¿Por qué se desvía aquí a un lado?

—¡Aguarda! —dijo Bagheera, que se lanzó hacia delante dando un salto magnífico, tan grande como sólo ella era capaz de hacerlo.

Lo primero que se debe hacer cuando un rastro deja de tener explicación es lanzarse hacia delante sin embarullarlo más con las huellas de uno mismo.

Bagheera se giró en el aire, justo antes de aterrizar, y, encarando a Mowgli, exclamó:

—Aquí hay otro rastro que confluye con el suyo. El pie aquí es más pequeño y los dedos estar torcidos hacia dentro.

A continuación, Mowgli se acercó corriendo y miró:

—Son los pies de un cazador gond —dijo—. ¡Mira! Aquí arrastró el arco por la hierba. He ahí la razón de que el primer rastro se desviara tan bruscamente. Pie Grande se escondió de Pie Pequeño.

—Así es —dijo Bagheera—. Ahora, para evitar embarullar las señales cruzando el uno por encima del rastro del otro, escojamos un rastro cada uno. Yo seré Pie Grande, Hermanito, y tú Pie Pequeño, el gond.

Bagheera volvió de otro salto al primer rastro, dejando a Mowgli agachado sobre las huellas curiosas y estrechas del hombrecillo salvaje de los bosques.

—Ahora —dijo Bagheera, que se movía paso a paso junto a la secuencia de huellas— yo, Pie Grande, me echo a un lado aquí. Ahora me oculto detrás de una roca y permanezco inmóvil, sin atreverme a mover los pies siquiera. Lee tu rastro en voz alta, Hermanito.

—Ahora yo, Pie Pequeño, llego ante la roca —dijo Mowgli, siguiendo su rastro—. Ahora me siento bajo ella, apoyado en la mano derecha, con la punta del arco entre los dedos de los pies. Estoy largo rato esperando, pues la huella de mis pies es profunda en este lugar.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Bagheera desde su escondite tras la roca —. Aguardo, con el extremo de la cosa con punta de espino apoyado en una piedra. Lee tu rastro en voz alta, Hermanito.

—Hay una… dos ramitas y una rama grande rotas aquí —dijo Mowgli, bajando la voz—. ¿Cómo quieres que lea eso ? ¡Ah! Todo está muy claro ahora. Yo, Pie Pequeño, me alejo armando un buen alboroto y pisando fuerte para que Pie Grande me oiga.

Y se fue apartando de la roca paso a paso, perdiéndose entre los árboles, la voz elevándose con la distancia, según se iba acercando a una pequeña catarata.

—Me… alejo… hasta… donde… el… ruido… del… agua… cubre… mis… movimientos… y… aquí… me… quedo… esperando. ¡Lee tu rastro en voz alta, Bagheera, Pie Grande!

La pantera había dirigido la mirada en todas las direcciones para ver en cuál se alejaba de la roca el rastro de Pie Grande.

Y entonces comenzó a hablar:

—Salgo de detrás de la roca caminando de rodillas, arrastrando la cosa con punta de espino. Al no ver a nadie, echo a correr. Yo, Pie Grande, corro veloz. El rastro está claro. Que cada uno siga el suyo. ¡Empiezo a correr!

Bagheera cubrió rápidamente el claro rastro, mientras Mowgli seguía los pasos del gond. Luego, el silencio reinó en la Selva durante cierto tiempo.

—¿Dónde estás, Pie Pequeño? —exclamó Bagheera.

La voz de Mowgli le respondió a menos de cincuenta metros a su derecha.

—*¡Mmm!* —carraspeó la pantera con tono grave—. ¡Los dos corren paralelos, acercándose cada vez más!

Continuaron corriendo media milla más, manteniéndose siempre a aproximadamente la misma distancia, hasta que Mowgli, cuya cabeza no estaba tan pegada al suelo como la de Bagheera, exclamó:

—¡Ya se han encontrado! ¡Por la buena caza… mira! Aquí se apostó Pie Pequeño, con la rodilla apoyada en una roca… ¡Y allí está Pie Grande, sin duda!

A menos de diez metros delante de ellos, extendido sobre un montón de guijarros, yacía el cuerpo de un aldeano de la zona, con una larga flecha de pequeñas plumas, una flecha gond, que le atravesaba el pecho y la espalda.

—¿Estaba la *Thuu* tan vieja y tan loca, Hermanito? —dijo Bagheera con suavidad—. He aquí una muerte al menos.

—Sigamos. ¿Pero dónde está el bebedor de sangre de elefante… el espino de ojo rojizo?

—La tiene Pie Pequeño… tal vez. Vuelve a haber un solo pie.

El rastro de un hombre ligero que había estado corriendo rápido y que llevaba un peso sobre el hombro izquierdo continuaba rodeando un trecho de hierba baja en el que cada pisada aparecía, ante la avezada vista de sus seguidores, marcada con un hierro candente.

No volvieron a hablar ninguno de los dos hasta que el rastro llegó ante las cenizas de una fogata oculta en un barranco.

—¡Otra vez! —dijo Bagheera, deteniéndose bruscamente, como si la hubieran convertido en piedra.

El cuerpo pequeño y arrugado de un gond estaba tendido con los pies en la ceniza. Bagheera miró a Mowgli con curiosidad.

—Eso lo hicieron con un bambú —dijo el muchacho, tras haberle echado un vistazo—. Yo mismo usaba uno con los búfalos mientras estuve sirviendo en la Manada de los Hombres. La Madre de las Cobras (y me arrepiento de haberme burlado de ella) conocía bien a esta especie, tal y como debería

haberme imaginado. ¿Acaso no he dicho que los hombres matan por capricho?

—No hay duda de que matan por las piedras rojas y azules —respondió Bagheera—. Acuérdate de que yo estuve en las jaulas del Rey, en Oodeypore.

—Uno, dos, tres, cuatro rastros —dijo Mowgli, agachándose entre las cenizas—. Cuatro rastros de hombres con los pies calzados. Éstos no van tan rápidos como los gonds. Pero ¿qué mal les habría podido hacer el hombrecillo de los bosques? Fíjate, estuvieron hablando todos juntos, los cinco, en pie, antes de matarlo. Bagheera, regresemos. Tengo un nudo en el estómago y, sin embargo, lo noto agitarse como si fuera el nido de una oropéndola en el extremo de una rama.

—Dejar piezas libres no es buena caza. ¡Sigamos! —dijo la pantera—. Esos ocho pies calzados no han ido lejos.

No volvieron a abrir la boca durante casi una hora, mientras estuvieron siguiendo el ancho rastro de los cuatro hombres de pies calzados. Había llegado ya la mañana, y con ella la cálida luz del día, cuando Bagheera dijo:

—Olfateo humo.

—Los hombres siempre prefieren comer a correr —respondió Mowgli, que trotaba esquivando los rastrojos y arbustos bajos que había en la nueva Selva que estaban explorando.

Bagheera, un poco a su izquierda, hizo un ruido indescriptible con la garganta.

—Aquí hay uno que ya no comerá más —dijo.

Debajo de un arbusto había un bulto de enmarañadas telas de vivos colores; a su alrededor se podía ver un poco de harina desparramada.

—Eso es obra del bambú de nuevo —dijo Mowgli—. ¡Mira!, ese polvo blanco es lo que comen los hombres. Le han quitado la caza a éste —era el que llevaba la comida de todos— y lo han ofrecido como presa a Chil, el milano.

—Es el tercero —dijo Bagheera.

—Le llevaré ranas jóvenes y gordas a la Madre de las Cobras para que coma hasta hartarse —dijo Mowgli para sí—. El bebedor de sangre de elefante es la Muerte en persona… ¡Pero sigo sin entender nada!

—¡Sigamos! —dijo Bagheera.

No habían andado ni media milla más cuando oyeron a Ko, el cuervo, que entonaba la canción de la muerte desde lo alto de un tamarisco, bajo cuya sombra yacían tres hombres. Había una fogata medio consumida en el centro del círculo, bajo una fuente de hierro que contenía una torta negra y

chamuscada de pan sin levadura. Cerca de la hoguera, y resplandeciente bajo la luz del sol, estaba el *ankus* de rubíes y turquesas.

—El objeto hace su trabajo con rapidez; toda la historia toca aquí a su fin —dijo Bagheera—. ¿Cómo murieron éstos, Mowgli? No se les ve ninguna señal.

Un habitante de la Selva llega a saber por propia experiencia tanto de plantas y moras venenosas como muchos doctores. Mowgli olfateó el humo que salía del fuego, partió un pedazo del pan chamuscado, lo probó y lo escupió.

—La manzana de la muerte —dijo entre estornudos—. El primero debe haberla introducido en la comida para éstos, que lo mataron después de haber matado al gond.

—¡Buena caza, no hay duda! Las muertes se suceden con rapidez —dijo Bagheera.

La «manzana de la muerte» es el nombre que le da la Selva al estramonio o datura, el veneno más rápido y mortífero de toda la India.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo la pantera—. ¿Tenemos que matarnos el uno al otro a causa de ese asesino del ojo rojizo?

—¿Sabrá hablar? —susurró Mowgli—. ¿Le ofendería yo cuando lo arrojé? Entre nosotros dos no puede causar ningún daño, porque no deseamos lo que desean los hombres. Si lo dejamos aquí, seguro que continuará matando hombres, uno detrás de otro, con la misma rapidez con lo que caen la nueces cuando el viento arrecia. No siento ningún amor por los hombres, pero ni siquiera yo podría desear que murieran seis en una sola noche.

—¿Qué más da? No son más que hombres. Se mataron entre sí y eso les satisfizo —dijo Bagheera—. El primero, el hombrecillo de los bosques, hizo una buena caza.

—A pesar de todo, son como cachorros; y un cachorro es capaz de ahogarse intentando morder el reflejo de la luna en el agua. Yo he tenido la culpa —dijo Mowgli, que hablaba como si lo supiera todo sobre todas las cosas—. No volveré a traer cosas extrañas a la Selva, ni aunque sean tan hermosas como flores. Esto —y recogió el *ankus* con cautela— va a regresar con la Madre de las Cobras. Pero antes tenemos que dormir y no podemos dormir cerca de estos durmientes. Además tenemos que enterrar esa cosa, no sea que se escape corriendo y mate a otros seis. Haz un agujero al pie de ese árbol.

—Pero, Hermanito —dijo Bagheera, mientras se encaminaba hacia el lugar indicado—, yo te digo que no es culpa del bebedor de sangre. El

problema está dentro de los hombres.

—Es lo mismo —dijo Mowgli—. Cava hondo el agujero. Cuando nos despertemos, lo sacaré y lo devolveré.

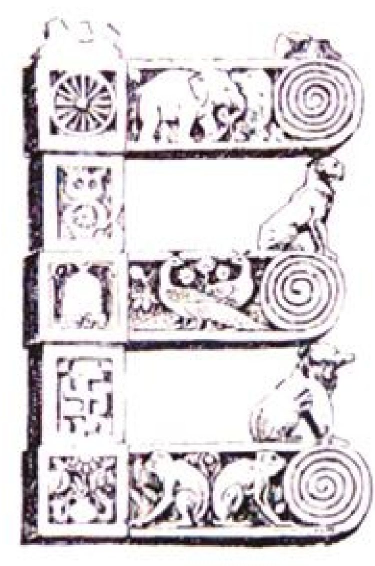
Dos noches más tarde, mientras la cobra blanca se hallaba lamentándose en la oscuridad de su cripta, deshonrada, robada y sola, el ankus de turquesas entró volando por el agujero de la pared y se estrelló contra el suelo de monedas de oro.

—Madre de las Cobras —dijo Mowgli (que tenía buen cuidado de permanecer del otro lado del muro)— consigue la ayuda de un miembro joven y maduro de tu tribu para guardar el Tesoro del Rey, de forma que ningún hombre pueda salir vivo de ahí nunca más.

—¡Ajá! Regresa conmigo, pues. Ya dije que esa cosa era la Muerte. ¿Cómo es posible que tú sigas vivo? —masculló la vieja cobra, enrollándose amorosamente alrededor del mango del ankus.

—¡Por el toro que me compró, que no lo sé! Esa cosa ha matado seis veces en una sola noche. No permitas que salga de ahí de nuevo.

La canción del Pequeño Cazador

*s el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!*
antes de que Mor, el pavo real, aletee ante ti,
antes de que el pueblo de los Monos chille lo mismo,
antes que el milano, Chil,
caiga en picado hacia el abismo,
un suspiro y una sombra vil
atraviesan la Selva, suaves y escondidos.

Por el claro, corre ligera una sombra vigilando,
el rumor se extiende a lo largo y a lo ancho,
y el sudor gotea sobre tu entrecejo,
porque ahora mismo llega desde lejos…
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

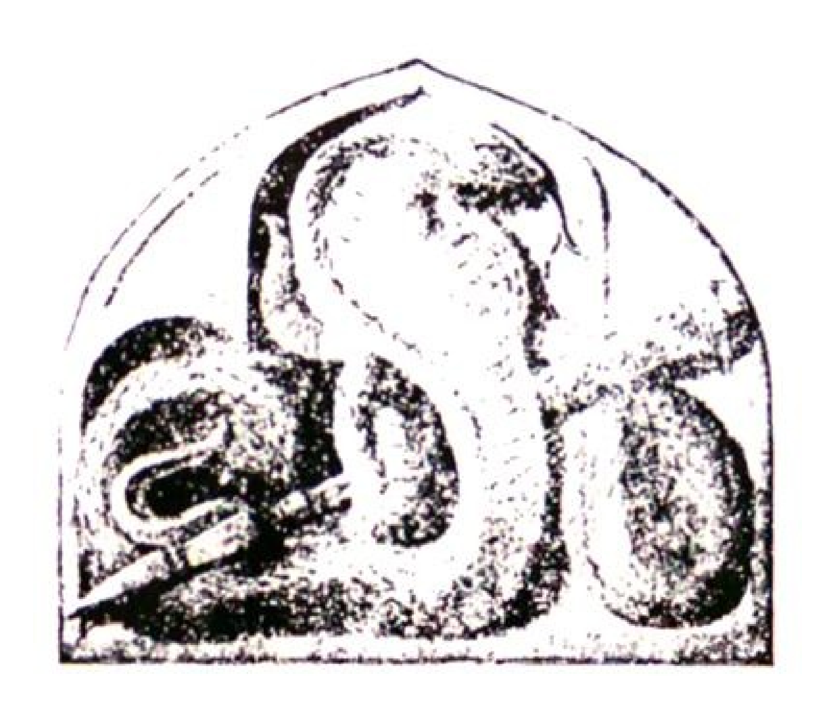
Antes de que la luna escale el monte,
antes de que sientan su luz las rocas,
cuando la senda que desciende se esconde

y se convierte en tristeza y congoja,
oyes una respiración fuerte, sin saber de dónde
—¡uuf, uf!—, un jadeo en la noche loca.
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Ponte de rodillas, el arco en tensión
y porque vuele la aguda flecha ruega.
Vacío, contigo se muestra burlón
el matorral del que tu lanza cuelga,
pero tienes las manos flojas y sin acción
y algo hace que la mejilla su color pierda…
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Cuando la nube cálida absorbe la tempestad,
cuando los pinos astillados caen de verdad,
cuando te azotan y giran las lluvias torrenciales y cegadoras,
sobre los gongs de la guerra retumba una voz superior a todas…
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Ya las grandes crecidas bajan por la cuesta,
ya sin pies saltan las rocas,
ya el relámpago muestra
cada nervio de cada hoja;
pero tú tienes la garganta cerrada y seca
y el corazón te martillea el costado a tontas y a locas:
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador… eso es el Miedo!



Quiquern

Las gentes de los Hielos del Este
se están derritiendo como la nieve…
mendigan el café y el azúcar
y acuden cuando el hombre blanco viene.

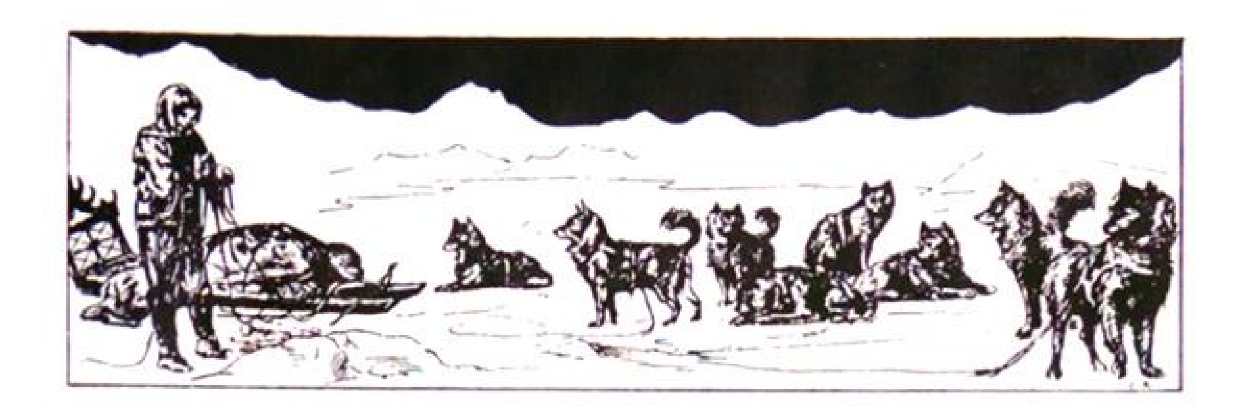
Las gentes de los Hielos del Oeste
están aprendiendo a robar y a luchar,
venden sus pieles a las factorías
y sus almas a los blancos van a dar.

Las gentes de los Hielos del Sur
comercian con la tripulación del ballenero.
Sus mujeres tienen muchos lazos,
pero sus tiendas son pocas y llenas de agujeros.

Pero las gentes de los Hielos Antiguos,
más allá de donde el blanco ronde,
hacen sus lanzas de cuerno de narval
¡y son los últimos de entre los Hombres!

Traducción


JLK.



A abierto los ojos. ¡Mira!

—Vuelve a meterlo en la piel. Va a ser un perro fuerte. Le pondremos un nombre cuando cumpla el cuarto mes.

—¿En honor de quién? —preguntó Amoraq.

La mirada de Kadlu vagó por el iglú forrado de pieles hasta que descansó sobre un muchacho de catorce años, Kotuko, que estaba sentado en el banco que servía de cama, haciendo un botón con marfil de morsa.

—Que sea en el mío —dijo Kotuko con una sonrisa—. Llegará el día en que lo necesite.

Kadlu le devolvió una sonrisa tan amplia que casi le enterró los ojos en sus gruesas y aplastadas mejillas y asintió con la cabeza mirando a Amoraq, mientras la furiosa madre del perrito gemía al ver a su cachorro retorciéndose completamente fuera de su alcance, metido en la pequeña piel de foca que estaba suspendida al calor del candil de grasa. Kotuko continuó su trabajo de vaciado y Kadlu arrojó un fardo de arneses de perro hechos de cuero a una pequeña estancia que daba a uno de los laterales de su casa, se quitó el pesado traje de caza de piel de reno, lo puso en la red de barbas de ballena, que estaba suspendida por encima de otro candil, y se dejó caer sobre otro banco de dormir para cortar trocitos de carne congelada de foca hasta que Amoraq, su esposa, trajera la comida habitual compuesta por una sopa de carne y sangre.

Había estado desde el amanecer en los agujeros de las focas, a unas ocho millas de allí, y acababa de volver a casa con tres grandes focas. Desde la mitad del largo y bajo pasadizo o túnel de nieve que conducía a la puerta interior del iglú se podían oír los ladridos y las disputas a mordiscos que libraban los perros del tiro de su trineo, los cuales, libres después de un duro

día de trabajo, se esforzaban entre escaramuzas por conseguir un sitio caliente.

Cuando los ladridos se hicieron demasiado fuertes, Kotuko se bajó perezosamente del banco de dormir y cogió un látigo que tenía un mango de casi medio metro de barba de ballena muy flexible y más de siete metros de cuero grueso y trenzado. Penetró en el pasadizo y se armó tal escándalo que parecía que los perros lo estaban devorando vivo, pero no era más que su manera de rezar la oración de gracias antes de las comidas. Cuando salió a gatas por el otro extremo, llevaba detrás media docena de cabezas peludas cuyos ojos estaban centrados en él mientras se dirigía a una especie de patíbulo hecho de quijadas de ballena, del que colgaba la carne para los perros. Entonces, cortó aquella masa congelada en grandes trozos con una lanza de punta ancha y se quedó allí en medio, con la carne en una mano y el látigo en la otra. Fue llamando a cada animal por su nombre, primero los más débiles, y pobre del perro que se moviera sin tocarle el turno, porque en ese caso el cortante látigo salía disparado como un relámpago de cuero arrancando unos tres centímetros de piel y carne. Todos los animales gruñían, hacían rechinar los dientes y casi se ahogaban con su ración, que se tragaban prácticamente de golpe para después, a la carrera, buscar de nuevo el cobijo de túnel, mientras el muchacho continuaba allí de pie, sobre la nieve, bajo la luz resplandeciente del norte, repartiendo justicia. El último en ser servido fue el perrazo negro que actuaba como jefe de la jauría y que era el que mantenía el orden cuando se enganchaba a los perros al trineo; a éste, Kotuko le dio doble ración de carne, además de un chasquido de látigo extra.

—¡Ah! —exclamó Kotuko, mientras enrollaba el látigo—. Encima del candil tengo a un pequeñuelo que sí que ladrará de firme. *¡Sarpok!* ¡Entra!

Kotuko entró a rastras pasando por encima de los perros acurrucados, se sacudió la nieve seca que tenía en las pieles con el plumero de barbas de ballena que Amoraq tenía dispuesto junto a la puerta, dio unos golpecillos sobre el techo forrado de piel del iglú para quitar los carámbanos que pudieran haber caído de la cúpula de nieve que había encima y se acurrucó en el banco. Desde el pasadizo se oía a los perros roncar y gemir en sueños, el niño recién nacido que había en el profundo capuchón de piel de Amoraq pataleaba, se atragantaba y hacía gorgoritos y la madre del cachorro recién bautizado estaba tendida junto al costado de Kotuko, con los ojos fijos en el fardo de pieles de foca, caliente y a salvo sobre la ancha llama amarillenta del candil.

Todo esto sucedía en los confines del norte, más allá de la península del Labrador, más allá del estrecho de Hudson, en el que las fuertes corrientes mueven el hielo de un lado a otro, al norte de la península de Melville —al norte incluso de los angostos estrechos del Fury y del Hecla—, en la orilla norte de la Tierra de Baffin, donde la isla de Bylot se alza sobre el hielo del estrecho de Lancaster, con el aspecto de un molde para pasteles puesto boca arriba. Al norte del estrecho de Lancaster hay muy pocas tierras conocidas, salvo Devon del Norte y la Tierra de Ellesmere, pero incluso allí viven unas pocas gentes dispersas, a las puertas, por así decirlo, del mismísimo Polo.

Kadlu era un *inuit* —lo que la gente llama un esquimal—, y su tribu, que sumaba unas treinta personas en total, procedía del *Tununirmiut*, «el país que está detrás de algo». En los mapas, aquella costa desolada recibe el nombre de «Ensenada del Consejo de la Marina», pero el nombre que le dan los *inuit* es mejor, porque la región está detrás de absolutamente todo lo que hay en el mundo. Durante nueve meses al año, todo es hielo y nieve, y una tormenta tras otra, con un frío imposible de imaginar para quien nunca ha visto el termómetro ni a veinte grados bajo cero siquiera. Durante seis de esos nueve meses reina la oscuridad, y eso es lo que lo hace tan terrible. Durante los tres meses que dura el verano hiela sólo los días alternos y todas las noches; es cuando la nieve comienza a gotear por las pendientes orientadas hacia el sur y unos cuantos sauces muestran sus capullos lanosos, un par de uvas de gato pequeñajas hacen como si fueran a florecer, aparecen playas de gravilla y guijarros que descienden hasta el mar y algunas peñas pulidas y rocas veteadas se alzan por encima de la nieve en polvo. Pero todo eso desaparece en unas pocas semanas, y el invierno salvaje vuelve a apoderarse de la tierra. En el mar, por su parte, los grandes bloques de hielo se desgajan y flotan de un lado a otro en lontananza, uniéndose e incrustándose, entrechocando y partiéndose, machacándose y triturándose, hasta que todo se congela en un solo bloque, de tres metros de grosor, que nace en la orilla y se pierde en alta mar.

Durante el invierno, Kadlu seguía a las focas hasta el borde de esta planicie de hielo y las arponeaba cuando salían a respirar por los agujeros que ellas mismas disponían al efecto. Las focas precisan de aguas libres para vivir y capturar peces, y en lo más crudo del invierno el hielo llegaba a veces hasta ochenta millas de la costa más cercana sin una sola grieta en medio. Durante la primavera, él y su gente se retiraban de los témpanos de hielo a la rocosa tierra firme, donde levantaban tiendas de piel y capturaban pájaros con trampas o arponeaban a las focas jóvenes que tomaban el sol en la playa.

Después, emigraban hacia el sur, hasta la Tierra de Baffin, para seguir a los renos y obtener sus reservas anuales de salmón de los cientos de ríos y lagos del interior; para, en septiembre o en octubre, regresar al norte con el propósito de cazar bueyes almizcleros y dar comienzo también a la habitual cacería invernal de focas. Estos viajes los realizaban en trineos tirados por perros, de veinte a treinta millas diarias, o, a veces, por la costa en grandes «botes de mujer» hechos de piel, y en ese caso los perros y los bebés viajaban tendidos entre los pies de los remeros y las mujeres entonaban canciones según iban deslizándose de cabo en cabo por las frías y cristalinas aguas. Todos los lujos que conocían los *tununirmiut* procedían del sur —madera que les llegaba a la deriva y que utilizaban para hacer los patines de los trineos, hierro en barras para la punta de los arpones, cuchillos de acero, cazuelas de latón con las que se cocinaba mucho mejor que con los anticuados cacharros de piedra de esteatita—, pedernales y acero, e incluso fósforos, así como lazos de colores para el cabello de las mujeres, espejitos baratos y tela roja para las orlas de las chaquetas que hacían con piel de reno. Kadlu utilizaba los cuernos blanquísimos y retorcidos del narval y los dientes del buey almizclero (estos últimos son tan valiosos como perlas) para comerciar con los *inuit* del sur, y ellos, a su vez, comerciaban con los balleneros y con las misiones de los estrechos de Exeter y Cumberland; y de esa manera se iba estableciendo la cadena comercial, hasta que un cazo comprado por el cocinero de un barco en el bazar de Bhendy iba abriéndose paso para acabar sus días sobre un candil de grasa en algún punto de la parte habitable del Círculo Polar Ártico.

Kadlu, por ser buen cazador, era rico en arpones de hierro, cuchillos para la nieve, dardos para pájaros y todas las demás cosas que hacen la vida fácil en el país de los grandes fríos; era, también, el jefe de su tribu, o, como dicen ellos, «el hombre que lo sabe todo por experiencia»; esto no le confería ninguna autoridad, salvo, de vez en cuando, la de aconsejar a sus amigos que cambiasen de territorios de caza, pero Kotuko sí hacía uso de ella para dominar un poco, al estilo perezoso y gordinflón de los *inuit*, a los demás niños cuando salían de noche para jugar a la pelota bajo la luz de la luna, o para entonar la «Canción de los niños a la aurora boreal».

Pero a los catorce un *inuit* ya se considera un hombre y Kotuko estaba cansado de hacer trampas para pájaros y zorros pequeños, y, sobre todo, estaba cansadísimo de ayudar a las mujeres a masticar pieles de foca y de reno todo el día (es la mejor manera de hacerlas flexibles), mientras los hombres estaban fuera cazando. Quería entrar en la *Quaggi*, la Casa de los Cantos, en la que los cazadores se reunían para celebrar sus ritos misteriosos

y el *angebok*, el hechicero, los asustaba hasta hacerles sufrir maravillosos ataques después de haber apagado las luces, cuando se podía oír al Espíritu del Reno dando grandes patadas en el techo y cuando, al ensartar una lanza en el vacío de la negra noche exterior, la recuperaban cubierta de sangre caliente. Quería arrojar sus grandes botas en la red con el aire de cansancio propio de un cabeza de familia y dedicarse a los juegos de azar con los cazadores cuando éstos les visitaban alguna noche y apostaban en una especie de ruleta casera hecha con un cazo de latón y un clavo.

Había cientos de cosas que quería hacer, pero los adultos se reían de él y le decían:

—Espera a haberte ceñido la hebilla, Kotuko. No todo es cobrar presas en la caza.

Ahora que su padre había bautizado a un cachorro con su nombre, las perspectivas parecían mucho mejores. Un *inuit* no desperdicia un buen perro en su hijo hasta que el muchacho sepa algo de conducción de perros; y Kotuko estaba más que seguro de saberlo todo y algo más.

De no haber tenido el perro una constitución de hierro se hubiera acabado muriendo de un empacho o de tanto manoseo como sufría. Kotuko le hizo un pequeño arnés con un tirante adosado y se dedicaba a arrastrarlo por toda la casa gritando; «*¡Aua! ¡ja aua!*» (a la derecha). *¡Choiachoi! ¡Ja choiachoi!* (a la izquierda). *¡Ohaha!* (alto). Al cachorrillo aquello no le hacía ninguna gracia en absoluto, pero que a uno lo malearan de aquella forma era maravilloso comparado con ser colocado en el trineo por primera vez. En esa ocasión se sentó en la nieve y se puso a juguetear con el tirante de piel de foca que iba desde su arnés al *pitu*, la gran correa que había en la parte delantera del trineo. Entonces se puso en marcha el tiro de perros y el cachorro se encontró con que el pesado trineo de tres metros de largo le pasaba por encima del lomo y lo arrastraba por la nieve, mientras Kotuko se reía hasta que se le saltaron las lágrimas. Luego vinieron días y más días de latigazos crueles que silbaban como el viento entre el hielo; todos sus compañeros le mordían porque no sabía hacer su trabajo; el arnés le hacía rozaduras en la piel y ya no le permitían seguir durmiendo con Kotuko, sino que tenía que conformarse con el rincón más frío del pasadizo. Fueron tiempos aciagos para el cachorrillo.

El muchacho aprendió tan rápido como el perro, aunque un trineo tirado por perros es dificilísimo de manejar. Cada animal, los más débiles junto al conductor, se engancha con su propio tirante, que le pasa bajo las patas delanteras y va a parar a la gran correa, donde está fijo por medio de un botón

y un lazo que se puede soltar con un giro de muñeca, liberando así a los perros de uno en uno. Se trata de un dispositivo muy necesario, porque no es raro que a los perros jóvenes se les enrede el tirante entre las patas traseras, desde donde puede hacerles un corte que llega hasta el hueso. Además, todos y cada uno de ellos sufren la tentación de ir a visitar a sus amigos al tiempo que corren, dando para ello saltos por encima y entre los tirantes. Luego, comienzan a pelearse, y el resultado es un lío más enmarañado que un sedal con varios anzuelos al sacarlo del agua por la mañana. Se pueden evitar un montón de problemas haciendo un uso científico del látigo. Todos los niños *inuit* se enorgullecen de ser unos maestros en el manejo de la larga cola, pero es fácil acertarle a una señal colocada en el suelo y no tan fácil inclinarse hacia delante y darle exactamente entre ambas paletillas a un perro que se escabulle, sobre todo si el trineo va a toda velocidad. Si uno pronuncia el nombre de un perro por «irse de visita» y accidentalmente el latigazo va a parar a otro lomo, ambos iniciarán una pelea de inmediato para dirimir cuál es el culpable, deteniendo así a todos los demás. Por otra parte, si uno viaja acompañado y se pone a hablar, o va solo y comienza a cantar, los perros se detienen, se dan la vuelta y se sientan para escuchar lo que se te ocurra decirles. A Kotuko se le escaparon los perros un par de veces por olvidarse de bloquear el trineo después de parar, y rompió muchos látigos y destrozó algunas correas antes de que se le pudiera confiar un tiro completo de ocho perros junto con el trineo ligero. A partir de entonces se consideró a sí mismo una persona de importancia, y sobre el hielo liso y negro, con un corazón audaz y un codo ágil, se dedicaba a recorrer las llanuras con la rapidez de una jauría en plena caza. Recorría diez millas hasta llegar a los respiraderos de las focas y, una vez en los territorios de caza, soltaba uno de los lazos del *pitu* y liberaba al perrazo negro, que era el jefe y el más inteligente del tiro. Tan pronto como el perro olfateaba un respiradero, Kotuko volcaba el trineo y encajaba profundamente en la nieve dos astas serradas, que sobresalían como los asideros del respaldo de un cochecillo de niño, de modo que los perros no se pudieran escapar. Luego se arrastraba, centímetro a centímetro, y esperaba a que saliera la foca a respirar. En ese momento lanzaba rápidamente el arpón atado a una cuerda y finalmente alzaba a su foca hasta tenerla sobre el reborde de hielo del respiradero, momento en el que el gran perro negro se acercaba y le ayudaba a tirar de la foca, arrastrándola por el hielo hasta el trineo. Entonces, los perros que estaban enganchados aullaban y les salía espuma por la boca de la excitación, y Kotuko les ponía el largo látigo delante de los hocicos, como si fuera una barra de hierro al rojo vivo, hasta que el cadáver se

congelaba por completo. La vuelta a casa era un trabajo duro. Había que llevar con cuidado el trineo cargado por encima del hielo irregular y los perros se quedaban sentados dirigiendo sus miradas hambrientas hacia la foca en lugar de tirar del trineo. Finalmente, alcanzaban el camino trillado por los trineos que conducía hasta la aldea trotando sobre un hielo que resonaba como si fuera de metal, con las cabezas gachas y las colas levantadas, mientras Kotuko daba comienzo al «*Angutivaun taina tau-na-ne taina*». (La canción del cazador que regresa) y se oían voces que lo saludaban de casa en casa bajo el cielo estrellado y en penumbra.

Cuando Kotuko, el perro, alcanzó todo su tamaño, empezó a divertirse él también. Fue ganando firmemente posiciones en el tiro, pelea tras pelea, hasta que una mañana radiante, a la hora de la comida, se enfrentó al gran perro negro que era su jefe (Kotuko, el muchacho, fue testigo de que la pelea había sido justa y lo convirtió en segundo perro, como dicen ellos). Así, consiguió el derecho a ceñirse la correa más larga, la del jefe, y corría metro y medio por delante de los demás. Tenía la obligación expresa de acabar con cualquier pelea, dentro o fuera de los arneses, y llevaba un collar de alambre de cobre, muy grueso y pesado. En algunas ocasiones especiales recibía su comida cocinada y en el interior de la casa, y a veces se le permitía dormir en el banco, junto a Kotuko. Era bueno en la caza de focas y sabía acorralar a los bueyes almizcleros dando vueltas a su alrededor y amenazando con morderles las patas traseras. Era capaz incluso —y ésta es la mayor prueba de valentía para un perro de tiro—, era capaz incluso de plantarle cara al feroz lobo ártico, al que todos los perros del norte, por norma, temen más que a cualquier otra criatura que pueda caminar por la nieve. Él y su amo —ninguno de los dos consideraba que el resto de los vulgares perros del tiro fueran dignos de tenerse en cuenta como compañía— cazaban juntos, día tras día y noche tras noche: el muchacho envuelto en pieles y el feroz, peludo y amarillento animal de ojos alargados y blancos colmillos. Lo único que tiene que hacer un *inuit* es conseguir comida y pieles para sí mismo y para su familia. Las mujeres transforman las pieles en ropas y a veces echan una mano cuando se trata de atrapar caza menor, pero la mayor parte de la comida —y engullen enormes cantidades de comida— deben aportarla los hombres. Si falla el suministro, no hay nadie a quien comprar, mendigar ni pedir prestado. La gente ha de morir.

Un *inuit* no piensa en que eso pueda ocurrir hasta que se ve obligado a hacerlo. Kadlu, Kotuko, Amoraq y el recién nacido, que pataleaba en la capucha de pieles de Amoraq y estaba todo el día masticando trozos de grasa,

se sentían tan felices juntos como cualquier otra familia del mundo entero. Pertenecían a una raza muy pacífica —es raro que un *inuit* pierda la calma y casi imposible que golpee a un niño— que no conoce con exactitud lo que significa decir una mentira y menos aún lo que es robar. Les bastaba con arponear sus alimentos en el corazón de los amargos y despiadados fríos del norte; les bastaba con sonreír sus sonrisas grasientas y contar extrañas historias de aparecidos y de duendes por las noches, comer hasta que no pudieran seguir comiendo y cantar la interminable canción de las mujeres: «*Amna aya, aya amna, ¡ah!, ¡ah!*», durante los largos días en los que la única luz era la del candil mientras se remendaban las ropas y arreglaban los arreos para la caza.

Pero llegó un invierno terrible en que todo se puso en contra de ellos. Los *tununirmiut* regresaron de la pesca anual del salmón y construyeron sus casas sobre los hielos tempranos que había al norte de la isla de Bylot, preparados para iniciar la caza de las focas tan pronto como el mar se congelara. Pero el otoño, que llegó antes de tiempo, fue brutal. Durante todo el mes de septiembre hubo continuas tempestades que resquebrajaron el hielo liso de las focas cuando no tenía más de un metro o metro y medio de grosor, empujándolo tierra adentro y amontonándolo hasta formar una gran barrera, de unas veinte millas de ancho, compuesta por un hielo apelmazado, irregular y lleno de carámbanos sobre el que era imposible deslizarse con los trineos de tiro. El borde de los témpanos más allá de los cuales solían pescar las focas en invierno estaría a unas veinte millas una vez salvada esta barrera y, por ello, fuera del alcance de los *tununirmiut*. A pesar de todo, se las podrían haber arreglado para, a trancas y barrancas, llegar hasta el final del invierno con sus reservas de salmón congelado y grasa, además de lo que fuera cayendo en sus trampas, pero en diciembre, uno de sus cazadores se topó con una tupik (una tienda de pieles) en la que había tres mujeres y una niña medio muertas, cuyos hombres habían bajado del más extremo norte y habían resultado aplastados por el hielo cuando trataban de cazar al narval de largos colmillos en sus pequeños botes hechos con pieles. Kadlu, por supuesto, tuvo que distribuir a las mujeres entre las cabañas de la aldea de invierno, pues ningún *inuit* osaría negarle comida a un extraño. Uno nunca sabe cuándo le va a llegar el turno de mendigar. Amoraq acogió en su casa a la muchacha, que tenía unos catorce años, en calidad de algo parecido a una sirvienta. Por el corte de su capucha puntiaguda y el dibujo de rombos alargados que llevaba en las polainas, supusieron que procedía de la Tierra de Ellesmere. Nunca había visto calderos

de latón ni trineos con patines de madera, pero a Kotuko, el niño, y a Kotuko, el perro, les caía muy bien.

Más adelante, todos los zorros emigraron hacia el sur, e incluso el glotón, ese ladronzuelo gruñón de morro achatado que vive en la nieve, dejó de tomarse la molestia de investigar las hileras de trampas vacías que disponía Kotuko. La tribu perdió a dos de sus mejores cazadores, que resultaron malheridos en una lucha contra un buey almizclero, lo que supuso un aumento del trabajo de los demás. Kotuko salía día tras día en un trineo de caza ligero, con seis o siete de los perros más fuertes, forzando la mirada hasta que le dolían los ojos, en busca de un trozo de hielo libre en el que una foca pudiera tal vez haber arañado siquiera un respiradero. El perro Kotuko lo recorría todo, a lo largo y a lo ancho, y cuando, en la quietud mortal de las planicies de hielo, gemía, casi atragantado por la excitación, al haber encontrado un respiradero de focas a tres millas de distancia, el muchacho Kotuko lo podía oír con tanta nitidez como si lo tuviera al lado suyo. Cuando el perro encontraba un agujero, el muchacho se construía una pequeña pared de nieve para defenderse al máximo del viento cortante y allí se quedaba esperando, diez, doce, veinte horas, hasta que la foca saliera a respirar, con los ojos clavados en la pequeña marca que había hecho sobre el agujero como referencia para dirigir el golpe descendente del arpón, una alfombrilla de piel de foca bajo los pies y las piernas atadas juntas con la *tutareang* (la hebilla de la que le habían hablado los cazadores experimentados). Este dispositivo ayuda a evitar que le tiemblen las piernas al que espera, espera y sigue esperando la aparición de las focas, que tienen un oído finísimo. Además de no ser nada emocionante, podéis imaginaros con facilidad que quedarse inmóvil con la hebilla, mientras el termómetro puede marcar menos de veinte grados bajo cero, es la labor más dura que conocen los *inuit*. Cuando conseguía cazar una foca, el perro Kotuko daba un salto hacia delante, arrastrando su tirante tras él, y ayudaba a trasladar el cuerpo hasta el trineo, donde los perros, cansados y hambrientos, estaban tendidos con aspecto sombrío al socaire del hielo roto.

Una foca no da para mucho, pues todas las bocas de la pequeña aldea tienen derecho a recibir su ración, aunque no se desperdiciaba nada: ni los huesos, ni la piel, ni los tendones. La carne de los perros se utilizaba para el consumo humano y Amoraq alimentaba al tiro de perros con trozos de pieles de viejas tiendas de verano que sacaba de debajo del banco de dormir; mientras ellos, por su parte, aullaban continuamente para seguir aullando de hambre cuando se despertaban. Mirando los candiles de esteatita de las

cabañas era fácil adivinar que la hambruna se cernía sobre ellos. En las estaciones buenas, cuando la grasa era abundante, la llama que salía de los candiles con forma de embarcación alcanzaba los sesenta centímetros de altura… una luz alegre, aceitosa y amarillenta. Ahora, apenas llegaba a los quince centímetros y Amoraq pellizcaba cuidadosamente la mecha de musgo para reducirla cuando una llama no prevista se elevaba por un instante, una acción que no pasaba desapercibida a los ojos del resto de la familia. El horror que se siente hacia el hambre allá arriba, en el país de los grandes fríos, no es tanto por temor a morir como por temor a hacerlo a oscuras. Todos los *inuit* tienen miedo de la oscuridad que les oprime sin descanso durante seis meses al año, y cuando las llamas están bajas dentro de las casas, los temblores y la confusión se apoderan de sus mentes.

Pero lo peor aún estaba por llegar.

Los perros, hambrientos, se mordían y gruñían en los distintos pasadizos y se pasaban las noches, noche tras noche, mirando con rabia hacia las frías estrellas y olfateando el viento cortante. Cuando dejaban de aullar, el silencio volvía a desplomarse sobre ellos, con la solidez y el peso de un ventisquero sobre una puerta, y entonces los hombres podían sentir sus propios latidos en los angostos conductos del oído, así como el martilleo de sus propios corazones, que retumbaban con la misma fuerza y ruido que lo hacían los tambores de los hechiceros por encima de la nieve. Una noche, el perro Kotuko, que había adoptado un aire inusualmente sombrío cuando llevaba puesto el arnés, dio un salto y comenzó a empujar la rodilla de Kotuko con la cabeza. Éste le acarició, pero el perro continuó empujando ciegamente hacia delante, como pidiendo más caricias. En ese momento se despertó Kadlu, que agarró la pesada cabeza lobuna entre las manos y escudriñó los ojos vidriosos del perro, el cual gemía y temblaba entre las rodillas de Kadlu. El pelo del cuello se le erizó y comenzó a gruñir como si hubiera un extraño junto a la puerta; luego comenzó a ladrar alegremente, se revolcó por el suelo y se puso a mordisquear la bota de Kotuko igual que si fuera un cachorro.

—¿Qué pasa? —preguntó Kotuko, que estaba empezando a asustarse.

—La enfermedad —respondió Kadlu—. Es el mal de los perros.

El perro Kotuko levantó el hocico y comenzó a aullar sin cesar.

—No había visto esto nunca antes. ¿Qué va a hacer? —dijo Kotuko.

Kadlu se encogió ligeramente de hombros y atravesó la choza en busca de su arpón para distancias cortas. Aquel enorme perro le miró, volvió a aullar y se escabulló por el pasadizo, mientras el resto de los perros se apartaban a derecha e izquierda para dejarle paso amplio. Una vez fuera, en la nieve, se

puso a ladrar furiosamente, como si estuviera siguiendo el rastro de un buey almizclero, y entre ladridos, brincos y saltos desapareció de la vista. Su mal no era la hidrofobia, sino que estaba pura y sencillamente loco. El frío, el hambre y, sobre todo, la oscuridad le habían hecho perder la cabeza, y cuando este terrible mal de los perros se deja ver por primera vez en un tiro, comienza a extenderse como un reguero de pólvora. Al siguiente día de caza enfermó otro perro, al que Kotuko mató allí mismo mientras lanzaba mordiscos y se debatía contra los tirantes. Luego, el perro negro que actuaba como segundo, el que había sido jefe en otros tiempos, comenzó de repente a ladrar indicando que había encontrado un rastro imaginario de reno; cuando lo soltaron del *pitu* se abalanzó sobre lo que podría ser la garganta de un picacho de hielo, para, de inmediato, huir corriendo, tal como había hecho su jefe, pero con el arnés todavía enganchado al lomo. Después de eso, nadie quiso volver a sacar a los perros. Los necesitaban para otra cosa; los perros lo sabían y, aunque estaban atados y se les alimentaba de uno en uno, tenían los ojos llenos de miedo y desesperación. Para empeorar las cosas, las viejas comenzaron a contar historias de aparecidos y a decir que habían visto a los espíritus de los cazadores muertos aquel otoño, que profetizaban todo tipo de cosas horribles.

Kotuko sufría sobre todo por la pérdida de su perro, pues aunque un *inuit* come muchísimo, la idea del ayuno no le es ajena. Pero el hambre, la oscuridad, el frío y el sentimiento de abandono iban mermando sus fuerzas, y comenzó a oír voces dentro de la cabeza y a ver, por el rabillo del ojo, a personas que no estaban realmente allí. Una noche —acababa de quitarse la hebilla tras diez horas de espera sobre un respiradero de focas «ciego» y regresaba tambaleándose a la aldea, débil y mareado— se detuvo para apoyar la espalda contra una peña, que casualmente estaba apoyada al modo de un balancín sobre un picacho de hielo. Su peso desequilibró la roca, que rodó pesadamente y que, al tiempo que Kotuko saltaba a un lado para evitarla, pasó junto a él chirriando y siseando sobre la pendiente helada.

Eso le bastó a Kotuko. Se había criado en la creencia de que todas las rocas y peñas tienen un propietario (un *innua*) que solía ser una especie de criatura con aspecto de mujer de un solo ojo que se llamaba *tornaq*, y cuando una *tornaq* quería ayudar a un hombre echaba a rodar tras él dentro de su casa de piedra, preguntándole si la querría aceptar como espíritu guardián. (Durante el deshielo del verano, las rocas y peñas apuntaladas en el hielo rodaban y se deslizaban a lo largo y ancho de toda la región, de modo que no es difícil imaginarse de dónde procede la idea de las piedras vivas). Kotuko oyó el latido de su propia sangre en los oídos, tal como la había estado

oyendo todo el día, y pensó que se trataba de la *tornaq* de la piedra que le hablaba. Antes de llegar a casa estaba ya bastante seguro de haber mantenido una larga conversación con ella y, dado que toda su gente creía que eso era perfectamente posible, nadie le llevó la contraria.

—Me dijo: «Salto, salto de mi lugar en la nieve» —exclamó Kotuko, con los ojos en blanco, venciéndose hacia delante en medio de la cabaña en penumbra—. Me dijo: «Seré tu guía». Y dijo: «Te guiaré a los buenos respiraderos de focas». Saldré mañana y la *tornaq* me guiará.

Entonces entró el *angebok*, el hechicero de la aldea, y Kotuko le contó su historia por segunda vez, sin perder ni un ápice de fantasía al volver a hacerlo.

—Sigue a las *tornait* (los espíritus de las piedras) y ellas nos volverán a traer comida —dijo el *angebok*.

A todo esto, la muchacha del norte llevaba los últimos días tendida junto al candil, comiendo muy poco y hablando aún menos; pero cuando Amoraq y Kadlu, a la mañana siguiente, empaquetaron y le pusieron las correas a un pequeño trineo de mano para Kotuko, cargándolo con sus arreos de caza y tanta grasa y carne congelada de foca como podían permitirse, ella cogió la cuerda con la que se remolcaba el trineo y se colocó valientemente al lado del muchacho.

—Tu casa es mi casa —dijo, mientras el pequeño trineo con patines de hueso chirriaba y se tambaleaba a su espalda en medio de la espantosa noche ártica.

—Mi casa es tu casa —dijo Kotuko—; pero creo que los dos vamos a reunirnos con Sedna.

Sedna es la Señora del Mundo subterráneo, y los *inuit* creen que todos los que mueren deben pasar un año en su horroroso país antes de ir a *Quadliparmiut*, la Morada Feliz, donde nunca hiela y los renos cebados acuden al trote cuando se les llama.

Aunque la gente de la aldea gritaba: «¡Las *tornait* le han hablado a Kotuko! ¡Le van a indicar dónde hay hielos libres! ¡Pronto volverá con nuevas focas!», la fría y desierta oscuridad se tragó pronto sus voces, y Kotuko y la muchacha se juntaron, hombro con hombro, mientras se esforzaban en tirar de la cuerda o empujaban el trineo por el hielo en dirección al Océano Polar Ártico. Kotuko insistía en que la *tornaq* de la piedra le había dicho que fuera hacia el norte, y en esa dirección se encaminaron bajo *Tuktuqdjung*, el Reno…, esa constelación que nosotros llamamos la Osa Mayor.

Ningún europeo hubiera sido capaz de hacer cinco millas diarias sobre aquel hielo irregular y lleno de ventisqueros de paredes cortantes; pero ellos dos sabían dar el giro exacto de muñeca que hace que un trineo se deslice alrededor de un montículo, dar el tirón que casi lo levanta de una grieta en el hielo, así como aplicar la fuerza exacta que acompañe a unos pocos golpes suaves con la punta de la lanza para hacer una senda transitable cuando seguir adelante parece imposible.

La muchacha no decía nada, pero agachaba la cabeza y el largo fleco de piel de glotón que llevaba en su capucha de armiño era empujado por el viento contra su rostro ancho y oscuro. Arriba el cielo era de un negro intenso y aterciopelado, que se convertía en franjas de color rojo en el horizonte, donde las grandes estrellas brillaban como farolas. De vez en cuando llegaba rodando en medio del vacío de las alturas una ola verdosa de Luces del Norte, que ondeaban como si fueran una bandera y se desvanecían; o, si no, aparecía un meteoro chisporroteando de oscuridad a oscuridad acompañado de una estela de chispas. En esos casos podían ver la superficie quebrada y arrugada del témpano, con matices y orlas de extraños colores (rojos, cobrizos y azulados); pero bajo la luz normal de las estrellas todo se volvía de un gris helado. Los témpanos, como recordaréis, habían sido aplastados y atormentados por las tempestades del otoño, hasta que se convirtieron en un solo y congelado paisaje de los que quedan después de un terremoto. Había barrancos y desfiladeros, agujeros cortados en el hielo que parecían cascajares, bultos y todo tipo de formas dispersas y congeladas hasta haberse fundido con el suelo original del témpano; había manchas de hielo antiguo y negruzco que se habían incrustado bajo el témpano en alguna de las tempestades y que habían vuelto a salir a la superficie, peñas redondeadas de puro hielo, rebordes aserrados de hielo que había tallado la nieve que vuela en la vanguardia del viento y depresiones especialmente hundidas en las que había diez o quince hectáreas por debajo del nivel del resto de la planicie. A cierta distancia se podía haber confundido los bultos de hielo con focas o morsas, trineos boca abajo o un grupo de hombres de caza, o incluso el mismísimo y enorme Espíritu del Oso Blanco con sus diez patas y todo; pero, pese a la presencia de todas aquellas formas fantásticas que parecían estar a punto de cobrar vida, no se oían ruidos, ni siquiera el más débil eco de un ruido. Y a través de este silencio, a través de este yermo, en el que las luces repentinas ondeaban para desvanecerse de inmediato, el trineo y los dos que tiraban de él se arrastraban como criaturas de una pesadilla… una pesadilla del fin del mundo en el fin del mundo.

Cuando les rendía el cansancio, Kotuko hacía lo que los cazadores llaman una «media casa», un iglú muy pequeño en el que se acurrucaban intentando descongelar la carne de foca con el candil de viaje. En cuanto habían dormido, se reanudaba la marcha… treinta millas diarias para avanzar diez hacia el norte. La muchacha estaba siempre muy callada, pero Kotuko mascullaba entre dientes y rompía a cantar melodías que había aprendido en la Casa de las Canciones —canciones estivales, así como otras referidas a los renos y al salmón—, todas horrorosamente fuera de lugar en aquella estación. Afirmaba que podía oír cómo la *tornaq* le gruñía, y cuando sucedía eso echaba a correr a lo loco montículo de hielo arriba, haciendo grandes aspavientos con los brazos y hablando con tono fuerte y amenazador. Para ser sinceros, habría que decir que Kotuko estuvo muy cerca de la locura en aquel tiempo; pero la muchacha estaba convencida de que lo estaba guiando su espíritu guardián y de que todo acabaría bien. No se sorprendió, por lo tanto, cuando al final del cuarto día de marcha Kotuko, al que los ojos le quemaban en el cerebro como si fueran bolas incandescentes, le dijo que su *tornaq* les estaba siguiendo por la nieve bajo la forma de un perro de dos cabezas. La muchacha dirigió la mirada en la dirección indicada por Kotuko y creyó ver algo que se escabullía por un desfiladero. Lo que vio no era, sin duda alguna, humano; pero todo el mundo sabía que las *tornait* preferían aparecer bajo la forma de un oso, una foca u otra criatura similar.

Podría haber sido el mismísimo y enorme Espíritu del Oso Blanco con sus diez patas, pero podría haber sido cualquier otra cosa, porque Kotuko y la muchacha habían pasado tanta hambre que sus ojos ya no eran de fiar. No habían capturado nada, ni habían visto signo alguno de caza desde que abandonaran la aldea; la comida que les quedaba no les duraría ni una semana más y se estaba avecinando una tempestad. Una tormenta polar puede durar diez días sin interrupción, y la muerte es segura para quien esté al aire libre durante todo ese tiempo. Kotuko dispuso un iglú lo bastante grande para dar cabida al trineo de mano (nunca te separes de tu carne), y, mientras estaba dándole forma al último e irregular bloque de hielo que actuaría como piedra angular del techo, vio una criatura que le estaba mirando desde un pequeño acantilado de hielo a unos ochocientos metros de distancia. Había una especie de neblina suspendida en el aire y la Criatura parecía medir doce metros de longitud y tres de altura, con otros seis metros de cola y un perfil que temblaba continuamente. La muchacha la vio también, pero, en lugar de chillar de terror, dijo suavemente:

—Ese es *Quiquern*. ¿Qué ocurrirá ahora?

—Va a hablarme —dijo Kotuko.

Pero el cuchillo con el que cortaba el hielo le temblaba en la mano según estaba hablando, porque, por mucho que un hombre se crea amigo de espíritus extraños y espantosos, es raro que desee que le tomen la palabra. *Quiquern*, además, es el fantasma de un perro gigante, sin dientes ni pelo, del que se cree que vive en los confines del norte y que se dedica a vagar por las regiones en las que hay cosas a punto de suceder. Pueden ser cosas agradables o desagradables, pero ni los hechiceros se atreven a hablar de *Quiquern*. Esta criatura hace enloquecer a los perros. Al igual que el Espíritu del Oso Blanco, tiene varios pares de patas de sobra —seis u ocho—, y lo cierto era que aquel ser que estaba brincando en la neblina tenía más patas de las que podría necesitar cualquier perro. Kotuko y la muchacha se acurrucaron rápidamente en su iglú. Evidentemente, si *Quiquern* hubiese querido algo de ellos, podría haberlo hecho pedazos con ambos dentro, pero sentir una pared de treinta centímetros de hielo entre ellos y la malvada oscuridad les suponía un gran consuelo. La tempestad comenzó con un viento silbante que se asemejaba al silbido de un tren y siguió igual durante tres días y tres noches, sin variar ni un ápice y sin ceder ni un solo instante. Ellos estuvieron alimentando el candil de piedra entre sus rodillas y mordisqueando la carne tibia de foca, mientras observaban el hollín negro que se fue acumulando en el techo durante setenta y dos largas horas. La muchacha hizo un repaso de la comida que había en el trineo; no les quedaba más que para dos días; y Kotuko examinó las puntas de hierro y las ligaduras hechas con tendones de reno que tenía en el arpón, en la jabalina para focas y en los dardos para pájaros. No se podía hacer nada más

—Pronto nos reuniremos con Sedna… Muy pronto —susurró la muchacha—. Dentro de tres días tendremos que acostarnos y marchar. ¿Es que la *tornaq* no va a hacer nada? Cántale una canción de *angebok* para hacerla venir.

Kotuko comenzó a cantar con el aullido agudo propio de las canciones mágicas y la tempestad fue cediendo poco a poco. En mitad de la canción la muchacha dio un respingo y puso primero la mano enguantada y luego la cabeza sobre el suelo helado del iglú. Kotuko hizo lo propio y los dos se arrodillaron, mirándose fijamente a los ojos y escuchando con los cinco sentidos puestos en ello. Kotuko arrancó una pequeña tira de barba de ballena del reborde de una trampa para pájaros que había en el trineo y, después de incorporarse, la puso derecha sobre un pequeño agujero que había en el hielo, haciéndola firme con su manopla. Estaba ajustada casi con la delicadeza de una aguja de compás y ahora, en vez de escuchar, observaban. La fina varilla

se estremeció… el temblor más ínfimo que imaginarse pueda. Luego estuvo vibrando claramente durante unos segundos, se detuvo y volvió a vibrar, señalando esta vez hacia un punto cardinal distinto.

—¡Es demasiado pronto! —exclamó Kotuko—. Un témpano grande debe haberse quebrado a mucha distancia.

La muchacha denegó con la cabeza y señaló hacia la varilla.

—Es el deshielo —dijo—. Escucha el hielo de debajo. Está crujiendo.

Cuando se arrodillaron de nuevo oyeron unos gruñidos y golpes ahogados extrañísimos que procedían aparentemente de debajo de sus pies. A veces parecía como si un cachorro ciego estuviese dando pequeños chillidos por encima del candil, más tarde como si alguien estuviera triturando el hielo sólido con una piedra y luego, otra vez, como golpes ahogados sobre un tambor…, pero, todos ellos, ruidos prolongados y muy disminuidos, como si hubieran viajado a través de un angosto cuerno de una enorme y fatigosa distancia.

—No nos reuniremos con Sedna acostados —dijo Kotuko—. Es el deshielo. La tornaq nos ha engañado. Vamos a morir.

Todo esto puede parecer muy absurdo, pero estaban ante un peligro absolutamente real. La tempestad de los tres días había empujado las aguas profundas de la bahía de Baffin hacia el sur, echándolas sobre el borde de la gran extensión de hielo que nace en la isla de Bylot y se dirige hacia el oeste. Además, las fuertes corrientes del este que se originan en el estrecho de Lancaster arrastraban consigo millas y más millas de lo que llamaban hielo en bloque —hielo tosco que no se ha congelado formando planicies—, y estos bloques estaban bombardeando el gran témpano al mismo tiempo que la marejada y el empuje del mar alborotado por la tempestad lo debilitaba y socavaba. Lo que habían oído Kotuko y la muchacha eran los débiles ecos de aquella lucha que tenía lugar a treinta o cuarenta millas de distancia, y la varilla que hacía de chivato se estremecía a causa de las lejanas convulsiones.

Bien, como dicen los *inuit*, cuando el hielo se despierta por fin tras su largo sueño invernal, no hay manera de saber lo que puede suceder, pues los témpanos de hielo sólido cambian de forma casi con la rapidez de una nube. La tempestad era, sin duda, una tormenta primaveral fuera de su estación; y podía pasar cualquier cosa.

Sin embargo, ambos estaban más contentos que antes. Si el témpano se quebraba ya no habría más esperas ni sufrimientos. Los espíritus, duendes y brujas se paseaban por el hielo atormentado y era muy posible que ellos se encontraran penetrando en el país de Sedna codo con codo con todo tipo de

criaturas salvajes, con las mejillas aún enrojecidas por la emoción. Cuando abandonaron el iglú tras la tempestad, el ruido que procedía del horizonte estaba aumentando con firmeza y el duro hielo gemía y zumbaba a su alrededor.

—Continúa esperando —dijo Kotuko.

Sobre la cima del montículo de hielo estaba sentada o en cuclillas la Criatura de ocho patas que habían visto tres días antes… y aullaba de una forma espantosa.

—Sigámosla —dijo la muchacha—. Puede que conozca algún camino que no nos conduzca ante Sedna.

Pero ella misma se vencía hacia delante de pura debilidad mientras agarraba la cuerda para tirar del trineo. La Criatura se movía lenta y torpemente por los riscos, dirigiéndose siempre hacia el oeste, hacia tierra firme, y ellos la seguían, mientras el gruñido del trueno que nacía en el borde exterior del témpano retumbaba cada vez más y más cerca. El extremo del témpano se partió y se desgajó en todas las direcciones tierra adentro trazando grietas de dos o tres millas. Había placas de hielo de tres metros de grosor y desde unos pocos metros cuadrados a varias hectáreas de superficie, que se empujaban, zambullían y montaban las unas sobre las otras y todas sobre el témpano que aún resistía entero, mientras la fuerte marejada penetraba, se agitaba y brotaba a chorros por entre las placas. Estos hielos que actuaban de ariete eran, por así decirlo, la vanguardia del ejército que el mar lanzaba contra el témpano. El incesante entrechocar y quebrarse de estas masas heladas casi ahogaba el ruido de desgarramiento que producían las capas de hielo en bloque, que, literalmente, se incrustaban bajo el témpano como naipes que alguien introduce apresuradamente bajo el tapete. Donde la profundidad del agua era escasa, estas capas se apilaban las unas encima de las otras, hasta que la inferior tocaba el barro a quince metros de profundidad; entonces el hielo fangoso hacía de dique de las aguas descoloridas hasta que la presión creciente lo empujaba todo hacia delante de nuevo. Aparte de la conjunción de témpano y hielo en bloque, la tempestad y las corrientes arrastraban consigo verdaderos icebergs, montañas flotantes de hielo que habían sido arrancadas del otro extremo de las aguas, marcado por Groenlandia, o de la costa norte de la bahía de Melville. Llegaban machacándolo todo solemnemente, con olas que rompían a su alrededor entre blanca espuma y avanzaban contra el témpano con el aspecto de una flota antigua a toda vela. De repente, un iceberg que parecía dispuesto a llevarse el mundo entero por delante embarrancaba sin posibilidad de salvación en las

aguas profundas, daba una vuelta de campana y se sumía en una confusión de espuma, fango y gotas de agua que volaban congeladas en todas las direcciones; mientras otro, mucho más pequeño y bajo, rasgaba y se deslizaba por el témpano aplanado, arrojando toneladas de hielo a ambos lados y abriendo una grieta de media milla de largo antes de detenerse. Algunos caían como espadas, cortando canales de orillas dentadas y otros se hacían pedazos en una lluvia de bloques helados, que pesaban decenas de toneladas cada uno y que pasaban volando a toda velocidad y zumbando entre los montículos de hielo. Otros incluso se elevaban hasta salir literalmente fuera del agua cuando encallaban, se retorcían como si sufrieran grandes dolores y caían pesadamente de costado, mientras el mar les machacaba las espaldas. Todo aquel atropellarse, incrustarse, doblarse, combarse y arquearse del hielo, que adoptaba todas las formas imaginables, estaba teniendo lugar hasta donde alcanzaba la vista a lo largo del extremo norte del témpano. Desde donde estaban Kotuko y la muchacha, la confusión no parecía más que una inquietante agitación de rasgaduras y desplazamientos en la línea del horizonte; pero cada segundo que pasaba la tenían más cerca y ya podían oír, desde muy lejos, tierra adentro, un gran estruendo, parecido al que habrían producido los estampidos de la artillería a través de la niebla. Aquello les indicaba que el témpano estaba siendo aplastado contra los férreos acantilados de la isla de Bylot, la tierra que estaba al sur de ellos.

—Esto no había pasado nunca antes —dijo Kotuko, forzando la mirada con aire estúpido—. No es la época. ¿Cómo puede el témpano quebrarse ahora?

—¡Sigámosla! —gritó la muchacha, señalando a la Criatura que avanzaba, medio cojeando, medio corriendo torpemente, delante de ellos.

La siguieron, tirando de su trineo de mano, mientras se iba sintiendo, cada vez más y más cerca, el avance rugiente del hielo. Por fin, las planicies que tenían a su alrededor comenzaron a abrirse y a resquebrajarse con la misma forma de telaraña con que lo hace un cristal, y las grietas se abrían y rechinaban como los colmillos de un lobo. Pero donde se había detenido la Criatura, sobre un cerro de unos quince metros de altura, compuesto por bloques de hielo antiguos y dispersos, no había agitación alguna. Kotuko se abalanzó hacia delante a la desesperada, tirando de la muchacha tras de sí, y se arrastró hasta el pie de aquel cerro. Los gruñidos del hielo se fueron haciendo cada vez más fuertes a su alrededor, pero la loma resistía inmóvil, y cuando la muchacha le miró, Kotuko movió el codo derecho hacia arriba y hacia fuera, haciendo el signo que los inuit utilizan para indicar la existencia

de tierra firme bajo la forma de una isla. Y no era otra cosa que tierra firme a donde les había conducido la Criatura coja de ocho patas: un islote de granito con una playa de arena alejado de la costa, cubierto, enfundado y enmascarado por el hielo de tal modo que ningún hombre hubiera sido capaz de distinguirlo del témpano, ¡pero no con un fondo de hielo en movimiento, sino de tierra firme! El martilleo y rebotar de los distintos témpanos desgajados que iban aterrizando y haciéndose añicos a su alrededor señalaba los límites de esta tierra, mientras, por otra parte, un bajo favorecedor que había al norte desviaba el empuje de los bloques más pesados de hielo, exactamente igual que la reja de un arado voltea la marga. Existía, por supuesto, el peligro de que una placa de hielo bajo gran presión se deslizara playa arriba y aterrizase literalmente sobre la cumbre del islote, pero no era una idea que preocupase ni a Kotuko ni a la muchacha cuando construyeron su iglú y comenzaron a comer mientras oían el hielo machacarse y patinar a lo largo de la playa. La Criatura había desaparecido y Kotuko hablaba emocionado de su poder sobre los espíritus mientras permanecía en cuclillas junto al candil. En medio de su desenfrenada palabrería, la muchacha rompió a reír, balanceando el cuerpo hacia adelante y hacia atrás.

A su espalda, penetrando en el iglú muy muy despacio, arrastrándose, aparecieron dos cabezas, una amarillenta y otra negra, que pertenecían a dos de los perros más arrepentidos y avergonzados que se hayan visto jamás. El perro Kotuko era uno y el jefe negro era el otro. Ahora, los dos parecían sanos, bien alimentados y perfectamente cuerdos de nuevo, aunque estaban emparejados de una manera extrañísima. Os acordaréis de que cuando el jefe negro huyó, seguía llevando el arnés puesto. Debió de encontrarse con el perro Kotuko y pelear o jugar con él, porque la correa que llevaba en el hombro se había enganchado con el collar de alambre de cobre de Kotuko, apretándose de tal modo que ninguno de los dos podía alcanzar el tirante para cortarlo a mordiscos, sino que estaban atados cada uno al cuello del otro. Eso, junto a la libertad derivada de cazar por su cuenta, debió ayudarles a curarse de su locura. Se les veía muy serios.

La muchacha empujó a las dos criaturas avergonzadas hacia Kotuko y, saltándosele las lágrimas de la risa, exclamó:

—¡He aquí a *Quiquern*, el que nos condujo a tierra firme! ¡Contempla sus ocho patas y sus dos cabezas!

Kotuko los liberó y los dos se arrojaron a sus brazos, el amarillento y el negro a la vez, tratando de explicar cómo habían recuperado la cordura.

Kotuko les pasó la mano por las costillas, que estaban rechonchas y cubiertas con generosidad.

—Han encontrado comida —dijo, sonriendo—. No creo que nos vayamos a reunir con Sedna tan pronto. Mi *tornaq* me los ha enviado. La enfermedad se ha apartado de ellos.

Tan pronto como hubieron saludado a Kotuko, aquella pareja, que se había visto obligada a dormir, comer y cazar junta durante las últimas dos semanas, se lanzó el uno al cuello del otro, dando comienzo a una preciosa pelea dentro del iglú.

—Los perros que no han comido no se pelean —dijo Kotuko—. Han encontrado focas. Durmamos. Encontraremos comida.

Cuando se despertaron había aguas libres que nacían en la playa norte del islote y todo el hielo suelto se había visto empujado en dirección al continente. El primer sonido del oleaje es uno de los más maravillosos que pueda oír un *inuit*, pues indica que la primavera está en camino. Kotuko y la muchacha se cogieron de la mano y sonrieron, pues el nítido y rotundo rugido del oleaje entre el hielo les recordaba la época del salmón y el reno, así como el aroma de los sauces enanos en flor. Según estaban mirando, el mar comenzó a cubrirse con una finísima capa entre las placas de hielo flotante, de tan intenso que era el frío, pero en el horizonte se divisaba un vasto resplandor rojizo, que no era otra cosa que la luz del sol hundido. Era casi más como oírlo bostezar en sueños que verlo salir, y el resplandor duró apenas unos pocos minutos, pero señalaba el inicio de una estación. Nada —sentían ellos en su interior— podría cambiar eso.

Kotuko encontró a los perros peleándose junto a una foca recién cazada que había estado siguiendo a los peces, a los que una tempestad siempre confunde. Era la primera de unas veinte o treinta focas que fueron a parar al islote a lo largo de aquel día, y hasta que el mar se congeló, solidificándose, pudieron ver cientos de cabezas negras y afiladas que disfrutaban de las aguas libres y poco profundas mientras flotaban entre el hielo a la deriva.

Sentaba bien comer hígado de foca de nuevo, llenar temerariamente los candiles con grasa y contemplar cómo la llama ardía intensamente con casi un metro de altura; pero tan pronto como la nueva capa de hielo que cubría el mar pudo soportar su peso, Kotuko y la muchacha cargaron el trineo de mano y obligaron a los dos perros a tirar como no habían tirado en la vida, porque tenían miedo de lo que podría haber sucedido en su aldea. El tiempo era tan inmisericorde como solía serlo, pero es más fácil arrastrar un trineo cargado de buena comida que cazar cuando se está muerto de hambre. Dejaron

veinticinco focas enterradas bajo el hielo de la playa, totalmente listas para disponer de ellas, y se dieron prisa en volver con los suyos. Los perros les indicaron el camino tan pronto como Kotuko les dijo lo que quería, y aunque no había ni la menor huella de una referencia, en dos días estaban ya ladrando a la puerta de la casa de Kadlu. Sólo les respondieron tres perros; el resto se lo habían comido, y todas las casas estaban a oscuras. Pero cuando Kotuko gritó: «¡Ojo!» (carne cocida), le respondieron unas voces débiles, y cuando pasó lista de los de la aldea, uno a uno, con voz muy nítida, descubrió que no había ni una sola ausencia.

Una hora más tarde los candiles ardían intensamente en la casa de Kadlu; estaban calentando agua fundida de la nieve, los cazos comenzaban a bullir y la nieve goteaba del techo. Mientras Amoraq preparaba una comida para toda la aldea, el recién nacido que estaba en la capucha masticaba una tira de nutritiva y sabrosa grasa, y los cazadores, lenta y metódicamente, se daban un verdadero hartazgo de carne de foca. Kotuko y la muchacha contaron su historia. Los dos perros estaban sentados entre ambos y cada vez que se mencionaban sus nombres aguzaban una oreja y adoptaban la apariencia de estar absolutamente avergonzados de sí mismos.

Un perro que se ha vuelto loco una vez y se recupera después, dicen los *inuit*, está a salvo de cualquier ataque posterior.

—Así que la *tornaq* no nos olvidó —decía Kotuko—. La tempestad se desencadenó, el hielo se quebró y las focas llegaron nadando tras los peces, que estaban asustados a causa de la tempestad. En fin, los nuevos respiraderos de las focas están a menos de dos días de viaje. Que vayan allá los cazadores buenos para traer las focas que he arponeado…, veinticinco focas enterradas bajo el hielo. Cuando nos las hayamos comido, seguiremos a las focas por el témpano.

—¿Qué vais a hacer vosotros? —preguntó el hechicero con el mismo tipo de voz con el que se dirigía a Kadlu, el más rico de los *tununirmiut*.

Kadlu miró a la muchacha del norte y dijo con suavidad:

—*Nosotros* construiremos una casa.

Y señaló hacia el costado noroeste de su casa, ya que ése es el lado en el que viven siempre los hijos casados.

La muchacha puso las manos boca arriba agitando ligeramente la cabeza con desesperanza. Era una extraña, a la que habían recogido cuando se estaba muriendo de hambre, y no podía aportar nada a la casa.

Amoraq se levantó de su banco de un salto y comenzó a arrojar objetos en el regazo de la chica: candiles de piedra, raspadores de hierro para pieles,

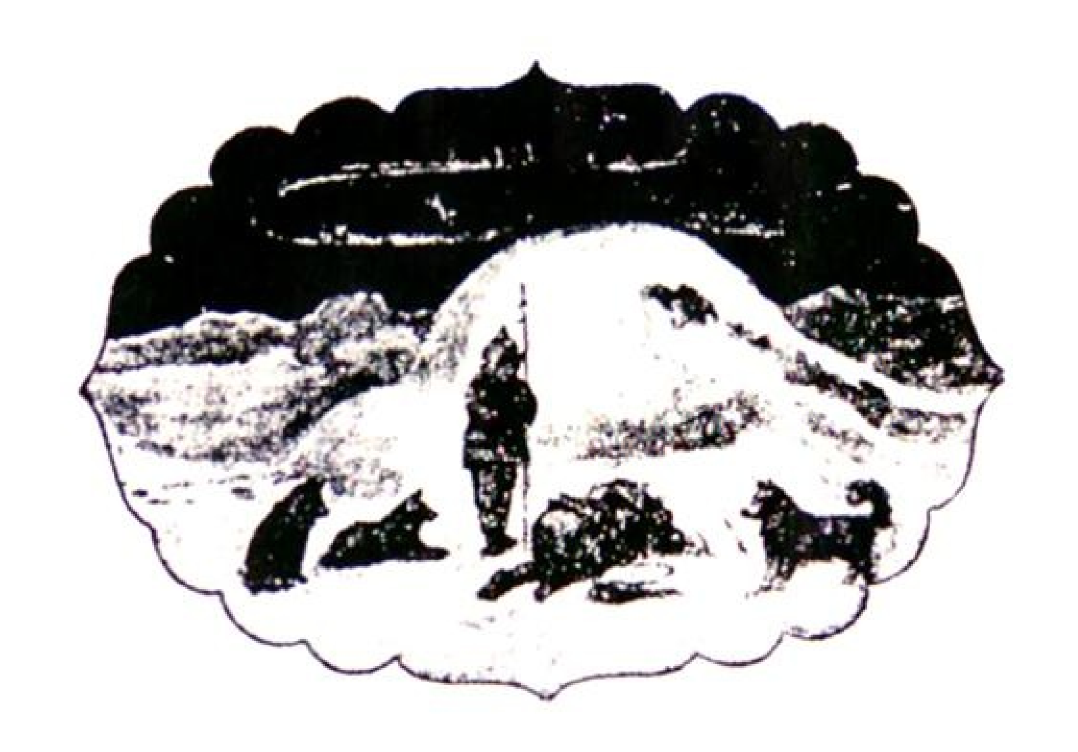
cazuelas de latón, pieles de reno orladas con dientes de buey almizclero y verdaderas agujas para velas, como las que usan los marineros…, la dote más rica que jamás se haya visto en los confines del Círculo Polar Ártico, y la muchacha del norte inclinó la cabeza hasta tocar literalmente el suelo.

—¡Y, además, a éstos! —dijo Kotuko, riéndose y señalando a los perros, que apoyaron sus hocicos húmedos en el rostro de la chica.

—Ah —murmuró el *angebok*, carraspeando ligeramente con aires de importancia, como si lo hubiera estado pensando todo minuciosamente—. Tan pronto como Kotuko abandonó la aldea, fui a la Casa de las Canciones y entoné algunas melodías mágicas. He estado cantando durante todas estas largas noches y he llamado al espíritu del reno. *Mis* canciones han hecho que se desencadenara esa tempestad que quebró el hielo y atrajo a los dos perros hacia Kotuko cuando el hielo estaba a punto de aplastarle todos los huesos. Mi canción trajo a las focas detrás del hielo quebrado. *Mi* cuerpo permaneció inmóvil en la *Quaggi*, pero mi espíritu corría por el hielo y guió a Kotuko y a los perros en todas sus acciones. Fui yo el que lo hizo.

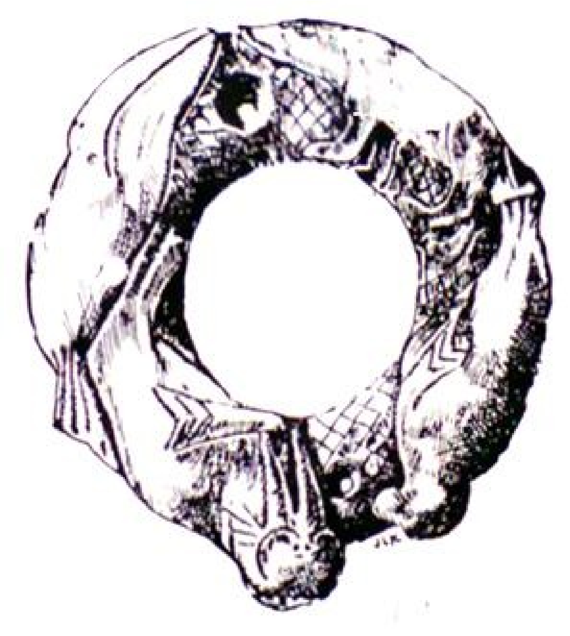
Estaban todos saciados y somnolientos, así que nadie le llevó la contraria, y el *angebok*, por privilegio de su cargo, se sirvió otro trozo más de carne cocida, para luego tenderse a dormir con los demás en aquella casa caliente, bien iluminada y con olor aceitoso.

Kotuko, que dibujaba muy bien al estilo de los *inuit*, rayó imágenes de todas estas aventuras sobre un trozo liso y alargado de marfil agujereado en un extremo. Cuando él y la muchacha fueron al norte, hasta la Tierra de Ellesmere, durante el año del Invierno Maravillosamente Abierto, le dejó el marfil con la historia a Kadlu, que la perdió entre los guijarros cuando su trineo tirado por perros tuvo una avería un verano, en la playa del lago Metilling, en Nikosiring, y allí lo encontró un *inuit* de la zona del lago a la primavera siguiente, el cual se lo vendió a un hombre de Imigen, que hacía de intérprete en un ballenero del estrecho de Cumberland, el cual, a su vez, se lo vendió a Hans Olsen, quien más tarde habría de ser contramaestre de un enorme vapor que llevaba turistas hasta el cabo Norte de Noruega. Cuando concluía la temporada turística, el vapor hacía la ruta entre Londres y Australia, con escala en Ceilán, y allí Olsen le vendió el marfil a un joyero cingalés a cambio de dos zafiros falsos. Yo lo encontré en un vertedero junto a una casa de Colombo, y lo he traducido de cabo a rabo.



(Lo que sigue consiste en una traducción muy libre de la «Canción del Cazador que Regresa», tal como la cantaban los hombres después de arponear a las focas. Los inuit repiten las cosas sin cesar, una y otra vez).

Angutivaun Taina



ID: los guantes están tiesos con la sangre congelada y roja
y las pieles igual con la nieve que nos ha golpeado,
cuando volvemos con las focas… ¡las focas!
cuando volvemos desde el borde del témpano congelado

¡Au jana! ¡Aua! ¡Oha! ¡Haq!
Los tiros de perros avanzan entre ladridos,
los grandes látigos chasquean, y lo hombres vuelven ya,
¡vuelven desde el borde del témpano aterido!

Hemos seguido a nuestras focas hasta su casa secreta,
las hemos oído arañar desde abajo,
colocamos nuestra señal y vigilamos muy de cerca,

allá fuera, al borde del témpano congelado.

Alzamos nuestro arpón cuando ella se alza para respirar
y lo clavamos hacia abajo…, ¡así!
La engañamos sin fallar, y la matamos sin fallar,
lejos, en el borde del témpano, ¡allí!

Oíd: tenemos los guantes pegados con la sangre congelada
y los ojos igual con la nieve que nos ha golpeado;
pero volvemos junto a nuestra esposa amada,
¡volvemos desde el borde del témpano congelado!

¡Au jana! ¡Aua! ¡Oha! ¡Haq!
Los tiros de perros cargados avanzan entre ladridos
y nuestras esposas oyen a sus hombres volver ya,
¡vuelven desde el borde del témpano aterido!



Los perros rojos

¡Por nuestras noches maravillosas y en vela…,
por las noches de veloz corretear.
Grandes caminatas, mirada alerta,
buena caza y astucia sin par!

¡Por los olores del amanecer,
puros hasta que el rocío acaba por desaparecer!
¡Por las carreras a través de la neblina
y por la presa a la que el pánico domina!
¡Por los gritos de nuestro camarada
cuando el sambhur *acorralado vuelve la espalda!*
¡Por la noche de peligro y confusión!
¡Por el día de sueño en la boca del cubil!
Es preciso que a la lucha vayamos con pasión.
¡Aullad, lobos, aullad, sí!





NMEDIATAMENTE después de entrar en la Selva fue cuando comenzó la mejor parte de la vida de Mowgli. Tenía la buena conciencia que proviene de haber saldado sus deudas, la Selva entera era su amiga y sólo le mostraba un poquito de temor. Las cosas que hizo, vio y oyó vagando de un pueblo a otro, con o sin sus cuatro compañeros, darían lugar a muchas historias, todas tan largas como la que viene a continuación. Así que nunca sabréis cómo conoció al Elefante Loco de Mandla, que mató a veintidós bueyes que tiraban de once carretas llenas de monedas de plata para el Tesoro Nacional, para después esparcir las brillantes rupias por el polvo del camino; ni cómo luchó contra Jacala, el cocodrilo, durante una noche entera en los pantanos del norte, rompiéndosele su gran cuchillo en las escamas del lomo de aquella fiera; ni cómo encontró un nuevo cuchillo, aún más largo, colgando alrededor del cuello de un hombre al que había matado un oso y cómo siguió a aquel oso y lo mató en justo pago por el cuchillo; ni cómo se vio sorprendido, con ocasión de la Gran Hambruna, por una estampida de ciervos, acabando casi aplastado y muerto bajo los rebaños tambaleantes y descontrolados; ni cómo salvó a Hathi, el Silencioso, de caer de nuevo en un hoyo con una estaca clavada en el fondo; ni cómo, al día siguiente, él mismo cayó en una trampa para leopardos muy astutamente dispuesta y Hathi hizo astillas los gruesos barrotes de madera de la jaula suspendida en el aire; ni cómo ordeñó a los búfalos salvajes en el cenagal; ni cómo…

Pero hay que contar las historias de una en una. Padre y Madre lobos murieron y Mowgli tapó la boca de su cueva con una peña muy grande, llorándoles con la Canción de la Muerte. Baloo se hizo muy viejo y perdió toda su agilidad, e incluso Bagheera, cuyos nervios eran de acero y cuyos músculos eran de hierro, era ahora casi imperceptiblemente más lenta que

antes en la caza. Akela, de puro viejo, pasó del gris a un blanco lechoso, le sobresalían las costillas y caminaba como si estuviera hecho de madera, por lo que Mowgli cazaba para él. Pero los lobos jóvenes, los hijos de la disuelta Manada de Seeonee, progresaban y aumentaban en número, y cuando llegaron a ser unos cuarenta, todos ellos lobos de cinco años, sin jefe, dotados ya con todo el poder de sus voces y con patas limpias y ágiles, Akela les dijo que debían reunirse y seguir la Ley, corriendo todos bajo un solo mando, tal como le correspondía al Pueblo de los Libres.

No fue ésta una cuestión en la que se involucrara Mowgli, ya que, como él mismo decía, había probado frutos amargos y sabía cuál era el árbol del que colgaban, pero cuando Phao, el hijo de Phaona (su padre era el Explorador Gris de los días del liderazgo de Akela), peleó hasta conseguir el mando de la Manada, siguiendo así la Ley de la Selva, y las antiguas llamadas comenzaron a resonar bajo las estrellas de nuevo, Mowgli acudió a la Roca del Consejo impulsado por los recuerdos. Cuando decidió hablar, la Manada permaneció callada hasta que hubo acabado y se sentó sobre la roca, junto a Akela y por encima de Phao. Fueron tiempos de buena caza y buen dormir. Ningún extraño se atrevía a penetrar en las selvas que pertenecían al pueblo de Mowgli, que era como llamaban a la Manada; los lobos jóvenes se hicieron gordos y fuertes y había muchos lobeznos que llevar a la Presentación. Mowgli asistía a todas las Presentaciones, en recuerdo de la noche en que una pantera negra pagó por introducir un bebé moreno en la Manada, y la larga llamada: «Mirad, mirad bien, lobos» hacía que el corazón le latiese a toda velocidad. Por lo demás, se pasaba el tiempo apartado de todo aquello, en la Selva, acompañado por sus cuatro hermanos, saboreando, tocando, viendo y sintiendo cosas nuevas.

Un anochecer en el que estaba correteando apaciblemente por las llanuras con la intención de llevarle a Akela la mitad de un gamo que había matado, mientras los Cuatro trotaban detrás de él —entre escaramuzas y tropezones por el puro goce de estar vivos—, oyó un grito que nunca se había oído desde los tiempos aciagos de Shere Khan. Era lo que en la Selva se conoce como *pheeal*, un chillido repugnante que lanza el chacal cuando está cazando detrás del tigre o cuando hay una caza importante a mano. Si sois capaces de imaginaros una mezcla de odio, triunfo, miedo y desesperación, con una especie de burla grotesca en medio de todo, os podréis hacer una cierta idea del *pheeal* que ascendió y se apagó, y tembló y se estremeció, desde muy lejos, al otro lado del Waingunga. Los Cuatro se detuvieron bruscamente, gruñendo mientras se les ponían los pelos de punta. La mano de Mowgli se

disparó hacia el cuchillo, parándose a medio camino en el aire; se le subió la sangre a las mejillas y frunció el entrecejo.

—Ningún Rayado se atrevería a matar aquí —dijo.

—Ése no es el grito del que va delante —respondió Hermano Gris—. Se trata de una gran caza. ¡Escucha!

El grito resonó de nuevo, mitad gemido, mitad carcajada, como si el chacal tuviera unos labios como los humanos, pero más blandos. Entonces Mowgli respiró profundamente y echó a correr hacia la Roca del Consejo, adelantando por el camino a los lobos de la Manada que corrían en la misma dirección. Phao y Akela estaban ya en la Roca, y bajo ellos, con todos los nervios en tensión, estaban sentados los demás. Las madres y los cachorros se dirigían ya a medio galope hacia sus guaridas, pues cuando resuena el *pheeal* las criaturas débiles no deben estar al descubierto.

No se oía más que al Waingunga fluyendo y gorgoteando en la oscuridad y a las suaves brisas del anochecer meciendo las copas de los árboles, hasta que, de repente, se oyó la llamada de un lobo desde el otro lado del río. No era un lobo de la Manada, porque estaban todos en la Roca. El tono cambió a un aullido largo y lleno de desesperanza, que decía: «*¡Dhole!*[27]», una y otra vez: «*¡Dhole, dhole, dhole!*». Oyeron el ruido de unos pasos cansados sobre las piedras y apareció un lobo demacrado, con los costados bañados en rojo, la pata delantera derecha inutilizada y las fauces blancas de espuma, que se arrojó en medio del círculo y se quedó tendido, jadeando, a los pies de Mowgli.

—¡Buena caza! ¿Bajo qué liderazgo estás? —preguntó Phao con tono grave.

—¡Buena caza! Soy Won-tolla —fue la respuesta.

Quería decir que era un lobo solitario que se valía por sí mismo y se mantenía él, a su pareja y a sus cachorros en una guarida solitaria, como tienen por costumbre hacer muchos lobos del sur. Won-tolla significa «ermitaño», el que se mantiene apartado de cualquier Manada.

Luego, empezó a respirar de forma entrecortada y vieron cómo los latidos del corazón le hacían estremecerse de arriba abajo.

—¿Quién corre? —dijo Phao, pues ésa es la pregunta que hace toda la Selva cuando resuena el pheeal.

—El *dhole,* es el *dhole* del Dekkan…, ¡el perro rojo, el asesino! Han emigrado hacia el norte, procedentes del sur, diciendo que el Dekkan estaba vacío y matando lo que encuentran por el camino. Con la luna nueva mi familia era de cuatro…, mi pareja y tres cachorros. Ella les iba a enseñar a

cazar en las llanuras cubiertas de hierba, a esconderse para acorralar al gamo, como hacemos los que vivimos en las praderas. A medianoche les oí a todos, aullando mientras corrían. Con la brisa del amanecer los encontré, los cuerpos rígidos sobre la hierba… los cuatro, Pueblo Libre, los que eran cuatro con la luna nueva. Entonces fui a cobrarme mis derechos por el crimen y logré dar con los *dhole*.

—¿Cuántos? —dijo Mowgli rápidamente, mientras la Manada entera gruñía desde el fondo de las gargantas.

—No lo sé. Tres de ellos ya no seguirán matando, pero al final me acorralaron igual que al gamo, me acorralaron cuando no me podía valer más que de tres patas. ¡Mirad, Pueblo Libre!

Extendió la pata delantera destrozada, que era de color oscuro a causa de la sangre seca que la recubría. Estaba lleno de crueles mordiscos en el costado, y tenía la garganta desgarrada y en muy mal estado.

—Come —dijo Akela, que se apartó de la carne que le había traído Mowgli, sobre la que se abalanzó el ermitaño.

—No deis esta carne por perdida —dijo con humildad, después de haber saciado el hambre más urgente—. Permitidme recuperar un poco las fuerzas, Pueblo Libre, y yo también mataré. Mi guarida está vacía, pero estaba llena en luna nueva y la deuda de sangre no está aún saldada del todo.

Phao oyó el crujido de aquellos colmillos sobre uno de los huesos de la cadera y gruñó mostrando su aprobación:

—Necesitaremos esas fauces. ¿Llevaban los *dhole* a sus cachorros consigo?

—No, no. Eran todos cazadores rojos: los perros adultos de su Manada, pesados y fuertes, aunque sólo coman lagartos en el Dekkan.

Lo que acababa de decir Won-tolla quería decir que el *dhole*, el perro rojo que caza en el Dekkan, estaba en marcha con el propósito de matar, y la Manada sabía perfectamente que incluso un tigre le entregaría una presa recién cazada a un *dhole*. Estos animales avanzan en línea recta a través de la Selva, derribando y haciendo pedazos todo lo que encuentran en su camino. Aunque no son ni tan grandes, ni con mucho tan astutos como los lobos, sí son muy fuertes y numerosos. Los *dhole*, por ejemplo, no comienzan a llamarse a sí mismos manada hasta que no suman al menos cien individuos, mientras que cuarenta lobos constituyen una manada verdaderamente considerable. Los vagabundeos de Mowgli le habían llevado hasta los límites de las altas praderas del Dekkan y había visto a los temerarios *dholes* durmiendo, jugando y rascándose en los pequeños huecos y arbustos que usan

como guarida. Los odiaba y despreciaba porque no olían como el Pueblo Libre, porque no vivían en cuevas y, sobre todo, porque tenían pelo entre las pezuñas, mientras que él y sus amigos eran de pies desnudos. Pero sabía, ya que Hathi se lo había contado, lo terrible que era una manada de *dholes* en plena caza. Hasta el propio Hathi se apartaba de su camino, pues siguen siempre adelante hasta que se les mate o escasee la caza.

Akela sabía también algo de los *dholes*, porque le dijo en voz baja a Mowgli:

—Es mejor morir dentro de una Manada al completo que solo y sin jefe. Va a ser buena caza y… la última para mí. Pero, según la duración de la vida de los hombres, tú tienes aún muchísimos más días y noches por delante, Hermanito. Vete al norte y ocúltate, y si queda alguno vivo después de que haya pasado el *dhole*, irá a llevarte nuevas de la lucha.

—¡Ah! —murmuró Mowgli con tono muy grave—, ¿debo irme a los pantanos a capturar pececillos y dormir sobre un árbol, o debo pedir ayuda a los Bandar-log y cascar nueces mientras la Manada pelea bajo mis ojos?

—Es una lucha a muerte —dijo Akela—. Tú nunca te has tropezado con los *dholes*…, los asesinos rojos. Incluso el Rayado…

—*¡Aowa! ¡Aowa!* —exclamó Mowgli con tono juguetón—. Yo ya he matado a uno de esos monos rayados, y en el estómago tengo la seguridad de que Shere Khan hubiera abandonado a su propia pareja para que se la comieran si hubiese olfateado a una manada a tres praderas de distancia. Escúchame ahora: hubo un lobo, mi padre, y hubo una loba, mi madre, y hubo un viejo lobo gris (no demasiado sabio y que ahora es blanco) que fue mi padre y mi madre. Por lo tanto yo… —y aquí elevó la voz—, yo digo que cuando llegan los *dholes*, Mowgli y el Pueblo Libre son uña y carne en esta cacería; y digo, por el toro que me compró (por el toro que Bagheera pagó por mí en los viejos tiempos que vosotros, los de la Manada, no recordáis), yo digo, y que los árboles y el río me lo recuerden si lo olvido, yo digo que este cuchillo mío será como un colmillo más de la Manada… y no creo que sea demasiado romo. Esto digo y dicho queda.

—Tú no conoces al *dhole*, hombre con lengua de lobo —dijo Won-tolla —. Mi única aspiración es saldar la cuenta de sangre que tengo con ellos antes de que me hagan pedazos. Avanzan despacio, matando lo que les sale al paso, pero en dos días habré recuperado un poco las fuerzas y regresaré a cobrarme la deuda de sangre. Pero en cuanto a vosotros, Pueblo Libre, mi consejo es que os marchéis al norte y comáis poco durante un tiempo, hasta que los dholes se hayan ido. En esta cacería no hay carne.

—¡Oíd al ermitaño! —dijo Mowgli, riéndose—. Pueblo Libre, debemos irnos al norte y excavar lagartijas y ratas de las orillas, no sea que dé la casualidad de que nos topemos con los *dholes*. Ellos lo matarán todo hasta agotar nuestros territorios de caza mientras nosotros nos ocultamos en el norte hasta que tengan a bien devolvernos lo que es nuestro. Son perros, y cachorros de perros…, ¡rojos, de barriga amarillenta, sin guarida y llenos de pelos entre las pezuñas! Sus camadas se cuentan de seis en seis o de ocho en ocho, igual que Chikai, la ratita saltarina. ¡No hay duda de que tenemos que huir, Pueblo Libre, y pedirles permiso a las gentes del norte para comer los despojos del ganado muerto! Ya conocéis el dicho: «Al norte los gusanos, al sur las pulgas, pero nosotros somos la Selva». Elegid, sí, elegid. ¡Es buena caza! Por la Manada…, por la Manada en pleno…, por la guarida y la camada; por la caza en grupo y por la caza en solitario; por la compañera que acorrala a la gama y, por el lobezno, el cachorrillo que está en la cueva; ¡es preciso luchar…, es preciso… es preciso luchar!

La Manada respondió con un único, profundo y atronador ladrido que resonó en la noche como si un árbol enorme se hubiera derrumbado.

—¡Es preciso luchar! —gritaron.

—Quedaos con ellos —les dijo Mowgli a los Cuatro—. Vamos a necesitar todos los colmillos. Phao y Akela deben preparar la batalla. Yo me voy a contar a los perros.

—¡Morirás! —gritó Won-tolla, incorporándose a medias—. ¿Qué puede hacer una criatura sin pelo contra el perro rojo? Incluso el Rayado, recuerda…

—Verdaderamente eres un ermitaño —le replicó Mowgli—, pero ya hablaremos cuando estén muertos los *dholes*. ¡Buena caza a todos!

Se alejó corriendo por la oscuridad, loco de emoción, casi sin mirar dónde ponía los pies y, naturalmente, acabó por caer de bruces tras tropezar contra los enormes anillos de Kaa, que estaba observando un sendero de ciervos cercano al río.

—*¡Kssha!* —dijo Kaa con enfado—. ¿Acaso es propio de la Selva esto de andar pisoteando a troche y moche y echando a perder todo el esfuerzo de una noche de caza… y, además, cuando las presas se estaban moviendo tan bien?

—Ha sido culpa mía —dijo Mowgli levantándose—. De hecho te estaba buscando a ti, Cabeza Plana; pero cada vez que nos encontramos te veo un brazo de los míos más larga y ancha. No hay nadie como tú en toda la Selva: sabia, anciana, fuerte y extremadamente hermosa… Kaa.

—¡Vaya!, ¿adonde irá a parar este rastro? —el tono de Kaa era más amable—. No hace ni una luna que había por ahí un hombrecito con un

cuchillo que me tiraba piedras a la cabeza y me insultaba como un gato montés, por dormir al descubierto.

—Sí, y por espantarme a todos los ciervos a los que intentaba acorralar en todas las direcciones posibles, y era Mowgli quien cazaba, y esta misma cabeza plana estaba demasiado sorda para oír su silbido y dejar paso libre a los ciervos —respondió Mowgli con aire modoso, mientras se sentaba entre los anillos coloreados.

—Y ahora este mismo hombrecillo acude, con palabras suaves y acariciadoras, a esta misma cabeza plana, diciéndole que es sabia, y fuerte, y hermosa, y esta misma cabeza plana le cree y le hace sitio, así, a este mismo hombrecillo que arroja piedras, y… ¿Estás cómodo ahora? ¿Acaso puede Bagheera ofrecerte un sitio tan bueno para descansar?

Como de costumbre, Kaa se había dispuesto formando una especie de blanda hamaca bajo el peso de Mowgli. Éste extendió la mano en la oscuridad y tiró suavemente del flexible cuello como de cable de Kaa, hasta que la cabeza de ésta estuvo descansando sobre su propio hombro. Y entonces le contó todo lo que había sucedido en la Selva aquella noche.

—Tal vez yo sea sabia —dijo Kaa después de escucharle hasta el final—, pero lo que es seguro es que estoy sorda. Si no, hubiese oído el pheeal. No me sorprende que los Comedores de Hierba estén inquietos. ¿Cuántos son los *dholes*?

—No lo he ido a ver todavía. Vine a toda prisa a buscarte. Eres más vieja que Hathi. Pero, Kaa —Mowgli se retorció de puro placer—, va a ser buena caza. Seremos pocos los que veamos otra luna más.

—¿Tú vas a intervenir en esto? Recuerda que eres un hombre, y recuerda qué Manada fue la que te arrojó de su seno. Deja que el lobo se cuide del perro. Tú eres un hombre.

—Las nueces de antaño son la tierra negra de hogaño —dijo Mowgli—. Es cierto que soy un hombre, pero tengo en el estómago que esta noche he dicho que soy un lobo. Convoqué al río y a los árboles para que me lo recordaran. Soy parte del Pueblo Libre, Kaa, hasta que el *dhole* haya pasado de largo.

—El Pueblo Libre —gruñó Kaa—. ¡Ladronzuelos Libres! ¿Y tú te has atado con el nudo de la muerte por honrar la memoria de unos lobos muertos? Eso no es buena caza.

—Di mi Palabra, y dada está. Los árboles lo saben, el río lo sabe. No recuperaré mi Palabra hasta que el dhole no haya pasado de largo.

—*¡Hgssh!* Eso cambia todos los rastros. Había pensado en llevarte conmigo a los pantanos del norte, pero la Palabra (incluso la Palabra de un hombrecillo desnudo y sin pelo) es la Palabra. Bien, yo, Kaa, digo…

—Piénsatelo bien, Cabeza Plana, no sea que te ates tú también con el nudo de la muerte. No necesito que me des tu Palabra, pues sé bien que…

—Así sea, pues —dijo Kaa—. No daré mi Palabra; pero ¿qué se te ha ocurrido en el estómago que puedes hacer cuando lleguen los *dholes*?

—Tendrán que cruzar a nado el Waingunga. He pensado en forzar el encuentro en los bancos de arena, yo con mi cuchillo y la Manada detrás de mí; y, de este modo, acuchillando y empujándolos, podríamos hacerles alejarse un poco río abajo, o refrescarles las gargantas.

—Los *dholes* nunca dan la vuelta y tienen las gargantas siempre calientes —dijo Kaa—. Cuando esa cacería acabe no quedarán ni el hombrecillo ni los lobos, sino sólo huesos pelados.

—*¡Alalá!* Si hemos de morir, moriremos. Será una caza muy buena. Pero tengo el estómago joven y no he visto demasiadas Lluvias. No soy ni sabio ni fuerte. ¿Tienes tú un plan mejor, Kaa?

—Yo he visto cien y aun otras cien Lluvias. Antes de que a Hathi le crecieran los colmillos de leche mi rastro ya era grande al marcarse en el polvo. Por el Primer Huevo, que soy más vieja que muchos de los árboles y que he visto todo lo que se ha hecho en la Selva.

—Pero ésta es caza nueva —dijo Mowgli—. Los dholes no se habían cruzado nunca en nuestro rastro.

—Todo lo que es ha sido antes. Lo que será no es sino un año olvidado que se lanza hacia atrás. Guarda silencio mientras cuento esos años.

Mowgli estuvo recostado contra los anillos de Kaa durante una hora larga, mientras ésta, con la cabeza inmóvil sobre el suelo, pensaba en todo lo que había visto y conocido desde el día en que salió del huevo. La luz pareció abandonar su mirada, dejándole los ojos como ópalos apagados, y, de vez en cuando, agitaba ligera y bruscamente la cabeza, a derecha e izquierda, como si estuviera cazando en sueños. Mowgli echó una cabezadita sin hacer ruido, pues sabía que no hay nada mejor que dormir antes de cazar y estaba entrenado para hacerlo a cualquier hora del día o de la noche.

De repente, sintió que el lomo de Kaa se hacía más grande y ancho debajo de él, al tiempo que la enorme serpiente pitón resoplaba sin parar y silbaba con el ruido que hace una espada al sacarla de una vaina de acero.

—He visto todas las estaciones muertas —dijo Kaa finalmente— y también los árboles enormes y los viejos elefantes y las rocas, que eran

puntiagudas y estaban desnudas antes de que creciera el musgo. ¿Y tú, sigues vivo aún, Hombrecillo?

—Hace poco que se ha puesto la luna —dijo Mowgli—. No entiendo…

—*¡Hssh!* Soy Kaa de nuevo. Ya sabía que no ha pasado sino un poco de tiempo. Ahora iremos al río y te mostraré lo que hay que hacer para combatir a los *dholes*.

Y se dio la vuelta, directa como una flecha, hacia el canal principal del Waingunga, zambulléndose un poco más arriba de la laguna que escondía la Roca de la Paz, con Mowgli a su lado.

—No, no nades. Yo voy rápida. Ponte sobre mi lomo, Hermanito.

Mowgli pasó el brazo izquierdo por debajo del cuello de Kaa, dejó el derecho caído y pegado a su propio cuerpo, y estiró los pies. Entonces Kaa comenzó a moverse contra corriente como sólo ella sabía hacerlo y la ligera ondulación de las aguas que tropezaban contra ellos iba formando una gorguera alrededor del cuello de Mowgli, mientras que sus pies se balanceaban de un lado a otro al impulso de la corriente que fluía bajo los latigazos que iba dando en el agua la serpiente pitón. Una o dos millas más arriba de la Roca de la Paz el Waingunga se estrecha entre una garganta de rocas de mármol que tienen de veinticinco a treinta metros de altura, mientras que la corriente fluye igual de fuerte que en los canales angostos de los molinos, por en medio y por encima de todo tipo de piedras de feo aspecto. Pero Mowgli no se calentaba la cabeza pensando en el agua; pocas eran las aguas que en el mundo entero le podrían haber quitado el sueño. Estaba dirigiendo la mirada a ambos lados del desfiladero y olfateaba con inquietud, pues flotaba en el aire un olor agridulce, muy parecido al de un hormiguero gigante en un día de mucho calor. De modo instintivo, se sumergió en el agua, sacando la cabeza sólo de tanto en cuando para respirar. Luego, Kaa se ancló con una doble vuelta de la cola en torno a una roca hundida, sosteniendo a Mowgli en el hueco de uno de sus anillos, mientras el agua pasaba de largo.

—Esta es la Morada de la Muerte —dijo el muchacho—. ¿Por qué hemos venido aquí?

—Están durmiendo —dijo Kaa—. Hathi no le cedería el paso al Rayado. Y, sin embargo, tanto Hathi como el Rayado le ceden el paso al *dhole*, y se dice que éste no le cede el paso a nadie. ¿Pero a quién le ceden el paso las del Pueblo Pequeño de las Rocas? Dime, Amo de la Selva, ¿quién es, pues, el Amo de la Selva?

—Ellas —susurró Mowgli—. Es la Morada de la Muerte. Vámonos de aquí.

—No. Fíjate bien, porque están durmiendo. Todo sigue igual que estaba cuando yo era aún más pequeña que tu brazo.

Las rocas partidas y erosionadas de la garganta del Waingunga habían pertenecido desde el principio de la Selva al Pueblo Pequeño de las Rocas: las activas y feroces abejas negras de la India y, como bien sabía Mowgli, todos los rastros se desviaban media milla antes de alcanzar la garganta. Durante siglos, el Pueblo Pequeño había hecho sus colmenas y había volado por enjambres de hendidura en hendidura, siempre volando por enjambres, manchando el blanco mármol con nieve rancia y construyendo sus altas y profundas celdillas en la oscuridad de las cuevas más recónditas, donde ni el hombre, ni las fieras, ni el fuego, ni el agua jamás podrían alcanzarlas. A todo lo largo de ambas paredes de la garganta estaban suspendidas unas cortinas trémulas como de terciopelo negro, y Mowgli se sumergió de nuevo al mirarlas, porque no eran otra cosa que millones de abejas dormidas y apiñadas. Había otros bultos, guirnaldas y objetos parecidos a troncos de árboles podridos, incrustados todos en la pared de roca: eran los panales antiguos de años anteriores, o nuevas ciudades construidas a la sombra de la garganta que no dejaba pasar el viento, así como enormes masas de desperdicios gelatinosos y podridos que habían rodado hasta quedarse enganchados entre los árboles y las enredaderas que se adherían a la pared de roca. Al escuchar, oyó en más de una ocasión el rumor de deslizamiento que producía un panal cargado de miel al darse la vuelta o caer en el vacío allá arriba, en algún punto de las oscuras galerías; a ello le seguiría el zumbido de alas furiosas y el monótono goteo repetido de la miel echada a perder, que iba deslizándose hasta ir a parar a un borde rocoso, desde el cual se iba dejando caer, en perezosos goterones, sobre las ramitas. Había una playita, de menos de un metro y medio de ancho, en una de las orillas del río, que estaba repleta de elevados montones de desperdicios que se habían ido depositando a lo largo de un número desconocido de años. Allí había abejas y zánganos muertos, broza, panales carcomidos y alas de polillas despistadas que habían merodeado hasta allí en busca de miel; y todos ellos se alzaban formando unos montones lisos del más fino polvo negro. Sólo el olor acre que reinaba allí bastaba para asustar a cualquier criatura que no tuviera alas y supiese lo que era el Pueblo Pequeño.

Kaa volvió a avanzar río arriba hasta alcanzar un banco de arena que estaba al otro extremo del desfiladero.

—He aquí la caza de esta estación —dijo—. ¡Mira!

Sobre el banco se podían ver los esqueletos de un par de ciervos jóvenes y de un búfalo. Mowgli observó que ni los lobos ni los chacales habían tocado aquellos huesos, que estaban tendidos de forma natural.

—Traspasaron los límites; desconocían la Ley —murmuró Mowgli—, y el Pueblo Pequeño los mató. Vámonos antes de que se despierten.

—No se despertarán antes del amanecer —dijo Kaa—. Ahora te lo explicaré todo. Hace muchas, muchísimas Lluvias, un gamo del sur que estaba siendo perseguido vino hasta aquí, ya que no conocía la Selva y tenía a una Manada entera pegada a sus talones. Cegado por el pánico, saltó desde arriba, con la Manada detrás, ciega a todo y volcada en la persecución, ya que lo tenían al alcance de la vista. El sol estaba alto, y las del Pueblo Pequeño eran muchas y furiosas. Fueron también muchos los de la Manada que saltaron al Waingunga, pero murieron antes de tocar el agua. Los que no saltaron murieron también entre las rocas de arriba. Pero el gamo sobrevivió.

—¿Cómo?

—Porque llegó el primero, a la carrera, temiendo por su vida, y saltó antes de que el Pueblo Pequeño se diera cuenta, con lo que estuvo ya en el río cuando se juntaron para matar. Los de la Manada, que iban detrás, perecieron, del primero al último, bajo el peso del Pueblo Pequeño.

—¿Y el gamo sobrevivió? —repitió Mowgli lentamente.

—Al menos no murió entonces, aunque no había un cuerpo fuerte esperando su llegada para protegerlo contra las fuertes corrientes, que es lo que haría una cierta cabeza plana vieja, gorda, sorda y amarilla si se tratara de un hombrecillo…, sí, aunque todos los dholes del Dekkan estuvieran tras su rastro. ¿Qué tienes en el estómago?

La cabeza de Kaa estaba cerca de la oreja de Mowgli, y aún pasó un poco de tiempo antes de que contestara el muchacho.

—Sería como tirarle de los mismísimos bigotes a la Muerte, pero… Kaa, eres, sin duda, la más sabia de toda la Selva.

—Eso han dicho muchos. Y ahora escucha, si los *dholes* te siguen…

—Seguro que me seguirán. ¡Ja, ja, ja! Tengo suficientes espinas debajo de la lengua para clavárselas en la piel.

—Si te siguen, cegados por la furia, con la mirada fija únicamente en tus hombros, los que no mueran arriba se lanzarán al agua aquí o más abajo, porque el Pueblo Pequeño se alzará para cubrirlos. Bien; las del Waingunga son aguas hambrientas y no tendrán a ninguna Kaa que los sujete, sino que continuarán bajando, los que sigan vivos, hasta llegar a los bajos que hay

junto a las guaridas de Seeonee, y allí tu Manada podría abalanzarse sobre sus gargantas.

—*¡Ahai! ¡Eowawa!* Nada sería mejor, salvo que cayeran las Lluvias durante la estación seca. Sólo queda por resolver el asuntillo de la carrera y el salto. Me dejaré ver por los dholes para que me sigan muy de cerca.

—¿Has visto las rocas que hay encima de ti? ¿Desde el lado que da a tierra?

—Es verdad. Se me había olvidado.

—Ve a mirar. El terreno es muy malo; está lleno de grietas y agujeros. Uno de tus pies torpes puesto sin mirar supondría el fin de la caza. Fíjate, te dejaré aquí, y sólo por amor a ti le comunicaré las nuevas a la Manada, para que sepan dónde esperar a los *dholes*. En lo que a mí respecta, no soy uña y carne con ningún lobo.

Cuando Kaa no aprobaba a un conocido, podía ser más desagradable que cualquier otra criatura de la Selva, excepto, tal vez, Bagheera. Nadó río abajo y, frente a la Roca, se topó con Phao y Akela que escuchaban atentamente los ruidos de la noche.

—*¡Hssh!*, perros —dijo alegremente—. Los *dholes* vendrán río abajo. Si no tenéis miedo, los podréis matar en los bajos.

—¿Cuándo vienen? —dijo Phao.

—¿Y dónde está mi Cachorro de Hombre? —dijo Akela.

—Vendrán cuando vengan —dijo Kaa—. Esperad y los veréis. En cuanto a *tu* Cachorro de Hombre, al que le has tomado la Palabra lanzándolo en brazos de la Muerte, *tu* Cachorro de Hombre está conmigo, y si no está ya muerto no será por culpa tuya, ¡perro descolorido! Esperad aquí la llegada de los *dholes* y alegraos de que el Cachorro de Hombre y yo luchemos de vuestro lado.

Kaa avanzó rápidamente río arriba de nuevo y se enganchó en medio del desfiladero, levantando la vista hacia el perfil del acantilado. Al poco tiempo, divisó la cabeza de Mowgli, recortándose contra las estrellas, y luego se escuchó un zumbido en el aire y el chapoteo agudo y breve de un cuerpo que cae en el agua con los pies por delante, y al minuto siguiente el muchacho estaba otra vez descansando sobre uno de los anillos del cuerpo de Kaa.

—El salto, incluso de noche, no es nada —dijo Mowgli suavemente—. He saltado el doble otras veces sólo por gusto; pero el lugar que hay arriba sí que es malo… arbustos bajos y hoyos muy profundos, todos ocupados hasta arriba por el Pueblo Pequeño. He colocado grandes piedras, una encima de la otra, al

lado de tres hoyos. Las tiraré por ellos con los pies cuando pase al lado; así el Pueblo Pequeño se alzará muy furioso detrás de mí.

—Ésas son palabras y astucia de hombre —dijo Kaa—. Eres sabio, pero el Pueblo Pequeño siempre está furioso.

—No, al anochecer todas las alas, a lo largo y a lo ancho, caen en reposo. Voy a jugar con los *dholes* al anochecer, porque cuando mejor cazan es de día. En este momento están siguiendo el rastro ensangrentado de Won-tolla.

—Chil nunca abandona a un buey muerto, ni el *dhole* un rastro ensangrentado —dijo Kaa.

—En ese caso les proporcionaré un nuevo rastro ensangrentado, de su propia sangre si puedo, y les daré a comer polvo. ¿Te quedarás aquí, Kaa, hasta que regrese con mis *dholes*?

—Sí, ¿pero y si te matan en la Selva, o si el Pueblo Pequeño te mata antes de que puedas saltar al río?

—Cuando llegue mañana, habrá llegado la hora de que cacemos para el mañana —dijo Mowgli, citando un refrán de la Selva—. Cuando muera, será que ha llegado la hora de entonar la Canción de la Muerte. ¡Buena caza, Kaa!

Se soltó el brazo del cuello de la serpiente pitón y bajó por el desfiladero igual que un tronco en una riada, braceando hasta alcanzar la orilla opuesta, donde dio con aguas mansas, mientras se reía a carcajadas de lo contento que estaba. No había nada que le pudiera gustar más a Mowgli que, como él mismo decía, «tirarle de los bigotes a la Muerte» y hacerle saber a la Selva que él era su Señor Supremo. A menudo, con la ayuda de Baloo, les había robado la miel a las abejas de los panales solitarios enclavados en los árboles y sabía que el Pueblo Pequeño no soporta el olor del ajo silvestre. Así que recogió un matojo pequeño, lo ató con una tira de corteza de árbol y luego se puso a seguir el rastro ensangrentado de Won-tolla, que corría a lo largo de unas cinco millas hacia el sur partiendo de las Guaridas, mientras examinaba los árboles con la cabeza ladeada y sin parar de lanzar risitas.

«He sido Mowgli, la rana —se dijo a sí mismo—; he dicho que soy Mowgli, el lobo. Ahora, he de ser Mowgli, el mono, antes de ser Mowgli, el gamo. Al final, seré Mowgli, el hombre. ¡Ja!» —y al tiempo que decía esto último acarició con el pulgar la hoja de casi medio metro de su cuchillo.

El rastro de Won-tolla, muy fuerte a causa de las numerosas manchas de sangre, discurría bajo un bosque de árboles gruesos que crecían muy juntos y se extendían hacia el noreste, cada vez en menor cantidad, hasta acabar a unas dos millas de las Rocas de las Abejas. Desde el último árbol hasta el rastrojo de las Rocas de Abejas todo era campo abierto, donde apenas si había follaje

suficiente para ocultar a un lobo. Mowgli avanzaba a la media carrera bajo los árboles, calculando las distancias entre rama y rama y, de vez en cuando, escalando por un tronco y dando un salto de prueba de un árbol a otro, hasta que llegó a campo abierto, que estuvo examinando muy cuidadosamente durante una hora.

Luego, se dio la vuelta, retomó el rastro de Won-tolla en el punto en que lo había abandonado, se acomodó en un árbol, del que sobresalía una rama a unos dos metros y medio del suelo, y se quedó quieto sentado, afilando el cuchillo en la planta del pie y canturreando para sí.

Un poco antes del mediodía, cuando el sol ya calentaba mucho, oyó un ruido de pasos y olfateó el abominable olor de la manada de *dholes*, que trotaba inmisericorde siguiendo el rastro de Won-tolla. Visto desde arriba, el perro rojo no parece ni la mitad de grande que un lobo, pero Mowgli sabía lo fuertes que eran sus patas y sus fauces. Contempló la aguda cabeza baya del jefe, que iba olfateando el rastro, y le deseó: «¡Buena caza!».

Aquella fiera levantó la vista y sus compañeros se detuvieron detrás de ella, decenas y decenas de perros rojos con las colas caídas, anchas espaldas, cuartos traseros delgados y fauces sangrientas. El de los *dholes* es por norma un pueblo silencioso y son maleducados incluso en su propia Selva. Debían ser al menos doscientos los que se habían apiñado debajo de él, pero pudo observar que los jefes olfateaban con hambre el rastro de Won-tolla y trataban de empujar a la Manada hacia delante. Eso daría al traste con sus planes, pues llegarían ante las Guaridas en plena luz del día y Mowgli pretendía hacerles permanecer bajo su árbol hasta el anochecer.

—¿Quién os ha dado permiso para venir hasta aquí? —dijo Mowgli.

—Todas las Selvas son nuestra Selva —fue la respuesta, y el *dhole* que se la dio le enseñó los colmillos.

Mowgli miró hacia abajo con una sonrisa en los labios y se puso a imitar a la perfección la charlatanería de Chikai, la rata saltarina del Dekkan, dándoles a entender a los *dholes* que los consideraba de la misma calaña que Chikai. La Manada se apiñó en torno al tronco del árbol y el jefe aulló salvajemente, llamando mono a Mowgli. Éste, por toda respuesta, alargó una de sus piernas desnudas y movió los dedos del pie justo encima de la cabeza del jefe. Con eso bastó y sobró para despertar la ira estúpida de la Manada. A los que tienen pelo entre los dedos de los pies no les gusta que se lo recuerden. Mowgli retiró el pie al tiempo que el jefe saltaba y le dijo con voz dulce:

—¡Perro, perro rojo! Vuelve al Dekkan y come lagartijas. Vete con Chikai, que es tu hermana…, ¡perro, perro…, perro rojo! ¡Tienes pelo entre

todos los dedos de los pies! —y jugueteó con sus propios dedos por segunda vez.

—¡Baja aquí antes de que te sitiemos hasta matarte de hambre, mono sin pelo! —clamó la Manada.

Eso era exactamente lo que quería Mowgli. Se tumbó cuan largo era sobre la rama, con la mejilla pegada a la corteza, el brazo derecho libre, y desde allí se dispuso a contarles a los de la Manada lo que pensaba y sabía de ellos: sus modales, costumbres, parejas y cachorros. No existe en el mundo entero un idioma tan rencoroso e hiriente como el que utilizan los habitantes de la Selva para expresar su burla y su desprecio. Si os paráis a pensarlo os daréis cuenta de que tiene que ser así necesariamente. Tal como Mowgli le había dicho a Kaa, poseía muchas espinitas bajo la lengua y, de forma lenta y deliberada, llevó a los *dholes* del silencio a los gruñidos, de los gruñidos a los chillidos y de los chillidos a una especie de delirio ronco y obsesionado. Intentaron responder a sus sarcasmos, pero era como si un cachorro tratase de contestar a una Kaa enfurecida; y, a todo esto, Mowgli tenía la mano derecha recogida junto al costado, lista para entrar en acción, mientras que con los pies se agarraba fuertemente a la rama. El gran jefe bayo había saltado muchas veces en el aire, pero Mowgli no se atrevía a arriesgarse a fallar su ataque. Finalmente, con una furia que le daba fuerzas suplementarias, dio un salto de casi dos metros y medio. En ese instante la mano de Mowgli se disparó igual que la cabeza de una serpiente de árbol y lo agarró por el cogote, con lo que la rama dio una sacudida por el nuevo peso, casi tirando a Mowgli al suelo. Pero él no se soltó ni por un instante y, centímetro a centímetro, fue subiendo a la fiera, que colgaba igual que un chacal ahogado, hasta tenerla en la rama. Entonces, con la mano izquierda cogió el cuchillo y le cortó la roja y tupida cola, arrojando después al *dhole* al suelo de nuevo. Con aquello le bastó. La Manada ya no seguiría adelante tras el rastro de Won-tolla hasta que hubieran matado a Mowgli o hasta que Mowgli los hubiese matado a ellos. Observó cómo se sentaban formando círculos con un estremecimiento de los cuartos traseros que indicaba que se iban a quedar allí, así que subió a una horquilla más alta del árbol, apoyó cómodamente la espalda y se dispuso a dormir.

A las tres o cuatro horas se despertó e hizo un recuento de la Manada. Estaban todos allí, silenciosos, roncos, mudos y con la mirada acerada. El sol comenzaba a ponerse. Faltaba media hora para que el Pueblo Pequeño de las Rocas diera fin a sus labores, además de que, como ya sabéis, el *dhole* pelea peor al anochecer.

—No precisaba de guardianes tan fieles —dijo con buenos modos, mientras se ponía en pie sobre una rama—, pero no lo olvidaré. Sois verdaderos *dholes*, aunque, para mi gusto, demasiado parecidos. Por esa razón no pienso devolverle su cola a ese gran devorador de lagartijas. ¿Verdad que te gusta, Perro Rojo?

—¡Me ocuparé yo en persona de desgarrarte las entrañas! —chilló el jefe, mientras arañaba el tronco del árbol.

—¡Ca!, pero date cuenta, rata sabihonda del Dekkan. A partir de ahora habrá muchas camadas de perrillos rojos sin cola, sí, con muñones desnudos y rojos que les picarán cuando la arena esté caliente. Vuelve a casa, Perro Rojo, y proclama que ha sido un mono el que te ha hecho eso. ¿No quieres irte? ¡Ven, entonces, conmigo, y te daré toda la sabiduría del mundo!

Y se puso en marcha, al estilo de los Bandar-log, pasando al árbol siguiente, lo que repitió una y otra vez, mientras la Manada le seguía con las cabezas levantadas y expresiones hambrientas. De vez en cuando hacía como que estaba a punto de caerse y la Manada se lanzaba hacia delante, arrojándose los unos encima de los otros, en su prisa por estar presentes en la matanza. Era un espectáculo curioso… el muchacho con un cuchillo que brillaba a la luz agonizante del atardecer que se filtraba a través de las ramas más altas, y la silenciosa Manada, con sus encendidos abrigos rojos, que se arremolinaba y le seguía desde abajo. Cuando llegó al último árbol, cogió el ajo y se frotó entero concienzudamente, mientras los *dholes* chillaban entre burlas:

—Mono con lengua de lobo, ¿acaso crees que vas a ocultar tu olor? —decían—. Te seguiremos hasta la muerte.

—Toma tu cola —dijo Mowgli, arrojándola hacia atrás, al camino por el que había venido, ante lo que la Manada se lanzó instintivamente a por ella—. Y ahora seguidme… hasta la muerte.

Se había deslizado por el tronco del árbol y se dirigió corriendo como el viento sobre sus pies desnudos hacia las Rocas de la Abejas, antes de que los *dholes* pudieran ver lo que iba a hacer.

Éstos lanzaron un único y profundo aullido y adoptaron ese medio galope largo y pesado que acaba siempre por agotar a cualquiera que corra ante ellos. Mowgli sabía que su velocidad de Manada era mucho menor que la de los lobos, pues si no, jamás se hubiera arriesgado a echarles una carrera de dos millas teniéndolos a plena vista. Ellos estaban convencidos de que el muchacho era suyo por fin, y él estaba convencido de que podía jugar con ellos a su merced. Su único problema consistía en lograr que mantuviesen su

ira en la persecución para evitar que se dieran la vuelta demasiado pronto. Mowgli corría con zancadas limpias, regulares y amplias, con el jefe sin cola a menos de cinco metros y la Manada detrás cubriendo, tal vez, un cuarto de milla de terreno, cegada y loca, dominada por la rabia de la matanza. Así que mantuvo las distancias de oídas y se reservó para hacer un último esfuerzo en la carrera a través de las Rocas de las Abejas.

El Pueblo Pequeño se había ido a dormir con el principio del anochecer, pues no era aún la estación de las plantas que florecen de noche; pero cuando las primeras pisadas de Mowgli resonaron huecas sobre la tierra hueca oyó un ruido como si toda esa tierra se hubiera puesto a zumbar. Entonces, empezó a correr como no había corrido jamás en la vida, tiró de una patada uno… dos… tres los montones de piedras, que cayeron rodando hacia los hoyos de olor agridulce; oyó un rugido como el del mar dentro de una cueva; vio, con el rabillo del ojo, cómo el aire se oscurecía detrás de él; vio el cauce del Waingunga muy lejos, debajo de él, y una cabeza plana, con forma de diamante, que flotaba en el agua; saltó al vacío con todas sus fuerzas, mientras el *dhole* sin cola intentaba morderle el hombro ya en el aire, y cayó, con los pies por delante, en el río salvador, victorioso y sin aliento. No le había alcanzado ni un solo aguijón, ya que el olor del ajo había detenido a las del Pueblo Pequeño durante los escasos segundos que estuvo entre ellas. Cuando salió a la superficie, los anillos de Kaa le estaban frenando ya y pudo ver unos objetos que saltaban por el borde del acantilado…, parecían enormes masas de abejas apiñadas que caían como el plomo; pero antes de que cualquiera de esas masas tocara el agua, las abejas remontaban el vuelo y aparecía el cuerpo de un *dhole* dando vueltas río abajo. Desde arriba pudieron oír breves aullidos de furia a los que ahogaba un rugido parecido al del oleaje…, el rugido de las alas del Pueblo Pequeño de las Rocas. Además, parte de los *dholes* se habían caído en los hoyos que se comunicaban con las cuevas subterráneas, y allí se ahogaban y luchaban y mordían entre los panales desperdigados para, finalmente, alzados incluso después de muertos por las constantes oleadas de abejas que tenían debajo, salir disparados por alguno de los agujeros que daban al río y caer rodando sobre los montones de desperdicios de polvo negro. Había *dholes* que se habían quedado cortos en el salto, cayendo sobre los árboles del acantilado, donde las abejas impedían que sus perfiles fueran reconocibles, pero la gran mayoría, enloquecidos por las picaduras, se habían lanzado al río y, como había dicho Kaa, las del Waingunga son unas aguas hambrientas.

Kaa sujetó fuertemente al muchacho hasta que éste hubo recuperado el aliento.

—No podemos quedarnos aquí —dijo—. El Pueblo Pequeño está verdaderamente furioso. ¡Ven!

Manteniendo la cabeza baja y sumergiéndose tanto como podía, Mowgli fue avanzando río abajo, con el cuchillo en la mano.

—Despacio, despacio —dijo Kaa—. Un solo colmillo no mata a cien, a menos que sea el de una cobra, y gran parte de los *dholes* se lanzaron rápidamente al agua cuando vieron que el Pueblo Pequeño se alzaba.

—Tanto más trabajo para mi cuchillo en ese caso. *¡Phai!* ¡Cómo nos sigue el Pueblo Pequeño!

Mowgli se zambulló de nuevo. Toda la superficie del agua estaba cubierta de abejas salvajes, que zumbaban sombrías y le picaban a todo lo que se moviera.

—Todavía no conozco a nadie a quien le sentara mal callarse —dijo Kaa, ya que ningún aguijón podía atravesar sus escamas—, y tienes la noche entera para cazar. ¡Escúchales aullar!

Casi la mitad de la Manada había podido ver la trampa en la que caían sus hermanos, por lo que, desviándose bruscamente, se habían lanzado al agua por donde el desfiladero terminaba en orillas de pronunciadas pendientes. Sus gritos de rabia y sus amenazas contra el «mono de los árboles», que les había conducido a la deshonra, se mezclaban con los aullidos y gruñidos de los que habían sufrido el castigo del Pueblo Pequeño. Permanecer en tierra equivalía a morir, algo que sabían perfectamente todos los *dholes*. De modo que la Manada se vio arrastrada por la corriente hasta los profundos remolinos de la Laguna de la Paz, pero incluso allí continuaba la persecución del Pueblo Pequeño, obligándoles a entrar en el agua de nuevo. Mowgli podía oír la voz del jefe sin cola, que le pedía a su pueblo que resistiera y matase a todos los lobos de Seeonee. Pero no perdió el tiempo, quedándose a escuchar.

—¡Hay alguien matando en la oscuridad detrás de nosotros! —chilló un *dhole*—. ¡El agua baja manchada!

Mowgli se había lanzado hacia delante, buceando como una nutria, y tiró bruscamente de uno de los de la Manada, metiéndolo bajo el agua antes de que pudiera abrir la boca. Al poco, surgieron unos anillos oscuros cuando el cuerpo emergió de golpe, flotando sobre un costado. Los *dholes* trataron de darse la vuelta, pero la corriente se lo impedía y el Pueblo Pequeño se abalanzaba sobre sus orejas y cabezas, y, además, se podía escuchar ya el grito de desafío que lanzaba la Manada de Seeonee, cada vez más fuerte y

profundo en la oscuridad creciente. Mowgli se zambulló otra vez y un nuevo *dhole* se sumergió, saliendo muerto a la superficie. Y una vez más brotó un clamor en la retaguardia de la Manada; algunos gritaban que lo mejor era salir a tierra, otros le pedían a su jefe que los condujera de regreso al Dekkan y otros, en fin, le pedían a Mowgli que se mostrase y se dejara matar.

—Llegan a la lucha con dos estómagos y varias voces —dijo Kaa—. El resto es cosa de tus hermanos, ahí delante. El Pueblo Pequeño regresa para seguir durmiendo. Nos han seguido hasta muy lejos. Ahora, yo también me daré la vuelta, porque no soy uña y carne con ningún lobo. Buena caza, Hermanito, y recuerda que los *dholes* muerden bajo.

Apareció un lobo corriendo a tres patas por la orilla, brincando sin parar, poniendo la cabeza de lado, muy pegada a tierra, arqueando el lomo y estirándose en lo más alto de sus saltos, como si estuviese jugando con sus cachorros. Era Won-tolla, el ermitaño, que no decía ni una sola palabra y se limitaba a continuar con sus horribles chanzas ante los *dholes*. Éstos llevaban ya mucho tiempo en el agua y nadaban fatigosamente, tenían los abrigos calados y les pesaban mucho, arrastraban las tupidas colas como si fueran esponjas; tan cansados y confusos estaban que ellos también guardaban silencio, mientras observaban el par de ojos en llamas que se movían a su lado.

—Esto no es buena caza —dijo uno jadeando.

—¡Buena caza! —dijo Mowgli, al tiempo que se alzaba con osadía al costado del animal y le clavaba su largo cuchillo entre ambas paletillas, empujando con fuerza para evitar su último mordisco.

—¿Estás ahí, Cachorro de Hombre? —dijo Won-tolla desde la orilla.

—Pregúntaselo a los muertos, Ermitaño —replicó Mowgli—. ¿No ha bajado ninguno por el río? Les he hecho morder el polvo; los he engañado en plena luz del día y a su jefe le falta la cola; pero aún quedan unos pocos para ti. ¿Adonde quieres que los lleve?

—Esperaré —dijo Won-tolla—. Tengo toda la noche por delante.

Cada vez se oía más cerca el aullido de los lobos de Seeonee: «¡Por la Manada, por la Manada entera, es preciso matar!».

Tras pasar una curva del río, los *dholes* atravesaron los bancos de arena y los bajos que había frente a las Guaridas.

En ese momento se dieron cuenta de su error. Debieron haber salido del agua media milla más arriba, lanzándose sobre los lobos en tierra firme. Ahora ya era demasiado tarde. La orilla estaba cubierta de ojos encendidos, y a excepción de aquel horrible *pheeal*, que no había cesado desde la puesta de

sol, no se oía ni un solo sonido en la Selva. Parecía como si Won-tolla les estuviera adulando para que saliesen a tierra.

—¡Afuera y a por ellos! —exclamó el jefe de los *dholes*.

La Manada entera se lanzó hacia la orilla, chapoteando y pataleando en las aguas poco profundas, hasta que la superficie del Waingunga estuvo blanca y desgarrada, y se formaron grandes olas que iban de orilla a orilla, iguales a las que va abriendo la proa de un barco. Mowgli se lanzó tras la estampida, acuchillando y rajando al tiempo que los *dholes*, hechos una piña, se abalanzaban orilla arriba en una sola oleada.

Entonces dio comienzo la larga lucha, formando una masa que se abría y se cerraba, que se partía y se dispersaba, que se estrechaba y se ampliaba a lo largo y ancho de la roja y húmeda arena, entre y encima de las raíces enmarañadas de los árboles, a través y en medio de los arbustos, y dentro y fuera de las matas de hierba. Pues, incluso ahora, los *dholes* estaban en una proporción de dos a uno. Pero se toparon con lobos que luchaban por todo lo que daba sentido a la Manada, y no eran sólo los enjutos y altos cazadores de ancho pecho y blancos colmillos de la Manada, sino también las *lahinis* de mirada ansiosa —las hembras de la guarida, como se las suele llamar—, que luchaban por sus camadas, además de algún que otro lobezno de un año, con su primer abrigo aún un poco lanoso, que daba tirones y hacía presa con sus colmillos desde los flancos. Un lobo, como ya debéis saber, se arroja al cuello o muerde en el costado, mientras que un *dhole* prefiere morder en el vientre; así que cuando éstos trataban de salir del agua y tenían que levantar la cabeza, estaban en desventaja con respecto a los lobos. Sobre tierra firme eran los lobos los que llevaban la peor parte, pero en el agua o en tierra, el cuchillo de Mowgli iba y venía sin descanso. Los Cuatro se habían abierto paso hasta ponerse a su lado. Hermano Gris, agachado entre las rodillas del muchacho, le protegía el estómago, mientras que los otros le guardaban la espalda y ambos flancos, o se colocaban sobre él cuando caía al suelo a causa del empuje de un *dhole*, que había saltado entre aullidos, ensartándose de lleno en la firme hoja del cuchillo. Por lo demás, todo estaba sumido en una confusión terrible: sólo se veía una masa embrollada y bamboleante que se movía de derecha a izquierda y de izquierda a derecha por la orilla, y que además giraba lentamente una y otra vez sobre su propio centro. De repente aparecía un bulto en tensión, igual que una burbuja de agua en un remolino, que se rompía igual que una burbuja, y se deshacía dando paso a cuatro o cinco perros mutilados que se esforzaban por volver al centro; en otro punto aparecía un lobo solo, derribado por dos o tres *dholes*, que los arrastraba laboriosamente

hacia delante, mientras se iba hundiendo cada vez más; o si no, era un lobezno de un año, mantenido en pie por la presión que había a su alrededor, aunque lo habían matado al principio, mientras su madre, loca de una rabia muda, se revolcaba una y otra vez, dando dentelladas y acabando por morir ella misma; y en medio de la zona de mayor calor de la lucha, tal vez, un lobo y un *dhole* maniobraban buscando el primer mordisco hasta que se veían violentamente desplazados por una estampida de combatientes enfurecidos. En un momento dado, Mowgli pasó junto a Akela, que tenía un *dhole* a cada lado y cerraba sus prácticamente desdentadas fauces sobre las ijadas de un tercero, y en otro momento vio a Phao, con los colmillos clavados en la garganta de un *dhole*, tirando de la nada dócil fiera hacia adelante hasta que los lobeznos de un año pudieran acabar con ella. Pero en el centro del combate todo era ira ciega y polvareda en la oscuridad: golpes, tropezones y caídas, chillidos, gruñidos y dentelladas, más y más dentelladas, a su alrededor, detrás de él y encima de él. Según iba avanzando la noche, el movimiento giratorio, rápido y mareante, fue en aumento. Los *dholes* estaban acobardados y les daba miedo atacar a los lobos más fuertes, pero aún no se atrevían a huir corriendo. Mowgli presintió que se acercaba el final y se limitó a lanzar sus cuchilladas con la única intención de dejarlos tullidos.

Los lobeznos de un año se iban volviendo cada vez más audaces; de vez en cuando había tiempo para recuperar el aliento y decirle algo a un amigo, y el mero reflejo del cuchillo bastaba a veces para que un perro se apartara.

—La carne está ya muy pegada al hueso —chilló Hermano Gris, que sangraba por una veintena de heridas superficiales.

—Pero todavía tenemos que partir el hueso —dijo Mowgli—. *¡Eowawa!* ¡Así es como lo hacemos en la Selva!

La hoja ensangrentada corrió como una llama a lo largo del costado de un *dhole*, cuyos cuartos traseros estaban ocultos por el peso de un lobo que se le había colgado encima.

—¡Éste es mío! —dijo con un bufido, a través del hocico encogido, el lobo—. Déjamelo a mí.

—¿Tienes el estómago vacío aún, Ermitaño? —dijo Mowgli.

Won-tolla estaba espantosamente herido, pero su mordisco tenía paralizado al *dhole*, que no podía darse la vuelta para alcanzarle.

—¡Por el toro que me compró —exclamó Mowgli con una carcajada burlona—, pero si es el que no tiene cola!

Y ciertamente era el gran jefe bayo.

—No es prudente ir por ahí matando a cachorros y *lahinis* —continuó diciendo Mowgli con tono pedagógico, mientras se restregaba la sangre que le cubría los ojos—, a menos que uno haya matado también al ermitaño, y según me dice el estómago, este Won-tolla va a acabar contigo.

Un *dhole* se abalanzó en ayuda de su jefe, pero antes de que sus colmillos se hubieran topado con el costado de Won-tolla, tenía ya el cuchillo de Mowgli en la garganta, mientras Hermano Gris remataba la faena.

—Así es como lo hacemos en la Selva —dijo Mowgli.

Won-tolla no pronunció ni una sola palabra, pero clavaba las fauces cada vez más profundamente en el espinazo del *dhole*, mientras su propia vida se le iba escapando. El *dhole* se estremeció, dejó caer la cabeza y se quedó inmóvil, y Won-tolla cayó encima de él.

—*¡Huh!* La deuda de sangre está saldada —dijo Mowgli—. Entona la canción, Won-tolla.

—Ya no volverá a cazar —dijo Hermano Gris—, y Akela también lleva callado mucho tiempo.

—¡El hueso está partido! —tronó Phao, hijo de Phaona—. ¡Huyen! ¡Matad, matadlos a todos, cazadores del Pueblo Libre!

Un dhole tras otro, todos se iban escabullendo lejos de aquella arena oscura y sangrienta, encaminándose hacia el río, o hacia la densa Selva, al norte o al sur, según donde vieran camino libre.

—¡La deuda! ¡La deuda! —gritaba Mowgli—. ¡Saldad la deuda! ¡Han matado al Lobo Solitario! ¡Que no escape ni un solo perro!

Se lanzó hacia el río, cuchillo en mano, para detener a cualquier *dhole* que se atreviera a arrojarse al agua, cuando, de debajo de un montículo formado por nueve cadáveres, surgieron la cabeza y los cuartos traseros de Akela, y Mowgli se dejó caer de rodillas junto al Lobo Solitario.

—¿No te dije que sería mi último combate? —dijo Akela jadeando—. Ha sido una buena caza. ¿Y tú, Hermanito?

—Sigo vivo, después de haber matado a muchos.

—Mejor aún. Yo me estoy muriendo y querría… querría morir a tu lado, Hermanito.

Mowgli se puso aquella cabeza terrible y llena de cicatrices sobre las rodillas y pasó los brazos alrededor del cuello desgarrado.

—Ha llovido ya mucho desde los viejos tiempos de Shere Khan, cuando apareció un cachorro de hombre que rodaba desnudo por el polvo.

—No, no; soy un lobo. Soy uña y carne con el Pueblo Libre —gritó Mowgli—. No soy un hombre por voluntad mía.

—Eres un hombre, Hermanito, lobezno de mis días de vela. Eres un hombre, porque si no, la Manada hubiera huido ante los dholes. Te debo la vida y hoy has salvado a la Manada al igual que en una ocasión yo te salvé a ti. ¿Te habías olvidado? Todas las deudas están ya saldadas. Vete con tu propio pueblo. Te lo digo una vez más, niña de mis ojos, esta cacería se ha acabado. Vete con tu propio pueblo.

—No me iré jamás. Cazaré solo en la Selva. Dicho queda.

—Después del verano llegan las Lluvias y después de las Lluvias, la primavera. Vuelve antes de que te obliguen.

—¿Quién me puede obligar?

—Mowgli obligará a Mowgli. Vuelve con tu pueblo. Vuelve con el hombre.

—Cuando Mowgli obligue a Mowgli, entonces me iré —respondió él.

—No queda nada más que decir —afirmó Akela—. Hermanito, ¿puedes ponerme en pie? Yo también fui jefe del Pueblo Libre.

Con enorme cuidado y suavidad, Mowgli apartó los cuerpos tendidos y levantó a Akela hasta ponerlo de pie, con ambos brazos a su alrededor. Entonces, el Lobo Solitario tomó aliento profundamente y comenzó a entonar la Canción de la Muerte que un jefe de Manada debe cantar cuando muere. Fue sonando cada vez con más fuerza, cada vez más y más, resonando mucho más allá del río, hasta que llegó el último: «¡Buena caza!», y en ese momento Akela se liberó por un instante del abrazo de Mowgli y, saltando en el aire, cayó hacia atrás, muerto, sobre su última y más terrible cacería.

Mowgli se sentó, con la cabeza entre las rodillas, indiferente a todo lo demás, mientras el resto de los *dholes* en fuga estaban siendo atrapados y derribados por las inmisericordes *lahinis*. Poco a poco, se fueron apagando los gritos y los lobos regresaron cojeando al enfriárseles las heridas para hacer un recuento de sus pérdidas. Quince miembros de la Manada, además de media docena de *lahinis*, yacían muertos junto al río, y de los demás no había ni uno solo que hubiera salido sin un rasguño. Mowgli estuvo sentado todo el tiempo, hasta la llegada del frío amanecer, momento en el que el hocico húmedo y enrojecido de Phao se apoyó en su mano, ante lo que Mowgli se apartó para mostrar el cuerpo enjuto de Akela.

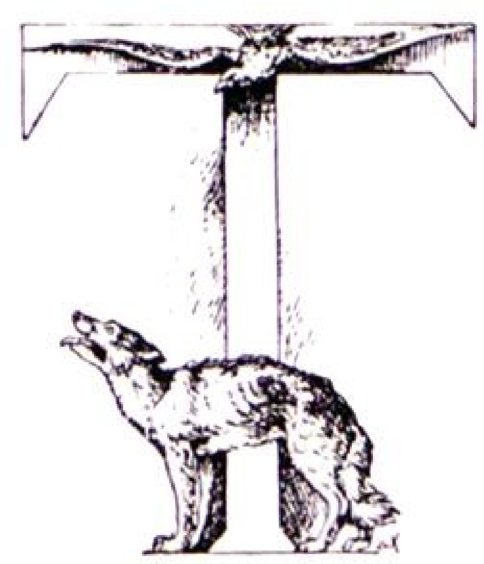
—¡Buena caza! —dijo Phao, como si Akela aún siguiera vivo, para después, dirigiéndose a los demás por encima de su hombro lleno de dentelladas, gritar—: ¡Aullad perros! ¡Esta noche ha muerto un lobo!

Pero de toda la Manada de doscientos *dholes* en pie de guerra, los mismos que alardeaban de que todas las Selvas eran su Selva y de que no había

ninguna criatura viva que pudiera plantarles cara, ni uno solo regresó al Dekkan para llevar la noticia.

(Esta es la canción que entonó Chil cuando los milanos caían en picado, uno detrás de otro, sobre el cauce del río, al acabar el gran combate. Chil hace migas con todo el mundo, pero es una criatura de corazón frío, porque sabe que casi todos los habitantes de la Selva acaban por acudir ante él tarde o temprano).

La canción de Chil



ODOS eran mis camaradas,
que en medio de la noche avanzaban…
(¡A Chil! ¡Buscan a Chil!).
Ahora vengo yo con silbidos
a indicarles que la lucha se terminaba
(¡Chil! ¡Son las vanguardias de Chil!).
Hacia arriba me llevaron nuevas
de presas que acaban de matar,
y yo se las llevé hacia abajo
de los gamos que en el valle se pueden cazar.
Aquí acaban todos los rastros…,
¡no volverán a hablar!

Los que veloces siguieron las huellas…,

los que lanzan la llamada a la caza…
(¡A Chil! ¡Buscan a Chil!).
Los que le pidieron al sambhur *que se diera la vuelta,*
o los que lo derriban según pasa…
(¡Chil! ¡Son las vanguardias de Chil!).
Los que se demoraban tras la caza,
los que por delante corrían.
Los que rehuían los cuernos dispuestos,
los que a todos oprimían…
He aquí el final de todos los rastros,
ésos ya no correrán otro día.

Estos fueron mis camaradas.
¡Es triste que murieran!
(¡A Chil! ¡Buscan a Chil!).
Ahora vengo yo a consolarlos,
a los que en todo su orgullo los conocieran.
(¡Chil! ¡Son las vanguardias de Chil!).
Boca abierta y ensangrentada,
ojos hundidos y flanco desgarrado.
Los muertos sobre sus muertos,
inmóviles yacen: solos y desmadejados.
He aquí el final de todos los rastros,
y aquí se alimentan mis invitados.



Escapadas primaverales

¡El hombre vuelve al hombre! ¡Resuena el desafío por la Selva!
Quien fuera nuestro hermano no ha de volver.
Escuchad, pues, y juzgad, Pueblo de la Selva…
Contestad: ¿quién lo convencerá…, quién lo podrá detener?
¡El hombre vuelve al hombre! Ahora está sollozando en la Selva;
¡quien fuera nuestro hermano llora su partir!
¡El hombre vuelve al hombre! (¡Cómo lo amábamos en la Selva!).
Penetra en la senda del hombre, a donde ya no le podremos seguir.





RANSCURRIDOS dos años desde la gran batalla contra los perros rojos y la muerte de Akela, Mowgli tenía unos diecisiete años. Parecía mayor, ya que el ejercicio duro, la mejor de las alimentaciones y los baños cuando sentía el más mínimo calor o suciedad, le habían proporcionado unas fuerzas y una estatura muy por encima de las propias de su edad. Era capaz de estar colgado con una sola mano de la rama más alta durante media hora seguida cuando tenía ocasión de darse una vuelta por los caminos de los árboles. Podía detener a un gamo joven a medio galope y derribarlo de lado agarrándolo por la cabeza. Era capaz, incluso, de darles la vuelta en el aire a los grandes y azulados jabalíes que vivían en los pantanos del norte. Los habitantes de la Selva, que antes le temían por su inteligencia, ahora le tenían miedo por su fuerza, y cuando deambulaba silenciosamente, ocupado en sus propios asuntos, el mero susurro de su llegada vaciaba los senderos del bosque. Pero, sin embargo, tenía una mirada siempre amable. Incluso cuando luchaba, nunca se le encendían los ojos, como si le sucedía a Bagheera. Lo único que reflejaba su mirada en esos casos era un interés y una emoción cada vez mayores; lo que era una de las cosas que ni la misma Bagheera lograba comprender.

Una vez le hizo una pregunta a Mowgli sobre la cuestión y el muchacho se rió y dijo:

—Cuando yerro en la caza me enfado. Cuando paso dos días sin comer me pongo muy furioso. ¿Acaso no habla mi mirada entonces?

—La boca está hambrienta —dijo Bagheera—, pero la mirada calla. Cazar, comer o nadar, todo es uno…, igual que una piedra cuando llueve o durante una sequía.

Mowgli le miró perezosamente desde debajo de aquellas largas pestañas suyas y, como de costumbre, la cabeza de la pantera acabó inclinándose. Bagheera sabía quién era el amo.

Estaban tumbados casi en la cima de una ladera que daba al Waingunga y las nieblas de la mañana estaban suspendidas debajo de ellos formando franjas de blanco y verde. Al ir ascendiendo el sol, todo se tornó en un mar burbujeante de oro rojizo, que a su vez se agitó y desapareció, para permitir que los rayos más bajos marcaran sus trayectorias en la hierba seca sobre la que reposaban Bagheera y Mowgli. La estación fría estaba tocando a su fin, las hojas y los árboles tenían un aspecto gastado y desvaído, y en todos los lugares por los que soplaba el viento se oía un rumor seco y crujiente. Una hoja pequeña golpeteaba repetidamente y con furia contra una ramita, tal como tienen por costumbre hacer las hojas aisladas de las que se apodera una corriente de aire. El ruido hizo levantarse a Bagheera, que olfateó el aire de la mañana con un estornudo profundo y hueco, se tiró de espaldas y se puso a amagar zarpazos con las patas delanteras en dirección a la hoja que cabeceaba encima de él.

—El año se acaba —dijo—. La Selva avanza. Se acerca la época de la Nueva Lengua. Esa hoja lo sabe. Todo está bien.

—La hierba está seca —respondió Mowgli, arrancando una mata—. Incluso el ojo de la primavera —se trata de una flor con forma de trompeta y un color rojo cremoso que crece entre la hierba—, incluso el ojo de la primavera está cerrado y… Bagheera, ¿está bien que una pantera se tumbe de espaldas y golpee el aire con sus zarpas como si fuera un gato montes?

—*¿Aowh?* —dijo Bagheera, que parecía estar pensando en otra cosa.

—Pregunto si está bien que una pantera negra abra la boca, estornude, aúlle y se revuelque así. Recuerda que somos los amos de la Selva, tú y yo.

—Sí, por supuesto; te estoy escuchando, Cachorro de Hombre.

Bagheera se apresuró a dar una voltereta quedándose sentada muy erguida, con los flancos pelados llenos de polvo. (Estaba acabando de desembarazarse de su abrigo de invierno).

—¡Ciertamente somos los Amos de la Selva! ¿Quién es tan fuerte como Mowgli? ¿Quién puede compararse a su sabiduría?

La voz tenía un tono ligeramente gangoso que hizo que Mowgli se diera la vuelta para ver si por casualidad la pantera negra no se estaría burlando de él, pues la Selva está llena de palabras que suenan de una manera, pero significan algo completamente distinto.

—He dicho que, sin ningún género de dudas, somos los Amos de la Selva —repitió Bagheera—. ¿He dicho mal? No sabía que el Cachorro de Hombre ya no estaba tendido en el suelo. ¿Es que ahora vuela?

Mowgli se sentó con los codos sobre las rodillas, enfocando la mirada más allá del valle, hacia la luz. Desde algún punto de los árboles que tenían debajo, un pájaro ensayaba repetidamente, con una voz ronca y aflautada, las primeras notas de su canción primaveral. No era sino un pobre eco de la densa y atronadora llamada que desparramaría más adelante, pero Bagheera le oyó.

—Ya decía yo que se acercaba la época de la Nueva Lengua —gruñó la pantera, agitando la cola.

—Lo he oído —respondió Mowgli—. Bagheera, ¿por qué te estremeces de punta a rabo? El sol calienta.

—Ese es Ferao, el pájaro carpintero escarlata —dijo Bagheera—. *Él* no se ha olvidado. Ahora yo también debo recordar mi canción.

Y comenzó a ronronear y a canturrear para sí, recomenzando insatisfecha desde el principio una y otra vez.

—No hay caza a la vista —dijo Mowgli.

—Hermanito, ¿es que tienes los dos oídos tapados? Éstas no son palabras de muerte, sino mi canción, que preparo para cuando me haga falta.

—Se me había olvidado. Sabré que ha llegado la época de la Nueva Lengua cuando tú y los demás salgáis corriendo y me dejéis solo —Mowgli dijo aquello con un tono bastante feroz.

—Pero, en realidad, Hermanito —comenzó a decir Bagheera—, no siempre…

—Pues yo digo que sí que lo hacéis —afirmó Mowgli, señalándole brusca y furiosamente con el dedo—. *Sí* que salís corriendo, y yo, que soy el Amo de la Selva, tengo que caminar sólo a la fuerza. ¿Qué pasó en la pasada estación, cuando yo quería recoger caña de azúcar de los campos de una Manada de Hombres? Le envié un mensajero corriendo, ¡te envié a ti!, a Hathi, pidiéndole que acudiera aquella misma noche y arrancara con la trompa esa planta dulce para mí.

—Sólo tardó dos noches en llegar —dijo Bagheera, un poco acobardada —, y de esa planta dulce y alargada que te gusta recogió más de lo que ningún cachorro de hombre podría comer en todas las noches de Lluvias. Yo no tuve la culpa.

—No vino la noche en que le mandé el aviso. No; estaba trompeteando, corriendo y rugiendo a la luz de la luna por todos los prados. El rastro que dejaba era como el de tres elefantes juntos, porque se negaba a esconderse

entre los árboles. Estuvo bailando a la luz de la luna frente a las casas de la Manada de Hombres. Yo lo vi y, sin embargo, no quiso presentarse ante mí; ¡y *yo* soy el Amo de la Selva!

—Era la época de la Nueva Lengua —dijo la pantera, hablando siempre con mucha humildad—. A lo mejor, Hermanito, ¿no sería que esa vez no lo llamaste con una Palabra Clave? ¡Escucha a Ferao y alégrate!

El mal humor de Mowgli pareció desvanecerse. Se volvió a tumbar, con la cabeza apoyada sobre los brazos y los ojos cerrados.

—Ni lo sé… ni me importa —dijo con voz somnolienta—. Durmamos, Bagheera. Tengo el estómago pesado. Hazme de respaldo para la cabeza.

La pantera se tendió de nuevo lanzando un suspiro, porque podía oír a Ferao practicando una y otra vez su canción ante la llegada de la Primavera de la Nueva Lengua, como se la suele llamar.

En una selva india las estaciones se deslizan pasando de unas a otras casi sin solución de continuidad. Parece como si sólo hubiera dos: la húmeda y la seca; pero si uno se fija mucho, bajo las lluvias torrenciales y entre las nubes de polvo y carbonilla puede descubrir a las cuatro dando vueltas en su ciclo periódico. La primavera es la más maravillosa porque no tiene que cubrir un prado limpio y desnudo con nuevas hojas y flores, sino que ha de llevarse por delante y hacer desaparecer el barullo que ha sobrevivido más de la cuenta formado por cosas medio verdes que el suave invierno ha tolerado y, así, hacer que la tierra yerma pero aun medio vestida se sienta nueva y joven una vez más. Y es algo que hace tan bien que no hay primavera en el mundo entero como la primavera de la Selva.

Un buen día, todo está fatigado y los mismísimos olores que flotan a la deriva en el aire denso se perciben viejos y gastados. No es posible explicarlo, pero es así como se siente. Luego, llega otro día —no hay nada que haya cambiado lo más mínimo a la vista— en que todos los olores son nuevos y deliciosos, y los bigotes de todos los habitantes de la Selva se estremecen hasta la raíz, mientras el abrigo de invierno se les cae de los costados formando tiras alargadas y sucias. Luego, tal vez, cae un poco de lluvia y todos los árboles, los bambúes, la hiedra y las plantas con hojas llenas de savia se despiertan con un ruido de estar creciendo que casi es posible oír, y bajo este ruido hay un zumbido profundo que fluye día y noche. *Ése* es el sonido de la primavera: un tamborileo vibrante que no producen ni las abejas, ni el agua que cae, ni el viento entre las copas de los árboles, sino que es el ronroneo de un mundo cálido y feliz.

Hasta aquel año, Mowgli siempre había disfrutado del cambio de estaciones. Normalmente era él quien veía el primer ojo de la primavera profundamente escondido entre la hierba, así como el primer banco de nubes primaverales, que son absolutamente distintas de todo lo que hay en la Selva. Se podía oír su voz en todo tipo de lugares húmedos y florecientes bajo la luz de las estrellas, ayudando a las grandes ranas a cantar sus estribillos o remedando a los pequeños búhos que ululan boca abajo durante las noches sin sueño. Al igual que el resto de su pueblo, la primavera era la estación que dedicaba a sus escapadas: moviéndose, por el puro placer de correr a través del aire cálido, treinta, cuarenta o cincuenta millas entre el anochecer y la aparición de la estrella de la mañana, para regresar después jadeando y riéndose cubierto de guirnaldas de flores raras. Los Cuatro no le seguían en aquellas alocadas correrías por la Selva, sino que se iban a entonar canciones con otros lobos. Los habitantes de la Selva están muy ocupados en primavera y Mowgli los podía oír gruñendo, chillando o silbando, según la costumbre de cada cual. La voz de cada uno es entonces distinta de la que tiene en otra época del año y por eso la primavera de la Selva recibe el nombre de época de la Nueva Lengua.

Pero aquella primavera, como le dijo él mismo a Bagheera, tenía el estómago trastornado. Desde que los brotes de bambú se habían cubierto de puntitos marrones, había estado deseando la llegada del momento en que habrían de cambiar los olores. Pero cuando llegó la mañana y Mor, el pavo real, con su brillante plumaje de tonos broncíneos, azules y dorados, lo proclamó en voz alta por toda la arboleda cubierta con la neblina y Mowgli abrió la boca para hacerse eco de la llamada, las palabras se le atragantaron en la garganta y se apoderó de él una sensación que le recorrió el cuerpo desde la punta de los pies hasta la cabeza…, una sensación de tristeza pura, tanta que se examinó para asegurarse de que no había pisado una espina. Mor proclamó los aromas nuevos, el resto de los pájaros se hicieron eco, y desde las rocas del Waingunga oyó el chillido ronco de Bagheera…, un grito que estaba a medio camino entre el chillido de un águila y el relincho de un caballo. Sonó luego el griterío y correteo de los Bandar-log desde las ramas más altas, que estaban en pleno florecimiento; y allí estaba Mowgli, en pie, el pecho, hinchado para contestar a Mor, hundiéndose ahora con pequeñas exhalaciones que iba despidiendo al aire a causa de su tristeza.

Miró fijamente a su alrededor, pero no se veía más que a los burlones Bandar-log, afanándose entre los árboles, y a Mor, que tenía la cola desplegada en todo su esplendor mientras bailaba en las laderas inferiores.

—Los olores han cambiado —chillaba Mor—. ¡Buena caza, Hermanito! ¿No me das tu respuesta?

—¡Hermanito, buena caza! —silbaron Chil, el milano, y su pareja, que se arrojaban juntos en picado.

Y pasaron rozando tan cerca de la nariz de Mowgli que se les desprendió un trocito de pluma blanca y suave.

Una lluvia ligera y primaveral —la lluvia de los elefantes, como la llaman— atravesó la Selva formando un círculo de media milla de anchura, humedeciendo las hojas y dejándolas cabeceando, para morir en un arco iris doble con un ligero retumbar de truenos. El zumbido primaveral brotó durante unos segundos y se apagó, pero todos los habitantes de la Selva parecían estar gritando a la vez. Todos salvo Mowgli.

«He comido buena comida —se dijo a sí mismo—. He bebido agua buena. Ni siquiera me quema ni se me encoge la garganta como me pasó cuando mordí la raíz con puntos azules que Oo, la tortuga, decía que era comida limpia. Pero tengo el estómago pesado y les he hablado con muy malas palabras a Bagheera y al resto: habitantes de la Selva y mi pueblo. Ahora, además, tan pronto estoy caliente como frío, o, de repente, ni caliente ni frío, sino furioso contra algo que no puedo ver. *¡Huhu!* ¡Es hora de hacer una escapada! Esta noche atravesaré los prados; sí, haré una correría primaveral hasta los pantanos del norte y vuelta. La caza ha sido demasiado fácil durante demasiado tiempo. Los Cuatro vendrán conmigo, porque se están haciendo gordos como gusanos blancos».

Los llamó, pero ni uno sólo de los Cuatro le respondió. Estaban demasiado lejos para oírle, entonando una y otra vez las canciones de la primavera —la Canción de la Luna y la del *Sambhur*— con los lobos de la Manada, porque durante la primavera los habitantes de la Selva no hacen casi distinción entre el día y la noche. Lanzó la nota aguda parecida a un ladrido, pero su única respuesta fue el burlón «*¡miau!*» de un pequeño gato montés punteado que iba de rama en rama en busca de nidos de pájaros. Ante aquello se estremeció de rabia y medio sacó el cuchillo. Luego adoptó un aire muy digno, aunque no había nadie que le mirara, y bajó pomposamente por la ladera, la barbilla alta y las cejas caídas. Pero ni uno sólo de los de su pueblo le hicieron ninguna pregunta, porque todos estaban demasiado ocupados en sus propios asuntos.

«Sí —se dijo Mowgli, aunque en su interior sabía que no tenía razón—. Que venga el rojo *dhole* del Dekkan, o que la Flor Roja baile entre los bambúes; entonces la Selva entera acude gimiendo en busca de Mowgli,

llamándolo con grandes nombres de elefante. Pero ahora, porque el ojo de la primavera está rojo y a Mor en verdad le ha dado por enseñar las piernas desnudas en una danza primaveral, la Selva entera se vuelve igual de loca que Tabaqui… ¡Por el toro que me compró! ¿Soy o no soy el amo de la Selva?».

—¡Callaos! ¿Qué hacéis aquí?

Un par de lobos jóvenes de la Manada corrían a medio galope por un sendero, buscando un claro en el que poder pelear. (Recordaréis que la Ley de la Selva prohíbe las luchas donde la Manada pueda verlas). Tenían los pelos de la nuca tan tiesos como alambres y aullaban ferozmente agachándose con la intención de ser los primeros en morder. Mowgli saltó hacia delante, agarró ambos cuellos extendidos, uno en cada mano, esperando lanzar a las dos criaturas hacia atrás, como había hecho a menudo en juegos durante las cacerías de la Manada. Pero ésta era la primera vez que intervenía en una pelea de primavera. Ambos saltaron hacia delante y lo arrojaron a un lado y, sin desperdiciar ni una palabra, rodaron muchas veces fuertemente enganchados.

Mowgli estuvo de nuevo en pie casi antes de haberse caído, con el cuchillo y los blancos dientes desnudos, y en ese momento hubiese matado a los dos por la sencilla razón de que estaban peleándose cuando él quería que se estuvieran quietos, aunque todos los lobos tienen pleno derecho a pelearse según la Ley. Bailó alrededor de ambos con los hombros bajos y la mano temblorosa, listo para lanzar una doble cuchillada en cuanto pasara la confusión inicial de la reyerta; pero mientras esperaba, las fuerzas parecieron abandonar sus miembros, la punta del cuchillo descendió y envainó el arma limitándose a observar.

«Tengo que haber comido veneno —se dijo finalmente con un suspiro—. Desde que disolví el Consejo con la Flor Roja (desde que maté a Shere Khan) no había ninguno en la Manada que me pudiera apartar de un empujón. ¡Y éstos no son más que los últimos lobos de la Manada, pequeños cazadores! Me han abandonado las fuerzas y moriré dentro de poco. ¡Ah, Mowgli!, ¿por qué no los matas a los dos?».

La lucha continuó hasta que uno de los lobos huyó corriendo, con lo que Mowgli se quedó solo sobre la tierra removida y ensangrentada, con la mirada fija tan pronto en su cuchillo como en sus propias piernas y brazos, mientras la sensación de tristeza que no había experimentado nunca antes lo cubría como el agua cubre un tronco.

Aquella noche cazó a primera hora, pero comió frugalmente con el propósito de estar en buena forma para su escapada primaveral; y comió solo

porque todos los habitantes de la Selva estaban lejos cantando o peleándose. Era una noche blanca perfecta, que es como las llaman ellos. Todas las plantas verdes parecían haber crecido lo que en un mes desde aquella mañana. La rama cubierta de hojas amarillentas el día anterior goteaba savia cuando Mowgli la quebró. El musgo se le acurrucaba, cálido y denso, alrededor de los pies; la hierba joven carecía de bordes cortantes y todas las voces de la Selva retumbaban igual que si la luna hubiera tocado una de las cuerdas graves de un arpa… La Luna de la Nueva Lengua, que lanzaba toda su luz sobre las rocas y las lagunas, que la hacía pasar entre el tronco y la enredadera, y que la filtraba a través de un millón de hojas. Olvidándose de su tristeza, Mowgli cantó en voz alta de puro placer cuando se puso en camino. Era casi como si volara, porque había elegido la larga ladera descendente que lleva a los pantanos del norte atravesando el corazón de la Selva principal, donde la tierra blanda amortiguaba el eco de sus pasos. Un hombre educado por otros hombres hubiera caminado entre continuos tropiezos y caídas debido a la engañosa luz de la luna, pero los músculos de Mowgli, adiestrados por muchos años de experiencia, lo conducían tan erguido como si fuera una pluma. Cuando un tronco podrido o una piedra brotaban bajo sus pies, conseguía salvarlos sin cambiar el paso y sin esfuerzo ni pensamiento siquiera. Cuando se cansó de ir por tierra, levantó las manos al estilo de los monos alcanzando la enredadera más próxima, y pareció subir flotando más que escalar hacia las finas ramas, desde las cuales continuaba por los caminos de los árboles hasta que se aburría y se lanzaba al suelo en picado, trazando una larga curva, como la que tienen las hojas de los árboles. Había trozos de tierra cálida rodeados de rocas húmedas en los que casi no podía respirar a causa de los densos aromas de las flores nocturnas y de los capullos que florecían en las enredaderas; se topaba también con oscuras avenidas en las que la luz de la luna se aposentaba formando unos círculos tan regulares como los mármoles a cuadros del pasillo de una iglesia; o bosquecillos en los que los brotes recientes y húmedos le llegaban hasta el pecho y le rodeaban la cintura con sus brazos; y cumbres de colinas coronadas de piedras esparcidas, en las que iba saltando de piedra en piedra, pasando por encima de las madrigueras de pequeños zorros asustados. De repente oía, muy débil y lejano, el *chag-drag* que hacía un jabalí afilándose los colmillos en un tronco, y luego se topaba con aquel enorme animal gris, completamente solo, que seguía garabateando y rasgando la corteza de un árbol alto, cayéndosele la saliva blanquecina de la boca y con los ojos brillando como si tuvieran fuego en el interior. O, si no, se desviaba bruscamente al percibir el ruido de unos

cuernos entrechocando y unos gruñidos silbantes, para pasar a toda velocidad al lado de un par de *sambhurs* furiosos que se empujaban de aquí para allá con las cabezas gachas y cubiertos de una sangre que parecía oscura a la luz de la luna. O, al pasar junto a un vado de aguas rápidas, oía los bramidos como de toro de Jacala, el cocodrilo, o bien desbarataba una pareja entrelazada de las del Pueblo Venenoso, pero antes de que pudieran picarle estaba ya lejos, corriendo por los brillantes guijarros, en el corazón de la Selva de nuevo.

Y así iba corriendo, ya entre gritos, ya canturreando para sí, la criatura más feliz de la Selva aquella noche, hasta que el olor de las flores le advirtió de que estaba cerca de los pantanos, que a su vez estaban mucho más allá de los más lejanos confines de sus territorios de caza.

Ahora, de nuevo, un hombre educado entre los hombres se hubiera caído de bruces hundiéndose en tres zancadas, pero los pies de Mowgli tenían ojos, y éstos le permitían pasar de mata de hierba en mata de hierba y de arbusto en tembloroso arbusto sin pedirles ayuda a los ojos de la cabeza. Siguió corriendo hasta llegar al centro del pantano, espantando a los patos en su carrera, y se sentó sobre un tronco cubierto de musgo que estaba parcialmente sumergido en las negras aguas. El pantano estaba vivo a su alrededor, pues durante la primavera los pueblos de los pájaros duermen muy ligero y había bandadas enteras que volaban de un lado a otro durante toda la noche. Pero nadie le hizo el menor caso a Mowgli, que estaba sentado entre los altos juncos canturreando canciones sin letra mientras se examinaba la planta de aquellos pies duros y morenos por si acaso tenía alguna espina que se le hubiera pasado por alto.

Toda la tristeza parecía haberse quedado atrás, en su propia selva, y acababa de comenzar una melodía a todo pulmón cuando la sensación le invadió de nuevo… diez veces peor que antes.

Esta vez Mowgli se asustó:

—Está también aquí —dijo, casi en voz alta—. Me ha seguido —y miró por encima del hombro para ver si ese Algo se encontraba a su espalda—. Aquí no hay nadie.

Los ruidos nocturnos del pantano seguían sonando, pero ningún pájaro ni animal se dirigió a él, y la nueva sensación de pesadumbre creció más aún.

—No hay duda de que he comido veneno —dijo con una voz dominada por el pánico—. Debo de haber comido veneno en un descuido y me están abandonando las fuerzas. Tuve miedo…, pero no era yo quien tenía miedo… Mowgli tuvo miedo cuando los dos lobos se pelearon. Akela, o incluso Phao,

les hubiera hecho callar; y, sin embargo, Mowgli tuvo miedo. Eso es señal indudable de que he comido veneno… Pero ¿qué les importa a los de la Selva? Cantan, y aúllan, y pelean, y corren en grupos bajo la luna, mientras yo… *¡Hai-mai!…*, yo me muero en los pantanos a causa del veneno que he comido. —Se daba tanta pena de sí mismo que casi se echó a llorar—. Y luego —siguió diciendo—, me encontrarán tendido en el agua negra. No: volveré a mi propia Selva y moriré sobre la Roca del Consejo, y Bagheera, a la que quiero, si es que no está chillando en el valle… Bagheera, tal vez, se quede vigilando un tiempo junto a mis restos, para evitar que Chil haga de mí el mismo uso que hizo de Akela.

Una lágrima caliente le cayó sobre la rodilla y, de tan desgraciado como se sentía, Mowgli se alegró de sentirse tan desgraciado, aunque no sé si entenderéis esa especie de alegría a la inversa.

—El mismo uso que Chil, el milano, hizo de Akela —repitió— la noche en que salvé de los perros rojos a la Manada.

Entonces, se quedó callado un tiempo, pensando en las últimas palabras que pronunció el Lobo Solitario, que, por supuesto, recordaréis.

—En fin, Akela me dijo muchas tonterías antes de morir, porque cuando uno se muere se le trastorna el estómago. Dijo que… ¡Pero a pesar de todo, yo *pertenezco* a la Selva!

Llevado por la emoción al recordar la lucha en la orilla del Waingunga, gritó las últimas palabras con voz potente, y una hembra de búfalo salvaje que descansaba entre los juncos se irguió sobre las rodillas y con un bufido exclamó: «¡Un hombre!».

—*¡Uhh!* —mugió Mysa, el búfalo salvaje (Mowgli lo pudo oír cambiar de postura entre el barro)—, eso no es un hombre. No es más que el lobo sin pelo de la Manada de Seeonee. En las noches como ésta se dedica a corretear de un lado a otro.

—*¡Uhh!* —mugió la hembra, dejando caer la cabeza de nuevo para seguir pastando—, creía que era un hombre.

—Ya te he dicho que no. Eh, Mowgli, ¿hay algún peligro? —mugió Mysa.

—Eh, Mowgli, ¿hay algún peligro? —le remedó burlón el muchacho—. Eso es lo único que le preocupa a Mysa: ¿hay peligro? Pero de Mowgli, que recorre toda la Selva por la noche vigilando…, no se preocupa nadie.

—¡Qué fuerte grita! —dijo la hembra.

—Así es como gritan —contestó Mysa con desdén— los que después de haber arrancado la hierba no saben cómo comérsela.

«Por mucho menos —gimió Mowgli para sí—, por mucho menos, en las Lluvias pasadas, sin ir más lejos, saqué a Mysa de su baño de barro a fuerza de pinchazos y lo monté por todo el pantano con un ronzal hecho de juncos».

Alargó una mano para romper una de las plumosas cañas, pero la retiró con un suspiro. Mysa continuó rumiando tranquilamente y se oyó el ruido que producía la hierba al desgarrarse donde pastaba la hembra.

«No voy a morir aquí —se dijo con enfado—. Mysa, que es uña y carne con Jacala y el jabalí, me vería. Vayamos más allá del pantano para ver qué sucede. Nunca había hecho una escapada primaveral como ésta… caliente y fría al mismo tiempo. ¡Arriba, Mowgli!».

—Confiesa ahora que el lobo sin pelo de la Manada de Seeonee te domesticó en otro tiempo, Mysa —gritó.

—¡Lobo! *¿Tú?* —dijo el macho con un bufido, mientras pataleaba en el barro—. Toda la Selva sabe que fuiste pastor de ganado domesticado…, un mocoso humano igual que el que ahora grita entre el polvo en los campos cultivados de allá delante. ¡*Tú* pertenecer a la Selva! ¿Qué cazador se hubiera arrastrado como una serpiente entre las sanguijuelas y, sólo por una sucia burla (por una burla de chacal), avergonzarme delante de mi hembra? Ven a tierra firme y te… y te… —Mysa empezó a echar espumarajos por la boca, pues tiene casi el peor genio de toda la Selva.

Mowgli le observó resoplar y jadear con una mirada imperturbable. Cuando pudo alzar la voz por encima del chapoteo del barro dijo:

—¿Qué Manada de Hombres es la que tiene su madriguera junto a los pantanos, Mysa? Esta parte de la Selva es nueva para mí.

—Dirígete hacia el norte, entonces —rugió el búfalo con gran enfado, pues Mowgli acababa de pincharle bastante fuerte—. Ha sido una burla digna de un pastor de vacas desnudo. Vete y cuéntalo en la aldea que está al borde del pantano.

—A la Manada de los Hombres no les gustan las historias de la Selva, ni me parece tampoco, Mysa, que un arañazo más o menos en tu piel sea un asunto que merezca tratarse en un consejo. Pero iré a echarle una ojeada a esa aldea. Sí, lo haré. Y tómatelo con calma. No todas las noches viene el Amo de la Selva a domesticarte.

Avanzó hacia el terreno tembloroso de los bordes del pantano, totalmente consciente de que a Mysa no se le ocurriría nunca embestir por él, y se fue riendo a carcajadas según iba corriendo al pensar en el enfado del búfalo.

—No me han abandonado las fuerzas del todo —dijo—. Tal vez, el veneno no haya llegado al hueso. Hay una estrella muy baja ahí delante —y

hacia allá dirigió la mirada por un agujero que se hizo entre las manos—. ¡Por el toro que me compró, es la Flor Roja!… ¡La Flor Roja ante la que estuve tendido antes… antes incluso de entrar en la Manada de Seeonee! Ya que la he visto, llevaré la carrera hasta el final.

El pantano acababa en una ancha llanura sobre la que parpadeaba una luz. Hacía mucho que Mowgli no se interesaba por las actividades de los hombres, pero aquella noche lo atrajo el resplandor de la Flor Roja.

—Los observaré —dijo—, igual que lo hice en los viejos tiempos, y veré si la Manada de los Hombres ha cambiado en algo.

Olvidándose de que ya no estaba en su propia Selva, donde podía hacer lo que quisiera, avanzó descuidadamente a través de la larga hierba cargada de rocío, hasta llegar ante la choza de la que salía la luz. Empezaron a ladrar tres o cuatro perros, pues estaba en las afueras de la aldea.

—¡Bah! —exclamó Mowgli, sentándose sin hacer ruido tras haber lanzado un profundo gruñido de lobo que silenció a aquellos perros sarnosos —. Lo que haya de ser, será. Mowgli, ¿qué tienes tú ya que ver con las madrigueras de la Manada de los Hombres?

Y se frotó la boca, recordando el lugar en que le había alcanzado una piedra años atrás, cuando la otra Manada de los Hombres lo arrojó de su seno.

Se abrió la puerta de la choza y por ella apareció una mujer que escrutaba la oscuridad. Un niño empezó a llorar y la mujer dijo por encima del hombro:

—Duerme. No era más que un chacal que ha despertado a los perros. La mañana llegará dentro de poco.

Mowgli empezó a estremecerse sobre la hierba como si tuviese fiebre. Conocía bien aquella voz, pero para asegurarse dijo con voz suave, sorprendido de cómo recuperaba el idioma de los hombres:

—¡Messua!, ¡eh, Messua!

—¿Quién me llama? —dijo la mujer, con un temblor en la voz.

—¿Te has olvidado? —dijo Mowgli, que tenía la garganta seca.

—Si eres *tú*, ¿qué nombre te puse? ¡Dímelo!

Había entornado la puerta y tenía la mano sobre el pecho.

—¡Nathoo! ¡Sí, Nathoo! —dijo Mowgli.

Pues, si os acordáis, ése era el nombre que Messua le puso cuando acudió por primera vez a la Manada de los Hombres.

—Ven, hijo mío —dijo ella.

Y Mowgli se adelantó mostrándose bajo la luz, a plena vista de Messua, la mujer que había sido buena con él y cuya vida él había salvado de las garras de la Manada de los Hombres hacía ya tanto tiempo. Había envejecido y tenía

el pelo gris, pero la mirada y la voz seguían siendo las mismas. A la manera de las mujeres, había esperado encontrar a Mowgli igual que cuando lo dejó, y su mirada se movió confusa hacia arriba, del pecho a la cabeza del joven, dado que ésta tocaba la parte de arriba del marco de la puerta.

—Hijo mío —dijo con voz balbuciente; y luego, arrojándose a sus pies, continuó diciendo—: Pero ya no es mi hijo. ¡Es un dios de la Selva! ¡Ay!

Tal como aparecía bajo la luz rojiza del candil de aceite: fuerte, alto y hermoso, con el largo pelo negro cubriéndole los hombros, el cuchillo colgándole del cuello y la cabeza coronada con una guirnalda de jazmines silvestres, se le podía confundir fácilmente con un dios salvaje salido de una de las leyendas de la Selva. El niño, que estaba adormilado en su cuna, se irguió bruscamente y chilló muy fuerte, dominado por el terror. Messua se dio la vuelta para tranquilizarlo, mientras Mowgli se quedó quieto, de pie, la mirada dirigida hacia los jarros de agua y las ollas, el bidón donde se guarda el grano y todas las demás pertenencias del hombre que, según descubrió, recordaba tan bien.

—¿Quieres comer o beber algo? —murmuro Messua—. Todo esto es tuyo. Te debemos la vida. Pero ¿eres realmente aquel a quien yo llamé Nathoo o un dios?

—Soy Nathoo —dijo Mowgli—. Estoy muy lejos de mi propio hogar. Vi la luz y me acerqué, no sabía que estuvieras aquí.

—Después de llegar de Khanhiwara —dijo Messua con timidez—, los ingleses nos iban a ayudar contra los aldeanos que querían quemarnos. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto, no se me ha olvidado.

—Pero cuando la ley de los ingleses estuvo lista para entrar en acción, fuimos hasta la aldea de aquella gente malvada y ya no existía.

—También me acuerdo de eso —dijo Mowgli con un temblor de las aletas de la nariz.

—Mi marido, por lo tanto, se contrató como ayudante en los campos y, finalmente, ya que sin duda era un hombre fuerte, pudimos comprar unas pocas tierras aquí, no es tan rica como la antigua aldea, pero nuestras necesidades son pequeñas…, las de nosotros dos.

—¿Dónde está… el hombre que hizo un hoyo en la tierra cuando tuvo miedo aquella noche?

—Está muerto… desde hace un año.

—¿Y él? —Mowgli señaló con el dedo hacia el niño.

—Es mi hijo, que nació hace dos Lluvias. Si eres un dios, concédele el Favor de la Selva para que pueda estar a salvo entre… entre tu pueblo, igual que nosotros estuvimos a salvo aquella noche.

Levantó al niño, que, olvidándose de su miedo, extendió las manos para juguetear con el cuchillo que colgaba sobre el pecho de Mowgli, el cual le apartó los dedos con sumo cuidado.

—Y si eres Nathoo, el que se llevó el tigre —dijo Messua atragantándose—, entonces, éste es tu hermano pequeño. Dale tu bendición de hermano mayor.

—*¡Hai-mai!* ¿Qué sé yo de eso que llamas una bendición? No soy ni un dios ni su hermano, y… ¡Ah!, madre, madre, me pesa el corazón.

Y se echó a temblar al tiempo que depositaba al niño sobre su cuna.

—No me extraña —dijo Messua, afanándose con las ollas—. Eso te pasa por corretear por los pantanos de noche. No hay duda de que la fiebre te ha llegado hasta la médula.

Mowgli sonrió ligeramente sólo de pensar que algo de la Selva le pudiese hacer daño.

—Haré un fuego y vas a beber leche caliente. Quítate esa guirnalda de jazmín: el olor es demasiado denso para un lugar tan pequeño.

Mowgli se sentó, murmurando, con el rostro entre las manos. Se habían apoderado de él todo tipo de sensaciones y sentimientos extraños que jamás había experimentado, exactamente igual que si estuviera envenenado, y sintió mareos y una pequeña náusea. Bebió la leche caliente a grandes tragos, mientras Messua le daba palmaditas en el hombro de vez en cuando, aún no demasiado segura de si estaba ante Nathoo, su hijo de antaño, o ante un fabuloso ser de la Selva, pero contenta de comprobar que al menos estaba hecho de carne y hueso.

—Hijo —afirmó finalmente, con los ojos rebosantes de orgullo—, ¿te han dicho alguna vez que eres el más hermoso de los hombres?

—¿Qué? —dijo Mowgli, el cual, naturalmente, jamás había escuchado nada parecido.

Messua se rió en voz baja con genuina alegría. La mirada que acababa de presenciar le bastaba.

—¿Así que soy la primera? Está bien, aunque pase pocas veces, que una madre le pueda decir a su hijo estas cosas buenas. Eres muy hermoso. Nunca había visto un hombre así.

Mowgli torció el cuello e intentó mirar por encima de su firme hombro, ante lo que Messua volvió a reírse, y se estuvo riendo tanto tiempo que

Mowgli, sin saber por qué, se vio obligado a unirse a sus risas, y el niño se puso a correr entre el uno y la otra, riéndose igualmente.

—No. No debes remedar a tu hermano —dijo Messua, cogiéndolo y llevándoselo al pecho—. Cuando seas la mitad de apuesto que él, te casaremos con la hija menor de un rey y montarás en grandes elefantes.

Mowgli era incapaz de entender ni una de cada tres palabras que se estaban diciendo en aquel momento; la leche caliente estaba empezando a producir sus efectos tras la larga carrera que se había dado, así que se acurrucó y estuvo profundamente dormido en menos de un minuto. Messua le apartó el pelo de los ojos, lo cubrió con una tela y se sintió feliz.

Siguiendo las costumbres de la Selva, durmió durante el resto de la noche y todo el día siguiente, ya que sus instintos —que jamás estaban dormidos del todo— le confirmaban que no había nada que temer. Finalmente, se despertó dando un salto ante el que se estremeció la choza entera, pues la tela que tenía sobre el rostro le había hecho soñar con trampas; y así se quedó, con la mano sobre el cuchillo y los ojos pesados por el sueño, preparado para luchar contra quien fuera.

Messua se rió y le puso la cena delante. No había más que unas pocas tortas bastas cocinadas sobre el fuego humeante, un poco de arroz y una cucharada de tamarindos amargos en conserva…, apenas lo suficiente para seguir en pie hasta que pudiese efectuar su cacería nocturna. El olor del rocío en los pantanos le daba hambre y le hacía sentirse inquieto. Quería acabar su escapada primaveral, pero el niño insistía en sentarse entre sus brazos y Messua estaba empeñada en cepillarle el largo pelo de tonos negros azulados. Y mientras lo hacía, canturreaba tontas nanas, tan pronto llamando hijo a Mowgli, como rogándole que le otorgase parte de su poder selvático al niño. La puerta de la choza estaba cerrada, pero Mowgli oyó un ruido que le era perfectamente conocido y vio cómo Messua abría la boca horrorizada cuando una enorme zarpa gris apareció por debajo de la puerta, mientras, desde fuera, Hermano Gris gimoteaba de forma ahogada y lleno de pesadumbre, expresando su ansiedad y su miedo.

—¡Márchate y espera! No quisiste venir cuando yo te llamé —dijo Mowgli en el idioma de la Selva sin siquiera volver la cabeza, ante lo que la enorme zarpa gris desapareció.

—No… no traigas a tus… a tus servidores contigo —dijo Messua—. Yo… nosotros siempre hemos vivido en paz con la Selva.

—Viene en son de paz —dijo Mowgli, levantándose—. Acuérdate de aquella noche en el camino de Khanhiwara. Había decenas de criaturas como

ésa delante y detrás de ti. Pero veo que incluso durante la primavera el Pueblo de la Selva no se olvida siempre. Madre, me marcho.

Messua se apartó humildemente… Era ciertamente un dios de la Selva, pensó; pero cuando puso la mano en la puerta, la madre que llevaba dentro le hizo echar los brazos al cuello de Mowgli una y otra vez.

—¡Vuelve! —le susurró—. Seas o no mi hijo, vuelve, porque te quiero… Fíjate; él también sufre.

El niño lloraba porque el hombre del cuchillo brillante se iba a marchar.

—Vuelve —repitió Messua—. Sea de día o de noche, esta puerta estará siempre abierta para ti.

A Mowgli la garganta se le puso tensa como si le estuvieran tirando de las cuerdas vocales y parecía que le estaban arrancando la voz cuando respondió:

—Puedes estar segura de que volveré. Y ahora —dijo, mientras apartaba la cabeza aduladora del lobo que había en el umbral—, tengo una pequeña queja que presentarte, Hermano Gris. ¿Por qué no vinisteis los Cuatro cuando os llamé, ya hace tanto tiempo?

—¿Hace tanto tiempo? No fue más que la noche pasada. Yo… nosotros cantábamos en la Selva las nuevas melodías, porque estamos en la época de la Nueva Lengua. ¿No te acordabas?

—Cierto; es cierto.

—Y tan pronto como acabamos de cantar —siguió diciendo Hermano Gris con firmeza—, me puse a seguir tu rastro. Me aparté corriendo de los demás y te seguí a todo correr. Pero, Hermanito, ¿qué has hecho?, ¿cómo es que has comido y dormido en el seno de la Manada de los Hombres?

—Si hubierais venido cuando os llamé, esto no habría sucedido nunca —dijo Mowgli, acelerando mucho el paso.

—¿Y qué va a pasar ahora? —dijo Hermano Gris.

Mowgli iba a responderle cuando apareció por uno de los senderos que salían de las afueras de la aldea una muchacha enfundada en un vestido blanco. Hermano Gris desapareció de la vista de inmediato y Mowgli se retiró silenciosamente hacia un campo de altos sembrados. Casi la podía tocar con la mano cuando los cálidos y verdes tallos se cerraron ante su rostro, desapareciendo como si fuera un fantasma. La joven lanzó un chillido, pues creyó haber visto un espíritu, y luego emitió un profundo suspiro. Mowgli separó los tallos con las manos y la observó hasta que estuvo fuera de la vista.

—Y ahora no lo sé —dijo, suspirando a su vez—. ¿*Por qué* no vinisteis cuando os llamé?

—Te seguimos a ti… sólo a ti —murmuró Hermano Gris, lamiéndole el talón a Mowgli—. Te seguimos siempre, salvo en la época de la Nueva Lengua.

—¿Y me seguiríais a la Manada de los Hombres? —susurró Mowgli.

—¿Acaso no te seguí aquella noche en que nuestra antigua Manada te arrojó de su seno? ¿Quién te despertó cuando estabas tendido en medio de los sembrados?

—Sí, pero ¿y ahora?

—¿Es que no te he seguido esta noche?

—Sí, pero ¿y la próxima vez, y la siguiente a ésa?, y quizá aún haya otra más, ¿eh, Hermano Gris?

Éste no respondió. Cuando por fin habló, gruñó para sí:

—La que es negra decía la verdad.

—¿Y qué dijo?

—El hombre siempre acabará por volver con el hombre. Raksha, nuestra madre, decía que…

—Lo mismo dijo Akela la noche de los perros rojos —murmuró Mowgli.

—Y lo mismo dice Kaa, que es la más sabia de nosotros.

—¿Y qué dices tú, Hermano Gris?

—Te arrojaron de malos modos de su seno en otra ocasión. Te llenaron la boca de cortes tirándote piedras. Mandaron a Buldeo para que te matase. Quisieron echarte dentro de la Flor Roja. Tú, y no yo, has dicho que son unos malvados y unos insensatos. Tú y no yo (yo sigo a mi propio Pueblo) fuiste el que les echaste la Selva encima. Tú y no yo fuiste el que cantó una canción contra ellos más amarga incluso que la nuestra contra el perro rojo.

—Te estoy preguntando a ti. ¿Qué dices tú?

Hablaban al tiempo que corrían. Hermano Gris continuó su medio galope durante un rato sin responderle, y luego, hablando, como quien dice, entre salto y salto, declaró:

—Cachorro de Hombre… Amo de la Selva… Hijo de Raksha, Hermano mío de camada…, aunque durante la primavera se me olvide un poco, tu rastro es mi rastro, tu caza es mi caza y tu lucha a muerte es mi lucha a muerte. Hablo en nombre de los Tres. Pero ¿qué le dirás tú a la Selva?

—Eso está bien pensado. No es bueno dejar pasar el tiempo desde que uno ve la presa hasta que la caza. Ve delante y convócalos a todos ante la Roca del Consejo, y allí les diré lo que tengo en el estómago. Aunque quizá no vengan… en la época de la Nueva Lengua es posible que se olviden de mí.

—¿Es que tú nunca te has olvidado de nada? —le dijo de sopetón Hermano Gris por encima del hombro, al tiempo que se ponía a todo galope, mientras Mowgli le seguía muy pensativo.

En cualquier otra estación del año las nuevas hubieran atraído a la Selva entera, erizándoles los pelos de la nuca a todos, pero ahora estaban ocupados cazando, luchando, matando y cantando. Ante ellos se fue presentando Hermano Gris con su grito:

—¡El Amo de la Selva vuelve con el hombre! Venid a la Roca del Consejo.

Y su Pueblo, contento y acalorado, se limitaba a contestar:

—Ya volverá con los calores del verano. Las Lluvias le harán regresar al cubil. Corre y canta con nosotros, Hermano Gris.

—Pero el Amo de la Selva vuelve con el hombre —repetía Hermano Gris.

—*¿Eee… Yoawa?* ¿Acaso la época de la Nueva Lengua es menos dulce por eso? —le contestaban.

Así que cuando Mowgli, con el corazón dolorido, ascendió por las conocidas rocas hasta el lugar a donde le habían llevado en el Consejo, descubrió que allí sólo estaban los Cuatro, Baloo —casi ciego por la edad— y la corpulenta serpiente de sangre fría, Kaa, que había dispuesto sus anillos alrededor del asiento vacío de Akela.

—¿Tu rastro acaba aquí, entonces, Hombrecillo? —le preguntó Kaa, mientras Mowgli se tiraba al suelo, con el rostro entre las manos—. Llora todo lo que tengas que llorar. Somos de una misma sangre, tú y yo… hombre y serpiente unidos.

—¿Por qué no me moriría cuando llegaron los perros rojos? —gimió el muchacho—. Me han abandonado las fuerzas y no es a causa de ningún veneno. De noche y de día oigo otros pasos en mi rastro, y cuando vuelvo la cabeza es como si alguien acabara de esconderse de mí en ese mismo instante. Voy a mirar detrás de los árboles y tampoco está ahí. Llamo y nadie me responde; pero es como si alguien escuchara y se guardase la respuesta. Me tiendo, pero no descanso. Hago la escapada primaveral, pero eso no me apacigua. Me baño, pero sigo sin estar fresco. La caza me pone enfermo, pero no tengo fuerzas para luchar si no es para cazar mi comida. Tengo la Flor Roja metida en el cuerpo, se me están derritiendo los huesos… y… ya no sé lo que sé.

—Sobran las palabras —dijo Baloo, hablando lentamente, mientras volvía la cabeza en dirección hacia donde Mowgli estaba tendido—. Akela lo dijo junto al río: Mowgli obligaría a Mowgli a volver con la Manada de los

Hombres. Yo también lo dije. Pero ¿quién le hace caso a Baloo ahora? Bagheera… ¿dónde se ha metido Bagheera esta noche?… Ella también lo sabe. Es la Ley.

—Cuando nos conocimos en las Moradas Frías, Hombrecillo, yo ya lo sabía —dijo Kaa, agitando ligeramente sus poderosos anillos—. El hombre siempre acaba por volver con el hombre, aunque la Selva no lo arroje de su seno.

Los Cuatro se miraron entre sí, confusos pero obedientes.

—¿La Selva no me expulsa, entonces? —balbuceó Mowgli.

Hermano Gris y los Tres gruñeron con fiereza, comenzando a hablar:

—Mientras nosotros estemos vivos, nadie osará…

Pero Baloo les interrumpió:

—Yo te enseñé la Ley. Es justo que sea yo el que hable —dijo—; y, aunque no veo las rocas que tengo delante, sí puedo ver mucho más lejos. Ranita, toma tu propio rastro; haz tu cubil con los de tu misma sangre, manada y pueblo; pero cuando haya necesidad de una pata, un colmillo, unos ojos o un mensaje que deba viajar veloz a través de la noche, acuérdate, Amo de la Selva, de que la Selva está a tus órdenes y sólo precisa de una palabra tuya para ponerse en marcha.

—La Selva Media te pertenece también —dijo Kaa—. Y no hablo en nombre de un pueblo precisamente pequeño.

—¡*Hai-mai*, hermanos míos! —exclamó Mowgli, levantando los brazos con un sollozo—. ¡Ya no sé lo que sé! No quisiera irme, pero me veo arrastrado por los pies. ¿Cómo podré renunciar a estas noches nuestras?

—No digas eso. Levanta la vista, Hermanito —repitió Baloo—. No hay deshonra en esta cacería. Cuando uno se ha comido la miel, abandona el panal vacío.

—Tras haber mudado la piel —dijo Kaa—, no podemos volver a introducirnos en ella. Es la Ley.

—Escucha. Te quiero por encima de todas las cosas —dijo Baloo—, pero aquí no existen ni la palabra ni la voluntad capaces de retenerte. ¡Levanta la vista! ¿Quién podría objetarle nada al Amo de la Selva? Yo te vi jugando entre los guijarros blancos de ahí delante cuando no eras más que una ranita; y Bagheera, la que te compró por el precio de un toro joven recién cazado, te vio también. De esa Presentación sólo quedamos nosotros dos; pues Raksha, tu madre del cubil, está muerta, al igual que tu padre del cubil; la antigua Manada de Lobos ha desaparecido hace ya mucho; ya sabes adonde se ha ido Shere Khan y Akela murió entre los *dholes*, donde, de no ser por tu fuerza y

sabiduría, hubiera desaparecido también la segunda Manada de Seeonee. No quedan más que huesos viejos. Ya no se trata del Cachorro de Hombre pidiendo permiso a su Manada, sino del Amo de la Selva que cambia de rastro. ¿Quién pondría reparos al Hombre y a sus decisiones?

—Pero Bagheera y el toro que me compró —dijo Mowgli—. No quisiera que…

Un rugido y un estruendo entre el follaje de más abajo cortaron sus palabras en seco. Y ante él apareció Bagheera, ligera, fuerte y tan terrible como siempre.

—*Precisamente* por eso no había llegado aún —dijo, alargando una zarpa que estaba goteando—. Ha sido una cacería larga, pero ahora yace muerto entre los arbustos… un toro de dos años…, el toro que te libera, Hermanito. Todas las deudas están ya saldadas. Por lo demás, mi palabra es la palabra de Baloo. —Y entonces le lamió el pie a Mowgli—. ¡Recuerda que Bagheera te quería! —gritó, marchándose de un salto.

Y al pie de la colina volvió a lanzar un grito prolongado y potente:

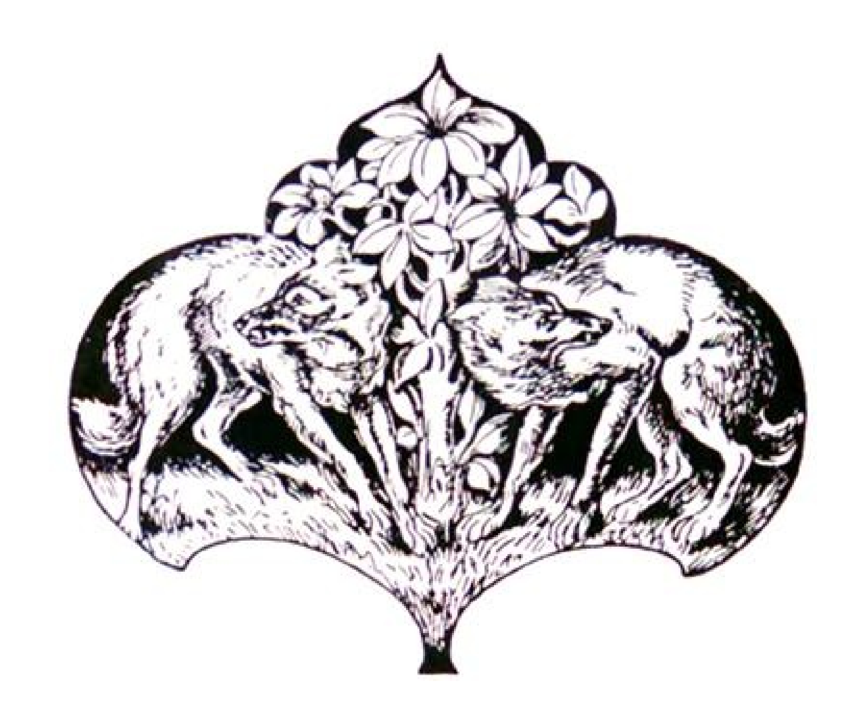
—¡Buena caza en tu nuevo rastro, Amo de la Selva! Recuerda que Bagheera te quería.

—Ya la has oído —dijo Baloo—. No queda nada por decir. Márchate ya; pero antes ven aquí. ¡Sí, ranita sabia, ven aquí!

—Es difícil mudar de piel —dijo Kaa, mientras Mowgli no paraba de sollozar, con la cabeza apoyada sobre el costado del oso ciego y con los brazos alrededor de su cuello, al tiempo que Baloo trataba de lamerle los pies a pesar de sus escasas fuerzas.

—Ya escasean las estrellas —dijo Hermano Gris, olfateando la brisa del amanecer—. ¿Dónde haremos nuestro cubil hoy?, pues desde ahora en adelante, seguimos rastros nuevos.

Y ésta es la última de las historias de Mowgli.



(Esta es la canción que Mowgli oía a su espalda mientras atravesaba la Selva en el camino de vuelta hacia la casa de Messua).

La canción de despedida

BALOO



UE el amor la razón por la que le mostré
a una ranita sabia lo que en la Selva es Ley.
Obedece la Ley que rige a la Manada de los Hombres,
¡para que el amor del ciego y anciano Baloo te honre!
Limpia o sucia, cálida o huera,
síguela como si el Rastro fuera,
tanto de noche como de día,
sin buscar ni a derecha ni izquierda otra vía,
por el amor del que a ti te ama
en el mundo más que a nada.
Y cuando tu Manada te haga
sufrir, di: «Tabaqui vuelve a reír».

Cuando tu Manada mucho te haga trabajar,
di: «Shere Khan aún está por matar».
Cuando reluzcan los cuchillos para la matanza,
obedece la Ley y no caigas en la chanza.
(¡Por la raíz y la miel, por la palmera y la caña:
protege al cachorro del dolor y la saña!).
¡Por el viento y el árbol, por el agua y la maleza,
que el Favor de la Selva te dé fuerza!

KAA

La Ira es el huevo del Temor…
sólo los ojos sin párpados ven sin error.
Del veneno de la cobra nadie se puede curar,
ni siquiera aunque como ella sepa hablar.
Para hablar abiertamente falta te haría
la Fuerza, cuya camarada es la Cortesía,
no te creas tan fuerte que toda presa veas vencida
y no le prestes tu fuerza a ninguna rama podrida.
Calcula la distancia que te separa del gamo o la cabra,
no sea que la garganta por culpa del ojo no se abra.
Si después de atiborrarte dormir buscas,
cuídate de que tus madrigueras sean profundas y ocultas,

no sea que un rencor, por ti olvidado ya,
atraiga hasta allí a quien te quiera matar.
Por el norte y por el sur, por el este y el oeste,
lávate la piel y que lo que diga la boca no te moleste.
(¡Por el hoyo y la grieta, por el borde de la laguna azulada,
que la Selva Media le proteja la espalda!).
¡Por el viento y el árbol, por el agua y la maleza,
que el Favor de la Selva te dé fuerza!

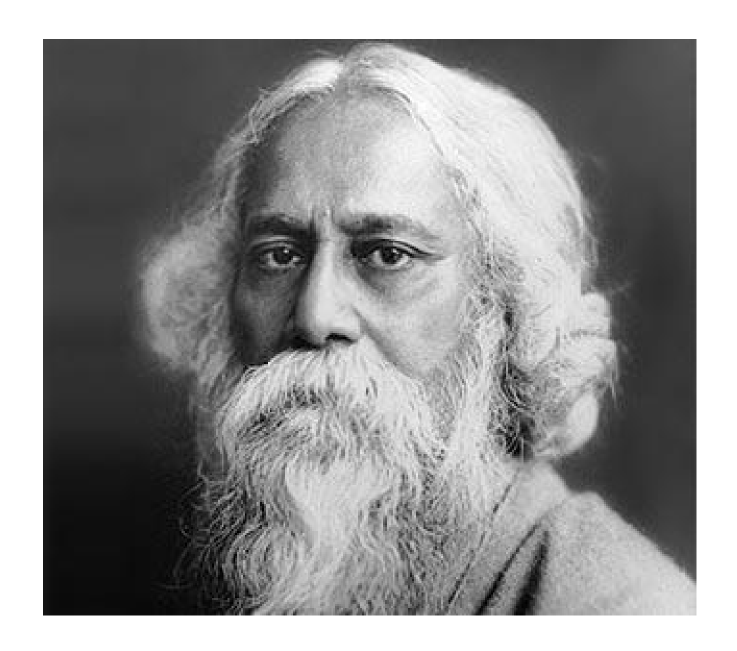
BAGHEERA

En una jaula empezó mi vida a tener un nombre;
bien conozco lo que vale el hombre.
¡Por el Candado Roto que me liberó para la caza…
Cachorro de hombre, cuídate de esa raza!
Ya con el aromático rocío o a la pálida luz de los astros,
nunca escojas, como el gato montés, un confuso rastro.
En la Manada o en el Consejo, en el cubil o al cazar,
nunca proclames una tregua con el hombre chacal.
Respóndeles con el silencio cuando alguien diciendo te venga:
«ven con nosotros por la más fácil senda».
Respóndeles con el silencio cuando busquen de ti
tu ayuda para al débil hacer sufrir.
No alardees de tu habilidad como los bandar,
ni pierdas la calma ante la presa que acabas de matar.
Que ninguna llamada, ni canción, ni añagaza
te aparte de tus propósitos de caza.
(¡En la neblina de la mañana o en el anochecer cierto,
servidle. Guardianes de los ciervos!).
¡Por el viento y el árbol, por el agua y la maleza,
que el Favor de la Selva te dé fuerza!

LOS TRES

En el rastro que has de hollar
hasta el umbral de nuestro temor alcanzar,
donde la Flor resplandece rojiza;
a lo largo de las noches en que estés en tu yacija,
encerrado sin a nuestro padre, el cielo, poder contemplar;
oyéndonos a nosotros, tus amigos, pasar;
en los amaneceres en que despertarás
a las labores que evitar no podrás,
con el corazón roto por la nostalgia de la Selva:
¡por el viento y el árbol, por el agua y la maleza,
que la Sabiduría, la Fuerza y la Cortesía,
con el Favor de la Selva te sirvan de guía!


EX
LIBRIS
AD
RUDYARD KIPLING
18
94



Rabindranath Tagores (Rabindranath Thakur, Calcuta, 1861 - Santiniketan, 1941). Escritor indio. Es el más prestigioso escritor indio de comienzos del siglo XX. De origen noble, era el último de los catorce hijos de una familia consagrada a la renovación espiritual de Bengala, y se educó junto a su padre en el retiro que éste tenía en Santiniketan. En 1878 fue enviado a Gran Bretaña, donde estudió literatura y música.

Evocó este viaje en *Cartas de un viajero* (1881), que publicó en el periódico literario Bharati, fundado por dos de sus hermanos en 1876. De la misma época son los dramas musicales *El genio de Valmiki* (1882) y *Los cantos del crepúsculo* (1882), y la novela histórica *La feria de la reina recién casada* (1883).

En 1882, unas experiencias místicas le llevaron a escribir los *Cantos de la aurora* (1883). En este mismo año casó con una joven de dieciséis años, y a partir de entonces se dedicó a administrar los bienes de la familia de su esposa y a viajar por toda Bengala. En 1890 realizó un segundo viaje a Gran Bretaña. De este período son las colecciones poéticas *Citra* (1896) y *El libro de los cumpleaños* (1900).

En 1901 fundó una escuela en Santiniketan (Hogar de la Paz), en la que estructuró un sistema pedagógico que defendía la libertad intelectual del ser humano. En 1904 publicó el ensayo político *El movimiento nacional*, en el que se pronuncia en favor de la independencia de su país. En 1910 apareció *La ofrenda lírica*, una de sus obras más conocidas.

A partir de 1912 recibió numerosas invitaciones para pronunciar conferencias en Europa, EE UU y algunos países asiáticos, labor que le sirvió para acrecentar su prestigio. Durante la I Guerra Mundial, y al agudizarse la agitación en la India, tuvo que definir su postura política y adoptó una postura pacifista exenta de nacionalismo. En sus últimos años se dedicó casi por completo a la administración de su centro de estudios, que a fines de 1921 se convirtió en universidad internacional con el nombre de Visva Bharati, y fue declarado universidad estatal en 1951.

De su extensa producción literaria cabe citar además los dramas *Kacha* y *Devayani* (1894), *El cartero del rey* (1913), *Ciclo de la primavera* (1916) y *La máquina* (1922); las novelas *Gora* (1910) y *La casa y el mundo* (1916); los poemarios *La luna nueva* (1913), *El jardinero* (1913) y *La fugitiva* (1918), y algunas colecciones de sus conferencias, como *Sadhana* (1912) y *La religión del hombre* (1930). Recibió el premio Nobel de Literatura en 1913.

Notas

[1] *Sambhur*. Ciervo asiático de gran tamaño y tres astas puntiagudas. **<<**

[2] *Gonds*. Los aborígenes de la India. Son bajos, de piel oscura y marcados rasgos orientales. <<

[3] *Maharajá*. En sánscrito, «Gran Rey». Se usa para referirse a los reyes y príncipes feudatarios de algunos de los estados que componían la India. **<<**

[4] *Pioneer*. En inglés «Pionero». Se trata de un periódico editado en la India para el que trabajó Kipling. <<

[5] *Dewan*. «Primer ministro». <<

[6] *Coco de mar*. Un tipo de coco especialmente grande, que no se produce directamente en la India, según Kipling. **<<**

[a] *Purun Bhagat*. Significa «Purun, el Santo», según indica el autor. /N. del T. <<

[b] *Sunyasi*. En sánscrito (sam+nyāsin), *completo renunciante,* suena tal como se lee. Posiblemente el error del traductor estriba en que debido a la particular visión del idioma inglés escrito, motivara que esa “a”, acabara convirtiéndose en “u”. Por tanto debería haberse escrito sanyasin en castellano /N. de la Editora. <<

[7] *Milla*. Medida de longitud. La terrestre equivale a 1.609 metros. <<

[8] *Bórax*. Producto químico que en este caso se usa como desinfectante. <<

[9] *Kali*. «La Negra». La diosa hindú de la destrucción y la muerte. Se representa bajo la forma de una mujer de color negro con un collar de cráneos y rodeada de serpientes. <<

[10] *Ladakh*. Procedente de Ladakh, un distrito de las montañas, en la región de Cachemira. <<

[11] *DCL/Ph. D.*. Siglas de «Doctor of Civil Law» (doctor en leyes) y «Philosophy Doctor» (doctor en filosofía), respectivamente. **<<**

[12] *Kabir*. Reformador religioso y místico de la India (1440-1518) que trató de conjugar la filosofía hindú con la musulmana. Proclamaba la unidad esencial de todas las religiones y la igualdad, también esencial, de todos los hombres. <<

[13] *Guddee*. «Trono». <<

[14] *Sal*. Un tipo de árbol. <<

[15] *Kikar*. Especie de acacia resinosa. **<<**

[16] *Talao*. «Lago» o «estanque». <<

[17] *Dhâk*. Árbol de brillantes hojas anaranjadas. <<

[18] *Árbol pipal*. La higuera bajo la que se sentó Buda para adquirir sabiduría y que, por ello, es sagrada para los budistas. <<

[19] *Magar-Ghaut*. El *magar* es el cocodrilo grande propio de la India, mientras que «*ghaut*» significa vado. <<

[20] *Ally Sloper*. Se trata del nombre de un personaje canallesco de una serie de revistas cómicas del último cuarto del siglo XIX. Era calvo y tenía una nariz enorme. <<

[21] *Gunga*. El Ganges, uno de los ríos sagrados de la India. **<<**

[c] *Gunga*. En sánscrito (Gangā), suena tal como se lee. Posiblemente el error del traductor estriba en que debido a la particular visión del idioma inglés escrito, motivara que esa “a”, acabara convirtiéndose en “u”. Por tanto debería haberse escrito Ganga en hindú, o Ganges en castellano /N. de la Editora. <<

[22] *Jats/Malwais*. Ambos pertenecen al grupo de los sikhs, uno de los pueblos de la India, cuya mayor presencia se da en la región del Punjab. <<

[23] *Culi*. Nombre con el que se designa a los sirvientes o trabajadores orientales. <<

[24] *Martini*. Rifle reglamentario del ejército británico durante el último cuarto del siglo XIX. <<

[25] *Ankus*. Especie de lanza con se usa para guiar a los elefantes. **<<**

[26] *Thuu*; literalmente, un «tocón podrido». <<

[27] *Dhole*. Se trata del perro salvaje propio de la India, al que Kipling llama igualmente «perro rojo». <<